

Juan Crisóstomo

HOMILÍAS SOBRE JUAN

II

HOMILÍA 30

El que viene de arriba está por encima de todos; el que es de la tierra pertenece a la tierra y habla de la tierra

1. El deseo apasionado de gloria es peligroso y nocivo y conlleva muchos males. Se parece a una espina difícil de extraer, a una fiera indómita, de numerosas cabezas, que se vuelve contra quien la alimenta. Igual que el gusano corroe el árbol donde nace, la herrumbre desgasta el hierro del que procede y la polilla la lana, así también la vanagloria destruye el alma que la nutre. Es preciso, por eso, que pongamos empeño en hacer desaparecer este vicio.

Mira cómo alivia Juan a los discípulos que lo padecen y con qué esfuerzo les da sosiego. Dicho lo anterior, se esfuerza en disuadirlos con los argumentos siguientes: *El que viene de arriba está por encima de todos; el que es de la tierra pertenece a la tierra y habla de la tierra*. «Vosotros –dice– utilizáis constantemente mi autoridad y decís que soy digno de crédito. Pero, además, importa mucho saber que es imposible que quien viene del cielo goce de crédito ante quien habita la tierra».

¿Qué sentido tiene y qué quiere decir con *está por encima de todos*? Quiere decir que no necesita de nadie, que se basta a sí mismo y que es incomparablemente superior a

todos. Afirma que es de la tierra y que habla de la tierra, pero que no expone un pensamiento suyo, sino que se expresa como Cristo. *Si al hablaros de cosas de la tierra no creéis...*². Con estas palabras se refería al bautismo, no porque fuese terreno, sino porque lo confrontaba con su infame generación. En el mismo sentido, Juan dice hablar de la tierra porque compara su doctrina con la de Cristo.

En efecto, *hablar de la tierra* no admite otro significado que éste: si se comparan sus palabras con las de aquél, las primeras son intrascendentes, humildes, ruines. En fin, todo lo que cabe esperar de una naturaleza humana. *En quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría*³. Aquí se pone de manifiesto que no habla de razonamientos humanos. Dice: *El que es de la tierra pertenece a la tierra*. Sin duda, no todo lo que poseía era de la tierra, sino que lo fundamental provenía del cielo: tenía un alma espiritual, algo que no procede de la tierra. ¿Por qué, entonces, dice que procede de la tierra? No quiere decir otra cosa sino «soy insignificante, indigno de cualquier palabra, pues vivo en la tierra y en la tierra he nacido, mientras que Cristo nos ha venido del cielo».

Luego de haber removido con esto un primer obstáculo, pasa a hablar claramente de Cristo. Antes de este momento, habría sido inútil sembrar palabras que no habría podido acoger la mente del auditorio. Sólo después de haber extraído la espina, comienza a esparcir confiadamente las semillas diciendo: *El que viene del cielo está por encima de todos. Da testimonio de cuanto vio y escuchó, mas nadie acepta su testimonio*⁴.

Refiere cosas grandes y sublimes, y, seguidamente, continúa con un lenguaje menos elevado. *Lo escuchó y vio es*

una forma humana de decir: lo que sabía, lo conocía no porque lo hubiera aprendido con la vista o con el oído, sino que lo poseía todo en su naturaleza, porque había salido perfecto del seno del Padre sin necesidad de maestro. *Como el Padre me conoce* —dice— *así conozco yo al Padre*. ¿Qué significa, entonces, *lo que escuchó refiere, lo que vio testimonia*? Es gracias a esos sentidos como percibimos todo nítidamente. Nos consideramos maestros fiables de lo que hemos percibido gracias a la vista o al oído. No son cosas que hayamos imaginado o que defendamos sin fundamento. Al objeto de hacerse entender, Juan dice *lo que escuchó y vio*. Muestra así que en él no hay mentira, que todo es en él verdadero. Para cerciorarnos del testimonio de alguien, solemos preguntarles una y otra vez: ¿lo has oído tú mismo?, ¿lo sabes por ti mismo? Si la respuesta es afirmativa, consideramos digno de crédito el testimonio. Cuando dice: *Juzgo según lo que escucho*⁵, *digo lo que he oído de mi Padre, lo que hemos visto decimos*⁶ y otras muchas cosas semejantes, no está afirmando que nos transmite cosas que él mismo ha debido aprender. Creer eso sería una gran insensatez. Su intención al expresarse así es remover cualquier desconfianza alimentada por la indecencia de los judíos. Como nunca tuvieron una opinión justa sobre él, recurre constantemente al Padre para avalar sus palabras.

2. Y ¿por qué te extraña que recurra al Padre, si con frecuencia acude a los profetas y las Escrituras, como cuando dice: *Ellas dan testimonio de mí*? ¿Diremos, acaso, que es inferior a los profetas porque los toma como testimonio? No, por supuesto. Acomoda sus palabras a la debilidad del auditorio y afirma que cuanto dice lo ha oído del Padre, no

porque necesite de maestro, sino para que no crean que dice algo falso. En resumen, lo que Juan está diciendo es: «necesito escucharle. Viene del cielo y anuncia cosas celestiales que él sólo conoce claramente». Esto es lo que significa *ha visto y ha oído*, pero *nadie acepta su testimonio*.

Tenía discípulos y muchos se fiaban de sus palabras ¿Por qué dice entonces: *Nadie acepta su testimonio*? En realidad quiere decir «pocos», porque si hubiera querido decir «nadie» ¿cómo habría añadido: *El que acepta su testimonio atestigua que Dios es veraz*⁸? De esta forma reprueba a sus discípulos porque todavía no estaban en disposición de creer en él. Que todavía no daban crédito a sus palabras se desprende de cuanto dice después. Por eso, cuando estaba en la cárcel se los remitió, para unirlos más a él. Entonces algunos creían con reticencias, tal y como daba a entender Cristo con las palabras *Bienaventurado quien no se escandalizare de mí*⁹. Por ningún otro motivo Juan decía: *Nadie acepta su testimonio*, sino para instruir a sus discípulos. Como si dijera: «no creáis que lo que dice es falso porque sean pocos los que están en condiciones de creerle». Pues añade: *lo que vio testimonia*. Y lo dice también para censurar la acidia de los judíos.

Lo mismo les reprocha al comienzo de su Evangelio, diciendo: *Viene a su casa y los suyos no le reciben*. No es a él a quien se le hace el reproche. Es una acusación contra los que no lo recibieron. *El que acepta su testimonio atestigua que Dios es veraz*. Los amonesta, al declarar que quien no cree en él, no sólo no cree en él sino tampoco en el Padre. Por eso añade: *Este, a quien Dios ha enviado, anuncia las palabras de Dios*¹⁰. Puesto que anuncia sus palabras, el creyente cree en él, y el incrédulo no cree. *Atestigua* significa

aquí «demuestra». Después de dicho esto y de haberlos amonestado, añade: *...que Dios es veraz*. Así declara que nadie puede desconfiar de él sin haber desestimado previamente que sea un enviado de Dios.

Quien no lo escucha no escucha al que lo envía, ya que no refiere nada que no sea del Padre: todo lo que da a conocer es de él. ¿Ves cómo les infunde temor al hablar así? Hasta ese momento no consideraban importante desoír a Cristo. Por eso amenaza a los incrédulos con la inminencia de un peligro: para que aprendan que quienes no escuchan a Cristo no escuchan a Dios mismo.

Seguidamente, y adecuándose a su estrechez de miras, continúa con estas palabras: *Dios no da su Espíritu con medida*. De nuevo, igual que antes, rebaja el tono de su discurso, lo adorna y lo adapta a la capacidad de su auditorio. Sólo así puede inspirarles temor y aumentárselo. Si se hubiera referido a él de forma solemne y elevada, no le habrían creído. Es más: le habrían despreciado. Por tal motivo recurre al Padre cuando habla de Cristo como de un hombre. ¿Qué significa *Dios no da su Espíritu con medida*? Quiere enseñar que todos nosotros recibimos la fuerza del Espíritu con medida —llama Espíritu a la fuerza que se distribuye—, mientras que él posee la fuerza sin medida y en su totalidad. Mas si la fuerza del Espíritu es inmensa, mucho más lo es su sustancia. ¿Te das cuenta de que el Espíritu es infinito?

El que recibe toda la fuerza del Espíritu, el que conoce a Dios, el que dice *lo que escuchamos, decimos, lo que vimos, testificamos* ¿cómo obraría con justicia si desconfiara? Pues, efectivamente, no dice «nada que no sea de Dios es del Espíritu». De momento no se refiere al Verbo de Dios, sino que se esfuerza en hacer comprensible la doctrina sobre el Padre y el Espíritu. Que existe Dios lo sabían, que existe el Espíritu lo conocían, aunque no tenían una opinión adecuada sobre él. Pero desconocían la existencia del Hijo. Por

ese motivo Juan acude siempre al Padre y al Espíritu para hacer creíbles sus palabras. Si alguien no tomara en cuenta la presencia de este motivo y valorara este discurso por sí mismo, estaría muy lejos de la dignidad de Cristo. No es fidedigno porque posea la fuerza del Espíritu: él no necesita de su ayuda, pues se basta a sí mismo.

Sus palabras, de momento, se adecuan a la idea que tenían los menos capaces, con el objeto de, poco a poco, irlos sustrayendo a su incapacidad. Digo esto para que no consideremos superficialmente el contenido de las Escrituras, sino que examinemos con cuidado la intención del que habla, la debilidad del auditorio y otras muchas circunstancias. No siempre los maestros se expresan como desean, sino que exponen muchas cosas tal y como reclama la limitada capacidad de su auditorio. Por este motivo Pablo dice: *No pude hablarlos como a espirituales sino como a carnales ... Os di a beber leche, no un alimento sólido*¹¹. «Deseaba hablarlos —dice— como a hombres espirituales, mas no pude». ¿Por qué? No porque él no fuese capaz, sino porque ellos no estaban en condiciones de escuchar de ese modo. De manera semejante, Juan deseaba enseñar grandes cosas a sus discípulos, pero ellos todavía no estaban en condiciones de comprenderlas. Por este motivo, emplea su tiempo con los más limitados.

3. Debemos examinarlo todo detenidamente. Las palabras de las Escrituras son armas espirituales. Si no sabemos utilizar las armas ni armar convenientemente a los discípulos, aunque ellas conserven su poder, en nada podrán ayudar a los que lo necesitan. Supongamos que disponemos de una coraza fuerte, de un yelmo, de un escudo y de una lanza. Supongamos, igualmente, que alguno toma esas armas y se

ciñe la coraza en los pies y el yelmo se lo coloca, no sobre la cabeza, sino delante de los ojos; y no cubre su pecho con el escudo, sino que decide atárselo a los pies. ¿Podrá sacar algún provecho de esas armas?, o ¿no sucederá lo contrario, que le serán perjudiciales? Ocurrirá lo segundo, pero no por ineficacia de las armas, sino por la inexperiencia del que no sabe emplearlas convenientemente. Lo mismo sucede con las Escrituras: si confundimos su orden, aunque conserven su fuerza, no nos prestarán ayuda.

Siempre os repito lo mismo en público y en privado, pero no obtengo ningún fruto: os veo siempre pendientes de lo temporal y que, ni por asomo, participáis en lo eterno. Ésa es la razón de que andemos despreocupados de la verdadera vida. Y, llegado el momento de combatir por la verdad, nos encuentra sin fuerza y parecemos ridículos a paganos, judíos y herejes. Vuestra despreocupación carecería de disculpa incluso si hubierais mostrado la misma negligencia en otros asuntos. Ahora bien, en las cosas temporales todos sois agudos, como el filo de una espada, ya sea que os ocupéis de un oficio, ya que gestionéis asuntos de la administración pública. En cambio, somos más descuidados que nadie en lo tocante a los únicos asuntos necesarios, los espirituales. Nos servimos de lo accesorio como si fuera necesario y ni siquiera consideramos secundarias las cosas que habíamos de tener por imprescindibles.

¿No sabéis que la Escritura fue escrita no sólo para los primeros, sino para todos nosotros? ¿No oyes a Pablo cuando dice: *Estas cosas fueron escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes ha llegado el fin de los tiempos*¹², *para que por la paciencia y el consuelo de las Escrituras tengamos esperanza*¹³. Ya sé que hablo en vano, pero no por eso dejaré de hablar. Aunque nadie me preste atención, mi proce-

der me excusará delante Dios. Quien habla a oyentes atentos, tiene por recompensa la buena disposición de su auditorio para escucharle. Pero el que no cesa de hablar aunque nadie le escuche, merece una recompensa mayor porque, según el juicio de Dios, cumple con su deber, incluso aunque nadie le atienda. Con todo, a pesar de que de vuestra mala acogida se derive que yo obtenga una recompensa mayor, prefiero tenerla más pequeña y ver aumentada vuestra salvación, puesto que considero vuestro provecho espiritual el mayor de los premios.

Y digo ahora esto no con el objeto de hacer un discurso hiriente o molesto, sino para manifestaros el dolor que me produce vuestra negligencia, de la que ¡ojalá! todos nosotros nos veamos libres para dedicarnos con empeño a las cosas espirituales, para alcanzar los bienes del cielo, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 31

El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él

1. En todo se pone de manifiesto la gran utilidad de la condescendencia. De la misma forma que, sin aprender de los maestros todo de una vez, avanzamos en el conocimiento de las artes, y de la misma forma que, erigiéndolas lentamente y poco a poco, construimos ciudades, así mantenemos nuestra vida. No te extrañe que, si en lo temporal esto posea tanta fuerza, en lo espiritual cualquiera pueda descubrir la eficacia que hay en una prudencia semejante. Los judíos, persuadidos lentamente y poco a poco, pudieron apartarse de la idolatría, aunque, desde el principio, no prestaban oídos a ninguna enseñanza sublime relativa a las verdades de la fe o a la moral. Por eso, tras la venida de Cristo, cuando llegó el momento de las verdades más excelsas, los apóstoles atraieron a todos hacia sí, pero sin transmitir al principio nada que fuera elevado.

Así hablaba Cristo a muchos desde el principio. Así ha procedido Juan ahora cuando se ha referido a él como a un hombre admirable, mientras veladamente intercalaba cosas

sublimes. Al comienzo decía: *El hombre no puede tomar nada de sí mismo*. Seguidamente, y tras añadir algo más elevado y decir: *El que viene del cielo está por encima de todos*, conduce de nuevo el discurso a un tono menos excelso y, entre otras cosas, dice: *Dios no da el Espíritu con medida*. Y ahora añade: *El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas*. Conocedor de la utilidad del castigo, porque muchos no son atraídos tanto por la promesa de beneficios cuanto por la amenaza de lo que les atemoriza, concluye diciendo: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él*. Una vez más, relaciona el argumento del castigo con el Padre. No dice «la ira del Hijo», aunque él es el juez, sino que, deseoso de infundir mayor temor, los enfrenta al Padre. ¿Es suficiente —dice— creer en el Hijo para obtener la vida eterna? De ningún modo. Escucha cómo lo revela Cristo cuando dice² que una sola blasfemia contra el Espíritu Santo es suficiente para precipitar en la gehenna.

¿Qué diré a propósito de las verdades de fe? Aunque uno crea de forma perfectamente ortodoxa en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, si no lleva una vida recta, la fe no le será de ninguna utilidad en orden a la salvación. Cuando dice: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero*³, no pensemos que lo señalado es suficiente para nuestra salvación. Necesitamos además, sin duda, la rectitud de vida y costumbres. Es verdad que ha dicho: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna*. Pero, a continuación, añade una afirmación mucho más fuerte. Construye el discurso no sólo con promesas, sino también con expresiones totalmente contrarias. Observa cómo añadió: *El que no cree en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él*.

No decimos, por consiguiente, que la sola fe sea suficiente para la salvación. Así, y de formas distintas, lo prueban afirmaciones contenidas en los Evangelios referidas a la rectitud de vida. Por este motivo no dijo: «Esto solo es la vida eterna». Ni: «Basta con creer en el Hijo para tener vida eterna». Enseña que la vida depende de ambas cosas. Si no se siguen las buenas obras, sobrevendrá un gran castigo. Y no dijo: «Le aguarda», sino: *Permanece sobre él*, manifestando que jamás se apartará de él.

Para que no creas que con las palabras *no verá la vida* se refiere a una muerte temporal y aprendas que el castigo es eterno, ha utilizado esta expresión para indicar que el castigo se aplica perpetuamente. Lo hizo con estas palabras para llevarlos a Cristo. Por eso no les amonestó privadamente sino en público, de forma que también pudiera atraer al mayor número posible de personas. No dijo «si creyerais» o «si no creyerais». Habló en general, para que sus palabras no resultaran sospechosas, y lo hizo con expresiones más duras que Cristo.

Cristo dijo: *El que no cree ya ha sido juzgado*. Juan dice: *No verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él*. Y es natural. No es lo mismo que uno hable sobre sí mismo a que sea otro quien habla sobre él. Podrían creer que Cristo repetía esto por ambición y por hacer alarde. Juan, en cambio, estaba libre de esa sospecha. Si Cristo empleó luego expresiones más contundentes, lo hizo cuando ya habían alcanzado una opinión de él más elevada.

*Cuando supo Jesús que los fariseos habían oído que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (aunque Jesús mismo no los bautizaba, sino sus discípulos) abandonó Judea y partió hacia Galilea*⁴. Ciertamente, él no los bautizaba, pero los que lo referían, deseosos de despertar la envidia en

los que le escuchaban, decían que sí. ¿Por qué —dice— se fue de allí? No porque tuviera miedo, sino para atajar su maledicencia y mitigar su envidia. Tenía poder suficiente para enfrentarse a los que le agredían, mas no quiso hacerlo para que su encarnación no fuese puesta en duda. Si, apresado, hubiera huido, muchos habrían sospechado. Por este motivo se comportaba en muchas cosas según el proceder humano. Igual que deseaba que creyeran que era Dios, quería también que creyeran que, siendo Dios, tenía un cuerpo. Por el mismo motivo, después de la resurrección les decía a los discípulos: *Palpad y ved que un espíritu no tiene carne y huesos*⁵. Por lo mismo riñó a Pedro cuando dijo: *No quiera Dios que esto suceda*⁶. Así de turbadora le parecía la situación.

2. No es ésta una parte menor de los dogmas de la Iglesia, sino el principal de ellos en orden a nuestra salvación, gracias al cual todo ha tenido lugar y todo se ha consumado. La muerte ha sido destruida, el pecado anulado, la maldición revocada e innumerables bienes han entrado en nuestra vida. Por eso quería que creyeran en la encarnación, que es para nosotros la raíz y la fuente de innumerables bienes. Y pese a manifestar claramente su humanidad, no permitía que quedara oscurecida su divinidad. Por eso, aunque apartado, se ocupaba de las mismas cosas como al comienzo.

No sin motivo vuelve a Galilea para realizar una gran misión entre los samaritanos. Y no para realizarla de cualquier modo, sino con la sabiduría que le era propia. Además, dejaba así a los judíos sin pretexto incluso para la más tímida justificación. Lo insinúa el evangelista cuando añade: *Debía atravesar la Samaría*⁷, como queriendo decir que era

una parte poco importante de su viaje. Los apóstoles actuaron de la misma forma. Cuando eran perseguidos por los judíos, se dispersaron entre las naciones. De forma semejante, Cristo, una vez rechazado, se dedicó a los gentiles. Un ejemplo de ello es lo que hizo con la mujer sirofenicia.

Esto sucedió para que los judíos no pudieran justificarse, diciendo: «Nos abandonó para dirigirse a los incircuncisos». Por el mismo afán de disculparse, también los discípulos dijeron: *Era necesario que la palabra de Dios os fuera dicha primero a vosotros. Mas como os juzgáis indignos, nos volvemos hacia los gentiles*⁸. Y el mismo Cristo dice: *No vine sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*⁹. Y en otra ocasión: *No está bien tomar el pan de los hijos y darlo a los perrillos*¹⁰. Al rechazarlo, abrieron la puerta a los gentiles, a quienes se dirigía no con detenimiento, sino sólo de paso.

De camino, *llegó a una ciudad de Samaría llamada Sicar, próxima a la heredad que dio Jacob a José, su hijo. Allí estaba la fuente de Jacob*¹¹. ¿Por qué el evangelista describe este lugar con tanta precisión? Para que no te sorprendas cuando oigas decir a la mujer: *Nuestro padre Jacob nos dio esta fuente*. Se trataba del lugar donde, por causa de Dina, cometieron aquel terrible asesinato quienes se alzaron en torno a Leví y a Simeón.

Llegados a este punto no está fuera de lugar narrar cuál es el origen de los samaritanos. Toda aquella región se llama Samaría. ¿De dónde tomaron este nombre? Del monte llamado Somor, que, a su vez, lo recibió de su conquistador. Así aparece en Isaías: *La capital de Efraím es Samaría*¹². Al principio, los habitantes de la región no eran llamados sa-

maritanos, sino israelitas. Pero, con el paso del tiempo, se alzaron soberbios contra Dios. Por eso, reinando Phacee, Teglathfalsar tomó muchas ciudades, entre ellas Ela. La atacó y, una vez destruida, encomendó a Oseas el reino. Después, llegó Salmanasar, se apoderó de otras ciudades y las hizo tributarias¹³. Al principio, Oseas cedió y se avino, pero luego, contando con ayuda etíope, se rebeló. Al saberlo el asirio, los invadió al frente de una expedición y, después de capturarlos, sospechando un nuevo levantamiento, no permitió que aquel pueblo permaneciese más allí. Lo deportó a Babilonia y a Media y, trayendo pueblos de distintas regiones, los asentó en Samaría.

De ese modo aseguraba para lo sucesivo su poder, pues eran los suyos quienes poblaban aquel lugar. Al cabo de todo esto, Dios, deseoso de manifestar su poder y de demostrar que no era por debilidad por lo que había abandonado a los judíos, sino por los pecados que cometieron, mandó contra los bárbaros unos leones que diezmaron al pueblo. Es anunciado al rey lo sucedido y envía un sacerdote para que enseñe las leyes de Dios. A pesar de lo cual, no abandonaron la impiedad completamente, sino sólo en parte.

Sólo con el transcurso del tiempo abandonaron el culto de los ídolos y adoraron a Dios. Así las cosas, regresados los judíos, recelaban de éstos, como de extranjeros y enemigos, y, dándoles el nombre del monte, empezaron a llamarlos samaritanos. No era pequeña la rivalidad que mantenían los judíos y ellos. Éstos no aceptaban toda la Escritura, sino sólo los libros de Moisés, sin tomar en consideración a los profetas. Los samaritanos se preciaban de pertenecer al linaje judío: se enorgullecían de Abraham, a quien reputaban por padre suyo, pues era originario de Caldea, y, siendo Jacob

descendiente de Abraham, lo tomaban también por padre. Los judíos y otros muchos los detestaban. Por este motivo dirigían reproches a Cristo con expresiones como: *Tú eres samaritano y tienes un demonio*¹⁴. Por lo mismo, en la parábola del que bajaba de Jerusalén a Jericó, Cristo dice que es samaritano *el que hizo con él una obra de misericordia*¹⁵. Un samaritano: un hombre ruin, despreciable y odioso en opinión de los judíos. En el episodio de los diez leprosos, llama «extranjero» al que es samaritano¹⁶. Finalmente, dio la siguiente instrucción a sus discípulos: *No vayáis a los gentiles ni entréis en ciudades de los samaritanos*¹⁷.

3. El evangelista evoca la memoria de Jacob, no sólo por la historia del lugar, sino también para poner de manifiesto que el rechazo judío había tenido lugar hacía tiempo. En época de sus progenitores, fueron los judíos y no los samaritanos quienes poseían esta región. Pero, a causa de su negligencia, perdieron cuanto tenían, todo lo que les había sido entregado como propio, aunque no les perteneciera. Así viene a demostrarse que de nada sirve tener antepasados nobles si los sucesores no lo son igualmente. Los bárbaros, con sólo el aviso del episodio de los leones, al punto tomaron la observancia del culto judío. Por el contrario, los judíos, pese a soportar tantos castigos, no enmendaron su conducta.

Cristo llegó a este lugar rechazando, como le es habitual, la vida cómoda y tranquila y abrazando la fatigosa y ardua. No utiliza cabalgadura, sino que en todo momento camina hasta fatigarse por el viaje. Así enseña a vivir del propio trabajo, a no buscar lo superfluo y a no tener muchas necesidades. Quiere que nos sean ajenas las cosas su-

perfluas y que prescindamos de muchas necesidades. Por eso decía: *Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*¹⁸. Por eso pasó tanto tiempo en montes y desiertos, y no sólo durante el día, sino también por la noche. David lo preanunció con las palabras: *En el camino beberá del torrente*¹⁹, aludiendo a la sencillez de su forma de vida.

También Juan lo pone de manifiesto, de la forma que sigue: *Jesús, fatigado por el viaje, se sentó junto a la fuente. Era como la hora de sexta. Una mujer de Samaría llega a sacar agua. Jesús le dice: Dame de beber. Sus discípulos habían ido a la plaza a comprar alimentos*²⁰. Con estas palabras percibimos su vigor en los viajes, su despreocupación por los alimentos y cómo ocasionalmente se ocupa de este asunto. Además, los discípulos aprendieron también a prevenir sus propias cosas, pues no llevaban consigo provisiones. Otro de los evangelistas lo declara cuando dice que los discípulos, al hablarles de la levadura de los fariseos, creyeron que se refería a que no llevaban pan²¹.

Con ejemplos tales, como cuando dice que tienen hambre, arrancan las espigas y las comen²², o cuando afirma que él se acercó a una higuera porque tenía hambre²³, no nos enseña otra cosa sino a desdeñar el estómago y a no creer que su mantenimiento es algo de capital importancia. Observa, además, que, en aquel momento, no llevan nada consigo. Siendo esto así, se desprende que no se preocupan de los alimentos al comienzo del día, sino que van a adquirirlos cuando llega la hora de comer. En cambio, nosotros, tan pronto como nos levantamos de la cama, nos preocupamos de la comida antes que de ninguna otra cosa: llamamos a

cocineros y mayordomos y les damos instrucciones con toda precisión. Sólo después nos ocupamos del resto de las cosas. Consideramos urgente, en suma, lo material más que lo espiritual, y juzgamos necesarias las cosas que deberían ser tenidas por secundarias. Todo está invertido. Sería necesario que tuviéramos en gran consideración las cosas espirituales y sólo cuando hubiéramos cubierto esas necesidades deberíamos ocuparnos del resto.

No sólo revela aquí su carácter esforzado, sino también su modestia. Y no sólo porque se cansa y se sienta en el camino, sino, además, porque se queda solo y sus discípulos se van. Si hubiera querido, habría podido no enviar a todos, o, aunque se hubieran ido todos, tener otros servidores. Pero no quiso. Enseñaba a los discípulos a despreciar todo fasto. Quizás podría decir alguno: «¿Qué hay de extraño en que fueran frugales, si eran pescadores y tejedores de tiendas?». Sí: eran pescadores y tejedores de tiendas, pero ascendieron hasta la misma cúspide del cielo. Llegaron a ser más respetables que todos los reyes, pues fueron juzgados dignos de ser discípulos del Señor del universo y de acompañar a todos los sitios al que es objeto de admiración. Sabéis bien que los que proceden de una condición social más humilde, si alcanzan honores, se envanecen fácilmente, porque previamente se han visto excluidos de esta clase de honores.

Manteniéndolos en esta humildad, les enseñaba a mostrarse así en todo y a no necesitar nunca ser servidos. Dice: *Fatigado por el viaje, se sentó junto a la fuente.* ¿Ves cómo se sienta por el cansancio, por el calor y porque aguarda a los discípulos? Sabía cuanto iba a suceder a los samaritanos, pero no va a este lugar por ello. No se dirigió allí por este motivo, mas no por ello iba a rechazar a la mujer que se acercaba y mostraba tanto interés por aprender. Los judíos lo habían rechazado cuando se había dirigido a ellos. Los paganos, en cambio, aun cuando iba en otra dirección, lo acogieron: aquéllos lo envidiaban, éstos creían en él; aqué-

llos se irritaban, éstos lo admiraban y adoraban ¿Qué, entonces? ¿Era necesario desdeñar la salvación de tantos y pasar por alto tan gran deseo? Habría sido impropio de su bondad. Precisamente por su bondad, dirige todas las circunstancias con la sabiduría que es digna de él.

Estaba sentado mientras descansaba y se refrescaba junto a la fuente. Era mediodía, tal y como lo señala el evangelista con las palabras *era como la hora de sexta, y estaba sentado así*. ¿Qué significa «así»? Significa que no se sentó sobre un trono o sobre un cojín, sino simplemente sobre lo que encontró, sobre el suelo. *Una mujer de Samaría llega a sacar agua*.

4. Considera cómo indica que la mujer sale de la ciudad por un motivo preciso. Acalla así la indecorosa objeción de los judíos, que alguno podría formular diciendo que, al hablar con samaritanos, contradecía su propia orden de no entrar en ciudades de samaritanos²⁴. Por eso, el evangelista introduce muchas causas que explican el diálogo con la mujer. *Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos*. ¿Qué hace la mujer? Una vez que ha oído *dame de beber*, con cautela convierte las palabras de Cristo en ocasión de preguntarle y le dice: *¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Pues los judíos no tienen trato con los samaritanos*. ¿Por qué sabía que era judío? Quizá por su porte externo y por su modo de hablar.

Repara en la reflexión de la mujer. Si alguien debía estar reticente era Cristo, y no ella. Por eso, no dijo: «Los samaritanos no tratan con los judíos», sino: *Los judíos no se acercan a los samaritanos*. La mujer, libre de culpa, porque creía que era el otro el que incurría en ella, no se calló, antes bien corrigió lo que en su opinión contravenía la ley. Al-

guno, dubitativo, podría preguntar: «¿Cómo Jesús le pide de beber, cuando la ley no lo permitía?». Si alguien contestara: «Porque sabía de antemano que no le iba a dar», esto sería motivo suficiente para no pedirla. ¿Qué puede decirse entonces? Que le era indiferente rechazar semejantes prescripciones. El que induce a otros a abrogarlas, no tendría inconveniente en transgredirlas él mismo. Dice: *No es lo que entra por la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de la boca*²⁵.

Esta conversación con la mujer podría convertirse en un reproche no pequeño a los judíos. Muchas veces, de palabra y con obras, fueron elegidos y no se sometieron. A ésta, en cambio, ¡mira cómo le persuade con una pregunta tan simple! Todavía no había emprendido la empresa ni el camino de salvar a todos. Pero si alguno se presentaba, no lo rechazaba. Decía a sus discípulos que no entraran en ciudades de samaritanos, pero no que rechazaran a quienes se les acercaran. Eso sería indigno de su bondad. Por eso responde a la mujer y le dice: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice «dame de beber», tú le pedirías a él y te daría agua viva*²⁶.

Primero le manifiesta que ella es digna de atención y no de desprecio. Luego, se le revela. Tan pronto como sepa quién es, ella le escuchará atentamente y le prestará atención, algo que nadie podría afirmar de los judíos. Conocedores de quién era, no le pidieron nada, no desearon conocer lo que les habría sido provechoso, sino que le injuriaban y apartaban. La mujer, en cambio, una vez que hubo escuchado estas palabras, mira qué convenientemente le pregunta: *Señor, no tienes un cubo con que sacar el agua y el pozo es hondo. ¿Cómo tienes esa agua viva?*²⁷. Ya lo ha ele-

vado de una baja opinión, de creer que era uno de tantos. No le llama simplemente «señor», sino que le reconoce un alto grado. Por lo que se dice a continuación, se desprende que ella le hablaba como si le honrase. No se burló, no le insultó, sino que, por el momento, vacilaba.

No te extrañes de que no entienda a la primera, pues tampoco Nicodemo le entendió enseguida. ¿Qué dice aquél?: *¿Cómo puede suceder esto?*, y *¿cómo puede nacer un hombre cuando es viejo?*, *¿cómo puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y nacer?* Ella, sin embargo, con más respeto dice: *Señor, no tienes un cubo con que sacar el agua y el pozo es hondo. ¿Cómo tienes esa agua viva?* Él le decía una cosa y ella interpretaba otra. Escuchaba las palabras y no podía entender su alto significado. Con todo, con cierta impertinencia podía haberle dicho: «Si tuvieras agua viva, no me pedirías de beber, sino que te la procurarías a ti mismo primero. Te jactas, sin embargo, de tenerla». No le dijo nada de esto, sino que le replica con gran decoro. tanto al principio como después. Al principio le dice: *¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber?* No le dijo: «¡No ocurrirá que yo comparta algo contigo, hombre enemigo y hostil a nuestra nación!», como si conversara con un extranjero y enemigo.

Luego de oírle decir cosas elevadas, ante las que los enemigos podrían sentirse especialmente ofendidos, ella no se burló ni lo ridiculizó. Entonces ¿qué dice?: *¿Eres tú, acaso, más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebió él mismo, sus hijos y rebaños?*²⁸. ¿Adviertes cómo se incluye en el noble linaje judío? Parece como si quisiera decir: «Jacob se sirvió de este agua y no tuvo nada más que dar». Con estas palabras manifestó cómo se formó una idea grande y sublime con la primera de las respuestas.

La frase: *de él bebió él mismo, sus hijos y rebaños*, implícitamente no expresa ninguna otra cosa que no sea que ella tenía una idea de la existencia de un agua excelente, pero que no la había encontrado y que no tenía un conocimiento exacto de ella. Para expresarlo con más claridad, lo que ella quería decir es: «No puedes decir que Jacob nos dio esta fuente y que él utilizó otra, pues él y sus hijos bebieron de ésta, y no habrían bebido de ella si tuvieran otra mejor. No es posible que tú tengas otra mejor de la que puedas darme, a no ser que reconozcas que tú mismo eres mejor que Jacob. ¿De dónde obtienes el agua que prometes darnos?».

Los judíos no dialogaban con él tan amistosamente, aunque les expuso el mismo argumento y les habló de la misma agua. Antes al contrario, no obtuvieron provecho alguno. Cuando les mencionó a Abraham, intentaron lapidarlo²⁹. La mujer no se comporta de este modo. Con mucha moderación, pese al calor y a la hora del mediodía, habla y escucha todo con paciencia, y no le pasa por la cabeza nada semejante a lo que dicen los judíos, como, por ejemplo, «está loco, está fuera de sí, me engañó acerca de la fuente y el pozo, no ofrece nada y sus palabras son vanas». Todo lo contrario: se queda, permanece junto a él hasta hallar lo que busca.

5. Si una mujer samaritana pone tanto empeño en aprender algo útil y, aunque no le conoce, permanece junto a Cristo, ¿qué perdón tendremos nosotros que, pese a conocerle, pese a no estar junto a un pozo, ni en un desierto, ni a la hora de mediodía, ni cuando los rayos del sol calientan, sino al alba, a la sombra de este techo y con bienestar, no soportamos escuchar cuanto se ha dicho, sino que nos

cansamos? La samaritana no se comporta así. Por el contrario, acoge de tal forma sus palabras que incluso llama a otros. Los judíos, lejos de llamar a otros, estorbaban a quienes deseaban acercarse a él y se lo impedían. Por eso decían: *¿Algún magistrado, acaso, ha creído en él? Pero esta gente, que ignora la ley, son unos malditos*³⁰.

Imitemos a la samaritana y dialoguemos con Cristo. Está entre nosotros y nos habla a través de los profetas y los discípulos. Escuchemos y obedezcamos. ¿Hasta cuándo viviremos en vano e inútilmente? No hacer lo que Dios quiere es vivir en vano, y más que inútil, dañinamente. Si gastamos en cosas inútiles el tiempo que nos ha sido concedido, partiremos de esta vida pagando un gran castigo por este inútil despilfarro. El que recibe un dinero para comerciar con él, si lo malgasta, tendrá que rendir cuentas al que se lo confió. De la misma forma, el que consume esta vida en vano, no se verá libre de castigo. Dios no nos ha traído a esta vida y nos ha infundido un alma para que sólo nos empleemos en lo presente, sino para que realicemos todo con vistas a la vida futura.

Las criaturas irracionales son útiles sólo en esta vida, mas nosotros tenemos un alma inmortal a fin de que realicemos todo como preparación para aquella otra vida. Si alguno preguntara cuál es la utilidad de los caballos, de los burros, de los bueyes y de otros animales semejantes, diríamos que ninguna, salvo el servicio que presten en la vida presente. No puede decirse esto de nosotros, sino que, luego de haber partido de esta vida, nuestra situación es mejor. Es necesario que hagamos todo para que, una vez allí, alcancemos la gloria, para que formemos parte del coro de los ángeles, para que podamos estar cerca del Rey, siempre y en los siglos sin límite. Por eso el alma es inmortal e inmortal será el

cuerpo: para que disfrutemos de los bienes que no tienen fin. Si, conociendo la promesa de los bienes celestes, sigues apegado a los de la tierra, calibra la ofensa que cometes contra quien ha concedido aquéllos. Te ofrece cosas celestiales y tú, sin prestarles gran atención, optas por la tierra. Por este motivo, despreciado, amenaza con el infierno, para que aprendas entonces de qué bienes te privas. Mas ¡no suceda que tengamos experiencia de aquella pena!, sino que, complaciendo a Cristo, alcancemos los bienes eternos, por la gracia y la bondad de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 32

Le respondió Jesús y le dijo: todo el que bebe de esta agua tendrá de nuevo sed, mas el que beba del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed, sino que el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna

1. La Escritura llama a la gracia del Espíritu unas veces fuego y otras agua. Señala así que estos nombres son asignados para indicar, no la sustancia, sino su actividad. El Espíritu no está compuesto de distintas sustancias, puesto que es invisible y tiene una única naturaleza. Juan lo indica cuando dice: *El os bautiza en el Espíritu Santo y en el fuego*². Cristo pone de manifiesto lo mismo con la frase: *Ríos de agua viva correrán de sus entrañas. Esto dijo del Espíritu que iban a recibir*³. En el mismo sentido, cuando habla con la mujer, llama agua al Espíritu: *El que beba del agua que yo le dé, no tendrá jamás sed*. Designa al Espíritu con el nombre de fuego para significar la potencia y fervor de la gracia y el daño de los pecados. Emplea el término agua para significar la purificación y el alivio que ésta proporciona a quienes la reciben. Y es natural: al alma bien dispuesta y que no consiente en la tristeza ni en las insidias diabólicas, como si fuera un frondoso jardín de varios y cor-

pulentos árboles frutales, es auxiliada por esta agua que apaga fácilmente los dardos incendiarios del maligno.

Atiende a la sabiduría de Cristo y a cómo eleva a la mujer sin forzar la situación. En un primer momento no le dice: *Si supieras quién es el que te dice «dame de beber»*. Sólo cuando ella le llama judío y le acusa de serlo, él, rechazando tal acusación, le revela su identidad. Cuando le dice: *Si supieras quién es el que te dice «dame de beber» quizá tú le pedirías a él*. Instándola con grandes promesas que recuerdan al patriarca, concede a la mujer ver con claridad. Cuando ella le replicó: *¿Eres tú más grande que nuestro padre Jacob?*, no le contestó: «Sí, soy más grande». Habría parecido jactancioso, pues aún no había una demostración evidente. A pesar de lo cual, prepara la situación con sus palabras. No dijo simplemente: «Te daré agua». Eludiendo referirse a Jacob, se ensalza a sí mismo para, partiendo de la naturaleza de los dones, mostrar la distancia que existe entre uno y otro, la diferencia que separa a quienes los conceden y su superioridad con respecto al patriarca. «Si admiras a Jacob —dice— porque te dio esta agua, yo te daré una mejor que ésta. ¿Qué dices? Admites sin dificultad la posibilidad de que sea mayor que Jacob, al replicar diciendo: “¿Eres tú más grande que Jacob puesto que prometes dar un agua mejor?”. Si bebes de aquella agua reconocerás que, ciertamente, soy más grande». ¿Observas la imparcialidad del juicio que la mujer emite a partir de los hechos sobre el patriarca y Cristo?

No actuaron así los judíos. Por el contrario, cuando vieron que echaba demonios, no sólo no decían que era mayor que el patriarca, sino que lo llamaban endemoniado. El comportamiento de la mujer no es ése, sino que formula un juicio a partir de donde Cristo desea, a partir de la demostración de los hechos.

También él formula su propio juicio cuando dice: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. En cambio, si las*

*hago, aunque no me creáis, creed en las obras*⁴. De esta forma es conducida la mujer hasta la fe. Por eso, cuando Jesús le oye decir: *¿Eres tú más grande que nuestro padre Jacob?*, obvia hablar de Jacob. Habla del agua y dice: *Todo el que bebe de esta agua, de nuevo tendrá sed*. Compara un agua y otra desde la superioridad de una de ellas y no desde el descrédito de la otra. No dice que esa agua sea insignificante, que no tenga ningún valor o sea despreciable. Subraya lo que la naturaleza misma testimonia: *Todo el que bebe de esta agua tendrá de nuevo sed, mas el que beba del agua que yo le dé, no tendrá jamás sed*.

La mujer había oído hablar ya del agua viva, pero no lo entendía. Llámase agua viva a la que es perenne y siempre fluye, pues sus fuentes no se secan. La mujer creyó que hablaban de ésa. A continuación le aclaró a qué se refería, mostró la superioridad con una comparación y continuó diciendo: *El que beba del agua que yo le dé, no tendrá jamás sed*. Como decía, manifiesta la superioridad con las palabras que pronuncia a continuación, pues el agua que es perceptible por los sentidos no tiene ninguna de estas cualidades ¿Qué dice a continuación? *Habrà en él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna*. De la misma forma que no tendría sed quien tuviera en su interior una fuente, así no tendrá sed quien posea esta agua.

La mujer creyó al punto, resultando ser mucho más sagaz que Nicodemo, y no sólo más sagaz, sino también más fuerte. Éste, después de escuchar infinidad de cosas semejantes, no llamó a ningún otro ni él mismo tuvo fe. Ésta, en cambio, cumple una función apostólica, en la medida en la que anuncia, convoca a todos junto a Jesús y arrastra hasta él a la ciudad entera. Aquél, luego de haber escuchado, dijo: *¿Cómo puede ser esto?*⁵. Cristo le pone el claro ejemplo del

viento⁶, y, aun así, no acepta sus palabras. Todo lo contrario la mujer: no reacciona así. Primero duda, pero después, sin reticencias, con una disposición excelente para aceptar sus palabras, al punto se apresura a acoger cuanto dice. Cristo añade: *Habrá en él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna* e, inmediatamente, la mujer dice: *Dame de esta agua para que no tenga sed y no venga aquí a sacarla*⁷.

2. ¿Ves cómo es llevada poco a poco a la cima de las verdades de fe? Al principio creía que era un judío cualquiera que transgredía la ley; seguidamente, rechazado este pensamiento inculpatario (no convenía que la persona que iba a instruirla resultara sospechosa) y después de que oyó hablar del agua viva, creyó que se refería al agua perceptible por los sentidos. Comprende, finalmente, que se refería a cosas espirituales. Creyendo que esa agua podía sofocar la necesidad provocada por la sed, no obstante, aún no sabía bien de qué se trataba, dudaba todavía, y, aun creyendo que era algo superior a lo perceptible por los sentidos, no alcanzaba a entenderlo. Después de recapacitar, y aunque todavía no lo entiende en su totalidad (pues dice: *Dame de esta agua para que no tenga sed y no venga aquí a sacarla*), comienza a considerarlo superior a Jacob. «No necesito esta fuente si tú me das esa agua». ¿Ves cómo lo antepone al patriarca? Se trata, sin duda, de la manifestación de un alma bondadosa. Habiendo manifestado la gran opinión en que tenía a Jacob, vio a uno mayor y no se mantuvo en su anterior parecer.

No era mujer de fácil contentar y no admitía a la primera cualquier cosa que se le dijera. Bien se echa de ver por lo minucioso de sus preguntas. Pero de sus preguntas se deduce, igualmente, que tampoco era incrédula o impertinen-

te. Cristo dijo a los judíos: *El que coma de mi carne, no tendrá hambre; el que crea en mí, no tendrá sed*⁸, y, lejos de creer, se escandalizaron. La mujer, en cambio, no se comporta así. Permanece junto a él y le interroga. A los judíos les dijo: *El que crea en mí, no tendrá sed*. A la mujer no le habló en los mismos términos, sino más en general: *El que beba de este agua no tendrá sed*. Se trataba de una promesa de cosas espirituales y no visibles. Por eso, aunque eleva su ánimo con promesas, ella todavía persiste en la consideración de las cosas sensibles, pues no podía comprender aún con nitidez las cosas espirituales. Si le hubiera dicho «si crees en mí no tendrás sed», no habría entendido qué le decía, porque no sabía quién le hablaba ni a qué sed se refería.

¿Por qué no actuó así con los judíos? Porque habían visto muchos milagros. Ésta, por el contrario, no había visto ninguno y oía por vez primera palabras tales. Por eso le revela su poder mediante una profecía y no le rebate enseguida ¿Qué dice? *Bien dices «no tengo marido», porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido*⁹.

Grandes son la sabiduría de esta mujer y la mansedumbre con que recibe el reproche. ¿Por qué no habría de recibirlo? Dime: ¿no reprendió con frecuencia a los judíos, y más ásperamente? No es lo mismo sacar a la luz los secretos del pensamiento que poner de manifiesto lo que está oculto. Lo primero sólo puede hacerlo Dios, y nadie más lo sabe a no ser que lo tenga en su mente; lo segundo, en cambio, lo conocen todos los que tienen participación en ello. Los judíos no soportan con mansedumbre ser reprobados, sino que, cuando dice: *¿Por qué buscáis darme muerte?*¹⁰, lejos de admirarse, como la mujer, le ultrajan e inju-

rian. Aquéllos tenían la evidencia de otros prodigios; ésta sólo había escuchado las palabras. Los primeros, en vez de admirarse, le ofendieron en los términos siguientes: *Tienes demonio, ¿quién busca darte muerte?*¹¹.

La mujer no sólo no le ofende, sino que, presa de la admiración, se turba y sospecha que es un profeta. Y eso cuando el reproche que le hace a ella es más fuerte que el dirigido a los judíos. El pecado de la mujer era exclusiva responsabilidad suya, mientras que el de los judíos era común a todos. No nos hieren igual los pecados comunes que los propios. Los judíos creían obrar en justicia si daban muerte a Cristo, mientras que el comportamiento de la mujer era visto por todos como algo pecaminoso. Ahora bien, la mujer no se enoja, sino que se turba y admira.

Cristo actuó igual con Natanael. No inició la conversación con una profecía y no dijo: *Te vi bajo la higuera*, sino que cuando Natanael le preguntó: *¿Cómo me conoces?*¹², entonces enuncia la profecía. Deseaba que los milagros y profecías comenzaran una vez que se habían acercado a él, para familiarizarlos más consigo y evitar cualquier sospecha de vanagloria. Así actúa también en este momento. Juzgó inoportuno y poco útil confundir desde al principio a la mujer con palabras como «no tienes marido». Provocada la ocasión, era mucho más fácil corregirla, además de que este proceder la convertía en una oyente más afable. ¿Por qué añade a continuación: *ve, llama a tu marido?* Se trataba de un don y de una gracia que superaba la naturaleza humana. La mujer insistía en entender y le dice *llama a tu marido* para indicarle que también él debía participar de estas cosas. Ella, inquieta por recibir el agua, oculta lo vergonzoso de su situación y, como cree hablar con un hombre cualquiera, le contesta: *No tengo marido*.

Cristo la escucha, la contradice con exactitud, pues le señala el número de todos los maridos que había tenido, y saca a la luz al que ahora oculta ¿Qué hace la mujer? No se irritó, ni se fue sin hacerle caso, ni juzgó el asunto como un insulto, sino que le admira más y permanece con más confianza junto a él. *Veo que tú eres un profeta*. Observa la sabiduría de su comportamiento. No se va al instante, sino que reflexiona y muestra su admiración. La palabra «veo» significa «me parece que eres profeta». Luego de suponerlo, no le pregunta nada relativo a lo terreno, nada acerca de la salud del cuerpo, nada relacionado con la fortuna ni la riqueza: sólo acerca de las verdades de fe. Pues ¿qué dice? *Nuestros padres adoraron en este monte*, refiriéndose a los que estaban con Abraham, pues decían que su hijo había sido llevado allí; *¿por qué decís vosotros que es Jerusalén el lugar donde hay que adorar?*¹³.

3. ¿Ves qué altura ha alcanzado su pensamiento? La que se preocupaba por no verse atormentada por la sed, pregunta después por las verdades de fe. ¿Qué hace Cristo? No contesta a la pregunta (no le preocupaba responder absolutamente a todo, pues era innecesario), sino que, una vez más, conduce a la mujer a una altura mayor. No abordó esos temas hasta que ella no había reconocido que era un profeta, de suerte que escuchara con más confianza sus palabras. La que creyó esto, ya no podía dudar de cuanto dijera a continuación.

Avergoncémonos y ruboricémonos. Esta mujer, que había tenido cinco maridos y que era samaritana, manifiesta tal interés por las verdades de fe. Pese a no ser el mejor momento del día, ningún quehacer la aparta de formular esa pregunta. Todo lo contrario nosotros: no sólo

no investigamos sobre las verdades de fe, sino que en todo nos mostramos indiferentes y negligentes. Por este motivo todo está descuidado. Dime, ¿quién de vosotros, cuando está en casa, toma el libro del cristiano, lee su contenido y escudriña la Escritura? No hay quien pueda responder que él. Siendo muchas las casas donde encontramos dados y cubos, en ninguna hay libros, o en muy pocas. Y aun quienes los tienen, se comportan como si no los tuvieran: los conservan atados, guardados en cajas, y todo su interés se centra, no en la lectura, sino en la delicadeza del pergamino o en la hermosura de los caracteres. No los adquieren para que les reporten ayuda o beneficio. Su único afán al comprarlos es manifestar con ello su riqueza y honra.

Así es el exceso de vanagloria. No oigo a nadie que se emplee en conocer lo contenido en los libros, sino en tener libros escritos con letras de oro. Y dime: ¿qué provecho reporta eso? Las Escrituras no fueron dadas sólo para que las tuviéramos en los libros, sino para que las tuviéramos grabadas en el corazón. Esta forma de hacerse con libros es propia de la ostentación judía, como si los mandatos sólo alcanzaran a las letras. Al principio, la Ley no nos fue dada así, sino grabada en las tablas de la carne del corazón. Diciendo lo anterior, no es que censure la adquisición de libros, antes al contrario, la aconsejo y recomiendo. No obstante, desearía que sus letras y el pensamiento que contienen llegara a nuestra inteligencia para que se purifique al comprender el significado de las letras. Si en una casa hay un Evangelio, el diablo no osará entrar en ella. Si un alma conoce sus máximas, ni el demonio ni el pecado entrarán en ella y, mucho menos aún se la adueñarán. Santifica tu alma, santifica tu cuerpo, teniendo siempre estas cosas en el corazón y en la lengua. Si la conversación obscena mancha y atrae a los demonios, es evidente que la lectura espiritual santifica y atrae la gracia del Espíritu.

Las Escrituras divinas son cantos. Cantemos, entonces, entre nosotros, y equipémonos con los remedios que éstas nos proporcionan para sofocar las pasiones que asaltan el alma. Si conociéramos qué es lo que se lee, lo escucharíamos con mucha más atención. Lo digo siempre y no dejaré de decirlo. ¿No es absurdo que los que están sentados en el ágora refieran nombres, stirpe, ciudad y habilidades de aurigas y danzantes, y conozcan con exactitud, además, la valía o defectos de los caballos, y, en cambio, los que se reúnen aquí no sepan nada de lo que aquí sucede y desconozcan el número de estos mismos libros? Si buscas aquello porque te proporciona placer, te diré que es mayor el que se deriva de esto. Mira, ¿qué es más agradable, qué más admirable: ver a un hombre que combate con otro hombre, o a un hombre que lucha con el diablo, a un cuerpo que lucha con una fuerza incorpórea y la vence?

Contemplemos estas luchas, pues es conveniente y ventajoso imitarlas, e, imitándolas, es posible que recibamos una corona. No imitemos aquéllas cuyo celo ocasiona ignominia a quien las emula. Si asistes a esta batalla, lo haces en compañía de los demonios. Si a aquélla, con los ángeles y con el Señor de los ángeles. Dime: si te fuera posible asistir y disfrutar del espectáculo sentado junto a príncipes y reyes, ¿no opinarías que es un honor mayor? Si asistes con el rey de los ángeles y ves al diablo sorprendido por la espalda, luchando por vencer, mas sin conseguirlo, ¿no acudirías presuroso a ese espectáculo? ¿Cómo es esto posible? Si tienes las Escrituras entre las manos, en ellas verás estadios, grandes carreras, los puntos flacos de aquél y la astucia del justo.

Si observas este espectáculo, aprenderás a combatir y saldrás libre de los demonios. Fuera de las Escrituras, los combates son espectáculos de demonios, y no teatro de hombres. Si no es lícito entrar en templos de ídolos, menos lícito es participar en fiestas satánicas. No dejaré de decirlo

y de importunar hasta no ver el cambio. Decirlo *no me es molesto y, en cambio, es útil para vosotros*¹⁴. No os molestéis por mi exhortación. De haber ocasión para el disgusto, soy yo quien debería molestarse, pues a menudo hablo y no soy escuchado; y no vosotros, que siempre escucháis y siempre desobedecéis. Mas no suceda que seáis culpables de esta acusación, sino que, lejos de esta vergüenza, seáis juzgados dignos del espectáculo espiritual y de disfrutar de la gloria futura, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 33

Jesús le dijo: Créeme, mujer: llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos

1. En todo momento, hermanos queridos, necesitamos la fe, que es madre de bienes, medicina de salvación y sin la que no es posible comprender nada de los grandes preceptos. Quienes no tienen fe se asemejan a quien intentara atravesar el piélago sin nave: durante un pequeño tramo, esforzándose, lograría nadar con manos y pies, pero a medida que avanzara, se hundiría bajo las olas. De igual modo, los que, antes que aprender algo, se sirven de su propia razón, naufragan. Así lo manifiesta Pablo: *Los que naufragaron con respecto a la fe*. Para que nosotros no padezcamos lo mismo, agarremos con fuerza la sagrada ancla con la que Cristo atrae ahora a la samaritana. Después de que ella dijera: *¿Por qué decís vosotros que es Jerusalén el lugar en donde hay que adorar?*, Cristo le responde: *Créeme, mujer: llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre*.

Le ha revelado una gran verdad de fe que no había manifestado ni a Nicodemo ni a Natanael. Ella sostenía que su

culto era más venerable que el de los judíos; incluso se esforzaba en demostrarlo basándose en que había sido enseñado por sus progenitores. Cristo no respondió a su pregunta, pues era inútil explicar y demostrar por qué los padres adoraban en el monte y por qué los judíos en Jerusalén. Por eso no contestó. Elude la cuestión de la preeminencia de un lugar u otro, eleva el alma de la mujer mostrando que ni judíos ni samaritanos merecen obtener privilegio alguno en el futuro, y, entonces, señala la diferencia. En realidad había señalado a los judíos como superiores, no porque antepusiera un lugar al otro, sino porque reconocía su primacía, como si dijera: «no se debe disputar a causa del lugar». Los judíos eran superiores a los samaritanos en el culto: *Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos.*

¿Cómo es posible que los samaritanos no conocieran lo que adoraban? Porque creían que Dios podía estar circuncrito a un lugar y ser dividido. Así lo veneraban y así, después de anunciar a los persas «el Dios de este lugar se irrita con nosotros», lo adoraban como se adoraría a un ídolo. Por eso continuaban dando culto, al mismo tiempo, a los demonios y a Dios, mezclando lo que en ninguna manera admite mezcla. Los judíos, por el contrario, estaban a salvo de este error, y sabían, aunque no todos, que Dios lo era del mundo. Por este motivo dice: *Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos.* No te sorprendas de que se incluya entre los judíos, pues se expresa de acuerdo a la opinión que de él tenía la mujer, es decir, como si fuera un profeta de los judíos. Por este motivo utiliza la palabra «adoramos».

Que es objeto de adoración es a todas luces evidente: adorar es propio de la criatura, ser adorado es lo propio del Señor de las criaturas. Ciertamente, habla como un judío. El término «nosotros» significa aquí «nosotros los judíos». Exaltando lo judío, se hace digno de crédito y más convincente en orden a que se fíen de sus palabras. Además, libra

de toda sospecha su discurso y manifiesta que no exalta su culto por el parentesco de raza. El que se expresa de este modo acerca del lugar, concepto del que los judíos tanto se gloriaban y por el que creían que eran superiores, hace evidente que, cuando condena a los samaritanos, no lo hace para halagar a nadie, sino con verdad y en virtud de su poder profético. Entretanto había disuadido a la mujer de estas opiniones diciendo: *Créeme, mujer*. Y añadiendo seguidamente: *porque la salvación viene de los judíos*².

Lo que quiere decir es que los bienes que están en el mundo proceden de aquí. El conocimiento de Dios y la condena de los ídolos tuvieron su principio aquí, y todas las demás verdades de fe y el culto que vosotros practicáis, aunque de forma incorrecta, tuvieron su origen entre los judíos. Por igual da el nombre de salvación a estas cosas y a su venida. No se equivoca cuando llama a ambas salvación, diciendo que una procede de los judíos. Refiriéndose a esto, Pablo decía: *De quienes según la carne procede Cristo, Dios que está por encima de todas las cosas*³. ¿Ves cómo predica el Antiguo Testamento, lo señala como raíz de los bienes, declara que él no es contrario en nada a la Ley y dice que de los judíos procede el origen de todos los bienes?

*Mas viene la hora, y es ahora, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre*⁴. Mujer, somos superiores a vosotros —dice— en el modo de adorar, pero esto tendrá su fin. Pues no sólo se producirá un cambio en lo relativo a los lugares, sino también en lo concerniente al culto, y esto ya está a las puertas: *Mas viene la hora, y es ahora*.

2. Como los profetas habían predicho todo hacía mucho tiempo, aludiendo al inminente cumplimiento de las profe-

cías dice: *Y es ahora*. Al decir «verdaderos» rechaza a los judíos juntamente con los samaritanos. Si los primeros son mejores que los segundos, son, sin embargo, muy inferiores a lo que habrá de ser: tanto cuanto es inferior a la verdad la representación simbólica. Se refiere a la Iglesia porque ésta es la verdadera y conveniente forma de adorar a Dios. *Puesto que el Padre busca adoradores tales*. Si buscaba tales adoradores, concedió a éstos una forma propia de adorarle, no porque ésa fuera su voluntad, sino por condescender con ellos a fin de iniciarlos. ¿Quiénes son los verdaderos adoradores? Los que no circunscriben el culto a un lugar y los que adoran a Dios en el espíritu, tal y como dice Pablo: *A quien sirvo en mi espíritu, en el Evangelio de su Hijo...*⁵. Y de nuevo: *Os ruego que ofrezcáis vuestros cuerpos como víctima viva, grata a Dios, como vuestro culto racional*. Cuando dice: *Dios es espíritu*⁶, no quiere significar otra cosa sino que es incorpóreo. Es necesario, por consiguiente, que el culto de quien es incorpóreo sea tributado por lo que de incorpóreo hay en nosotros, o sea, el alma y la pureza de mente.

Por esto dice: *Y los que lo adoran, es preciso que lo adoren en espíritu y vida*. Dice que no es con la limpieza corporal, sino con lo que de incorpóreo hay en nosotros, con la mente, con lo que debe ser venerado quien es incorpóreo. Lo dice porque tanto éstos como los judíos se habían desprecupado del alma, y, en cambio, habían puesto mucho cuidado en el cuerpo, purificándolo de muchas maneras. No sacrificas ovejas y terneros, sino conságrate a ti mismo a Dios y ofréctete como víctima. Eso es ofrecer una víctima viviente. Es preciso adorarle en la verdad. Todo lo anterior, circuncisión, holocaustos, sacrificios e incienso, eran representaciones simbólicas. Pero ahora no es así, ahora todo es

verdad. No es necesario circuncidar la carne, sino los pensamientos perversos, y conviene crucificarse a sí mismo y quitar y sacrificar las pasiones. La mujer, turbada por estas palabras, no alcanza a entender su magnitud y escucha, vacilante, lo que se le dice⁷.

¿Cómo es que los samaritanos esperaban la venida de Cristo si sólo aceptaban a Moisés? Por los escritos mismos de Moisés. Ya desde el comienzo fue revelado el Hijo, pues las palabras: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*⁸ fueron dichas por el Hijo. Él es el que habla a Abraham en la tienda. Y Jacob, profetizando sobre él, decía: *No faltará de Judá un príncipe, ni un jefe de entre sus muslos, hasta que venga aquél a quien está reservado el poder: él será la expectación de los pueblos*⁹. Y el mismo Moisés afirma: *El Señor Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos: le escucharéis*¹⁰.

Para quienes lo deseen, cabría alegar aún los episodios de la serpiente, de la vara de Moisés, de Isaac y el carnero, y otros muchos que también anuncian su venida. ¿Por qué Cristo no persuadió a la mujer con estos argumentos? A Nicodemo le trajo a la memoria la serpiente, a Natanael le recordó la profecía y, en cambio, a ésta no le dijo nada semejante ¿Por qué? Porque aquéllos eran hombres y se preocupaban de estas cosas, mientras que ésta era una mujer indigente, ignorante e inexperta en las Escrituras. Por eso no le habla de esto, sino que la atrae a sí con el asunto del agua y la profecía: a través de todo ello la lleva a recordar al Cristo y se le revela. Si desde el principio, cuando ella no preguntaba nada, le hubiera dicho todo a la mujer, ella habría creído que desvariaba y que decía estupideces. Poco a poco, una vez que la hizo recordar, se le reveló en el momento oportuno.

A los judíos que constantemente le dicen: *¿Hasta cuándo tendrás en vilo nuestra alma? Dinos si tú eres el Cristo*¹¹, no les contesta con claridad. En cambio, a la mujer, porque tenía mejor disposición que los judíos, le dice abiertamente quién es. Aquellos no preguntaban por saber, sino siempre por insultarle. Si deseaban aprender, les bastaba la enseñanza de sus predicaciones, la de las Escrituras y la de los milagros. Ésta, sin embargo, decía todo con un entendimiento sencillo y con un afecto sincero. Así lo evidencia lo que hace a continuación. Escuchó, creyó y, como una red, arrastró a otros muchos a lo mismo. En todo su comportamiento es posible vislumbrar diligencia y fe.

*Y en esto llegaron sus discípulos*¹². Llegaron en el momento oportuno, cuando ya había concluido la enseñanza.

3. ¿De qué se maravillaban? De la afabilidad, de tanta humildad, porque, con ser tan notable, consentía con mucha humildad en hablar con una mujer pobre y samaritana. Sin embargo, aunque turbados, no le preguntaron el motivo: estaban habituados a mantener el lugar que corresponde a los discípulos: le temían y le respetaban. Aunque todavía no lo estimaban como convenía, lo trataban ya como a un hombre extraordinario y lo reverenciaban. Verdad es que muchas veces le hablan con confianza, por ejemplo, cuando Juan se apoya en su pecho, o cuando se acercan a él y le preguntan: *¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?*¹³, o cuando los hijos de Zebedeo le ruegan que uno esté sentado a su derecha y el otro a su izquierda¹⁴.

¿Por qué en esta ocasión no le hicieron ninguna pregunta? Porque podían preguntar cuando algo les afectaba directamente. Lo que ahora acaece no les atañe. Juan lo hacía

mucho tiempo después, cuando tenía más confianza y se sentía más seguro en el amor de Cristo. *Ése era al que Jesús amaba*¹⁵. ¿Qué dicha como ésta? Pero no nos quedemos sólo en eso, hermanos, en celebrar como dichoso al apóstol, sino que hagámoslo todo, imitemos al evangelista y veamos qué era lo que suscitó un amor tan grande, de suerte que también seamos contados entre los bienaventurados ¿Qué era lo que suscitó este amor? Abandonó a su padre, la barca y las redes, y siguió a Jesús. Pero esto también lo hicieron su hermano, Pedro, Andrés y los demás apóstoles ¿Cuál era entonces la diferencia que provocó tanto amor? No comenta nada al respecto, sólo que él era amado: el motivo por el que él era amado con predilección lo calló por modestia.

Era a todas luces evidente que lo quería con un amor extraordinario. Sin embargo, no lo vemos hablando o preguntándole en privado, tal y como hacen en muchas ocasiones Pedro, Felipe, Judas y Tomás, salvo en una ocasión, cuando quiso complacer y obedecer a otro de los apóstoles. Cuando el príncipe de los apóstoles le instó haciéndole señas con la cabeza, entonces él le preguntó: éstos se tenían un gran y recíproco afecto. Los vemos también así cuando subieron al Templo y hablaban entre ellos. Pedro se mueve y habla muy apasionadamente en todo momento, y, finalmente, oye que Cristo le dice: *Pedro ¿me quieres más que éstos?*¹⁶. El que le quiere más que los demás, es evidente que también es querido. En este caso, la razón es obvia: por el hecho de querer a Jesús. Pero aquél es el amado de Jesús. ¿Qué es, en fin, lo que provocó un amor tan extraordinario? Juan manifiesta una gran modestia y dulzura, por lo que no siempre se expresa con toda franqueza y confianza. Cuán grande es esta actitud se pone de manifiesto en el caso de Moisés. Ésta hace que sea tan grande e importante.

Nada es igual a la humildad. Por eso Cristo comenzó por ella las bienaventuranzas¹⁷. Como el que va a poner el cimiento y el fundamento de un gran edificio, así puso en primer lugar la humildad. Pues no es posible, no es posible salvarse sin ella. Si uno ayunara, rezara e hiciera obras de misericordia con soberbia, no estando la humildad presente, todo sería reprobable. Si la humildad está presente, todo es deseable, amable y reporta seguridad. Seamos modestos, queridos, seamos modestos. Es muy fácil practicar esta virtud si estamos vigilantes. ¿Qué es lo que te mueve, hombre, a soberbia? ¿No ves, acaso, la bajeza de tu natural y que la voluntad está pronta a caer? Piensa en tu muerte, piensa en la infinitud de tus pecados. ¿Quizás estás orgulloso porque eres virtuoso? Por esto mismo perderás todo.

Por ello, no es tanto el pecador, cuanto el que cultiva la virtud, quien debe esforzarse en ser modesto. ¿Por qué? Porque al primero se le impone la conciencia de su condición, pero el otro, si no está muy atento, rápidamente, como agitado por cualquier viento, será arrebatado y se desvanecerá como el fariseo. ¿Das a los pobres? No das lo tuyo, sino lo del Señor, lo que es común a todos los siervos. Especialmente es necesario ser humilde cuando en el infortunio de tus semejantes prevés el tuyo y cuando en aquéllos aprendes la condición de tu naturaleza. Quizá nacimos de los mismos progenitores. Si llegó la riqueza a nuestras manos, recuerda que habremos de abandonarla.

Pero, en una palabra, ¿qué es la riqueza? Sombra vana, humo que se desvanece, flor de heno, incluso mucho menos valiosa que una flor. ¿Por qué, entonces, te enorgulleces por el heno? ¿No va a parar la riqueza a manos de ladrones, de los que viven entregados a los placeres, de las meretrices y de los saqueadores de sepulturas? ¿Te envanece porque po-

sees la compañía de la riqueza? ¿Deseas honores? Nada es más útil para conseguir honor que la misericordia. Los honores que proceden de la riqueza y del poder son tributados a la fuerza y con odio; en cambio, éstos proceden de la libre elección y voluntad de los que rinden honor. Por eso, los que honran por este motivo no pueden perder la estima. Si los hombres respetan tanto la misericordia y piden toda clase de bienes para los misericordiosos, piensa qué recibirán a cambio, qué recompensa recibirán de Dios que es bondadoso. Busquemos, por consiguiente, la riqueza que siempre permanece y jamás desaparece, para que en esta vida seamos grandes y gloriosos en la otra, para que alcancemos los bienes eternos por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 34

Dejó su cántaro la mujer, fue a la ciudad y dijo a los hombres: Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será, acaso, el Cristo?

1. Necesitamos un gran fervor y un cuidado muy vigilante porque sin él no es posible alcanzar los bienes que nos han sido prometidos. Para demostrarlo, Cristo dice en una ocasión: *Si alguno no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí*². Y en otra: *Fuego he venido a arrojar sobre la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?*³, deseoso de dar entender con ambas frases que el discípulo debe ser ferviente, estar encendido y pronto a afrontar cualquier peligro. Estas eran las disposiciones de la mujer: hasta tal punto se encendió con sus palabras que abandonó el cántaro y el propósito que la había llevado allí, gracias al cual sucedió todo, y, corriendo hacia la ciudad, arrastró a todo el pueblo hacia Jesús. *Venid—dice— y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho.*

Observa su diligencia y sagacidad. Fue a buscar agua y, una vez que encontró la fuente verdadera, despreció cualquier otra cosa sensible, enseñándonos, aunque con

un ejemplo pequeño, que en la consideración de lo espiritual hemos de despreciar y no prestar atención alguna a lo terreno. De acuerdo con su capacidad, ésta ha llevado a cabo, aunque en un grado mayor, lo mismo que hicieron los discípulos. Aquéllos, llamados, abandonaron las redes; ésta, en cambio, espontáneamente, sin que nadie se lo ordene, abandona el cántaro y, transportada por la gracia, asume el papel de los evangelistas. Y no llama a una o dos personas, como Andrés y Felipe, sino que poniendo en pie a toda la ciudad, a mucha gente, los condujo hacia él.

Observa con cuánta prudencia habla. No dice: «venid y ved al Cristo», sino que, con la condescendencia con la que también Cristo la había convencido, persuade a los hombres. *Venid y ved a un hombre —dice— que me ha dicho todo cuanto he hecho.* No se avergonzó de decir *me ha dicho todo cuanto he hecho*. Podía haber dicho: «Venid, ved a un profeta». Ahora bien, cuando un alma ha sido inflamada por el fuego divino, ya no se preocupa por nada terreno, ni por la fama, ni por el deshonor; sólo el ardor de la llama se apodera de ella. *¿No será, acaso, el Cristo?* Observa de nuevo la gran sabiduría de la mujer. Ni lo dijo claramente ni lo calló. No quería inducirlos por lo que a ella le parecía. Deseaba que fueran partícipes de su opinión sólo cuando lo hubieran escuchado. De esta forma, lo que era probable se convirtió en certeza. No le reveló, ciertamente, toda su vida. Pero con lo que le dijo, creyó que conocía todo lo demás. No dijo «venid, creed», sino «venid, ved», expresión menos imperiosa y más persuasiva. *¿Ves la sabiduría de la mujer?* Sabía, y sabía con seguridad que, una vez que hubieran probado de aquella fuente, creerían las mismas cosas que ella. Sin lugar a dudas, si hubiera sido más ruda, habría ocultado el reproche que se le hizo, mas ella revela su vida, la expone públicamente de modo que pueda atraer y persuadir a todos.

*Los discípulos le rogaban diciendo: rabí, come*⁴. En su lengua el término «rogaban» significa «exhortaban». Lo veían cansado por el viaje y por el calor, y por eso le exhortaban. Le insistían en que tomara alimento, no por insolencia, sino por amor al maestro. ¿Qué dice entonces Cristo? *Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Los discípulos se decían: ¿acaso alguien le ha traído de comer?*⁵. ¿Por qué te extrañas de que esta mujer, después de haber oído hablar de agua, creyera que se trataba verdaderamente de agua? A los discípulos les pasa lo mismo: no comprenden el significado espiritual, sino que dudan y, mostrando al maestro el respeto y consideración acostumbrados y comentando entre ellos, no se atreven a preguntarle.

Actúan así también en otras ocasiones y, aunque desean preguntarle, no lo hacen. ¿Qué dice Cristo? *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha mandado y completar su obra*⁶. En este punto llamó «alimento» a la salvación de los hombres, mostrando de esta forma cómo desea nuestro bien. Tan deseable como es para nosotros el alimento, es nuestra salvación para él. Escucha cómo en ningún caso descubre todo a la primera, sino que antes mueve a su interlocutor a la duda, para que, una vez que ha comenzado a indagar de qué se habla, dudoso y turbado, acepte la explicación de lo que buscaba con buena voluntad y con mejor disposición de escuchar.

¿Por qué no dijo abiertamente: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*, expresión que, aunque no era muy clara, lo era más que la primera? ¿Que cuál? *Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis*. En primer lugar, tal y como he dicho, desea tanto captar su atención con la incertidumbre como acostumbrarlos a escuchar sus

palabras, incluso cuando se expresa de forma enigmática ¿Cuál es la voluntad del Padre? Lo dice y lo explica seguidamente. *Alzad vuestros ojos y contemplad los campos que ya están blanquecinos para la siega*⁷.

2. He aquí que, de nuevo, con palabras que les son familiares, los eleva a la contemplación de cosas sublimes. Diciendo «alimento» no quiso dar a entender ninguna otra cosa que la futura salvación de los hombres. Y lo mismo significan «campo» y «mies», es decir, la multitud de almas dispuestas a recibir la promesa. En este punto habla de ojos, los de la inteligencia y los del cuerpo. Vieron al pueblo samaritano que acudía, y a su resuelta voluntad la denomina *campos blanquecinos*. Como las espigas que, cuando blanquean, están ya preparadas para la cosecha, así también éstos ahora —dice— están prontos y bien dispuestos para la salvación. ¿Por qué no dijo claramente que estos hombres iban a creer y diligentemente iban a acoger su palabra, puesto que ya habían sido instruidos por los profetas y era llegado el momento de que diesen fruto, y, en cambio, los llamó «campo y mies»? ¿Qué significan estas metáforas? No sólo en este punto, sino en todo el Evangelio actúa así: los profetas emplean esta misma forma de expresión y hablan en muchas ocasiones metafóricamente. ¿Cuál es el motivo? No sin razón lo dispuso así la gracia del Espíritu. Mas ¿por qué motivo? Por dos causas.

En primer lugar, porque sus palabras tienen más eficacia y adquieren mayor relieve. La mente, cuando se sitúa ante una imagen que se adecua a las cosas, se aviva, y cuando ve las cosas como en dibujo, se concentra. Ésta es la primera razón. En segundo lugar, porque la narración es mucho más amena y el recuerdo de cuanto se ha dicho es

más duradero: una sentencia no convence ni persuade a un auditorio numeroso tanto como la exposición de unos hechos y la narración de un episodio. Esto puede verse reflejado con mucha sabiduría en la parábola. *El que siega recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna*⁸. El fruto de esta cosecha conviene, no para la vida eterna, sino para la temporal. En cambio, el espiritual, para la vida eterna e inmortal.

¿Ves cómo la parábola se refiere a cosas sensibles, aunque su intención es espiritual, y cómo a través de las mismas palabras distingue lo celeste de lo terreno? Lo que hizo al hablar del agua y al señalar su propiedad, *el que beba esta agua no tendrá sed*, lo hace también en este punto cuando habla del fruto que lleva a la vida eterna, *para que el que siembra y el que cosecha se alegren al mismo tiempo*. ¿Quién es el que siembra y quién el que cosecha? Los profetas son los sembradores, pero no son ellos quienes recolectaron, sino los apóstoles. No por eso se vieron privados de la alegría y de la recompensa de sus esfuerzos, sino que se alegran y regocijan con nosotros, aunque no recolecten con nosotros. Pues el trabajo del que cosecha no es el mismo del que siembra. Donde el esfuerzo es menor, mayor es la alegría. No sucede eso en la siembra, donde la fatiga y el trabajo es grande. En cambio, en la siega la ganancia es abundante, el trabajo no es excesivo y es fácil.

Por consiguiente, desea que con estas palabras se entienda lo siguiente: la intención de los profetas es que los hombres se acerquen a mí, y la Ley era una preparación para ello. Por eso sembraban, para producir este fruto. Señala que él envió a aquéllos y que existe una gran afinidad entre la vieja y la nueva Alianza. Todo esto, en definitiva, es enseñado con la parábola.

Recuerda también un proverbio que estaba en boca de muchos: *En esto es verdadero el proverbio: que uno es el que siembra y el otro el que siega*⁹. Muchos decían: «Unos arrostraban los esfuerzos y otros recogían los frutos», y señala que este proverbio contiene mucha verdad. Los profetas se esforzaron y, en cambio, vosotros recogéis los frutos de sus esfuerzos. No dijo «las recompensas», pues su gran esfuerzo no quedó sin recompensa, sino «frutos». Esto mismo hizo Daniel. Recuerda el proverbio que dice: *De los malvados procede la malicia*¹⁰. Y también David, llorando, recordó este mismo proverbio¹¹. Por este motivo, había dicho al comienzo: *Para que el que siembra y el que cosecha se alegren al mismo tiempo*.

Tal y como dije, después de haber explicado que uno siembra y otro siega, para que nadie creyera que los profetas se vieron privados de recompensa, introduce un concepto nuevo e inesperado, que no se cumple en las cosas sensibles, sino que es algo característico de las espirituales. Pues por lo que a las cosas sensibles se refiere, si sucediera que uno sembrara y otro recolectara, no se alegrarían al mismo tiempo, sino que los que siembran se apenarían por haberse esforzado por los otros, mientras que los que recolectan se alegrarían ellos solos. No sucede así en este caso: los que no recolectan lo que sembraron se regocijan tanto como los que cosechan, de donde es evidente que también éstos participan de la recompensa.

*Yo os envié a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo*¹². Así los persuade eficazmente. Parecía algo fatigoso ir a un lado y

otro del mundo y predicar. Pero les enseña que es cosa fácil. Especialmente fatigoso fue lo que requería mucho esfuerzo: arrojar las semillas e introducir en el conocimiento de Dios al alma no iniciada.

¿Por qué decía estas cosas? Para que cuando los enviara a predicar no se turbaran como si hubieran sido enviados a algo muy arduo. El cometido de los profetas —dice— era mucho más fatigoso, y la realidad misma testifica que vosotros acometisteis lo más fácil. De la misma forma que el fruto se recoge con facilidad en el tiempo de la siega y en el momento oportuno, sin necesidad de esperar al invierno, a la primavera ni a la lluvia, la era se colma con las gavillas, así también sucede ahora: los hechos lo proclaman. Mientras decía esto, los samaritanos salían de la ciudad y el fruto fue recogido conjuntamente. Por este motivo dijo: *Alzad vuestros ojos y ved los campos que ya blanquean*. Dicho lo cual, cuajó la realidad y a las palabras siguieron los hechos. *Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer*¹³. Comprendieron, sin duda, que la mujer no habría alabado al que reprobaba sus pecados a fin de obtener su gracia y que no habría exhibido su propia vida a fin de ganarse el favor de cualquiera.

3. Imitemos también nosotros a la mujer, y, en este sentido, no sintamos vergüenza de nuestros pecados ante los hombres, sino que temamos como es debido a Dios, que ve lo sucedido y que en su momento castigará a los que ahora no se arrepientan. Actuamos, sin embargo, de forma contraria. No tememos al que nos va a juzgar, y, en cambio, nos estremecemos ante los que no pueden ocasionarnos ningún daño y temblamos por la vergüenza que pudiéramos sentir ante ellos. Por este motivo, seremos castigados en lo mismo en que

sentimos temor. El que ahora sólo se preocupa del descrédito que podría sufrir a ojos de los hombres y no se avergüenza de hacer algo inconveniente cuando sólo Dios lo ve y no desea cambiar y modificar su actitud, aquel día, no a la vista de uno o dos, sino ante todo el mundo, será escarmentado.

Que la parábola de las ovejas y de los cabritos te enseñe que está dispuesto un gran espectáculo de las buenas y de las malas obras. El bienaventurado Pablo también lo dice: *Es necesario que nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por el cuerpo, sea bueno, sea malo*¹⁴. Y también: *El que revelará los secretos de las tinieblas*¹⁵. ¿Cometiste algún pecado, o lo has pensado, y lo ocultas a los hombres? No se lo ocultas a Dios. Eso no te preocupa en absoluto y, en cambio, la mirada de los hombres te produce temor. Piensa que aquel día no podrás ocultarte tampoco de los hombres: todo pasará ante nuestros ojos como en imágenes, de suerte que cada uno sea condenado por sí mismo. Todo esto resulta evidente en la parábola del rico. El rico ve colocado ante sus ojos al pobre que despreciaba, a Lázaro, y suplica que le alivie el dedo que a menudo le causaba repugnancia.

Os suplico, pues, que, aunque nadie vea nuestras cosas, cada uno entre en su propia conciencia, se imponga a sí mismo una razón justa y reconozca sus pecados. Y si no quiere ser injuriado en aquel terrible día, aplíquese el remedio del arrepentimiento y cúrese las heridas. Pues es posible que regrese sano aunque esté lleno de miles de heridas. *Si perdonáis, vuestros pecados serán perdonados, mas si no perdonáis, no serán perdonados*¹⁶.

Así como los pecados, lavados en el bautismo, desaparecen, de la misma forma, desaparecerán si deseamos arrepen-

tirnos. El arrepentimiento consiste en no hacer nunca más lo mismo: *El que retorna a sus pecados se parece a un perro que se revuelve en su vómito*¹⁷. Al que, según el proverbio, atiza el fuego. Al que saca agua en una tinaja agujereada. Es necesario abstenerse, de obra y pensamiento, de las acciones pecaminosas, y aplicar a las heridas los remedios que sean contrarios a los pecados mismos. Por ejemplo, ¿has cometido rapiña y deseaste tener más que nadie? Evita el saqueo y aplica el remedio de la limosna a tu herida. ¿Has fornicado? Absténate de la fornicación y aplica el remedio de la castidad. ¿Has hablado mal de tu hermano y le has causado algún daño? Deja ya de criticar y aplica el remedio de la bondad. Actuemos así con nosotros mismos por cada una de nuestras faltas y no pasemos por alto nuestros pecados. Es inminente, inminente, el día de la rendición de cuentas.

Por este motivo Pablo decía: *El Señor está próximo, no os inquietéis por nada*¹⁸. Ahora bien, también cabe decir lo opuesto: «El Señor está próximo, inquietaos». Los que se encuentran en tribulaciones, fatigas y luchas oyeron: *no os inquietéis por nada*. Los que viven en saqueos y fornicación, los que tengan que rendir bochornosas cuentas, con razón podrían interpretar lo de «el Señor está próximo, inquietaos».

No nos separa mucho tiempo del día supremo, sino que el mundo se apresura a su fin. Las guerras, las tribulaciones, los terremotos y la caridad que se apaga lo evidencian. Como el cuerpo agonizante, próximo a la muerte y afligido por miles de dolores, y como una casa que, cuando va a derrumbarse, manifiesta su caída por el techo y las paredes, así también el final del mundo está próximo y a las puertas, motivo por el cual miles de males se extienden por todas partes. Si entonces el Señor estaba cerca, mucho más lo está ahora. Si hace cuatrocientos años se decía esto y

Pablo llamaba «plenitud de los tiempos» a aquel momento, mucho más debe denominarse así al momento presente.

Quizás algunos no crean por esto mismo, y, sin embargo, por esto es preciso creer más. ¿Cómo sabes, hombre, que el final no está próximo y que lo dicho no sucederá en breve? Como no decimos que el final del año es el último día, ni tampoco el último mes, aunque tenga treinta días, así incluso entre tantos años, no me equivocaría si dijera que el final es un período de cuatrocientos años. Desde entonces anunció el final. Hagamos un acto de contrición, complazcámonos en el temor de Dios. Viviendo nosotros seguros, sin preocupaciones ni sospechas, sobrevendrá su venida. Aludiendo a esto, Cristo decía: *Como en los días de Noé, y en los días de Lot, así será también en el cumplimiento de este siglo*¹⁹.

A lo mismo se refiere Pablo cuando dice: *Cuando dicen «paz y seguridad», entonces, de súbito, les sobrevendrá la ruina, como los dolores de parto a la mujer embarazada*²⁰. ¿Por qué alude a los dolores de parto a la mujer embarazada? A menudo, cuando las mujeres encintas andan en juegos o comiendo, o están en los baños o en el ágora, sin prever nada de lo que va a suceder, les sobrevienen de improviso los dolores del parto. Puesto que estamos en las mismas circunstancias, estemos siempre preparados. Pues no siempre escucharemos estas palabras, no siempre tendremos esta posibilidad. Está escrito: *En el infierno ¿quién te reconocerá?*²¹. Por consiguiente, hagamos penitencia a fin de que Dios nos sea propicio en el día que está por venir y así podamos gozar del completo perdón de nuestros pecados. Ojalá que todos nosotros lo alcancemos, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 35

Así que los samaritanos vinieron a él, le rogaron que se quedase con ellos. Permaneció allí dos días. Muchos más creyeron en él por su palabra, y a la mujer le decían: «Ya no creemos por lo que tú has dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Cristo». Pasados dos días, se fue de allí y partió hacia Galilea

1. No hay nada peor que la envidia y el rencor, nada más dañino que la vanagloria, que acostumbra a corromper innumerables bienes. Los judíos, pese a tener un mayor conocimiento que los samaritanos, y pese a haber sido educados por los profetas, eran, en cambio, inferiores a aquéllos. Los samaritanos creyeron por el testimonio de la mujer, y, aunque no habían visto ningún prodigio, salieron de la ciudad para pedir al Cristo que permaneciera con ellos. Los judíos, en cambio, después de haber visto milagros, no sólo no lo retuvieron entre ellos, sino que lo expulsaron y se las ingeniarón de forma que también lo echaron del país, pese a que había venido por ellos. Unos lo echaron de su lado y otros le suplicaban que permaneciera con ellos.

Dime: ¿no parecería justo que permaneciera junto a los que se lo pedían y le requerían y que no se acercara a los

que conspiraban y lo rechazaban?, ¿que se entregara a los que le querían y deseaban retenerlo? Y, sin embargo, no habría sido digno de su providencia. Por eso aceptó quedarse con ellos dos días. Sin duda deseaban retenerlo para siempre. El evangelista lo pone de manifiesto cuando dice: *Le pedían que se quedara con ellos*. Mas él no quiso y se quedó sólo dos días, durante los cuales muchos más creyeron en él.

No era natural que creyeran en él, pues no habían visto ningún milagro y porque odiaban a los judíos. Sin embargo, después de que juzgaron con verdad sus palabras, eso no fue un impedimento, sino que se formaron de él un concepto que superaba todos los obstáculos y lo admiraron mucho más. *A la mujer le decían: «Ya no creemos en él por lo que tú has dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Cristo»*. Los discípulos superaron a su maestro. Bien podrían acusar a los judíos, pues creyeron y lo aceptaron. Aquéllos por quienes había cumplido todas sus obras intentaron lapidarlo en muchas ocasiones. Éstos, en cambio, atrajeron hacia sí a aquél que no se había dirigido a ellos. Los primeros no cambian de actitud aunque ven milagros. Los segundos, sin necesidad de milagros, depositaron una gran fe en él y se glorían por esto mismo, por haber creído en él sin necesidad de milagros, mientras que los otros no cesan de reclamar prodigios y de tentarlo.

Es necesario que el alma esté siempre bien dispuesta: si la verdad se presenta, fácilmente se apodera de ella. Si no se apodera de ella, no será por debilidad, sino por la terquedad del alma. Cuando el sol toca unos ojos limpios, los ilumina con facilidad. Si no ilumina, no será por debilidad del sol, sino por culpa de la incapacidad de los ojos. Escucha qué dicen los samaritanos: *Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Cristo*. ¿Ves qué rápidamente reconocieron que iba a atraer hacia sí al mundo, que

vino para realizar la salvación de todos, que no iba a limitar su providencia a los judíos, sino que tenía la intención de extender su palabra por doquier?

No actuaron así los judíos, sino que, buscando imponer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios. Éstos, sin embargo, reconocen que todos son culpables, poniendo de manifiesto aquello del Apóstol: *Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia*². Al decir que es el Salvador del mundo manifiestan que el mundo estaba en ruinas. Y no dijeron que era simplemente el Salvador, sino que lo era en algo de capital importancia. Vinieron muchos para salvar, profetas y ángeles, mas el verdadero Salvador es éste, que ofrece la salvación verdadera y no sólo la temporal.

Es la prueba de su fe sincera. Son dignos de admiración por varios motivos: porque creyeron y porque creyeron sin necesidad de milagros. Cristo los califica de dichosos cuando dice: *Dichosos los que sin ver creyeron*³. Y también porque creyeron sinceramente. Oyeron a la mujer que dubitativamente decía: *¿No será, acaso, el Cristo?*, y ellos no dijeron: «también nosotros lo suponemos», o «lo pensamos», sino *sabemos*. Y no sólo esto, sino que añadieron: *Éste es verdaderamente el Salvador del mundo*. No creían que el Cristo fuera uno más, sino que lo reconocían como Salvador verdadero. Pero ¿vieron que salvara a alguien? Sólo oyeron sus palabras y, sin embargo, dijeron lo que habrían afirmado si hubieran contemplado muchos y grandes prodigios.

¿Por qué los evangelistas no nos relatan esas palabras tan admirables? Para que aprendas que omiten muchas cosas importantes, aunque manifiestan el resultado final. Con sus palabras persuadió a todo el pueblo y a la ciudad entera. Cuando no son persuadidos es cuando los evangelistas se

ven en la necesidad de referir cuanto dice, para que nadie, por la incredulidad del auditorio, culpe al que habla.

*Pasados dos días, se fue de allí y partió hacia Galilea. El mismo Cristo testimonió que ningún profeta es honrado en su propia patria*⁴. ¿Por qué añade esto? Porque no se dirigió a Cafarnaúm, sino a Galilea y de allí a Caná. Para que no preguntes por qué no permaneció entre los suyos y se quedó entre los samaritanos, añade la causa diciendo que no le prestaron atención alguna. Por esto no fue allí, para que su condena no fuese mayor.

2. Creo que, en este punto, por su patria debe entenderse Cafarnaúm. Allí, ciertamente, no gozó de honra. Escucha cuando dice: *Y tú, Cafarnaúm, que te levantas hasta el cielo, hasta el infierno serás abatida*⁵. La llama su patria para indicar una razón de su encarnación y porque allí había pasado mucho más tiempo. ¿Por qué? ¿No vemos entre sus conciudadanos a muchos que le admiran? Sí, pero no dejan de ser una minoría. Si algunos han sido honrados en su patria, muchos más lo han sido en un país extranjero, porque la familiaridad acostumbra a generar desprecio.

*Cuando llegó a Galilea, lo acogieron los galileos que habían visto todo cuanto había hecho en Jerusalén en la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta*⁶. ¿Ves cómo los que son objeto de reproches son los que, acercándose a él, lo encuentran? Uno decía: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?*⁷. Y otro: *Pregunta y ve que de Galilea no ha salido un profeta*⁸. Lo decían con el fin de ofenderle, ya que muchos creían que procedía de Nazaret. Le reprochaban ser samaritano: *Eres samaritano y tienes un demonio*. He aquí

lo que los samaritanos y los galileos creen, para vergüenza de los judíos. Los samaritanos, no obstante, se muestran mejores que los galileos. Aquéllos lo aceptaron por las palabras de la mujer; éstos, en cambio, porque vieron los milagros que hizo: *Jesús vino de nuevo a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino*⁹.

Trae a la memoria del oyente el milagro para mayor alabanza de los samaritanos. Los galileos lo acogieron después de lo sucedido en Jerusalén y de los milagros allí acaecidos. Los samaritanos no lo recibieron por esto, sino sólo por su enseñanza. Dijo que fue allí, mas el motivo de su ida no lo señala. Se presentó en Galilea por la envidia de los judíos, mas ¿por qué fue a Caná? La primera vez fue porque estaba invitado a un banquete de boda, pero ahora, ¿por qué? Me parece que fue para confirmar con su presencia la fe suscitada por ese milagro, para, sin ser llamado, atraer hacia sí a más, y, abandonando su patria, escogerlos preferentemente.

*Había un servidor real cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Después de oír que Jesús venía de Judea a Galilea, se dirigió a él y le pedía que fuese y curase a su hijo*¹⁰. El servidor real recibía este nombre o porque era de origen real o por la función que desempeñaba. Algunos creen que éste es el que aparece en el Evangelio de Mateo. Está probado, sin embargo, que se trata de otro, no sólo por su distinta categoría, sino también por una fe distinta. Aquél, aunque Cristo quiere ir con él, le pide que no vaya. Éste, por el contrario, aunque no se ofrece voluntariamente, lo arrastra hacia su casa. Aquél dice: *No soy digno de que entres bajo mi techo*¹¹. Éste, en cambio: *Baja antes de que mi hijo muera*¹². Aquél, bajando el monte, llegaba a Cafarnaúm; éste, procedente de Samaría, se dirigió, no a Cafarnaúm, sino a Caná.

El hijo de aquél sufría una parálisis, el de éste tenía fiebre. *Y dirigiéndose a él le pedía que fuese y curase a su hijo, pues iba a morir. ¿Qué dice Cristo? Si no veis signos y prodigios no creéis*¹³. Era una prueba de que tenía fe el hecho de que fuera a él y le suplicara. Lo señala el evangelista al decir: *Creyó en su palabra y se fue*, después de que Jesús dijera: *Ve, tu hijo vive*¹⁴. ¿Qué significado tienen sus palabras? O lo decía porque le complacía que los samaritanos creyeran sin necesidad de milagros, o por advertir a Cafarnaúm, ciudad que consideraba como la suya. Cuando otro, tal y como narra Lucas, dijo: *Creo, Señor, mas ayuda mi incredulidad*¹⁵, manifestó lo mismo. Si creyó, no lo hizo ni completa ni verdaderamente, tal y como se pone de manifiesto al preguntar por la hora en la que le dejó la fiebre.

Quería saber si había sucedido naturalmente o por mandato de Cristo. *Cuando supo que fue el día anterior, a la hora séptima, creyó él y toda su casa*¹⁶. ¿Te das cuenta de que creyó cuando sus siervos se lo anunciaron y no cuando se lo dijo Cristo? Reprueba la intención con la que se acerca a él, a pesar de lo cual, le impulsa a creer, pues, antes del milagro, no creía mucho. No es extraño que se dirigiera a él y le rogara. Los padres, llevados por el amor paterno y deseosos de agotar todas las posibilidades, consultan, no sólo a los médicos en los que confían, sino también a los médicos en los que no tienen tanta confianza. Lo cierto es que se acercó a él casualmente: lo vio cuando fue a Galilea. Si hubiera tenido más fe, no habría dudado en ir a Judea, ya que su hijo estaba a punto de morir. Y no vale como justificación el que tuviera miedo.

Observa cómo sus palabras declaran la debilidad del hombre. Aunque al principio no la tuviera, después de serle reprochada su disposición, debería haber mostrado una mayor estima por él. Y, a pesar de todo, continúa con una visión pegada a la tierra. *Baja* —dice— *antes de que muera mi hijo*¹⁷, como si no pudiera resucitarlo después de muerto, o como si él no conociera la situación en la que se encontraba el muchacho. Por este motivo, lo amonesta y apela a su conciencia, advirtiéndole que los milagros se obran principalmente por causa del alma. Así pues, no cura menos al padre, enfermo en la disposición de su alma, que al hijo. Y nos enseña que no hemos de creer en él por los milagros, sino por su doctrina. Los milagros suceden, no por los que creen, sino por los que no creen y son más rudos.

3. Cierto es que el padre, afligido, no prestaba mucha atención a sus palabras, a excepción de aquéllas que se referían a su hijo. Pero, después de que hubo recordado lo que le fue dicho, obtuvo más provecho, tal y como efectivamente sucedió ¿Por qué se ofrece a ir voluntariamente a casa del centurión, mientras que en este episodio no va, aunque es reclamado? Porque en el primer caso la fe era perfecta. Se ofreció a ir a su casa para que conociéramos la rectitud de intención de este hombre. En cambio, el funcionario real todavía era imperfecto. Le insistía diciendo: *baja*. Desconocía, sin duda, que podía curarle incluso a distancia. Y, efectivamente, demuestra que puede hacerlo. Lo que el centurión posee por su cuenta, éste lo aprende a partir de que Jesús no va a él. Cuando dice: *Si no veis signos y prodigios no creéis*, quiere significar: «No tenéis todavía una fe apropiada si todavía me juzgáis como un profeta». Descubriéndose a sí mismo y señalando que es preciso creer en él

sin necesidad de milagros, decía lo que también dice a Felipe: *¿Crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Al menos creedme por las obras*¹⁸.

*Ya bajaba él cuando le salieron al encuentro sus siervos diciéndole: «Tu hijo vive». Les preguntó entonces la hora en la que se había sentido mejor. Le dijeron: «Ayer, a la hora séptima le dejó la fiebre». Supo entonces el padre que en aquella hora Jesús le dijo «tu hijo vive». Y creyó él y toda su casa. ¿Ves cómo resultó evidente el milagro? No salió del peligro de forma ordinaria ni por casualidad, sino súbitamente, de suerte que la curación no pudo haber sucedido por el orden natural, sino por la intervención del poder de Cristo. A las puertas mismas de la muerte, tal y como señaló el padre con las palabras: *Baja antes de que muera mi hijo*, al punto se vio libre de la enfermedad, hecho que también movilizó a los sirvientes. Éstos salieron a su encuentro, quizá no sólo para darle la buena noticia, sino también porque consideraban innecesaria la venida de Jesús.*

Sabían que iba a presentarse allí y salieron a su encuentro en el camino. Este hombre, ya sin miedo, se acercó a la fe y, deseoso de mostrar que el hecho sucedió a causa de su viaje, se esfuerza de suerte que no pareciese que se había movido en vano. Por eso se informa diligentemente de todo. *Y creyó él y toda su casa.* Su testimonio estaba fuera de toda sospecha. Los que no habían estado presentes no habían oído lo que Cristo dijo y no conocían la hora exacta. Cuando supieron por el señor que la hora era aquélla, tuvieron una demostración irrefutable de su poder: por este motivo también ellos creyeron.

¿Qué aprendemos de todo esto? A no esperar milagros y a no buscar pruebas del poder de Dios. Observo que muchos son más piadosos cuando obtienen algún alivio en la

enfermedad del hijo o de la mujer. Es necesario que, aunque no lo tengamos, perseveremos en la acción de gracias y alabanza a Dios. Acudir a él no sólo cuando son perdonados, sino también cuando son fustigados, es el comportamiento propio de siervos buenos, constantes y que aman al Señor como es preciso. Estas obras son propias de la providencia de Dios. *El Señor castiga a quien ama y azota a todo hijo que acoge*¹⁹. No manifiesta señales de un gran afecto y no quiere a Cristo con pureza de intención quien sólo lo venera si todo va bien.

¿Qué puedo decir de la salud y de la abundancia de bienes, o de la pobreza y de la enfermedad? Aunque oyeras hablar de la gehenna o de cualquier otro mal, ni siquiera así es preciso alejarse de la alabanza al Señor; antes al contrario, es necesario sufrir y soportar todo por amor a él. Esto es lo que caracteriza a los siervos buenos y de alma firme. El que tiene estas buenas disposiciones soportará con facilidad las pruebas presentes, alcanzará los bienes futuros y gozará de una gran confianza junto a Dios. Ojalá que todos nosotros la alcancemos, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 36

Este segundo milagro lo hizo Jesús viniendo de Judea a Galilea. Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos y subió Jesús a Jerusalén

1. De la misma forma que a ningún experto en minas de oro se le ocurriría desdeñar el más pequeño filón, ya que contiene una gran riqueza, así en las Sagradas Escrituras no estaría exento de castigo pasar por alto una sola iota o un solo punto, sino que es necesario investigarlo todo minuciosamente. Todo ha sido dicho por el Espíritu Santo y en ellas nada es superfluo. Observa qué dice en este punto el evangelista: *Este segundo milagro lo hizo Jesús viniendo de Judea a Galilea*. No sin motivo precisa que se trata del «segundo», sino para ensalzar el milagro de los samaritanos: declara que, aunque había tenido lugar un segundo milagro, los que lo habían contemplado no alcanzaron la cima de aquéllos, que nada habían visto. *Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos*. ¿De qué fiesta se trata? Me parece que de la fiesta de Pentecostés. *Y subió Jesús a Jerusalén*. Con frecuencia va a la ciudad en las fiestas, sea para que pareciese que las celebraba con ellos, sea para atraer hacia sí a la gente honrada. En esos días se reunían sobre todo las personas más sencillas.

Hay en Jerusalén una piscina probática, llamada en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos, que esperaban el movimiento del agua². ¿Qué tipo de curación es ésta? ¿Qué misterio se nos insinúa? No está escrito a la ligera y como al azar, sino que, en imagen y simbólicamente, queda esbozado lo que va suceder, para que la fuerza de la fe de muchos no quede debilitada por algo que es extraño y muy inverosímil. ¿Qué es lo que se esboza? Iba a instituirse el bautismo, portador de una gran fuerza y de una gracia abundantísima, el bautismo que lava todos los pecados y devuelve la vida a los muertos. Este hecho es el que se proclama como en imagen con la piscina y con otros muchos episodios. El agua es dada, en primer lugar, para lavar las manchas del cuerpo y otras impurezas que no lo son realmente, sino sólo lo aparentan, tales como las causadas por la muerte, la lepra y otras cosas semejantes. Bien podrían verse en la antigua alianza muchos hechos extraordinarios sucedidos por medio del agua.

Pero vayamos ahora a lo que es más apremiante. Tal y como he dicho, hace que sean anuladas por medio del agua, primero las impurezas del cuerpo, y después otras distintas enfermedades. Dios, deseoso de llevarnos muy cerca del don del bautismo, cura no sólo las impurezas, sino también las enfermedades. De la misma forma que los guardianes que están próximos al rey son más notorios que los que están lejos, así sucedió con estas representaciones simbólicas. Estando muy cerca de la verdad, eran más precisas que las antiguas. El ángel descendía, agitaba el agua y le confería el poder de curar, todo con el fin de que los judíos aprendieran que, con mayor razón, el Señor de los ángeles podía curar todas las enfermedades del alma.

Como no era la naturaleza de las aguas la que poseía una propiedad terapéutica (pues de haber sido así la habría poseído siempre), sino la intervención del ángel, así también en nosotros no es el agua la única que actúa, sino que, una vez que ha recibido la gracia del Espíritu, anula todos los pecados. En torno a esta piscina *yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos, que esperaban el movimiento del agua*. La enfermedad era un impedimento para el que deseaba curarse, aunque todos estaban en condiciones de acercarse. No es un ángel el que mueve el agua, sino el Señor de los ángeles el que lo hace todo. Y no es posible decir: *mientras voy, otro desciende antes que yo*³. Aunque acudiera todo el mundo, la gracia no se agota y no se consume su eficacia, sino que permanece igual y en la misma cantidad que antes de que eso sucediera. De la misma forma que los rayos del sol iluminan cada día y no se consumen ni es menor su esplendor por su gran difusión, la eficacia del Espíritu no se ve disminuida por la multitud de los que gozan de ella. Esto sucedió para que los que saben que es posible curar con el agua las enfermedades del cuerpo y durante mucho tiempo han tenido experiencia de ello, crean fácilmente que también es posible curar las enfermedades del alma.

¿Por qué Jesús prescinde de los otros y se acerca al hombre que llevaba treinta y ocho años? ¿Por qué le pregunta si quiere ser curado? No para saberlo, pues no era necesario, sino para poner de manifiesto su perseverancia y para que conozcamos por qué se dirige a éste y no a los otros. ¿Qué contesta el enfermo? *No tengo a nadie que al moverse el agua me meta en la piscina*. Para que lo sepamos, preguntó: *¿quieres ser curado?* No le dijo «¿Quieres que te cure?», pues todavía no tenía una opinión elevada sobre él, sino que le dijo: *¿Quieres ser curado?*

Es admirable la perseverancia del paralítico. Durante treinta y ocho años esperando, año tras año, ser liberado de su enfermedad. Permanecía allí y no se alejaba. Si no hubiera sido perseverante ¿no habría bastado para alejarlo de aquel lugar no sólo lo pasado, sino también lo venidero? Ten presente que, como es natural, los demás enfermos también vigilaban. Se desconocía el momento en el que el agua iba a ser agitada. Los cojos y los mancos podían observarla, mas los ciegos ¿cómo podían verla? Podían saberlo quizá por el alboroto que se producía.

2. Avergoncémonos, por tanto, avergoncémonos, queridos, y lloremos por nuestra mucha negligencia. Durante treinta y ocho años aquél esperó junto a la piscina sin alcanzar lo que deseaba, pero no se alejó. No consiguió nada, no por desidia, sino porque los otros se lo impedían violentamente. Y aun así, no se desanimó. Nosotros, en cambio, si durante diez días perseveramos diligentemente en la petición de algo y no obtenemos nada, desistimos de poner tanto empeño. Durante mucho tiempo permanecemos junto a los hombres, prestamos un servicio militar, nos fatigamos, desempeñamos ocupaciones serviles y, al final, siempre queda frustrada nuestra esperanza. Junto a nuestro Señor, sin embargo, aunque es posible alcanzar una recompensa mucho mayor que nuestros esfuerzos (*la esperanza* —como dice Pablo— *no defrauda*⁴), no tenemos paciencia para esperar con el empeño que conviene. Un comportamiento así, ¿qué castigo merece? Si no obtuviéramos nada, el hecho mismo de hablar constantemente con él ¿no merecería ser considerado un grandísimo bien? Mas la petición constante es algo laborioso. Di: ¿no cuesta trabajo, acaso, lo relativo a la virtud? Esto mismo causa perplejidad: que el placer

acompañe a un comportamiento malvado y el esfuerzo a la virtud. Creo que muchos notan esta carencia.

¿Cuál es el motivo? Al principio Dios nos dio una vida libre de preocupaciones y privada de fatigas, mas nosotros abusamos de este don, nos pervertimos por desidia y nos vimos privados del paraíso. Por eso hizo que nuestra vida fuera trabajosa, como si se justificara ante el género humano y dijera: «Al principio os concedí una vida fácil, pero, al ceder, fuisteis peores, motivo por el cual ordené que fatigas y sudores se agregaran a vuestra vida. Pero, puesto que ni el esfuerzo os detuvo, di a su vez una ley en la que se contienen muchos preceptos, como cuando a un caballo sin riendas se le ponen freno y ataduras para dominar su ímpetu». Así hacen también los domadores de caballos. Por eso es nuestra vida fatigosa, porque, habitualmente, la falta de esfuerzo nos corrompe. Nuestra naturaleza no soporta la inactividad y fácilmente se inclina al vicio. Admitamos que el hombre templado y que practica las demás virtudes no precisa de esfuerzos, pero nosotros, que lo hacemos todo como si durmiéramos, ¿cómo haríamos uso de esta indulgencia? ¿No desembocaríamos en la arrogancia y en el orgullo? ¿Por qué acompaña tanto placer a la maldad y tanto esfuerzo y sudor a la virtud? ¿Qué gracia obtendrías, o por qué alcanzarías recompensa, si la virtud no fuese laboriosa? Ahora podría señalarte a muchos que, por naturaleza, aborrecen unirse con las mujeres y que rehúyen como algo horrible el trato con ellas. Dime: ¿los llamaremos castos y los coronaremos y proclamaremos? De ninguna manera. La castidad es templanza y vencer los placeres que presentan batalla. En las guerras, los trofeos son más espléndidos cuando los combatientes son violentos, y no cuando nadie opone resistencia.

Muchos son por naturaleza cobardes. ¿Diremos que son dóciles? En modo ninguno. Cristo menciona tres tipos de eunucos: a dos los deja sin corona y sólo a uno lo intro-

duce en el cielo⁵. ¿Por qué necesitaba maldad? Yo pregunto también lo mismo. ¿Quién es el artífice de la maldad? ¿Qué otra cosa que la negligencia que procede de la voluntad? Mas ¿era necesario que sólo existieran buenos? ¿Qué es lo propio del bien? ¿Ser continente y estar en vela, o dormir profundamente? ¿Por qué no se considera bueno el hecho de que alguien actúe rectamente sin esfuerzo? Estas consideraciones son propias de animales, de quienes sólo piensan en llenar su estómago y consideran su vientre como un dios. ¿Por qué estas palabras son propias de la ineptitud? Imaginemos a un rey y a un general. Mientras el rey, embriagado, duerme, el general, con mucho esfuerzo, alcanza una gran victoria. ¿A quién atribuirías la victoria? ¿Quién disfrutaría del placer de lo sucedido? ¿Ves que el alma mejora con lo que le supone esfuerzo? Por eso fueron vinculados esfuerzo y virtud, para que el alma se habituara a la virtud. Por eso, aunque no la practiquemos, admiramos la virtud y condenamos la maldad, aunque sea más placentera. ¿Por qué no admiramos más a los que son buenos por naturaleza que a los que lo son por un esfuerzo de la voluntad? Porque es justo anteponer el que se esfuerza al que no se esfuerza. ¿Por qué ahora tenemos que esforzarnos? Porque si no nos esforzamos no seremos virtuosos.

Si alguno examinara con más precisión esta cuestión, encontraría que la pereza, habitualmente, nos corrompe y nos ocasiona mayor esfuerzo. Encerramos a un hombre, le saciamos de comida y no le permitimos que ande ni realice acción alguna, sino sólo que disfrute de los placeres de la mesa y del lecho y viva desordenadamente en todo momento ¿Qué habría más miserable que este tipo de vida? Una cosa es trabajar y otra cansarse, y, al principio, era posible trabajar sin fatigas. ¿Era posible? Sí, lo era. Esto es lo que Dios quiso,

mas tú no consentiste que fuera así. Dispuso que cultivaras el paraíso, ordenando trabajar sin esfuerzo. Si desde el principio el hombre se hubiera cansado, después no lo habría dispuesto como castigo. Como los ángeles, es posible trabajar y no cansarse. También los ángeles trabajan. Escucha lo que dice al respecto: *Poderosos en fuerza y ejecutores de su palabra*⁶. Ahora la falta de fuerza conlleva más esfuerzo, y entonces no era así. El que entra en su reposo, *descansó* —dice la Escritura— *de sus obras*⁷, como Dios de las suyas. Estas palabras no hacen referencia a la pereza, sino a la ausencia de cansancio. Dios, en efecto, todavía ahora trabaja, tal y como dice Cristo: *Mi Padre todavía obra y yo también obro*⁸. Por este motivo os exhorto a que, evitando actitudes negligentes, busquéis la virtud. El placer que proporciona el vicio es breve; el dolor que causa, eterno. Por el contrario, la alegría que procede de la virtud es inmortal y el esfuerzo sólo temporal. La alegría ante la perspectiva de la corona estimula al que la persigue y lo nutre de esperanza. Quien se mueve por temor al castigo, se atormenta, le remuerde la conciencia y anda siempre asustado y sospechando de todo. ¿No es eso peor que muchos esfuerzos y sudores? Si no hubiera sino placer, ¿qué habría más ruin? Al tiempo que aparece, desaparece. Huye antes de ser poseído. Y eso, tanto el placer carnal, como el que produce una vida fácil, o el procedente de las riquezas. No deja de debilitarse un día tras otro. Cuando el castigo y el tormento lleguen, ¿quién más miserable que el que esto buscaba? Sabedores de todo lo cual, soportemos todo por la virtud. De esta forma gozaremos del verdadero placer, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 37

Jesús le dice: ¿Quieres ser curado? El enfermo le respondió: Sí, Señor, mas no tengo a nadie para que, cuando el agua es movida, me meta en la piscina

1. De las Sagradas Escrituras se deriva un gran beneficio, una notable utilidad procede de las mismas. Pablo lo pone de manifiesto cuando dice: *Cuanto fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, para nosotros que hemos sido reservados para el final de los siglos, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza*². Los preceptos divinos son depósito de toda clase de remedios, de suerte que cuando se necesite amortiguar la arrogancia, calmar el deseo, despreciar el amor por las riquezas, desdeñar el dolor, fortificar el ánimo y consolidar la paciencia, en ellas se encontrará un punto de partida firme. ¿Quién de los que se enfrentan a una gran pobreza o de los afectados por una grave enfermedad no obtendrá un gran consuelo al leer el presente pasaje? Durante treinta y ocho años este parálítico estuvo allí, veía año tras año que otros se curaban y él, en cambio, continuaba enfermo. No por eso decayó su ánimo ni desistió, aunque no sólo la tristeza pasada, sino también la falta de esperanza en lo futuro eran suficientes para atormentarle. Escucha cuanto dice

y cae en la cuenta de la magnitud de su tragedia. Después de que Cristo le preguntara: *¿quieres ser curado?*, él contestó: *Sí, Señor, mas no tengo a nadie para que, cuando el agua es movida, me meta en la piscina.* ¿Qué podría ser más digno de lástima que estas palabras? ¿Qué situación puede ser más desgraciada que la suya? ¿Ves un corazón afligido por una larga enfermedad? ¿Ves toda una ansiedad calmada? No pronunció blasfemia alguna de cuantas oímos a muchos en estas mismas circunstancias, no maldijo el día en el que vino al mundo, no se irrita por aquella pregunta, ni dice: «Has venido a ridiculizarme e insultarme, preguntando si quiero ser curado». Por el contrario, suavemente y con gran moderación, responde: *Sí, Señor.* Aunque no sabía quién le hacía la pregunta ni que iba a curarle, sin embargo, como si hablara con un médico y deseara sólo explicar su enfermedad, describe su situación con todo decoro y no pide nada. Quizás esperaba que Cristo le ayudara a meterse en el agua y deseaba persuadirlo con estas palabras. ¿Qué dice Cristo entonces? Demostrando que todo lo puede con la palabra, dice: *Levántate, toma tu camilla y anda*³.

Algunos opinan que este enfermo es el mismo del que habla Mateo. No lo es, sin embargo, y es evidente por muchas razones. En primer lugar, por la soledad en la que éste se encuentra. Aquél tenía a muchos que se preocupaban de él y lo transportaban. Éste no tiene a nadie. Por eso dijo: *No tengo a nadie.* Es evidente también por la respuesta. Aquél no contesta nada; éste, en cambio, expone toda su situación. Y en tercer lugar, por la circunstancia y el momento: éste en una fiesta y en sábado, y aquél en otro día. También el lugar de ambos es distinto. Aquél recibe cuidado en casa; éste, en cambio, está junto a la piscina. La forma de la curación también difiere. En aquel caso dice: *Hijo, tus pecados son perdo-*

nados⁴. En éste, primero cura el cuerpo, y después se ocupa del alma. Allí concede el perdón. Dice: *Tus pecados son perdonados*. Aquí pronuncia la exhortación y la amenaza que le prevenga de lo que pueda suceder: *No peques más para que no te suceda algo peor*. También las acusaciones de los judíos son distintas. En este caso dicen que el hecho ha tenido lugar en sábado, y en aquél le acusan de blasfemar.

Observa la inmensa sabiduría de Dios. No le restableció al punto, sino que, primero, entabla con él una relación amigable por medio de preguntas, preparando el terreno a la fe que ha de venir. No sólo le cura, sino que además le ordena tomar su camilla, de suerte que se crea en el milagro sucedido y nadie piense que el hecho es mera fantasía o suposición. Si sus miembros no hubieran estado firmes y fuertes, no habría podido llevar la camilla. Cristo actúa así muchas veces, para acallar la boca de quienes desean desacreditarle. En el milagro de los panes, para que nadie dijese que simplemente se habían saciado y que lo sucedido era una ilusión, dispone que sobre mucho pan. Al leproso que queda curado le dice: *Ve, muéstrate al sacerdote*⁵, ofreciendo de esta forma una manifestación fehaciente de la purificación y cerrando las bocas impúdicas de quienes dicen que se opone a la Ley de Dios.

Hizo lo mismo con ocasión del milagro del vino. No sólo demostró que era vino, sino que se preocupó de hacerlo llegar al maestresala, para que, sin saber lo sucedido, luego de comprobarlo, prestara un testimonio libre de toda sospecha. Por eso, el evangelista precisa que el maestresala desconocía de dónde procedía el vino, aportando así un testimonio completamente seguro. En otra ocasión, después de haber resucitado a un muerto, dice: *Dadle de comer*⁶. Ofre-

ce así la demostración de una resurrección indudable y, además, convence a los necios de que no era un embaucador cualquiera ni un ilusionista, sino que había venido para la salvación de todo el género humano.

2. ¿Por qué no le pide que tenga fe como hizo con los ciegos cuando les dijo: *¿Creéis que puedo hacerlo?*⁷. Porque todavía no sabía a ciencia cierta quién era. Actúa de este modo, no antes de los milagros, sino después de éstos. Los que habían visto su poder en otros prodigios, con razón escucharon esta pregunta, pero a los que todavía no le conocían, sino que iban a saberlo por los milagros, sólo después de los prodigios les es reclamada la fe. Mateo recoge que Cristo hace esa pregunta a los dos ciegos, no al comienzo de los milagros, sino solamente cuando ya ha curado a muchos.

Observa la fe del paralítico. Una vez que ha oído: *Levántate, toma tu camilla y anda*, no se rió. No dijo ni pensó nada, sino que, oído esto, se levantó, y curado, no desobedeció al que le había dado la orden de *levántate, toma tu camilla y anda*. Es admirable, pero lo es más cuanto sigue a continuación. Que creyera desde el principio sin que nadie le empujara a ello no es tan sorprendente como el hecho de que, después, mientras los judíos furiosos le hostigaban, le acusaban, le asediaban y decían: *No te es lícito tomar tu camilla*, no sólo desdeñara su locura, sino que, con toda franqueza, como si estuviera en medio de un teatro, proclamara a su bienhechor y acallara sus lenguas imprudentes. Yo digo que es demostración de gran arrojo. Mientras los judíos le acorralan y, arrogantemente, le reprochan: *Es sábado, no te es lícito tomar tu camilla*⁸, escucha lo que les contesta: *El que me ha curado me ha dicho: toma tu camilla y*

vete. Es como si les hubiera respondido: «Desvariáis y deliráis si pretendéis que no considere como un maestro al que me ha liberado de una enfermedad tan grave y crónica, y que no obedezca lo que él me ha ordenado». Si hubiera querido obrar mal, podría haberse expresado de otra forma. También podría haber ocultado la curación. Pero sabía bien que no les molestaba tanto la violación del sábado, cuanto la curación de la enfermedad. Lo cierto es que no lo ocultó ni pidió perdón, sino que, a viva voz, reconoce y proclama la gracia recibida. Así actuó el parálítico. Observa cómo obraron ellos. No le preguntaron nada. Eludieron interrogarle y, en todo momento y públicamente, alegaron la aparente violación del sábado.

*El curado no sabía quién era Jesús, porque se había apartado de la multitud*⁹. ¿Por qué se ocultó Cristo? En primer lugar para que, en su ausencia, el testimonio estuviera libre de sospecha. Quien tiene conciencia de su curación es testigo fidedigno de la gracia recibida. Y, al mismo tiempo, no quiere encender más la cólera de éstos, pues sabía que la sola presencia del que es objeto de envidia, es como una chispa no pequeña para los envidiosos. Por eso se va y deja que discutan el asunto entre ellos, de forma que él ya no tuviera que decir nada sobre sí mismo, sino que los que hablasen fueran los curados y, con ellos, los mismos que lo acusaban. Mientras tanto, tienen evidencia del milagro. No dijeron: «¿Por qué ordenaste que esto sucediera en sábado?», sino: «¿Por qué haces esto en sábado?». No les irrita la transgresión del sábado: envidian la salvación del parálítico. Si se considera este asunto desde una perspectiva humana, lo que hizo el parálítico es una obra mayor, ya que Cristo sólo dijo una frase. En otras ocasiones ordena también violar el sábado, y en algunas es él mismo quien lo

hace, como por ejemplo, cuando humedece el barro y unta los ojos. Y lo hace, no para transgredir la ley, sino para superarla. De esto, no obstante, hablaremos más adelante. En ningún momento se defiende de la acusación de violar el sábado. Pero este aspecto es preciso examinarlo atentamente.

3. Observemos, entre tanto, qué gran mal es la envidia y cómo embota los ojos del alma en detrimento de la salvación de quien es alcanzado por ella. De la misma forma que los que están fuera de sí empuñan siempre la espada contra ellos mismos, los envidiosos, con la mirada fija sólo en una cosa, en el daño de aquél a quien envidian, desprecian su propia salvación. Son peores incluso que los animales. Los animales nos atacan, o bien porque están hambrientos, o bien porque nosotros les hemos provocado primero. En cambio, éstos, aunque hayan recibido algún beneficio, atribuyen a sus benefactores lo que es propio de sus enemigos. Son, sin duda, peores que los animales. Se asemejan a los demonios, e, incluso, son peores que éstos. Los demonios sienten por nosotros un odio implacable, pero no conspiran contra ellos mismos. Con este argumento, Cristo hizo callar a los judíos cuando le reprochaban que él arrojaba demonios en nombre de Belcebú. Los envidiosos no respetan la común naturaleza ni a sí mismos. Dañan sus almas antes que las de los que son objeto de sus envidias, ya que las llenan, en vano y neciamente, de confusión y tristeza.

¿Por qué te afliges, hombre, por la felicidad de tu prójimo? En realidad, es necesario que nos turbemos por los males que sufrimos, no por la felicidad que contemplamos en otros. Por ello, este pecado es absolutamente imperdonable. El libertino puede hablar de su pasión, el ladrón de su pobreza, el homicida de su cólera: son excusas inútiles e irracionales, pero pueden alegar alguna excusa. Pero, dime: Tú ¿qué razón puedes alegar? Absolutamente ninguna, a no ser tu creciente maldad. Si se nos ordena amar a los enemi-

gos y lo que hacemos es odiar a los amigos, ¿qué castigo mereceremos? Si el que ama a los amigos no tiene una disposición mejor que la de los gentiles, el que maltrata a los que no han cometido mal alguno ¿qué perdón, qué consuelo podrá tener? Escucha lo que dice Pablo: *Aunque entregare mi cuerpo para ser yo quemado, si no tengo caridad, en nada me ayudo*¹⁰. A todas luces es evidente que, donde hay celos y envidia, todo lo relativo a la caridad ha desaparecido. Es un vicio peor que la fornicación y que el adulterio, ya que éstos afectan al que lo realiza, mientras que la tiranía de la envidia destruye a la Iglesia entera y corrompe a todo el mundo. Es la madre del asesinato. Así mató Caín a su hermano, Esaú a Jacob, los hermanos a José y el diablo a muchos hombres.

Pero tú ahora no cometes homicidio, sino que haces algo más cruel que un asesinato: procuras que tu hermano se vea cubierto de ignominia, le tiendes trampas por doquier, debilitas los esfuerzos en pro de la virtud y te afliges porque satisface al Señor del mundo. No combates a tu hermano, sino a quien él venera. Le afrentas, anteponiendo tu honor al suyo. Lo más grave de todo es que este pecado parece no ser tenido en cuenta, aunque sea peor que cualquier otro. Aunque seas misericordioso, aunque estés vigilante, aunque ayunes, si envidias a tu hermano, eres el peor de todos. Resulta evidente del hecho siguiente: entre los corintios había un incestuoso, pero fue acusado y al punto fue corregido; Caín mató a Abel, pero no se enmendó, sino que, cuanto más constantemente le recordaba Dios su herida, tanto más se angustiaba, se alborotaba y se afanaba en el asesinato. Este vicio es mucho más grave que cualquier otro. Aun con vigilancia, no cede fácilmente, a no ser que nos guardemos de él.

Destruyámoslo radicalmente, pensando que, así como ofendemos a Dios cuando nos consumimos de envidia por los bienes ajenos, de la misma forma seremos gratos a Dios si nos alegramos y participamos de los bienes dispuestos al que obra rectamente. Por este motivo, Pablo exhorta a *alegrarse con los que se alegran, a llorar con los que lloran*¹¹, para que alcancemos un gran beneficio de uno y otro lado. Pensemos que, aunque nosotros no estemos afligidos, si nos unimos al que sufre, nos haremos copartícipes de sus coronas. Apartando de nosotros toda envidia, pondremos también la semilla de la caridad en nuestras almas para que, aplaudiendo a nuestros hermanos bien considerados, alcancemos los bienes presentes y futuros, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 38

Después de esto, Jesús lo encuentra en el Templo y le dice: He aquí que has sido curado; no peques más para que no te suceda algo peor

1. El pecado es algo terrible, terrible; es la destrucción del alma. Tan excesivo es su daño, que con frecuencia afecta al cuerpo. Cuando nuestra alma está enferma no sentimos dolor alguno, mas si el cuerpo experimenta el más mínimo malestar, precisamente porque lo sentimos, hacemos todo lo posible para liberarlo de la enfermedad. Por este motivo, a menudo Dios lo castiga por los pecados del alma, de suerte que, gracias al castigo de nuestra parte inferior, la mejor alcance algún cuidado. Pablo enmendó así a aquel incestuoso de los corintios eliminando la enfermedad del alma con la mortificación del cuerpo². Hizo una amputación en el cuerpo y calmó el mal. Lo mismo hace el buen médico: cuando en el interior el mal no responde a los medicamentos, cauteriza externamente la hidropesía. Así actuó Cristo con el paralítico. Mira cómo lo puso de manifiesto cuando dijo: *He aquí que has sido curado, no peques más para que no te suceda algo peor.*

¿Qué aprendemos de este hecho? En primer lugar, que su enfermedad estuvo originada por los pecados; en segun-

do, que el argumento de la gehenna es verdadero; y, en tercer lugar, que el castigo es grande e infinito ¿Dónde están los que dicen que eso no puede ser? He aquí éste: no pecó durante los años en que fue castigado y consumió casi toda la vida en la expiación de su largo castigo. Dios, sin embargo, no juzga los pecados por su duración, sino por la naturaleza misma de las faltas. Podemos considerar también el hecho de que, aunque pagáramos una dura pena por los pecados pasados, si incurriéramos de nuevo en los mismos, sufriríamos un castigo mucho más terrible, y con razón. El que no mejora con el castigo, se verá arrastrado a un suplicio mayor por su estupidez y por el desprecio que manifiesta. Debía ser suficiente el castigo por sí mismo para cohibirle y para que el que ha caído una vez sea más sensato. Mas, puesto que no se corrige con la pena impuesta, sino que de nuevo comete lo mismo, naturalmente recibirá un castigo que él mismo ha provocado. Si aquí, cuando somos castigados y de nuevo caemos en las mismas faltas, recibimos un castigo más severo, cuando, después de haber pecado, no recibimos castigo, ¿cómo no temeremos y temblaremos ante el hecho de que vamos a soportar un suplicio implacable? ¿Por qué no son castigados todos así?

Vemos, en efecto, a muchos malvados que gozan de una excelente salud física, que están llenos a reventar y que disfrutan de muchos buenos días. No nos confiemos: compadzcámonos de éstos más que de cualquier otro. El hecho de que no sufran nada aquí es anuncio de un mayor castigo allá. Lo pone de manifiesto Pablo cuando dice: *Juzgados ahora por el Señor somos corregidos, para que no seamos condenados juntamente con el mundo*³. Las aflicciones de este mundo son para nuestra advertencia, las de la otra vida lo son para el castigo.

¿Por qué todas las enfermedades tienen su origen en los pecados? No todas, pero sí muchas. Algunas tienen su origen en la negligencia. La gula, la embriaguez y la pereza engendran enfermedades de estas características. Es necesario en todo momento preocuparse de una sola cosa: de soportar todas las desgracias con gratitud. En ocasiones surgen por los pecados. Podemos ver un ejemplo en los libros de los Reyes. En concreto, uno que sufre la enfermedad de gota por este motivo⁴. Surgen también para poner de manifiesto la predilección, como cuando Dios dice a Job: *¿Crees que yo habría actuado así contigo por otro motivo que no sea para que aparezcas como justo?*⁵. ¿Por qué en el caso de estos paralíticos Cristo menciona los pecados? Al que aparece en el Evangelio de Mateo le dice: *Confía, hijo, tus pecados son perdonados*⁶. Y a éste: *He aquí que has sido curado; no peques más*. Sé que algunos calumnian a este paralítico y dicen que fue acusado por Cristo, motivo por el cual oyó estas palabras. ¿Qué diremos de aquél otro del que habla Mateo que oyó prácticamente las mismas palabras? En efecto, le dijo: *Tus pecados son perdonados*.

De todo lo cual resulta evidente que no fue por eso por lo que escuchó tales palabras. Es posible entender lo mismo con más claridad, por otra cosa que también se recoge: *Después de esto, Jesús lo encuentra en el Templo*. Es una demostración de su grandísima piedad. No fue al ágora y a los lugares de paseo, ni se dedicó a la vida placentera y al desenfreno, sino que permaneció en el Templo, y, aunque hubiera tenido que soportar obstáculos y verse repudiado de todos, nada de esto le habría persuadido para alejarse del Templo. Encontrándolo allí Cristo, después de haber hablado con los judíos, no le insinuó nada.

2. ¿Por qué al curar a cojos y mancos no les dijo nada de esto? Me parece que aquéllos tienen enfermedades como consecuencia de los pecados; en cambio, los otros por debilidad física. Si no fuera así, a los demás les habría dirigido las mismas palabras que a éstos. Como es una enfermedad más grave que las demás, cura por medio de la más grave las de menos importancia. De la misma forma que, luego de haber curado a otro, le insta a dar gloria a Dios. Exhortando a éste, amonesta a todos. Así también, gracias a éstos, exhorta a todos los demás y les aconseja lo que a ellos les había dicho. Es posible añadir, además, que observó en su alma una gran perseverancia, y, considerándolo capaz de aceptar el mandato, le amonesta para que mantenga su buena salud, haciéndole presente la curación y el temor a futuros males.

Observa la ausencia de ostentación. No le dijo: «He aquí que yo te he curado», sino: *He aquí que has sido curado; no peques más*. Y, a continuación, no le dijo: «Para que yo no te castigue», sino: *Para que no te suceda algo peor*. Sugiere ambas cosas en forma impersonal y pone de manifiesto que la salud deriva de la gracia más que del mérito propio. No dice que estaba curado porque había pagado una justa pena, sino que lo había salvado por bondad. Si no hubiera sido así, le habría dicho: «He aquí que has pagado la pena que conviene a tus pecados; ten cuidado en lo sucesivo». No le dijo esto. ¿Qué le dice? *He aquí que has sido curado, no peques más*.

Aunque libres tras ser castigados, digámonos constantemente a nosotros mismos estas palabras. Que cada uno se diga a sí mismo: *He aquí que has sido curado, no peques más*. Si no sufriéramos un castigo, aunque persistiéramos en la misma pecaminosa conducta, repitámonos aquello que dice el Apóstol: *La bondad de Dios nos trae a penitencia. Mas por la dureza y por la impenitencia de nuestro corazón atesoramos para nosotros mismos*

ira⁷. No sólo con la curación de su cuerpo, sino de otra forma le ofrece una gran señal de su divinidad. Con las palabras *no peques más* demostró que conocía todos los pecados que había cometido antes, de ahí que fuese digno de crédito en lo tocante al futuro.

*Se fue el hombre y dijo a los judíos que era Jesús el que lo había curado*⁸. Observa que insiste en manifestar su gratitud. Aquéllos reprochaban constantemente lo que juzgaban una culpa. Él, por el contrario, lo defiende, considerándolo, a todas luces, un médico y esforzándose por persuadir a otros y granjearle su simpatía. No era tan estúpido como para, después de su curación y de esa amonestación, traicionar a su benefactor y decir aquello con una perversa intención. Aunque hubiera sido un animal, inhumano o con el corazón de piedra, el beneficio obtenido y el temor le habrían frenado. Resonándole todavía en los oídos la amenaza, habría temido sufrir algo peor, ya que contaba con pruebas indiscutibles del poder de este médico. Si hubiera querido calumniarlo, callando su curación, lo habría acusado de la no observancia del sábado. No sucede eso. No, sino que las palabras francas y agradecidas de éste proclaman a su benefactor no menos que las de aquel ciego. ¿Qué dice aquel ciego? *Hizo lodo y untó mis ojos*⁹. Así se expresa también éste: «Jesús es el que me ha curado». *Los judíos lo perseguían y buscaban darle muerte porque hacía estas cosas en sábado*¹⁰. ¿Qué dice entonces Cristo? *Mi Padre sigue obrando todavía, y yo también obro*¹¹.

Cuando era necesario defender a los discípulos, citaba a David, que era siervo como ellos. *¿No habéis leído qué hizo*

*David cuando tuvo hambre?*¹². Cuando tenía que defenderse a sí mismo, recurría al Padre, mostrando que era igual al Padre. Cuando hablaba privadamente del Padre, mostraba que él hacía las mismas obras que aquél. ¿Por qué no habla de la toma de Jericó?¹³. Deseaba alzarles de la tierra para que no le prestaran atención como a hombre, sino como a Dios y legislador. Si no hubiera sido Hijo de Dios y de la misma sustancia, la defensa habría superado a la acusación. Si un funcionario transgrediera la ley real y, al ser acusado, se defendiese diciendo que también el rey la había quebrantado, no sólo no podría ser absuelto, sino que habría incurrido en una culpa mayor.

Es igual en dignidad, por eso la defensa es del todo legítima. Dice, en consecuencia: «Absolved a Dios de estas culpas y de las mismas a mí». Por este motivo afirmó al comienzo: «mi Padre», para persuadir a los que son reacios a concederle las mismas prerrogativas, alegando que respetan la dignidad conveniente. Si alguno preguntara: «¿De qué manera trabaja el Padre si concluyó todas sus obras en el séptimo día?», aprende cómo trabaja. ¿Cómo trabaja? Planea y dispone todo lo creado. Cuando veas que el sol sale, que la luna recorre su curso, cuando veas lagos, manantiales, ríos, el agua de lluvia, el curso de la naturaleza, tanto en las semillas de las plantas cuanto en nuestros cuerpos y en los demás animales, y todas las demás cosas de las que el universo está compuesto, aprende la constante acción del Padre. *Hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos*¹⁴. Y también: *Si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios la viste así*¹⁵. Y, hablando a propósito de las aves, dice: *Vuestro Padre celestial las alimenta*¹⁶.

3. En resumen, en el relato de Mateo¹⁷ llevó a cabo todo cuanto hizo en sábado con palabras y no añadió acción alguna. Refuta, por consiguiente, la acusación con lo sucedido en el Templo¹⁸ y con lo que los judíos mismos hacen¹⁹. En algún otro caso, sin embargo, ordenó llevar a cabo alguna acción, por ejemplo, levantar la camilla, algo de escasa importancia en el conjunto del milagro. Pero, en relación con eso, demostrando claramente la anulación de la obligación de observar el sábado, eleva el tono del discurso, deseoso de turbarles ante la dignidad del Padre y conducirles hacia algo mucho más sublime.

Por este motivo, cuando el discurso gira en torno al sábado, no se defiende sólo como hombre, ni sólo como Dios, sino unas veces de una forma y otras de otra. Quería que creyesen en ambas cosas: en la condescendencia que se manifiesta en la encarnación y en su dignidad de Dios. Por este motivo ahora se defiende como Dios. Si en todo momento les hubiera hablado sólo desde un punto de vista humano, habrían persistido en la misma baja opinión sobre él. Precisamente para que esto no suceda, menciona al Padre. Con todo, la creación misma actúa en sábado. Efectivamente, el sol sigue su curso, los ríos fluyen, las fuentes brotan, las mujeres dan a luz. Mas, para que aprendas que no es algo propio de la creación, no dijo: «Sí, actúo, porque la creación actúa», sino ¿qué dijo? «Sí actúo, pues mi Padre actúa».

Por esto los judíos buscaban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios²⁰. No sólo declaró esto, no lo demostró sólo con palabras, sino, sobre todo, con los hechos. ¿Por qué? Porque podían inculparle por las palabras y acusarle de jactancia. Al ver la verdad que proviene

de las obras y el poder proclamado en los hechos, no podían en lo sucesivo contradecirlo en nada.

Los que no quieren aceptar esta prueba con buena voluntad dicen que Cristo no se hacía igual a Dios, sino que los judíos lo sospechaban. Retomemos, entonces, lo dicho desde el principio. Dime: ¿los judíos lo perseguían, o no? A todas luces es evidente que lo perseguían. Y ¿lo perseguían por este motivo o por otro? Se conviene que por este motivo. ¿Anuló la observancia del sábado o no? Nadie podría negarlo. ¿Llamaba a Dios su Padre o no? También esto es verdad. Luego la conclusión que se sigue es válida. Decir que Dios era su Padre, anular la observancia del sábado y ser perseguido por los judíos por aquello, no era una suposición falsa que éstos hicieran, sino una realidad. Y, en el mismo sentido, hacerse igual a Dios tenía el mismo significado.

Es posible entenderlo con más claridad a partir de lo dicho en primer lugar. La expresión *mi Padre obra y yo también obro* equivale a aquélla en la que se proclama igual a Dios. No señala ninguna diferencia entre ambas. Pues no dijo: «Aquél actúa y yo le ayudo», sino: «Como aquél actúa, así actúo yo también». Puso de manifiesto la completa igualdad. Ahora bien, si no hubiera querido demostrarla, aunque los judíos lo hubieran sospechado neciamente, no habría permitido que permanecieran en el error, sino que los habría corregido. Tampoco el evangelista lo habría callado, sino que habría dicho abiertamente que los judíos concebían esa suposición, aunque él no se hacía a sí mismo igual a Dios. Cuando ve que ha dicho una cosa en un sentido y se entiende en sentido distinto, actúa de esta forma. Por ejemplo: *Destruid este Templo* —decía Cristo, hablando de su cuerpo— *y yo en tres días lo levantaré*. Los judíos, sin entenderlo y creyendo que se refería al Templo judaico, decían: *En cuarenta y seis años fue construido este Templo, ¿y tú lo construirás en tres días?* Él decía una cosa y ellos sospechaban otra. Él hablaba de su cuerpo, y ellos creían que se refería al Templo. El evan-

gelista, señalándolo, o, por mejor decir, corrigiendo su error, añadió: *Él hablaba del Templo de su cuerpo*. De la misma forma, si en este punto Cristo no se hizo igual a Dios y no quería afirmarlo, pero los judíos lo suponían, habría corregido su error y habría dicho: «Los judíos creían que él se hacía a sí mismo igual a Dios, mas él no hablaba de esta igualdad».

No sólo aquí, sino en otros pasajes, ni sólo este evangelista, sino también otro, lo presentan actuando de esta forma. Cuando ordenó a sus discípulos: *Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos*²¹, ellos hablaban entre sí diciendo: *No hemos traído pan*. Él hablaba de una cosa, llamando «levadura» a la enseñanza, mientras que los discípulos suponían otra, creyendo que hablaba del pan. En este caso no es el evangelista, sino Cristo mismo quien corrige el error diciendo: *¿Cómo no entendéis que no os hablaba del pan?*²². Aquí, sin embargo, no sucede nada semejante. Ha hecho todo lo contrario: lo dice no para negar, sino por confirmar la igualdad.

Escuchadme con atención, pues lo que estamos examinando no es un asunto baladí. La expresión «por sí mismo» aparece muchas veces en la Escritura y viene referida tanto a Cristo como al Espíritu Santo. Es necesario conocer el sentido de esta expresión para que no nos equivoquemos en algo de capital importancia. Si alguno la interpretara en sí misma, de acuerdo con su significado inmediato, incurriría en un gran absurdo. No dijo que podía hacer unas cosas por sí mismo y otras no, sino que en general dijo: *El Hijo no puede hacer nada por sí mismo*²³.

4. Preguntemos entonces al que afirma lo contrario. Dime: ¿el Hijo no puede hacer nada por sí mismo? Él res-

ponde: «Nada». Y nosotros replicaremos: «Ha hecho por sí mismo los más grandes bienes». Pablo lo proclama a viva voz diciendo: *El que existiendo en forma de Dios, no consideró como un tesoro ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo*²⁴. Y el mismo Cristo dice en otra ocasión: *Tengo poder de dar mi vida y tengo poder de tomarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy de mí mismo*²⁵.

¿Ves que tiene poder sobre la muerte y sobre la vida y que ha hecho por sí mismo la obra de la salvación? ¿Qué diré de Cristo? Nada podría existir más ruin que nosotros, y, no obstante, hacemos muchas cosas por nosotros mismos, ya sea apartando el vicio o abrazando la virtud. Si no hacemos esto por nosotros mismos y si no tenemos capacidad para ello, ni nos precipitaremos en la gehenna por haber pecado, ni alcanzaremos el reino de los cielos por haber obrado rectamente. La expresión «por sí mismo no puede hacer nada» no significa otra cosa que «nada contrario al Padre, nada distinto, nada extraño», algo del todo propio del que muestra igualdad y acuerdo mutuo. ¿Por qué no afirmó que no hace nada contrario, sino que dijo *no puede*? Para demostrar aquí también que la igualdad es perfecta y completa. Esta frase no descubre su debilidad, sino que testifica su gran poder.

En otro escrito, Pablo dice acerca del Padre: *Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta*²⁶. Y de nuevo: *Si le negamos, él permanece fiel: no puede negarse a sí mismo*²⁷. La expresión «es imposible» no evidencia debilidad, sino poder, y un poder inefable. Cuanto afirma quiere significar que aquella sustancia no admite cosas de tal género. De la misma forma que cuando decimos que es imposible que Dios peque no manifestamos su

debilidad, sino que testimoniamos su inefable poder, así también cuando él dice: *No puedo hacer nada por mí mismo*, lo que quiere significar es que «es imposible que yo haga alguna cosa contraria al Padre». Para que entiendas que se trata de esto, examinando lo que sigue, veamos con qué está de acuerdo Cristo, con lo dicho por nosotros o con lo dicho por vosotros.

Tú dices que esas palabras disminuyen su potestad, la autoridad que le compete, y que manifiestan un poder insignificante. Yo, en cambio, que manifiestan la igualdad, una absoluta paridad y que procede de una sola voluntad, potestad y poder. Preguntemos a Cristo mismo y veamos por lo que dice a continuación, si interpreta esas palabras de acuerdo con tu opinión o con la nuestra. ¿Qué dice? *Lo que el Padre hace, lo hace igualmente también el Hijo*. ¿Ves cómo elimina radicalmente vuestra interpretación y confirma lo señalado por nosotros? Si no hace nada por sí mismo, el Padre no hará nada por sí mismo tampoco, si es el caso que hace todo igual a él. Si no es así, se seguirá como consecuencia otro absurdo. No ha dicho que realiza lo que ha visto hacer al Padre, sino «si no lo ha visto hacer al Padre» no lo hace, incluyendo con esta declaración todo tiempo, mientras que en vuestra opinión, aprenderá a hacer las mismas cosas que el Padre ha hecho siempre. ¿Ves cómo es un pensamiento elevado y cómo la humildad de la expresión obliga a los más desvergonzados, aunque no lo deseen, a rehuir esa vulgar explicación que contrasta sobremedida con aquella dignidad? ¿Quién es tan miserable y desgraciado que diga que el Hijo aprende cada día lo que debe hacer? ¿Cómo podrán ser verdaderas aquellas frases: *Tú eres el mismo y tus años no tendrán fin*²⁸, y: *Todo ha sucedido por él, y sin él ni una sola cosa ha sucedido*, si imita aquello que ve hacer

al Padre? ¿Ves que por lo dicho anteriormente y por las palabras expresadas a continuación se demuestra su autoridad?

No te extrañes si algunas veces se expresa con palabras tan humildes. Como tras haberle escuchado expresiones elevadas, lo perseguían y creían que era contrario a Dios, después de ceder en las palabras, aunque sólo un poco, ora eleva el tono del discurso, ora lo rebaja y adapta su enseñanza de suerte que fuera aceptada incluso por los más obstinados. Observa: después de decir *mi Padre actúa y yo también actúo* y después de revelarse igual a Dios, de nuevo dice: *El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, si no lo ha visto hacer al Padre*. En un tono más elevado añade: *Lo que aquél hace, lo hace igualmente también el Hijo*. Y en un tono más humilde: *El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que éstas*²⁹. ¿Ves una vez más cuánta humildad? Y con razón. Me apresuré a decirlo, y no dejaré de sostener lo que ahora voy a afirmar: cuando expresa algo en tono poco elevado y humilde, lo expone con una exageración para que, con una actitud dócil, la simplicidad de las palabras convenza incluso a los más obstinados a aceptar sus pensamientos. Si no fuera así, piensa qué absurdo sería todo lo dicho si interpretas al pie de la letra las palabras.

Cuando dice: *Le mostrará obras mayores que éstas*, parecería que todavía no ha conocido muchas cosas, algo que no es posible afirmar de los apóstoles. Cuando de una sola vez recibieron la gracia del Espíritu, inmediatamente conocieron y tuvieron el poder de hacer todo lo que debían saber y poder. Éste, sin embargo, parecería desconocer todavía muchas cosas que debía saber. ¿Qué podría ser más absurdo que esto? ¿Qué quiere decir esa frase? Puesto que había curado al paralítico e iba a resucitar a un muerto, se expresa así, como si dijera: «¿Os extrañáis de que haya curado a

un parálítico? Veréis cosas mayores que éstas». Pero no se expresó de este modo, sino que utiliza un tono más humilde para contener la locura de éstos.

Con el fin de que aprendas que aquel «mostrará» no se dijo en sentido propio, escucha qué añade a continuación: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere*³⁰. En verdad, la expresión «no puede hacer nada por sí mismo» es contraria a «a los que quiere». Si vivifica a los que quiere, puede actuar por sí mismo, pues el hecho de querer presupone la capacidad de hacer. Y, si no puede actuar por sí mismo, no puede vivificar a los que quiere. De ahí que la expresión «como el Padre resucita» manifiesta la igualdad de poder, y la expresión «a los que quiere», la equidad en la potestad ¿Ves que las palabras «no puede hacer nada por sí mismo» no indican una negación de su potestad, sino una afirmación de la igualdad en el poder y en la voluntad? Interpreta en este sentido la expresión «le mostrará». En otra ocasión dice: *Yo lo resucitaré en el último día*³¹. Y en otra, para demostrar que obra sin haber recibido el poder de actuar, dice: *Yo soy la resurrección y la vida*³². Para que no digas que resucita y vivifica a los muertos que quiere, pero que no puede realizar ninguna otra cosa, evita esta objeción diciendo: *Lo que aquél hace, lo hace igualmente también el Hijo*, indicando que todo lo que aquél hace, también lo hace como aquél. Hables de la resurrección de los muertos, de la regeneración de los cuerpos, de la remisión de los pecados o de cualquier otra cosa, en todo obra igual a su progenitor.

5. Los que se despreocupan de su propia salvación no prestan atención alguna a estas cosas: tan gran mal es el

deseo de sobresalir. Generó las herejías y confirmó en su impiedad a los griegos. Dios quería que todo lo que hay en Él de invisible fuese intuido a través de la creación de este mundo. En cambio, éstos, descuidándolo y despreciando conducirse a través de esta enseñanza, trazaron otro camino para ellos, por lo que quedaron privados del verdadero bien. Por lo mismo, no creyeron los judíos y buscaban la gloria que procede de unos y otros sin buscar la que procede de Dios.

Pero nosotros, queridos, rehuyamos este vicio diligentemente y con esfuerzo. Aunque hagamos infinidad de buenas acciones, el daño de la vanagloria lo destruye todo. Si deseamos alabanzas, busquemos las que proceden de Dios. La alabanza de los hombres, cualquiera que sea, tan pronto como se manifiesta se destruye, y aunque no se desvaneciera, no nos proporciona ningún beneficio, ya que procede con frecuencia de un juicio corrupto. ¿Qué tiene de admirable la gloria humana, de la que gozan incluso los jóvenes bailarines, las mujeres corrompidas, los arrogantes y los saqueadores? El que recibe la admiración de Dios, no es admirado con éstos, sino con los santos. Me refiero a los profetas, a los apóstoles, a los que manifiestan una vida propia de ángeles.

Queremos guiar a la muchedumbre y poner los ojos en ella. Pero examinemos esto en sí mismo y encontraremos que no es digno de nada. En una palabra, si amas al gentío, arrastra hacia ti a la multitud de los ángeles, sé temible a los demonios. Entonces, no tendrás aprecio alguno a las opiniones humanas, sino que despreciarás todo lo que parece espléndido como si fuera cieno y fango. Verás claramente que nada corrompe tanto el alma como el deseo exagerado de gloria. No es posible, no es posible que el que ama la gloria no viva una vida llena de tormentos, de la misma forma que no es posible que el que la desprecia no desdén muchos vicios. El que la vence, vencerá también la en-

vidia, el amor por las riquezas, y estará por encima de todos los males que son graves. ¿Cómo podrá vencerla? Dirigiendo la mirada a la otra gloria, a la que procede del cielo, a la que ésta nos obliga a rechazar. Aquella hace ilustres en esta vida y nos acompaña en la futura, nos libera de toda esclavitud carnal, a la que ahora estamos sujetos con mucha tribulación, entregados completamente a la tierra y a las cosas que le son propias.

Si vas al ágora, entras en tu casa, frecuentas los caminos, las posadas, los hostales y albergues, si subes a una nave, vas a una isla, al palacio real, al tribunal de justicia o a la sala de consejo, en todos los sitios verás preocupación por las cosas presentes y materiales, y a todos abatidos por estas cosas: a los que están ausentes y a los que llegan, a los que se van y a los que se quedan, a los que navegan, a los que labran la tierra, a los que viven en el campo y a los que habitan en la ciudad. En fin: a todos.

¿Qué esperanza de salvación tendremos cuando, mientras vivimos en la tierra de Dios, no nos preocupamos por las cosas de Dios, y, teniendo la orden de ser extraños a las cosas de este mundo, lo somos a las del cielo y vivimos como ciudadanos de esta tierra? ¿Qué podría ser peor que esta necedad: que, aunque diariamente oímos hablar del juicio y del Reino, imitamos a los que vivieron en tiempos de Noé y a los sodomitas porque esperamos aprender todo con la experiencia? Por este motivo fue escrito todo, para que, si alguno no cree en lo que va a suceder, reciba de los hechos pasados una clara advertencia sobre los venideros. Reflexionando en todo ello, tanto en lo pasado como en lo futuro, tomemos un pequeño respiro en esta dura esclavitud, y tengamos en gran estima nuestra alma para que alcancemos los bienes presentes y futuros, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 39

Mi Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo juicio, para que todos honren al Hijo como honran al Padre

1. Es necesario, queridos, que seamos muy diligentes en todo. En efecto, daremos razón y rendiremos cuenta exacta de nuestras palabras y obras. Nuestros intereses no se limitan a la vida presente, sino que otro tipo de vida nos aguarda, y compareceremos ante un temible tribunal. *Es necesario que nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo*². Pensemos siempre en este tribunal, y así seremos capaces de perseverar en todo momento en la virtud. El que arroja de su mente el recuerdo de aquel día, semejante a un caballo que ha roto la brida, se precipita al abismo. *Su conducta es profanar en todo momento*. Así, indicando la causa, añadió: *Tus juicios están lejos de su mirada*³. De la misma forma, el que teme ese juicio, avanzará con templanza. *Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás*⁴. El que ahora absuelve nuestros pecados entonces se sentará como juez. El que ha muerto por nosotros, vendrá de nuevo para juzgar al universo. *Una segunda vez apare-*

*cerá sin pecado para la salvación de los que lo acogieron*⁵. Por eso decía aquí: *Mi Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo juicio, para que todos honren al Hijo como honran al Padre*.

¿Lo llamaremos Padre? ¡Lejos de nosotros ese pensamiento! Por este motivo dijo «al Hijo», para que, permaneciendo Hijo, lo honremos como al Padre. El que lo llama Padre no honró al Hijo como Padre, sino que lo confundió todo. Dado que los hombres, cuando reciben algún beneficio, no se conducen de la misma forma que cuando son reprobados, pronunció palabras terribles para que al menos el temor los arrastrase a rendirle honor. Cuando dice «todo» se refiere a que tiene el poder de castigar, de premiar y de hacer ambas cosas según él quiera. La expresión «ha dado» se ha dicho para que no se sospeche que Él no ha sido engendrado y no se crea que existen dos Padres. Todo cuanto es el Padre lo es también el Hijo, engendrado y permaneciendo en la condición de Hijo. Para que entiendas que la expresión «ha dado» significa «ha engendrado» escucha lo que viene reflejado en otro pasaje. *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*⁶. ¿Cómo? ¿Primero lo engendró y luego le dio la vida? El que da, da a uno que ya existe. ¿Fue engendrado, pero sin vida? Ni siquiera los demonios lo creerían, ya que es una hipótesis insensata, más que impía. De la misma forma que la expresión «le ha dado vida» significa que lo ha engendrado como vida, así la frase «ha dado juicio» significa que lo ha engendrado como juez. Para que, al oír que tiene como causa al Padre, no pienses en una distinta sustancia y en una menor dignidad, Él viene para juzgarte, mostrando con ello su igualdad. Pues el que tiene poder para castigar y para premiar a los que desee, puede lo mismo que

el Padre. Si no fuera así, sino que, después de ser engendrado, hubiera recibido el reconocimiento de su dignidad, ¿qué habría sucedido para que más tarde recibiera este honor? ¿Cuál fue la evolución mediante la cual llegó a este punto, de forma que recibe esta dignidad y es Él el elegido? ¿No os avergonzáis de atribuir cosas humanas y viles pensamientos a una naturaleza incólume que no es susceptible de crecimiento? ¿Por qué, entonces, habla así? Para que sus palabras sean fácilmente creíbles y para abrir el camino a argumentos más elevados. Por este motivo mezcla estas cosas con aquéllas y aquéllas con éstas. Es conveniente analizar todo desde el principio.

Dijo: *Mi Padre actúa y yo también actúo*, evidenciando con estas palabras la igualdad y la paridad en el honor. Y *buscaban matarle*. ¿Qué hace a continuación? Suaviza sus palabras, aunque mantiene el mismo significado, y dice: *El hijo no puede hacer nada por sí mismo*. Seguidamente, eleva el tono del discurso y afirma: *Lo que Aquél hace lo hace igualmente el Hijo*. Y de nuevo desciende a un nivel más bajo: *El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará cosas mayores que éstas*. Y, una vez más, habla en tono más sublime: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere*. A continuación alude a conceptos humildes y sublimes al mismo tiempo: *El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo juicio*. Seguidamente, aborda lo más elevado diciendo: *Para que todos honren al Hijo como honran al Padre*.

¿Ves cómo cambia su discurso, mezclando frases y palabras sublimes y humildes, de forma que sea bien acogido por los que están presentes y no dañe en nada a los que vengan después, formándose, a partir de los conceptos elevados, una adecuada opinión acerca de todo lo demás? Si no es así y sus palabras no responden al hecho de condescender con sus oyentes, ¿por qué añadió conceptos eleva-

dos? El que debe decir sobre sí mismo cosas grandes, cuando dice algo más pequeño y humilde, da ocasión de creer que actúa así por modestia; mas el que debe decir de sí mismo algo humillante y dice algo grande, ¿por qué afirma lo que sobrepasa su propia naturaleza? Esto no se debe a su modestia, sino a una impiedad excesiva.

2. De esta suerte, nosotros podemos señalar la explicación justa y conveniente a Dios de sus palabras más humildes: la condescendencia, nos enseña a comportarnos con moderación y la salvación que nos es concedida gracias a ella. Lo pone de manifiesto en otro lugar con la expresión que sigue: *Digo esto para que vosotros seáis salvos*⁷. Omitiendo su testimonio, pues lo contrario sería indigno de su grandeza, recurrió al de Juan, y, apuntando el motivo de tal sencillez en sus palabras, dijo: *Digo esto para que vosotros seáis salvos*. Vosotros, que decís que no tiene la misma potestad y poder que el que le ha engendrado, ¿qué diréis cuando le escuchéis pronunciar palabras a través de las cuales pone de manifiesto el mismo poder, potestad y gloria que el Padre? ¿Pretendería el mismo honor si, como vosotros decís, fuera con mucho inferior? Y no se queda en esto, sino que añade: *El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado*. ¿Ves cómo entrelaza el honor del Hijo con el honor del Padre? Y ¿qué significa esto? Es posible verlo en el caso de los apóstoles. *El que os acoge a vosotros, a mí me acoge*, dice Cristo⁸. En esa ocasión habla de esta forma porque considera como propias las cosas de los siervos. Aquí, en cambio, se expresa de ese modo porque una es la sustancia y la gloria.

Por otro lado, no dice a los apóstoles que deben honrarle. Con razón afirma: *El que no honra al Hijo no honra*

al Padre. Si de dos reyes uno es deshonrado, el otro también sufre la afrenta, sobre todo si el deshonrado es su hijo. Si un soldado es maltratado, también se deshonra al rey, pero no de la misma forma, sino indirectamente, como a través de un intermediario. En este caso no sucede así, sino directamente. Por este motivo dice al principio: *Para que honren al Hijo como honran al Padre*, para que, cuando afirma: *El que no honra al Hijo, no honra al Padre* pienses que su honor es el mismo. No dice simplemente: «El que no honra», sino *el que no honra no honra al Padre*. ¿Cómo pueden ser de la misma sustancia el que manda y el que es mandado? Conduces la discusión a límites humanos y no piensas que todo esto no se ha dicho por otro motivo que no sea el de que, conociendo la verdadera causa, no caigamos en el error de Sabelio⁹. Y también para que fuera corregida la debilidad de los judíos en este sentido, de forma que no lo tuvieran por enemigo de Dios. Pues decían: *Ése no es de Dios; ése no procede de Dios*. Para refutar ese concepto erróneo, empleaba tanto palabras sublimes como humildes. Por eso, constantemente decía que había sido enviado, no para que pienses que habla de inferioridad, sino para cerrar las bocas de aquéllos.

Por este motivo recurre constantemente al Padre alegando su propia autoridad. Si en todo momento se hubiera expresado de acuerdo con su dignidad, aquéllos no habrían aceptado sus palabras, porque por unas pocas palabras de ese estilo lo perseguían y lo lapidaban. Por consideración con ellos, habló siempre en tono humilde. Pero como por ese motivo algunos podrían sufrir algún perjuicio, mezcla y combina la enseñanza, tal y como ya he dicho:

con palabras humildes cierra las bocas de aquéllos, y con las que expresan su dignidad rechaza la baja estimación de los que prestan más atención, y les demuestra que en absoluto le conviene una escasa consideración.

Ser enviado indica un cambio, pero Dios está presente en todo momento. ¿Por qué dice que ha sido enviado? Utiliza expresiones concretas para manifestar con claridad la identidad con el Padre, y, con el mismo propósito, adapta las palabras siguientes: *En verdad, en verdad os digo, que el que escucha mis palabras y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna*¹⁰. ¿Ves con qué frecuencia repite este argumento para ponerse en guardia ante aquella sospecha y, a través de las palabras que siguen, con el temor y con la promesa de beneficios, acabar con la enemistad que le manifiestan? ¿Ves, una vez más, cómo desciende a un tono más humilde? No dice: «El que escucha mis palabras y me cree», pues la habrían juzgado una expresión soberbia y habrían creído que se trataba de palabras extremadamente jactanciosas. Si después de mucho tiempo y de innumerables milagros lo tuvieron por falsario, con mayor motivo habrían sospechado de él entonces si hubiera hablado así. Por esto le decían: *Ahora nos convencemos de que estás endemoniado*¹¹.

Mira lo que dice para no exasperarlos: *El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna*. Esto hace que su discurso sea no poco aceptable: me refiero a aprender que los que le escuchan creen en el Padre. Luego de admitir estas palabras de buena gana, habrían de acoger el resto más fácilmente. Con un lenguaje humilde abría el camino a los argumentos sublimes. Después de decir *tiene vida eterna*, añade: *Y no va al juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida*. De esta forma hace admisible

su razonamiento por dos procedimientos: con la afirmación de que es posible creer en el Padre y con la de que el que escucha goza de muchos bienes. La expresión «no va al juicio» no significa que no sea castigado. No se refiere a la muerte corporal, sino a la eterna, de la misma forma que por «vida» alude a la inmortal.

*En verdad, en verdad os digo: viene la hora, y es ahora, cuando los muertos escuchen la voz del Hijo del hombre y los que la hayan escuchado, vivirán*¹². Con estas palabras se refiere a la demostración que procede de las obras. Luego de decir: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere*, para que no parezca vanidad y jactancia, lo demuestra con los hechos, diciendo: *Viene la hora*. Y para que no sospeches que se trata de mucho tiempo, añade: *Y es ahora, cuando los muertos escuchen la voz del Hijo de Dios y los que la hayan escuchado, vivirán*. ¿Ves la autoridad y la inefable potestad? Como sucederá en la resurrección, dice, así sucederá también ahora. Resucitaremos entonces, una vez que hayamos oído la voz que ordena. *A la orden de Dios los muertos resucitarán*¹³. ¿De dónde es evidente –podría quizás decir alguno– que lo afirmado no es vanidad? De lo que añadió después: *Y es ahora*. Podrían haber sospechado si hubiera anunciado sólo el futuro. Ahora bien, aporta una demostración. «Esto sucederá –dice– mientras yo esté con vosotros». Si no hubiera tenido capacidad para ello, no habría anunciado nada en aquel momento para no exponerse a un gran ridículo por el incumplimiento de la promesa. Presenta entonces un argumento explicativo a sus palabras diciendo: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha concedido al Hijo tener vida en sí mismo*¹⁴.

3. ¿Ves cómo manifestó la igualdad y fijó la diferencia en una sola cosa, en que el Padre es una persona y el Hijo otra? La expresión «ha concedido» implica sólo esta distinción y señala que en todos los demás atributos son iguales y sin distinción. De ello resulta evidente que el Hijo hace todo con la misma potestad y poder que el Padre, y que su poder no tiene ninguna otra procedencia. Tiene vida, como el Padre la tiene. Por este motivo añadió lo que sigue, para que comprendamos a partir de este otro concepto. ¿Cuál? *Y le dio poder incluso para juzgar*¹⁵. ¿Por qué con tanta frecuencia menciona la resurrección y el juicio? *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere*. Y después: *El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo juicio*. Y de nuevo: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo*. Y una vez más: *Los que han escuchado la voz del Hijo de Dios vivirán*. Y, de nuevo, en este punto: *Le dio poder incluso para juzgar*.

¿Por qué habla constantemente de estas cosas: me refiero al juicio, la vida y la resurrección? Porque son éstas, sobre todas, las que pueden persuadir incluso al oyente más obstinado. El que cree que resucitará y que habrá de rendir cuentas por sus pecados, aunque no haya visto ningún milagro, se esforzará en garantizarse un juez propicio. *Porque es Hijo del hombre, no os maravilléis de esto*¹⁶. Pablo de Samosata¹⁷ no lo lee de este modo. ¿Cómo? *Le ha dado el poder de juzgar porque es el Hijo del hombre*. Así leído no tiene ninguna lógica. No tiene el poder de juzgar porque sea un hombre, porque ¿qué impediría a todos los demás

hombres ser jueces? Es Hijo por aquella inefable sustancia y por este motivo es juez. Debe leerse por consiguiente así: *Porque es hijo del hombre, no os maravilléis de esto*. Puesto que a los oyentes les parecía que decía cosas contradictorias y creían que no era nada más que un simple hombre, aunque sus palabras estaban por encima del decir humano, incluso por encima del decir de los ángeles, y sólo de Dios eran dignas, para resolver su objeción, añadió: *No os maravilléis de que sea hijo del hombre, porque viene la hora en la que los que están en los sepulcros escucharán su voz, y saldrán los que han obrado el bien a la resurrección de la vida, los que han obrado el mal a la resurrección del juicio*¹⁸.

¿Por qué no dijo: «No os maravilléis porque es hijo del hombre»? Pues, efectivamente, es Hijo de Dios. ¿Recordó la resurrección? Lo había afirmado antes cuando dijo: *Escucharán la voz del Hijo de Dios*. No te extrañes si aquí no lo menciona. Al hablar de una obra que era propia de Dios, da ocasión a los oyentes de deducir que era Dios e Hijo de Dios. Si lo decía constantemente, habría sido contradicho por ellos. Mostrándolo como lógica conclusión de los milagros, hacía que su enseñanza fuera bien recibida. En efecto, los que traman silogismos, puestas las premisas y después de mostrar lo que se busca verdaderamente, con frecuencia omiten las conclusiones. Disponiendo de esta forma mejor al oyente, a fin de obtener una victoria más brillante, obligan al adversario a exponer la conclusión, de forma que los presentes se decanten a favor de la que ellos propugnan, no por la de sus adversarios.

Cuando evoca la resurrección de Lázaro, no hace mención del juicio, pues no resucitó a Lázaro por ese motivo. Cuando habló de la resurrección universal, añadió: *Los que han obrado el bien saldrán a la resurrección de la vida, los*

que han obrado el mal a la resurrección del juicio. De la misma forma, Juan persuadió a su auditorio recordando el juicio y que *el que no cree en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él*¹⁹. Así dijo también a Nicodemo: *El que cree en el Hijo, no será juzgado, mas el que no cree, ya ha sido juzgado.* En este punto menciona el tribunal y el castigo que recae sobre las malas acciones.

Había dicho antes: *El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, no será juzgado.* Para que nadie crea que esto es suficiente para la salvación, añadió aspectos relativos a la vida del hombre diciendo: *Los que han obrado el bien a la resurrección de la vida, los que han obrado el mal a la resurrección del juicio.* Dice que todo el mundo habrá de rendirle cuentas de su comportamiento y que todos resucitarán al oír su voz. Es algo nuevo, inesperado y que muchos, incluso de entre los judíos, aunque parezca lo contrario, no llegan a creer. Por eso, mira cómo lo expone, adaptándose a la debilidad del auditorio: *Yo no puedo hacer nada por mí mismo. Según oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*²⁰.

Había dado una prueba no pequeña de la resurrección cuando curó al paralítico. Por este motivo ya no habló más de la resurrección hasta hacer algo que no fuese muy inferior a ésta. Se refirió al juicio después de la curación del cuerpo diciendo: *He aquí que estás curado, no peques más para que no te suceda algo peor.* Pero también predice la resurrección de Lázaro y la de todo el mundo. Puesto que anunció estas dos resurrecciones, la de Lázaro, que iba a suceder enseguida, y la del mundo, que acontecerá después de mucho tiempo, con la curación del paralítico predice la de Lázaro como próxima en el tiempo, diciendo: *Viene la hora*

y es ahora, y la del mundo con la resurrección de Lázaro: a través de lo ya acontecido pone ante los ojos de la gente lo que todavía no ha sucedido. Es posible verle actuar así en otras muchas ocasiones: hace dos o tres profecías, y, por lo que ya ha tenido lugar, hace creíble lo que va a suceder.

4. Dijo e hizo todo esto, mas no les basta porque todavía eran muy débiles en la fe. De cualquier forma, a través de estas mismas palabras calma su obstinación diciendo: *Yo no puedo hacer nada por mí mismo. Según oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.* Parecía afirmar cosas nuevas y distintas a las expresadas por los profetas. Ellos decían que Dios es quien juzga toda la tierra, es decir, a la raza humana. David lo proclamaba diciendo: *Juzgará al pueblo con equidad*²¹ y *Dios es un juez justo, fuerte y paciente*²².

Y de igual modo hablaban todos los profetas y Moisés. En cambio Cristo decía: *El Padre no juzga a nadie, sino que ha concedido el juicio al Hijo*, lo suficiente para turbar al auditorio judío e inducirle a suponer que era un enemigo de Dios. Por eso rebaja el tono de su discurso tanto cuanto su debilidad requiere, para eliminar de raíz esa funesta sospecha, y dice: *Yo no puedo hacer nada por mí mismo*, es decir, no veréis que yo haga ni oiréis que diga nada nuevo o diverso o lo que no quiera el Padre. Puesto que al principio había dicho: *Es el hijo del hombre*, demostrando que todavía sospechaban que se trataba de un hombre cualquiera, añade esa otra frase. Anteriormente había afirmado: *Lo que hemos oído, decimos, y lo que hemos visto, testificamos.* Y Juan: *Lo que ha visto, testifica, y nadie acepta su testimonio.* Añadió luego lo que sigue para dar a entender que habla de ambas cosas con un conocimiento cierto, no

simplemente por haber oído y visto. De la misma forma, al decir «por el oído», no manifiesta ninguna otra cosa que no sea que es imposible que él quiera algo distinto a lo que quiere el Padre.

No lo dijo expresamente. Si lo hubieran oído así no lo habrían aceptado. ¿Cómo, entonces? Más condescendientemente y al modo humano: *Según oigo, juzgo*. En este punto no se refiere a la doctrina. No dice «como me es enseñado», sino *según oigo*. No habla tampoco como si necesitara escuchar, pues no necesitaba aprender ni oír. Manifiesta, por el contrario, el acuerdo y la igualdad en el juicio, como si dijera: «Juzgo de igual modo a como si fuera el Padre mismo el que juzgara». A continuación añade: *Y sé que mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*.

¿Qué dices? ¿Tienes, acaso, una voluntad distinta a la del Padre? En otra ocasión dijiste: *Como yo y tú somos uno*. Y, refiriéndote a la voluntad y a la concordia: *Dales que ellos sean uno en nosotros*, es decir, en nuestra fe. ¿Te das cuenta de que, aunque parezcan palabras especialmente humildes, tienen un oculto y sublime significado? No quieren significar que la voluntad del Padre sea una y la suya otra, sino que «de la misma forma que una sola mente tiene una voluntad, así el Padre y yo tenemos una sola voluntad».

No te extrañes si se refirió a una unión semejante. En relación con el Espíritu, Pablo se sirvió de este ejemplo diciendo: *¿Qué hombre conoce lo del hombre a no ser el espíritu del hombre que está en él? De la misma forma, nadie conoce lo de Dios si no es el Espíritu de Dios*²³. No quiere significar otra cosa que lo siguiente: «Yo no tengo una voluntad propia y distinta a la del Padre: si él quiere algo, también yo lo quiero; si yo quiero cualquier cosa, también él

la quiere. De la misma forma que nadie haría ningún reproche al Padre mientras juzga, tampoco a mí: ambas decisiones proceden de un mismo parecer». No te extrañes de que diga esto en términos humanos, pues todavía creían que era un hombre cualquiera. Por este motivo, en casos semejantes es necesario no sólo examinar lo dicho, sino también ponderar la opinión de los oyentes y escuchar la respuesta como dada en sintonía con aquella opinión. De otro modo, se derivarían muchas conclusiones absurdas.

Alguno anota: dijo: *No busco mi voluntad*. Por consiguiente, su voluntad es otra y muy inferior. Y no simplemente inferior, sino también inútil. Porque, si era capaz de proporcionar salud y concordaba con la del Padre, ¿por qué no la busca? Los hombres hablarían de esta forma con razón, puesto que tienen muchas voluntades contrarias al parecer de Dios; mas tú, que te pareces en todo al Padre, ¿por qué dices esto? Nadie podría decir que son palabras propias de un hombre que practica la perfección y que ha sido crucificado. Si Pablo se identificó hasta tal punto con la voluntad de Dios que dijo: *No vivo yo, sino que Cristo vive en mí*²⁴, ¿cómo el Señor de todo puede decir: *No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*, como si se tratara de cosas distintas? ¿Qué quiere decir? Continúa su razonamiento como si fuera un hombre y ateniéndose a la opinión de los que le escuchan. Puesto que con todo lo anterior había demostrado sus palabras, razonando unas veces como conviene a Dios, otras en modo humano, vuelve sobre lo mismo, ahora con palabras humanas y dice: *Mi juicio es justo*.

¿De dónde resulta evidente? *Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*. «De la misma forma que el hombre libre de intereses personales no po-

dría ser acusado de haber juzgado contra justicia, vosotros no podéis reprocharme nada. Del que desea defender sus intereses quizá muchos podrían sospechar que corrompe la justicia, mas, el que no mira por sus intereses ¿qué razón podría tener para no pronunciarse a favor de la justicia? Examinad por mí el siguiente razonamiento. Si dijeron que no había sido enviado por el Padre y no atribuyeron a aquél la gloria de lo sucedido, quizá alguno de vosotros habría podido sospechar que, descoso de ser célebre, no digo la verdad. Ahora bien, si imputo y atribuyo lo sucedido a otro, ¿por qué o cómo podríais sospechar de mis palabras?».

¿Ves adónde condujo su razonamiento, y a partir de qué afirmó que su juicio es justo? ¿Ves cómo cualquiera podría haber asumido su defensa? ¿Ves cómo brilla claramente lo que tantas veces he dicho? ¿Qué? Que la excelente humildad de sus palabras persuade a los sensatos a no interpretarlas mezquinamente y los dispone para que aborden su significado más alto: poco a poco y con mucha facilidad eleva a los que están pegados a la tierra.

Al reflexionar sobre todo esto, te ruego que no consideremos superficialmente lo dicho, sino que analicemos todo con esmero. Consideremos siempre la razón de lo expresado y no creamos que nuestra ignorancia y simpleza son suficientes para justificarnos. No sólo nos ordenó ser sencillos, sino también prudentes²⁵. Practiquemos con sencillez también la prudencia, tanto en el terreno doctrinal como en el de las obras. Juzguémonos aquí para que no seamos condenados un día juntamente con el mundo. Seamos además con nuestros siervos como querríamos que nuestro Señor fuera con nosotros. *Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*²⁶. Sé que el alma ofendida no lleva bien esto. Pero si reparamos en que

no hacemos bien al que nos ha ofendido, sino a nosotros mismos, rápidamente apartaremos de nosotros el veneno de la ira. El que no condonó los cien denarios a su deudor, no dañó al que era esclavo como él, sino que se hizo a sí mismo deudor de los mil talentos de que había obtenido la remisión. Cuando no perdonamos a otros, no nos perdonamos a nosotros mismos. No digamos sólo a Dios: «No te acuerdes de nuestros pecados», sino que cada uno se diga a sí mismo: «No nos acordemos de los pecados de los que son esclavos con nosotros». Tú te juzgas primero, y después Dios. Eres tú quien escribe la ley sobre el perdón y el castigo, quien emite el veredicto. De ti depende que Dios se acuerde o no. Por eso, Pablo ordena perdonar si alguno tiene alguna queja contra alguien, y no de cualquier forma, sino de modo que no quede vestigio alguno²⁷. Y esto porque Cristo no sólo no hizo públicos nuestros pecados, sino que ni siquiera nos recordó que habíamos pecado. No dijo: «Has pecado en esto y en esto». Según enseña Pablo²⁸, abrogó y canceló el acta de los delitos sin tener en cuenta nuestras faltas.

Hagámoslo también nosotros y saquemos de nuestra memoria todo. Si el que ofende nos ha procurado algún bien, tengámoslo en cuenta. Si nos ha hecho algo molesto o desagradable, quitémoslo y borrémoslo de nuestra memoria, de suerte que no quede ni rastro. Si nada bueno nos ha hecho esa persona, mayores recompensa y honra tendremos al perdonarle. Algunos expían sus pecados con vigiliias, durmiendo en el suelo y con innumerables penitencias. A ti te es posible hacer desaparecer todos tus pecados por un camino más fácil. Me refiero a no tener rencor. ¿Por qué diriges contra ti mismo la espada, como los que están fuera de sí y enloquecidos, y arrojas de ti la vida futura,

cuando es necesario hacer todo para obtenerla? Si tan deseable es la vida presente, ¿qué cabría decir de aquélla en la que no hay dolor, tristeza ni llanto? Allí no es posible temer a la muerte, ni temer el fin de los bienes. Bienaventurados, y tres veces bienaventurados, y muchas veces más, quienes renuncian a la bienaventuranza terrena. ¿Qué nos lleva a gozar de aquella vida? Escucha al juez en persona que habla de esto mismo con el joven. Luego de que le preguntara: *¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?*²⁹, Cristo, tras enumerar el resto de los preceptos, concluyó con el del amor al prójimo.

Quizá alguno de los oyentes dirá como aquel rico: «También nosotros observamos los mandamientos. No hemos robado, ni matado, ni cometido adulterio». Pero no podrás decir que amaste al prójimo como era debido. Quien sintió envidia, o habló mal de otro, o no auxilió al que sufría injusticia o no dio parte de sus bienes, no ha amado. Ahora bien, Cristo no ordenó sólo eso, sino también otra cosa aún. ¿Qué otra cosa? *Vende tus bienes, dalos a los pobres y luego sígueme*³⁰, queriendo decir con la expresión «sígueme» que debemos imitarle en nuestras acciones.

¿Qué aprendemos en este punto? En primer lugar, que el que no ha conseguido todo esto en un alto grado no podrá alcanzar aquella suerte. Cuando el joven dice: *Todo esto lo he hecho*, como si le faltara algo importante para alcanzar la perfección completa, le replica: *Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dalos a los pobres y luego sígueme*. Ésta es la lección que es posible aprender en primer lugar. En segundo lugar, que lo refutó como al que se jacta en vano. El que vive entre tanta abundancia de bienes y desprecia a los que se encuentran en la pobreza ¿cómo podría amar al prójimo? Ni siquiera en eso dijo la verdad. Hagamos nosotros

lo uno y lo otro. Esforcémonos en despojarnos de nuestras posesiones y en ganar el cielo. Algunos han malgastado toda su hacienda por alcanzar la dignidad terrena, dignidad que va a permanecer durante esta vida y no por mucho tiempo. Muchos, bastante tiempo antes de morir, fueron despojados de esta dignidad. Otros, por su causa fueron castigados incluso con la vida misma. Y, aun a sabiendas de ello, malgastaron su riqueza por la gloria terrena. Si por ella se hacen tales cosas, ¿qué habrá de más miserable sino que nosotros no entreguemos un poco de lo que poseemos por la gloria que permanece para siempre y que no puede ser abolida, ni ofrezcamos lo que habremos de abandonar poco después de estar aquí? ¿Cuánta no será nuestra locura cuando, contra nuestra voluntad, nos veamos desposeídos de lo que nos habría sido posible entregar voluntariamente, sin querer llevarlo con nosotros? Si alguno fuera conducido a la muerte y se le propusiera verse libre a cambio de sus riquezas, consideraríamos ese hecho como un favor.

Nosotros, sin embargo, camino de la gehenna, siéndonos posible vernos libres al precio de la mitad de nuestros bienes, escogemos ser castigados y preferimos, en vano, conservar los bienes que no son nuestros y perder los que sí lo son. ¿Qué defensa tendremos? ¿Qué perdón mereceremos si, estándonos señalado un camino tan fácil hacia la vida, nos arrojamos al precipicio, recorremos un camino inútil, nos privamos de todo lo de aquí y de todo lo de allá, cuando nos sería posible gozar de ambos con toda seguridad? Si no lo hemos hecho antes, retrocedamos ahora y repartamos nuestros bienes presentes como conviene, para que alcancemos fácilmente los bienes futuros, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 40

Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero; es otro el que da testimonio de mí, y sé que su testimonio es verdadero

1. Si alguno, porque es inexperto en ese oficio, intentara excavar un terreno de minas, no conseguiría oro, sino que, mezclando todo completamente y al mismo tiempo, haría un esfuerzo inútil y perjudicial. De la misma forma, los que no conocen la secuencia de la divinas Escrituras y no examinan sus características específicas y sus leyes, sino que revisan superficialmente todo y desde un solo punto de vista y mezclan el oro con la tierra, no encontrarán jamás el tesoro en ella escondido. Me expreso de este modo ahora, porque el pasaje que se nos propone contiene un gran filón de oro, que no está al descubierto, sino oculto dentro de una profunda sima.

Por ese motivo, es necesario, excavando y limpiando, llegar al verdadero sentido. ¿Quién no se turbaría al escuchar a Cristo decir: *Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero*? Muchas veces aparece dando testimonio de sí mismo. Por ejemplo, a la samaritana le decía: *Yo soy, el que te habla*². De igual modo al ciego: *Es el que habla contigo*³, y también cuando hace reproches a los ju-

díos⁴. Y en otras muchas ocasiones hace lo mismo. Si todo esto es falso, ¿qué esperanza de salvación tendremos? ¿Dónde encontraremos la verdad, si la verdad misma dice: *Mi testimonio no es verdadero*? No sólo esta frase parece una contradicción. Hay otra que no lo parece menos que ésta. Más adelante dice: *Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero*⁵. Dime: ¿cuál de las dos aceptaré? ¿Cuál creeré que es falsa? Si tomáramos en sentido literal lo dicho, sin pararnos a pensar en la persona, ni en la causa, ni en ninguna otra cosa, ambas serían falsas. Si su testimonio no es verdadero, no es verdadero tampoco esto, ni lo segundo ni lo primero. ¿Qué significa? Necesitamos prestar mucha atención, y, sobre todo, la gracia de Dios, para que no nos quedemos sólo en las palabras. Así se equivocan los herejes, porque no analizan la intención del que habla ni la disposición de los que escuchan.

Si no recapacitamos en éstas y en otras cosas, como por ejemplo, el momento, el lugar, el ánimo del auditorio, se derivarán muchas absurdas consecuencias. ¿Qué significa entonces? Los judíos iban a reprocharle lo siguiente: «Si tú das testimonio sobre ti mismo, tu testimonio no es verdadero». Por ello hizo esta afirmación y se anticipó a objeciones como éstas. La expresión «no es verdadero» no debe leerse en sentido literal, sino de acuerdo con la opinión de aquéllos, como si dijera: «no es verdadero para vosotros». Por consiguiente, lo dijo no en relación a su propia dignidad, sino de acuerdo con la actitud recelosa de aquéllos. Cuando afirmó: *Mi testimonio no es verdadero* refuta su intención y la objeción que iban a ponerle. Cuando dice: *Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero*, pone de manifiesto la naturaleza misma de las cosas, es decir, que es preciso creer que él, en cuanto Dios, es digno de fe, incluso cuando habla de sí mismo.

Luego de hablar de la resurrección de los muertos, del juicio, de que el que crea en él no es juzgado, sino que va a la vida, de que, sentado en calidad de juez, pedirá cuentas a todos y de que tiene la misma autoridad y poder que el Padre, dispuesto a ratificar todo esto, antes necesariamente ha puesto una objeción. «Afirmé —dice—: *Como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere*. Dije: *El Padre no juzga a nadie, sino que ha concedido todo juicio al Hijo*. Dije que es necesario honrar al Hijo como al Padre: *El que no honra al Hijo, no honra al Padre*. Afirmé: *El que escucha mis palabras y cree, no verá la muerte, sino que ha pasado de la muerte a la vida*. Dije que mi voz resucitará a los muertos, a los de ahora y a los de después. Dije que pediré a todos razón de sus pecados. Afirmé, por último, que juzgaré justamente y recompensaré a los que hayan obrado rectamente».

Puesto que había revelado todo esto, y, ciertamente, eran cosas extraordinarias, mas todavía no estaban claramente explicadas, sino que permanecían misteriosamente implícitas, dispuesto a abordar la demostración de sus palabras, pone en primer lugar una objeción, como si dijera lo mismo, pero no con las mismas palabras. Quizá diréis: «Dices todo esto, y, sin embargo, cuando das testimonio de ti mismo, no eres un testigo fidedigno». En primer lugar, resuelve la controversia de éstos con la revelación de lo que iban a decir y con la demostración de que conocía los secretos de sus mentes. Ofrecida esta primera demostración de su poder, en segundo lugar, después de la objeción, aporta otras demostraciones claras e indiscutibles, alegando tres testigos de lo dicho, esto es, sus obras, el testimonio del Padre y la predicación de Juan. Cita en primer lugar la menos importante, la de Juan. Después de haber dicho: *Otro es el que da testimonio de mí y sé que su testimonio es verdadero*, añadió: *Vosotros habéis mandado a preguntar a Juan, y dio tes-*

*timonio de la verdad*⁶. Si tu testimonio no es verdadero ¿cómo dices: *Sé que el testimonio de Juan es verdadero y dio testimonio de la verdad?* ¿Te das cuenta de cómo en este punto está claro que las palabras «mi testimonio no es verdadero» se dicen como respuesta a su suposición?

2. Para que no lo dijeran: «Mira cómo previene esta sospecha», no dijo: «Juan ha dado testimonio de mí», sino que, en primer lugar dijo: *Vosotros habéis mandado a preguntar a Juan*, y, sin duda, no habríais enviado a preguntarle si no lo juzgarais fidedigno. Mucho más que esto: no enviaron a preguntarle acerca de Cristo, sino de sí mismo. Por consiguiente, al que juzgaban digno de crédito cuando hablaba de sí mismo, con mayor motivo le deberían creer cuando hablaba de otro.

Por así decir, todos los hombres estamos inclinados por naturaleza a no creer tanto a los que hablan acerca de sí mismos como a los que hablan de otros. Lo juzgaban tan fidedigno que no necesitaban de otros testigos cuando hablaba de sí mismo. Los que fueron enviados no le preguntaron: «¿qué dices de Cristo?», sino ¿*Tú quién eres? ¿Qué dices de ti mismo?* Tan grande era la admiración que sentían por él. Cristo lo había insinuado cuando dijo: *Vosotros habéis enviado a preguntar a Juan*. Por este motivo, el evangelista no dijo sólo que fueron enviados algunos, sino que especifica de ellos que eran sacerdotes y fariseos: no unos cualesquiera y timoratos, capaces de ser corrompidos y engañados, sino hombres capaces de comprender con exactitud cuanto aquél dijera.

*Yo, sin embargo, no recibo testimonio de un hombre*⁷. ¿Por qué aceptaste el testimonio de Juan? En verdad, ni siquiera el de aquél era un testimonio de hombre. *El que me*

ha enviado a bautizar con agua —dice Juan— *me dijo...* Resulta, por consiguiente, que también el testimonio de Juan era un testimonio de Dios. Decía cuanto decía después de aprenderlo de él. Mas, para que no objetaran: «¿De dónde se deduce que aprendiera de Dios?» y le replicaran por esa vía, con superioridad cierra sus bocas, refutando su opinión. No era verosímil que muchos lo supieran, pero hasta entonces escuchaban a Juan como si hablara por sí mismo. Por este motivo dice: *Yo, sin embargo, no recibo testimonio de un hombre*. Si no ibas a aceptar y mantener testimonio de un hombre, ¿por qué aceptabas el suyo? Para que no dijeran eso, escucha cómo refuta esta objeción. Después de haber dicho: *Yo no recibo testimonio de un hombre*, añadió: *Mas digo estas cosas para que vosotros os salvéis*. Lo que quiere decir es lo que sigue: «Yo no necesito de testimonio humano porque soy Dios. Mas, puesto que vosotros os fiasteis más de él, lo juzgasteis más digno de crédito que a cualquier otro, acudisteis a él como a un profeta (toda la ciudad se lanzó al río Jordán), y, en cambio, no me creísteis a mí aun cuando hice milagros, por este motivo recurro a su testimonio».

*Aqué! era la lámpara que arde y alumbra y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz*⁸. Para que no dijeran nada, demuestra que habían entendido lo dicho. Así es. No enviaron a unos cualesquiera, sino a sacerdotes y fariseos. Hasta tal punto admiraban a aquel hombre que no podían contradecir sus palabras. La expresión «un instante» manifiesta su disposición y que al punto se alejaron de él. *Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan*⁹. Si hubierais querido acoger la fe de acuerdo con un orden lógico, yo os habría persuadido en mayor grado con mis obras. Ahora bien, puesto que no queréis, os remito a Juan, no porque yo ne-

cesite de su testimonio, sino porque, gracias a éste, hago todo para salvaros. *Tengo un testimonio mayor que el de Juan*, es decir, el de las obras. Pero no busco sólo ser bien acogido por vosotros como uno más de los hombres dignos de fe, sino como uno de entre los que vosotros más conocéis y admiráis. Les acusa con las palabras: *Vosotros quisisteis gozar un instante de su luz*. Les demuestra que su interés es momentáneo e inestable, y al llamarle «lámpara», manifiesta que no tenía luz propia, sino que la recibe del Espíritu Santo.

Cristo todavía no había señalado la diferencia con él, esto es, que él es el sol de la justicia. Sólo lo insinúa y, mientras tanto, les ataca muy duramente y demuestra que, con la misma disposición de ánimo con la que despreciaron a aquél, no podrían creer en Cristo. Admiraron al que era objeto de su estimación sólo *un instante*. Si no se hubieran comportado así, al punto les habría conducido de la mano hacia Jesús.

Después de demostrar que no eran dignos de perdón, añadió: *Tengo un testimonio mayor que el de Juan*. ¿Cuál? El que procede de las obras. *Las obras —dice— que me ha dado el Padre para realizarlas, las mismas obras dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado*. En este punto recordó al paralítico y su curación y a otros muchos. En lo relativo a las palabras, quizá alguno podría decir que eran producto de la jactancia y del favor de la amistad de Juan, si bien no podían afirmar eso de Juan, hombre con un conocimiento riguroso de la filosofía y tan admirado por ellos; mas, en relación con las obras, ni siquiera estando fuera de sí podrían albergar esa sospecha. Por tal motivo añadió este segundo testimonio: *Las obras —dice— que me ha dado el Padre para realizarlas, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado*. En este punto rechaza la acusación de la violación del sábado que ellos le hacían. Por ese motivo dice *que me ha dado el Padre*.

Actuaba con autoridad, pero para mostrar que no hacía nada contrario al Padre, se abaja a parecer inferior.

3. ¿Por qué no dijo «las obras que me ha dado el Padre testifican que soy igual al Padre»? Porque es posible deducir ambas cosas a partir de las obras: que no hace nada contrario al Padre y que es igual al que lo ha engendrado. Para demostrarlo, decía en otra ocasión: *Si no creéis en mí, creed en mis obras, para que sepáis y creáis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí*¹⁰. Ambas cosas, que era igual al Padre y que no había hecho nada contrario a él, daban testimonio de él. ¿Por qué no se expresó de esta forma, sino que elude lo más importante y dijo sólo esto? Porque se estaba tratando de lo primero. Aunque creer que él venía de Dios era menos importante que creer que Dios era igual a él (aquello lo decían los profetas; esto, en cambio, no) él pone mucho empeño en lo menos importante, consciente de que, si esto era aceptado, también lo demás sería bien acogido. Sin hacer mención del testimonio más importante, habla del menos importante para que, gracias a éste, acepten también aquél. Una vez expuesto eso, añadió: *El Padre que me ha enviado, él mismo ha dado testimonio de mí*. ¿Cómo ha dado testimonio de él? En el Jordán cuando dijo: *Este es mi Hijo amado, escuchadle*. Mas también esto necesitaba una cierta preparación.

Lo relativo a Juan era evidente, pues enviaron a preguntarle y no podían negarlo. E, igualmente, eran evidentes los milagros. Habían visto lo sucedido, habían escuchado al hombre curado y creyeron. También por eso le acusaban. Faltaba dar a conocer el testimonio del Padre y, antes de citarlo, añadió: *Jamás habéis oído su voz*. ¿Cómo dice entonces Moisés: *Moisés hablaba y Dios respondía*¹¹? ¿Cómo

afirma David: *Escuchó una lengua que no conocía*¹²? Y, en otro lugar, Moisés: *¿Existe un pueblo semejante que haya oído la voz de Dios?*¹³. ...no habéis visto su rostro. Dicen, no obstante, que Isaías, Jeremías, Ezequiel y otros muchos lo han visto. ¿Qué es entonces lo que quiere decir ahora Cristo? Los introduce en una doctrina filosófica poco a poco, demostrando que en Dios no hay voz, ni figura, sino que trasciende toda apariencia y sonido exterior. Cuando dice: *No habéis oído su voz*, no quiere decir que emite una voz, pero que no es audible. De la misma forma, cuando dice: *No habéis visto su rostro*, no quiere decir que tenga rostro, pero que no es visible, sino lo que quiere significar es que Dios no tiene nada de esto. Para que no digan: «En vano te jactas; Dios sólo ha hablado a Moisés» (pues decían: *Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés, pero éste no sabemos de dónde es*¹⁴), por eso se ha expresado así, para mostrar que en Dios no hay ni voz ni aspecto exterior.

¿Por qué digo esto? No sólo no habéis oído su voz, ni visto su rostro, sino que ni siquiera podéis decir aquello de lo que más os gloriáis y de lo que más os enorgullecéis, que habéis recibido y conservado sus mandatos. Por ello, e indicándolo, añadió: *No tenéis su palabra firme en vosotros*¹⁵, es decir: «Mandatos, preceptos, Ley y profetas. Aunque Dios lo dispuso así, no lo habéis hecho vuestro porque no me creéis. Aunque las Escrituras dicen constantemente que es necesario creer en mí, vosotros no creéis. Es evidente que su palabra se aparta de vosotros». Por este motivo añadió: *Porque no creéis al que él envió*. Para que no dijese: «¿Cómo dio testimonio de ti si no hemos oído su voz?», él dice: *Escudriñad las Escrituras, pues aquéllas dan testimonio de mí*¹⁶,

manifestando que, a través de ellas, Dios dio testimonio de él. Efectivamente, dio testimonio en el Jordán y en el monte.

No habla abiertamente de aquella voz. Quizá tampoco habría sido creído. No oyeron la voz en el monte y, aunque escucharon la otra, no le prestaron atención. Por este motivo, les remite a las Escrituras, demostrando que también allí está el testimonio del Padre, pero que es necesario, en primer lugar, suprimir las cosas antiguas de que ellos se gloriaban, como si hubieran visto a Dios y como si hubieran escuchado su voz. Era de prever que no creyeran en su voz y que tuvieran por imaginario lo sucedido en el monte Sinaí. Por eso, luego de corregir en primer lugar la sospecha acerca de aquellas cosas y de demostrar que lo sucedido había acaecido por condescendencia, les remite al testimonio de las Escrituras.

4. Esforcémonos también nosotros cuando luchemos y armémonos contra los herejes. *Toda la Escritura* —dice el Apóstol— *es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, consumado en toda obra buena*¹⁷. No para tener unas cosas y carecer de otras: un hombre así no es perfecto. Dime, ¿qué ventaja se obtiene cuando se ruega constantemente y no se es abundantemente misericordioso? ¿O cuando se es generosamente misericordioso, mas con arrogancia y violencia? ¿O cuando no se es arrogante ni violento, mas se hace por ostentación y vanagloria? ¿O cuando se es misericordioso con rectitud de intención y según el parecer de Dios, mas uno se engríe por ello y es orgulloso? ¿O cuando se es humilde y se guardan ayunos, mas se es ávido de dinero, dedicado a la usura, apegado a las cosas de la tierra y se admite en el alma a la madre de los males?

La avaricia es la raíz de todos los males. Temblemos ante ella y huyamos de este pecado. Ha destruido al mundo, ha desordenado todo y nos aparta del feliz servicio de Cristo. *No es posible servir a Dios y a la riqueza.* Ordena, en efecto, cosas contrarias a Cristo. Cristo dice: «Da a los necesitados», y ésta, en cambio: «Quita a los necesitados». Cristo dice: «Perdona a los que traman asechanzas y ofenden», ésta, por el contrario: «Tiende trampas contra los que no han cometido injusticia alguna». Cristo dice: «Sé benigno y manso», y ésta todo lo contrario: «Sé duro y cruel, y no estimes en nada las lágrimas de los pobres». Aquel día nos aguarda un juez severo. Entonces, todo cuanto hayamos hecho pasará ante nuestros ojos y quienes hayan sido dañados o expoliados por nosotros nos impedirán toda defensa. Si Lázaro, que no recibió ofensa alguna del rico, mas tampoco gozó de nada de lo que aquél poseía, se presentó después como despiadado acusador e impidió que alcanzara perdón alguno, dime: ¿qué defensa obtendrán los que, lejos de dar limosna con sus propios bienes, se apoderan de los ajenos y destruyen las casas de los huérfanos? Si los que no dieron de comer a Cristo hambriento atrajeron sobre sus cabezas un fuego tal, los que se apoderaron de lo que no era suyo, maquinaron sin fin de litigios y tomaron contra toda justicia los bienes de los demás ¿qué consuelo podrán obtener?

Rechacemos este deseo apasionado. Lo desecharemos si pensamos en los que han obrado injustamente, han sido avaros y vivieron y murieron antes que nosotros. ¿No fueron otros quienes gozaron de sus riquezas y esfuerzos, mientras ellos sufrían castigos, suplicios e implacables males? ¿No es de una insensatez extrema sufrir y padecer con el fin de, mientras se vive, afanarse en preocupaciones, y, después de muertos, soportar castigos y tormentos insoportables, cuando, en realidad, es posible vivir aquí apaciblemente (nada procura un placer semejante al de la misericordia y la pu-

reza de conciencia), y, una vez partidos de este mundo, verse libre de todos los males y alcanzar un sin fin de bienes? De la misma forma que la maldad, incluso antes que el infierno, acostumbra a atormentar a quienes la practican, así la virtud, incluso antes de nuestra entrada en el reino, proporciona una vida placentera a quienes la practican, haciéndolos vivir con buenas esperanzas y con una alegría constante. A fin de que la alcancemos en esta vida y en la futura, dediquémonos a las buenas obras. De esta forma lograremos las futuras coronas. Ojalá que todos nosotros las obtengamos, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 41

Escudriñad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas la vida eterna. Ellas también dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener la vida eterna

1. Prestemos mucha atención a las cosas espirituales, queridos, y no creamos que considerarlas de cualquier forma es suficiente para nuestra salvación. Si en las cosas terrenas nadie podría alcanzar algo de importancia si se ocupa de ellas superficial y descuidadamente, mucho más sucederá esto en las cosas del espíritu, que requieren una diligencia mucho mayor. Por este motivo Cristo remite a los judíos a las Escrituras, no para que hagan una simple lectura, sino un examen profundo y meditado de las mismas. No dijo: «Leed las Escrituras», sino: *Escudriñad las Escrituras*. Cuanto de él había sido dicho exigía una gran atención, porque estaba oculto desde antiguo como por una sombra adaptada a las personas de ese momento. Por este motivo ahora les ordena que excaven con diligencia para que puedan encontrar lo que está profundo. Su sentido no fue expresado superficialmente, ni expuesto de manera literal, sino que, como un tesoro, está a gran profundidad. El que busca lo que está en lo hondo, si no lo busca con diligencia y esfuerzo no podrá encontrar jamás lo que busca.

Por este motivo, después de decir: *Escudriñad las Escrituras*, añadió: *ya que creéis tener en ellas la vida eterna*. No dijo «tenéis», sino *creéis tener*, para demostrar que no obtendrían un resultado grande y excelente si pensaban alcanzar la salvación con la sola lectura y careciendo de fe. Con razón decía *creéis tener*, ya que no querían creer en él, sino que estaban llenos de presunción por la sola lectura. A continuación, para que, por su gran solicitud, no se apoderara de ellos la sospecha de vanagloria y no pensaran que, por su deseo de que ellos creyeran en él, miraba por su propio interés y que al mencionar la voz de Juan, el testimonio de Dios y sus propias obras, lo había hecho para atraerlos y por lo mismo había prometido la vida eterna, puesto que era de prever que sospecharan que lo había dicho por deseo de gloria, escucha lo que añade: *Yo no recibo gloria de hombre*². ¿Por qué dice esto si no la necesita? *Para que seáis salvados*. Lo había dicho antes, y aquí añadió: *Para que tengáis vida*.

No obstante, señala otra razón. ¿Cuál? *Pero he sabido que no tenéis el amor de Dios en vosotros*³. A menudo, con el pretexto de que amaban a Dios, lo perseguían porque se hacía igual a Dios. Sabía que no iban a creer en él. Para que ninguno preguntara, respondió «para reprobáros porque no me perseguís por amor a Dios. El da testimonio de mí a través de las obras y de las Escrituras. Antes de eso, puesto que creíais que yo era enemigo de Dios, me rechazasteis. Ahora, después de haber demostrado todo, si realmente amarais a Dios, deberíais acudir a mí. Mas a todas luces es evidente que no le amáis. Por este motivo os dije esto, para demostraros que estáis llenos de vana presunción, que os jactáis en vano y que ocultáis como bajo una sombra vuestra envidia».

Expone estas conclusiones no sólo a partir de aquellas palabras, sino también de las que siguen: *Vine en el nom-*

*bre de mi Padre, y no me recibisteis. Si otro viniera en su propio nombre, lo recibiríais*⁴.

¿Ves cómo constantemente dice que ha sido enviado, que ha recibido del Padre el poder de juzgar y que no puede hacer nada por sí mismo, con el fin de eliminar todo pretexto que ellos pudieran alegar por su obstinación? ¿A quién se refiere cuando dice que vendrá en nombre propio? Alude aquí al anticristo, y aporta una prueba irrefutable de su terquedad. Si me perseguís en virtud de vuestro amor a Dios, con mayor motivo haríais lo mismo con el anticristo. El no dirá nada de esto, ni que ha sido enviado por el Padre, ni que ha venido por su voluntad. Afirmará todo lo contrario, apoderándose despóticamente de lo que no le pertenece y declarando que él mismo es Dios sobre todas las cosas, tal y como subraya Pablo: *Sobre todo lo que se dice Dios o es adorado, mostrándose como si fuese Dios*⁵. Esto significa venir en nombre propio.

Todo esto era suficiente para demostrar que no amaban a Dios, ya que no acogieron al que declaraba haber sido enviado por él. Pero ahora, además, y desde el hecho contrario, pone de manifiesto su descaro por disponerse a recibir al anticristo. Desde el momento en que no acogen al que dice ser enviado por Dios, y mientras se disponen a adorar al desconocido que alardea y dice que es el dios sobre todas las cosas, resulta evidente que la persecución procede de la envidia y del odio a Dios. Por este motivo expone dos razones de sus afirmaciones. En primer lugar, la más consoladora diciendo: *Para que seáis salvados y para que tengáis vida*. Se iban a burlar de él, y por ello expone la más terrible declarando que, aunque los oyentes no le crean, Dios ha realizado en todo momento sus designios.

2. Pablo, hablando del anticristo, hizo esta profecía: *Dios les enviará una fuerza engañosa para que sean juzgados todos los que no hayan creído en la verdad, sino que se han complacido en la iniquidad*⁶. Cristo, sin embargo, no dijo que vendrá, sino que, por consideración con sus oyentes, dijo: *Si viniera*. Puesto que su crueldad todavía no se había colmado, calló el motivo de su venida. Pablo lo reveló con claridad a quienes podían entenderlo: es quien les impedirá toda posibilidad de justificación. A continuación, Cristo expone el motivo de su incredulidad, añadiendo: *¿Cómo podéis creer quienes recibís gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede del único Dios?*⁷, mostrando una vez más que no buscaban las cosas de Dios, sino que con esta excusa deseaban encubrir su secreto sentimiento.

Tan lejos estaban de hacer todo esto por la gloria de Dios que prefirieron más la humana que la que procede de Dios. ¿Cómo iban a afrontar tanto odio por la gloria de Dios, a la que despreciaban hasta el punto de anteponerle la humana? Después de decir que no tienen el amor de Dios, de probarlo tanto con lo que ha tenido lugar en relación con él, como con lo que ha de acontecer en relación con el anticristo, dijo con toda claridad que no merecen perdón alguno, y los reprueba de la forma que sigue, presentando a Moisés como acusador y diciendo: *No creáis que yo os acusaré ante mi Padre. Es Moisés el que os acusa, en quien habéis puesto vuestra esperanza. Si hubierais creído en Moisés, habríais creído en mí, pues de mí escribió él. Mas si no creéis en sus escritos ¿cómo vais a creer en mis palabras?*⁸. Observa cómo ha impedido toda posibilidad de defensa. «Al perseguirme —dice— asegurabais amar a Dios. Os he demostra-

do, sin embargo, que lo hacíais porque le odiáis. Decís que profano el sábado y que transgredo la Ley y me he librado de esa acusación. Enérgicamente afirmáis que, por creer en Moisés, actuáis contra mí y yo os demuestro que eso significa no creer en Moisés. Estoy tan lejos de oponerme a la Ley que no otro os acusa, sino el mismo que os ha dado la Ley». Igual que acerca de las Escrituras decía: *En las que creéis tener la vida eterna*, a propósito de Moisés dice: *En quien habéis puesto vuestra esperanza*, sometiéndolos de nuevo con sus propios argumentos.

¿De dónde resulta evidente que Moisés acusará y que tú no te jactas? ¿Qué tienes tú en común con Moisés? Transgrediste la observancia del sábado, algo que precisamente Moisés ordenó respetar. ¿Cómo, entonces, podría acusarnos a nosotros? ¿De dónde es evidente que nosotros creeremos en otro que venga en su propio nombre? Tus afirmaciones carecen de prueba. En verdad, todo lo anterior tiene su demostración. Está muy claro que Moisés los acusará. ¿Qué dijo Moisés? ¿No dijo que si viniera uno que hace prodigios, que conduce a Dios y que predice el futuro con verdad, es preciso escucharle con toda docilidad? ¿No ha hecho Cristo todo esto? Sin lugar a dudas hizo milagros, arrastró hacia Dios a todos y dio cumplimiento a sus predicciones. ¿De dónde resulta evidente que habrán de creer en otro? Por el hecho de odiar a Cristo. Los que vuelven la espalda al que viene por voluntad de Dios, está muy claro que recibirán al que se opone a Dios. No te extrañes si ahora apela al testimonio de Moisés, tras haber dicho: *no acepto el testimonio de un hombre*. No les remite a Moisés, sino a los escritos de Dios. Puesto que temían poco a las Escrituras, conduce el discurso hacia la persona misma, presenta como acusador al legislador

mismo, incrementa de esta forma su temor, y refuta una a una sus objeciones.

Observa cómo lo hace. Decían que le perseguían por amor de Dios y, por el contrario, les demuestra que lo hacen por odio a Dios. Decían que se acogían a Moisés, y les demuestra que actuaban de este modo porque no creían en Moisés. Si hubieran sentido celo por la Ley, habría sido preciso acoger a quien le daba cumplimiento; si hubieran amado a Dios, habría sido necesario creer en el que los arrastraba hacia él; si hubieran creído en Moisés, habría sido preciso adorar a quien era preanunciado por él. No se cree en Moisés más que en mí. Por eso, no es extraño que yo, que he sido preanunciado por Moisés, sea rechazado por vosotros. De la misma forma que, por todo cuanto hicieron contra él, demostró que los que parecían admirar a Juan, en realidad, lo despreciaban, así pone de manifiesto que quienes dicen creer en Moisés, en realidad, no creen en él, y arroja siempre sobre sus cabezas precisamente lo mismo que pensaban tomar como fundamento de sus afirmaciones. Dijo que las Escrituras dan testimonio, pero no indicó en dónde, para infundirles mayor temor, para estimularlos a la investigación y forzarlos a inquirir en su significado. Si les hubiera informado al punto, y no como respuesta a sus preguntas, podrían haber hecho objeciones a su testimonio. Ahora bien, si hubieran prestado atención a sus palabras, habría sido necesario, antes que nada, que le preguntaran y aprendieran su respuesta. Por este motivo abundó muy frecuentemente en las amonestaciones y en las amenazas, y no en las demostraciones, para persuadirlos, al menos, por el temor a sus palabras. Incluso así, ellos permanecen en silencio. Tal es la maldad: no cambia ante nada que alguien diga o haga, sino que persisten en conservar su veneno.

3. Por todo lo cual es necesario que arrojemos del alma toda maldad y no tramemos jamás engaño alguno. *Dios*

envía caminos tortuosos a los perversos, dice la Escritura¹⁰. *El Espíritu Santo de la sabiduría rehuirá el engaño y se apartará de los pensamientos insensatos*¹¹. Nada hace a los hombres tan necios como la maldad. Cuando uno es pérfido, insensato e ingrato (éstos son los distintos aspectos de la maldad), cuando ofende sin haber sido provocado, cuando urde engaños ¿cómo no dará muestras de una extrema insensatez? Nada hace a los hombres tan sensatos como la virtud. Los hace agradecidos, bondadosos, misericordiosos, mansos, afables, discretos; engendra, en suma, todas las demás buenas cualidades ¿Quién más sagaz que el que posee estas disposiciones? La virtud es verdaderamente la fuente y raíz de la prudencia, de la misma forma que cualquier clase de maldad tiene su origen en la necedad. El arrogante y el iracundo, por carecer de prudencia, son presa de las pasiones. Por este motivo el profeta decía: *Nada hay sano en mi carne. Se pudren y corrompen mis llagas a causa de mi locura*¹², poniendo de manifiesto que cualquier pecado tiene su origen en la insensatez, mientras que el virtuoso es temeroso de Dios y el más sagaz de todos.

Por tal motivo dice el sabio: *El principio de la sabiduría es el temor de Dios*¹³. Si temer a Dios equivale a tener sabiduría, el malvado que no tiene esta disposición, se ha privado de la verdadera sabiduría y, privado de la verdadera sabiduría, es el más estúpido de todos.

Muchos admiran a los perversos porque son capaces de acometer injusticias y de ocasionar daños. Ignoran que deben ser compadecidos mucho más que cualquier otro porque creen dañar a otros y, sin embargo, empuñan la espada contra sí mismos. Es propio de una locura extrema no percibir que uno se golpea a sí mismo, sino creer que hace daño

a otro, cuando se está dando muerte a sí mismo. Por eso Pablo, sabedor de que al golpear a otros nos destruimos a nosotros mismos, decía: *¿Por qué no preferís sufrir injusticia? ¿Por qué no el ser despojados?*¹⁴. No sufrir injusticia consiste en no cometerla, de la misma forma que no padecer un mal consiste en no hacerlo a otros, aunque estas afirmaciones parezcan un enigma a muchos que no quieren razonarlas.

Conocedores de todo ello, no nos compadezcamos y lloremos por los que son tratados injustamente y son ofendidos, sino por los que cometen todo esto. Son ellos, sin duda, los más dañados, los que se hacen enemigos de Dios, abren las bocas de miles de acusadores, adquieren en la presente vida una funesta reputación y atraen hacia sí un gran castigo en el siglo venidero, en tanto que los que han sido tratados injustamente soportan todo noblemente, gozan del favor de Dios, todos sufren con ellos, los alaban y los aceptan con agrado. Estos gozarán de una gran reputación en la presente vida, ofreciendo un importante ejemplo de sabiduría, y en la otra vida tendrán parte en los bienes eternos. Ojalá que todos nosotros los alcancemos, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 42

Después de esto, Jesús pasó al otro lado del mar de Galilea, a la parte de Tiberíades. Una gran multitud le seguía porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Jesús subió a un monte y allí se sentó con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua de los judíos

1. No frecuentemos la compañía de los hombres perversos, queridos, si bien es bueno que aprendamos a dar ocasión a sus perversas asechanzas, siempre que no puedan dañar nuestra virtud. De esta forma toda su agresividad queda enervada. De la misma forma que cuando los proyectiles caen sobre una superficie tensa, dura y resistente, con gran ímpetu vuelven de rechazo a los que los dispararon, y, por el contrario, cuando la violencia del disparo no encuentra resistencia, al punto pierde fuerza y cesa; así, cuando frecuentamos la compañía de los hombres insolentes, se enfurecen más; pero si cedemos y consentimos, con facilidad calmamos su furor. Por esta razón, también Cristo, cuando oyó que había llegado a los oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, se fue a Galilea, calmando con su partida la envidia y la rabia que era verosímil que se hubieran producido por estos rumores. Por lo demás, al ir de nuevo a Galilea, no fue a los

misimos lugares, pues no fue a Caná, sino al otro lado del mar. Le seguían grandes muchedumbres porque veían los milagros que hacía. ¿Qué milagros? ¿Por qué no los especifica? Porque este evangelista estaba especialmente preocupado por que en la mayor parte de su libro apareciesen recogidos sus discursos y predicaciones. Mira cómo durante un año entero, y, es más, ahora en la fiesta de la Pascua, no nos relató nada a propósito de los milagros, salvo que curó al paralítico y al hijo del funcionario real. No se preocupó de enumerarlos todos, aunque, en realidad, no le hubiera sido posible, sino sólo unos pocos de entre tantos y tan importantes.

Y una gran multitud le seguía porque veían los milagros que hacía. No le seguían con una convicción firme. Aunque habían escuchado una doctrina tal, se dejaban arrastrar más por los milagros, algo propio de su burdo entendimiento. *Los milagros —dice san Pablo— son para los incrédulos, no para los creyentes*². No así el pueblo que describe Mateo. Escucha cómo *todos estaban atónitos por su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene potestad*³.

¿Por qué sube ahora al monte, y allí se sienta con sus discípulos? Por el milagro que iba a suceder. El hecho de que sólo subieran los discípulos se debe a la multitud que no lo siguió. No lo hace sólo por este motivo, sino también para enseñarnos a descansar en todo momento del alboroto y del barullo, pues, efectivamente, la soledad es conveniente para la meditación. A menudo sube solo al monte y pasa allí la noche y reza, enseñándonos que quien se acerca a Dios necesita alejarse del ruido y buscar tiempo y lugar apartado del tumulto. *Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.* ¿Cómo no va a la fiesta, sino que, mientras todos se apresuran a Jerusalén, él va a Galilea, y

no solo, sino con los discípulos, y de allí a Cafarnaúm? Paulatinamente iba aboliendo la ley, tomando ocasión de la maldad de los judíos.

Y alzando los ojos, ve a una gran muchedumbre. Aquí pone de manifiesto que nunca se sentaba sin motivo alguno con los discípulos, sino probablemente para hablar con ellos, enseñarlos y conducirlos más hacia él. De esto es posible aprender, fundamentalmente, el cuidado que de ellos tenía, la humildad y la condescendencia en su trato con ellos. Estaban, en efecto, sentados con él, quizá mirándose los unos a los otros. *Y alzando los ojos, ve a una gran muchedumbre que se acercaba a él*⁴.

Los demás evangelistas dicen que los discípulos se le acercaron, le rogaron y suplicaron que no los dejara ir en ayunas. Este evangelista nos presenta a Felipe, a quien Cristo le hace una pregunta. Me parece que ambas cosas son verdad, pero que no sucedieron al mismo tiempo, sino que aquel hecho es anterior a éste, de forma que aquél es un suceso y éste es otro diferente. ¿Por qué pregunta a Felipe? Sabía quiénes de los discípulos estaban más necesitados de su enseñanza. Éste es el que más tarde dirá: *Muéstranos al Padre y nos basta*⁵. Por este motivo lo instruía desde el principio. En realidad, si hubiera hecho el milagro sin mediar nada, no hubiera parecido tan extraordinario. Ahora, sin embargo, le induce a reconocer la necesidad que había, para que, consciente de en qué circunstancias se encontraba, comprendiera con más exactitud la grandeza del milagro que iba a suceder.

Mira lo que le pregunta a Jesús: *¿De dónde sacaremos tantos panes para que coman éstos?* Algo semejante decía a Moisés en La ley antigua, pues, efectivamente, no hizo el milagro sin antes haberle preguntado: *¿Qué tienes en tu*

mano?⁶. Puesto que lo que sucede extraordinaria y repentinamente hace que nos olvidemos de la situación anterior, primero lo induce al reconocimiento del estado presente, para que, sucedido el asombro, no pudiera desmentir lo que había afirmado, de forma que comprendiese en la comparación la grandeza del milagro. Así sucede en este caso. Una vez preguntado, le responde: *Doscientos denarios de pan no son suficientes para que cada uno tome un poco. Cristo lo decía para probarlo, pues él sabía qué iba a hacer*⁷. ¿No sabía, acaso, lo que le iba a contestar? Esto es imposible sostenerlo.

2. ¿Cuál es, entonces, el sentido de la frase? Es posible entenderla por el Antiguo Testamento. Allí también se dice: *Dios puso a prueba a Abraham llamándolo*⁸. Está claro que no lo dice porque esperara ver el resultado por la experiencia, esto es, si obedecía o no (¿cómo podría hacerlo el que conoce todo antes de que suceda?⁹), sino que ambas frases han sido expresadas al modo humano. De la misma forma que cuando dice: *Escudriña los corazones de los hombres*¹⁰ no se refiere a una investigación que proceda de la ignorancia, sino de un conocimiento exacto, de igual modo, cuando dice *probó*, no quiere decir sino que lo conocía perfectamente. E incluso es posible añadir algo más: que, como a Abraham en otro tiempo, hace otro tanto ahora con éste, induciéndolo, a través de la pregunta, a un conocimiento perfecto del milagro. Por este motivo el evangelista, para que no te quedaras únicamente en la literalidad de esa expresión y sospecharas algo absurdo de todo lo dicho, añadió: *Él sabía lo que iba a hacer*.

Por lo demás, es necesario observar cómo, cuando surge una perniciosa sospecha, al punto el evangelista la corrige contundentemente. Por eso, como ocurre en este caso, para que los oyentes no sospecharan nada semejante, añadió la corrección diciendo: *Él sabía lo que iba a hacer*. De igual modo, allí donde dice que los judíos le perseguían *no sólo porque violaba el sábado, sino también porque decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios*, habría añadido la corrección, si no fuese porque ésta era una afirmación del mismo Cristo confirmada con las obras. Si el evangelista temía que alguno sospechara de sus propias palabras, un mayor temor habría tenido por lo que otros decían de las de Cristo, si hubiera sido el caso que hubiera visto que tomaba fuerza alguna opinión inconveniente acerca de él. Mas no lo hizo porque sabía que su pensamiento y sentencias eran inmutables. Por este motivo, después de las palabras *haciéndose igual a Dios* no introdujo ninguna corrección, ya que no era una opinión pervertida, sino que se trataba del verdadero conocimiento que debían tener sobre él, ratificado por las obras.

Preguntado Felipe¹¹, Andrés manifiesta un pensamiento más elevado que Felipe, mas tampoco llegó a entenderlo. Opino que aquello no lo dijo sin más, sino porque había oído hablar de los milagros de los profetas y cómo Eliseo hizo el prodigio con los panes. Por ello, se elevó a una cierta altura, mas no tuvo capacidad para alcanzar la cumbre.

Aprendamos de aquí nosotros, tan dados al placer, lo que comían aquellos varones admirables y grandes, y observemos e imitemos la frugalidad de su mesa, tanto en la cantidad como en la calidad de los alimentos que llevaban con ellos.

Las palabras que siguen a éstas denotan una gran debilidad. Luego de decir: *tiene cinco panes de cebada*, añadió:

Mas esto ¿qué es para tanta gente? Creía que el autor de milagros con poco iba a hacer poco, y que con más haría más, lo que, a todas luces, no era así. Efectivamente, a él le era fácil hacer brotar, de muchos o de pocos indistintamente, una gran cantidad de panes, ya que no necesitaba materia prima. Sólo para que no pareciese que la creación era extraña a su sabiduría, como calumniosamente decían después los secuaces de la herejía de Marción, emplea la creación misma como base de sus milagros. Cuando ambos discípulos ya no esperaban nada, entonces obra el milagro. De este modo, y después de haber admitido la dificultad, sacaron más provecho, de suerte que, cuando tuvo lugar, conocieran el poder de Dios. Iba a suceder un milagro obrado también por los profetas, pero no de igual modo: él lo iba a hacer por primera vez y después de haber dado gracias. Para que no cayeran en una suposición infundada, mira cómo eleva las mentes a través de todo y señala la diferencia. De esta forma, antes de aparecer los panes, hace el milagro, para que aprendas que las cosas que todavía no existen son para él como aquéllas que ya existen, tal y como dice Pablo: *El que llama a lo que no es como a lo que es*¹². Como si la mesa estuviera preparada y dispuesta, les ordenó al punto recostarse. De esta forma y con este procedimiento, elevó la mente de los discípulos.

Porque habían sacado provecho de la pregunta, al punto obedecieron, no se turbaron ni pusieron objeciones. De esta forma, antes de ver el milagro, aquellos que, al principio, desconfiaron hasta el punto de objetar, empezaron a creer, y con diligencia hicieron que las turbas tomaran asiento. Pero ¿por qué, cuando se dispone a curar al paralítico, cuando resucita al muerto y aplaca el mar, no ruega y, en cambio, aquí sí lo hace a propósito de los panes? Para poner de

manifiesto que, antes de comer, debe darse gracias a Dios. Además lo hace principalmente en cosas de poca importancia, para que aprendas que no actúa así porque lo necesite. Si lo hiciera porque lo necesitara, con mayor motivo lo tendría que haber hecho en las cosas de mayor importancia. El que realiza aquéllas con autoridad, es evidente que hacía estas otras por condescendencia.

3. Añádase a todo lo cual que había una gran muchedumbre, y que era preciso que quedaran persuadidos de que había venido de acuerdo con la voluntad de Dios. Por este motivo, cuando obra algún milagro a solas, no hace ninguna demostración semejante, pero cuando lo realiza ante muchos, para que crean que no es contrario a Dios ni opuesto a quien le engendró, elimina toda sospecha con la acción de gracias.

*Y dio a los que estaban sentados y quedaron saciados*¹³. ¿Ves cuán grande es la distancia entre el siervo y el Señor? Aquéllos tenían la gracia con medida y en la misma medida hacían milagros. Dios, sin embargo, obrando con potestad absoluta, lo realizaba todo con gran abundancia. *Dijo a los discípulos: recoged lo que ha sobrado, para que no se pierda*¹⁴. No se trataba de una manifestación presuntuosa, sino que, para que el milagro no pareciera una mera ostentación, actúa sirviéndose de una materia prima. ¿Por qué no se los da a la gente para que se los lleven, sino a los discípulos? Porque deseaba instruir principalmente a éstos, a los que habrán de ser maestros de todo el mundo. La multitud no iba a obtener un gran beneficio de los milagros: enseguida se olvidaron y pedían otro milagro. Éstos, en cambio, iban a sacar un provecho nada ocasional. Para Judas, por el hecho de llevar el canasto, lo sucedido constituía una acusación no

pequeña. Esto acaeció con vistas a la instrucción de los discípulos. Resulta evidente por lo que más tarde se dijo cuando Cristo les recordó el suceso en los términos siguientes: *¿No recordáis cuántos cestos recogisteis?*¹⁵. Por el mismo motivo sucedió que el número de canastos fuera exactamente igual al de los discípulos. Después, una vez instruidos, no sobraron tantos, sino siete espuertas¹⁶. Yo no me admiro tan sólo de la gran cantidad de panes, sino también, y junto con ello, de la exactitud de las sobras, de suerte que no hizo que sobraran ni más ni menos, sino justamente cuanto quería, porque sabía de antemano cuánto habían de comer. Sin lugar a dudas se trataba de una muestra de su inefable poder.

Las sobras confirmaron el milagro poniendo de manifiesto dos cosas: por un lado, que lo sucedido no era una ilusión, y, por otro, que procedían de aquéllos que habían comido hasta saciarse. El milagro de los peces sucedió a partir de los que ya había, pero, después de la resurrección, se llevó a cabo sin materia preexistente. ¿Por qué razón? Para que entendieras que ahora se había servido de la materia, no por indigencia ni porque necesitara una base, sino para tapan la boca de los herejes.

*Viendo el milagro que había hecho, decían: verdaderamente éste es el profeta que tenía que venir al mundo*¹⁷. ¡Oh avidez de la gula! Había realizado innumerables milagros y mucho más extraordinarios y jamás hicieron confesión tal, sino sólo cuando se saciaron. De todo ello resulta evidente que esperaban a un gran profeta. Aquéllos preguntaban: *¿Eres tú el profeta?*, y éstos: *Éste es el profeta*.

*Y Jesús, conociendo que habían de venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró al monte*¹⁸. ¡Cielos! ¡Qué tiranía la de la gula! ¡Qué volubilidad de ánimo! Ya no les pre-

ocupa la transgresión del sábado, ya no sienten celo por Dios, sino que lo apartan todo ahora que su vientre está lleno. Lo tenían por profeta e iban a elegirlo rey, pero Cristo huye. ¿Por qué? Para enseñarnos a despreciar las dignidades del mundo y demostrarnos que no necesita nada de la tierra. El que escogió todo humilde, madre, casa, ciudad, educación, forma de vestir, no había de querer luego brillar en la tierra. En cambio, todo lo celestial era espléndido y grande: los ángeles, la estrella, el Padre que hace oír su voz, el Espíritu Santo dando testimonio de él, los profetas que mucho tiempo antes lo anunciaron. Por el contrario, todo en la tierra era humilde, de forma que aparezca mejor su poder. Vino para enseñarnos a despreciar las cosas de este mundo y a no mirar con admiración y estupor lo espléndido de la vida, sino a burlarnos de todo ello y amar lo futuro. Quien admira las cosas de esta tierra, no admirará lo del cielo. Por este motivo dijo a Pilato: *Mi reino no es de este mundo*¹⁹, para que no creyese que usaba de temor y autoridad humana para persuadir. ¿Cómo dijo entonces el profeta: *He aquí que tu rey viene a ti, manso y sentado sobre un jumento*²⁰? Porque se refiere al reino de los cielos y no a éste. Por lo mismo, en otra ocasión dice: *No recibo gloria de los hombres*.

4. Aprendamos, queridos, a despreciar y no desear el honor de los hombres. Hemos sido honrados con una honra tan grande que, comparada con ella, la humana es verdaderamente insolencia, algo risible y farsa. De la misma forma que la riqueza de esta vida en comparación con aquélla es pobreza, y esta vida sin aquélla es muerte (*Deja —dice— a los muertos sepultar a sus muertos*²¹), así esta gloria ante aqué-

lla es algo vergonzoso e hilarante. No vayamos tras ella. Si los mismos que la dan son más inconsistentes que sombra y sueño, mucho más lo es la gloria misma. *La gloria del hombre* —dice el profeta— *es flor de heno*²². Y ¿qué hay más vil que la flor del heno? Pero, aun en el caso de que fuera estable, ¿qué ventaja podría reportar al alma? Ninguna, antes al contrario, inflige un grandísimo mal haciendo esclavos, esclavos peores que los comprados con dinero, pues no sirven a un solo señor, sino a dos, a tres y a otros muchos más que ordenan cosas diferentes. ¿No es mejor ser libre que siervo, libre de humana servidumbre, pero esclavo de la soberanía de Dios? Si quieres amar la gloria, ama la gloria, pero la inmortal. Porque más espléndido es el espectáculo que ésta ofrece y mayor el beneficio. Éstos, gastando de lo tuyo, te obligan a darles satisfacción. Cristo, en cambio, todo lo contrario. Él te da cien veces más de lo que tú le das y a esto añade la vida eterna. En consecuencia, ¿qué es mejor: ser admirado en la tierra o en el cielo, por lo hombres o por Dios? ¿Con daño o con provecho? ¿Ser coronado por un día o serlo por siglos infinitos?

Da al necesitado, y no al que vive alegremente, no sea que con tu dinero pierdas también su alma. Tú eres el causante de su ruina por el intempestivo aprecio por la gloria. Si los que salen a escena supieran que no habrían de sacar ganancia alguna de su arte, tiempo ha que habrían dejado de practicarlo. Mas, como te ven aplaudir y que acudes a sus espectáculos, que gastas, que despilfarras todos tus bienes, aunque no quisieran continuar, les retiene el afán de lucro. Si supieran que nadie iba a alabar su exhibición, al punto desistirían de su trabajo por la falta de beneficios, mas como ven que cuanto hacen es objeto de admiración, la alabanza de todos es para ellos un cebo.

Desistamos, en consecuencia, de gastar inútilmente. Aprendamos en qué y cuándo conviene gastar. No provoquemos la ira de Dios por estas dos cosas, por recoger de donde no conviene, y por desparramar en lo que no se debe. ¿Qué castigo no merece el que, pasando por alto al pobre, da a la meretriz? Aunque lo que dieras procediera de un trabajo honrado, ¿no sería un hecho culpable recompensar la maldad y honrar aquello que se debiera castigar? Cuando, después de haber despojado a los huérfanos y hecho injusticia a las viudas, fomentas la lascivia, piensa qué fuego estará preparado para los que osan tales desmanes. Oye lo que dice Pablo: *No sólo hacen ellos estas cosas, sino que aprueban a los que las hacen*²³. Quizá os hayamos hecho reproches excesivamente duros, pero si nosotros no lo hiciéramos, los castigos aguardan a los que pecan sin enmendarse. ¿Qué beneficio hay en agradar de palabra a los que han de ser castigados por sus acciones?

¿Apruebas al bailarín, le alabas, le admiras? Tú has llegado a ser entonces peor que él. La pobreza puede constituir para él una excusa, aunque no justificable, pero tú ni aun esa defensa tienes. Si le preguntara: «¿por qué, dejando las otras artes, escogiste esta perversa y execrable?», me contestaría: «porque es posible con poco trabajo ganar mucho». Mas si te pregunto a ti: «¿por qué admiras al que vive en la lascivia y se comporta de modo que corrompe a muchos?», no puedes alegar la misma excusa, sino que te ves obligado a bajar la cabeza y a cubrirtte de vergüenza y rubor. Y si nada podrías decir cuando has de darnos cuenta a nosotros, cuando esté ante nosotros aquel terrible e inexorable tribunal donde hemos de rendir cuentas de pensamientos, obras y de todo, ¿cómo estaremos? ¿Con qué ojos miraremos al juez? ¿Qué diremos? ¿Cómo nos defenderemos?

¿Qué excusa, razonable o no razonable, alegaremos? ¿Acaso la del gasto? ¿La del deleite? ¿La de la ruina de los demás, a quienes perdemos por aquel arte? No es posible decir nada de esto. Necesariamente seremos castigados con un suplicio que no tiene fin, que no conoce límites. Para que tal no suceda, ya desde ahora debemos estar en guardia, a fin de que, partiendo de este mundo con buenas esperanzas, alcancemos los bienes eternos. Ojalá que todos nosotros los logremos, por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 43

Cuando se hizo la tarde, bajaron sus discípulos al mar. Subidos a una barca, se dirigieron al otro lado del mar, hacia Cafarnaúm. Ya había oscurecido y Jesús no había vuelto a ellos. El mar estaba agitado porque soplaba un fuerte viento

1. Jesús, no sólo cuando está físicamente cerca de los discípulos, sino también cuando está lejos, los socorre. Puesto que es omnipotente y sabio produce uno y el mismo efecto a través de medios completamente opuestos. Mira, por ejemplo, lo que hace aquí: abandona a los discípulos y sube al monte. Éstos, mientras el maestro está ausente, llegada la tarde, bajan al mar y lo esperan hasta el crepúsculo, aguardando que vuelva con ellos. Ya atardecido, no resistieron más y salieron en su búsqueda: tan grande era el amor que les invadía. No pretextaron ninguna excusa. El lugar y la hora eran peligrosos, mas impulsados por el deseo, subieron a la barca. No sin motivo precisa el evangelista la hora, sino para mostrar cuán grande era su afecto. ¿Por qué les deja y se aparta de ellos? ¿Por qué aparece de nuevo, solo, andando sobre el mar? Para enseñarles qué es estar abandonados por Él, para hacer que sintieran más su ausencia, y además, para poner de manifiesto su poder. De la misma forma que, en relación con su enseñanza, no escucharon todo en presencia de la mu-

chedumbre, así tampoco, a propósito de los milagros, los vieron todos en compañía de la multitud. Convenía que quienes iban a tomar el gobierno del mundo tuvieran algo más que los demás. ¿Qué milagros vieron sólo éstos? La transfiguración en el monte², este milagro sobre el mar, y otros muchos admirables que tuvieron lugar después de la resurrección³. Y sospecho que, aparte de éstos, otros más.

Fueron a Cafarnaúm sin saber nada seguro, mas con la esperanza de encontrarlo allí o, incluso, durante el viaje. Esto lo dio a entender Juan cuando dijo que ya había oscurecido, Jesús no había ido a ellos y el mar estaba agitado a causa de un fuerte viento. ¿Qué hicieron entonces? Se alarmaron. Eran muchas y diversas las causas que hicieron que estuvieran así: la hora, pues ya había anochecido, la tempestad, pues el mar estaba agitado, el lugar donde se encontraban, pues no estaban cerca de la orilla, sino que *habían remado casi unos veinticinco estadios*, y, en suma, por este hecho extraordinario: *le vieron caminar sobre el mar*⁴. Al verles muy turbados les dice: *Soy yo, no temáis*⁵. ¿Por qué se presenta? Para demostrar que es él, y calmará la tempestad. Esto lo puso de manifiesto el evangelista diciendo: *Quisieron tomarlo en la barca, pero al instante se halló la barca en la ribera*⁶. Hizo el viaje no sólo seguro, sino también con viento favorable. No apareció ante la muchedumbre andando sobre el mar, ya que era un milagro muy grande para su entendimiento imperfecto. Tampoco los discípulos le vieron hacerlo por mucho tiempo, sino que tan pronto como fue visto, se apartó de ellos.

Me parece que este milagro es distinto del otro que relata Mateo⁷. Que es otro resulta evidente por varios motivos.

A menudo obra los mismos milagros, de forma que hace que los que los ven no sólo sientan estupor, sino que también lo acojan con mucha fe. *Soy yo, no temáis*. Con estas palabras disipa el temor de sus almas. En aquel otro caso no actúa así. Allí Pedro decía: *Señor, si eres tú, ordena que vaya a ti*⁸. ¿Por qué entonces no aceptaron enseguida el milagro y ahora creyeron al instante? Porque entonces la tempestad continuaba agitando la barca, y ahora, en cambio, al sonido de su voz, sobrevino la calma. Si no fuera así, la otra explicación que di al comienzo también es posible, es decir, que al hacer los mismos milagros, consigue que los realizados más tarde en el tiempo sean mejor acogidos a partir de los primeros. ¿Por qué no sube a la barca? Porque desea hacer un milagro mayor, manifestar más claramente y al mismo tiempo su divinidad y demostrar que, cuando da gracias a Dios, no lo hace porque necesite ayuda, sino para adaptarse a su nivel. Permitió que se desencadenara la tempestad para que siempre le buscaran, la calmó al punto para que conocieran su poder y no subió a la barca para que su milagro pareciese mayor. *Al día siguiente, la muchedumbre que estaba al otro lado vio que allí había una barca sobre la que estaban sólo los discípulos y que Jesús no había subido con ellos*⁹. Subieron también éstos a otra barca que había venido de Tiberíades.

¿Por qué Juan da detalles tan precisos? ¿Por qué no dice simplemente que el día anterior la muchedumbre, después de atravesar el mar, se fue? Quiere mostrarnos otra cosa. ¿Qué cosa? Que Cristo, aunque no abiertamente, permitió a la gente sospechar interiormente lo que iba a suceder. *Vieron —dice— que allí había sólo una barca y que Jesús no había subido con ellos, embarcados en la que procedía de Tiberíades. Fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús*¹⁰. ¿Qué otra

cosa se podía sospechar, si no es que estaba allí después de haber atravesado el mar a pie? No era posible decir que había atravesado el mar en otra barca. Había sólo una —narra el evangelista— en la que habían embarcado sus discípulos. Sin embargo, una vez llegados y después de un milagro tan grande, no le preguntaron cómo había atravesado el mar, ni cómo había llegado, ni trataron de aprender algo relativo a tan gran prodigio. ¿Qué dicen? *Rabbí, ¿cuándo has venido aquí?*¹¹. A menos que alguien diga que en este pasaje «cuándo» es usado por ellos en el sentido de «cómo».

2. Vale la pena ahora observar la volubilidad de su carácter. Los que decían *Éste es el profeta* y se disponían a agarrarlo por la fuerza y hacerlo rey, una vez que lo han encontrado no hacen nada semejante, sino que, desechando de su memoria el milagro, según creo, no sienten ya admiración alguna por los hechos acaecidos primero. Por este motivo lo buscaban, porque deseaban tomar parte una vez más de su mesa, tal y como habían hecho antes.

Los judíos habían atravesado el Mar Rojo guiados por Moisés, si bien la diferencia entre aquel episodio y éste es grande. Moisés hacía todo rezando como siervo que era. Cristo, por el contrario, con toda autoridad. En el episodio del Mar Rojo, el agua retrocedió por efecto del viento que soplaba, de forma que pudieron pasar sobre tierra firme, mientras que en este episodio tiene lugar un portentoso mucho mayor. Mientras el agua conservaba su naturaleza, sostenía al Señor sobre su superficie, confirmando aquel dicho: *El que camina sobre el mar como sobre un pavimento*¹².

Hizo el milagro de los panes cuando estaba a punto de entrar en Cafarnaúm, ciudad arisca e incrédula, deseoso de ablandar la obstinación de sus habitantes tanto con los milagros

cumplidos dentro como fuera de la ciudad. ¿Qué piedra no sería capaz de ablandar el hecho de que un pueblo semejante, mostrando tal entusiasmo, se presentara en aquella ciudad? Sin embargo no tenían esos sentimientos; deseaban sólo el alimento del cuerpo, motivo por el cual son reprobados por Jesús.

Sabedores de ello, queridos, demos gracias a Dios por los dones sensibles, pero, sobre todo, por los espirituales. Así lo quiere, y nos da aquéllos a través de éstos, impulsando e instruyendo con los sensibles a los menos perfectos, que todavía están apegados a este mundo. Pero si, cuando han recibido los beneficios materiales, siguen sujetos a ellos, son reprobados y amonestados. Ahora bien, cuando en el caso del paralítico quiso darle primero el don espiritual, los presentes no lo consintieron. Cuando dijo: *Tus pecados son perdonados*, ellos dijeron: *Éste blasfema*¹³.

Os lo ruego: no tengamos nosotros sentimientos semejantes, interesémonos más por las cosas espirituales. ¿Por qué? Porque si están presentes los dones espirituales, no se deriva ningún daño de la ausencia de los bienes materiales, pero si éstos faltan, ¿qué esperanza tendremos?, ¿qué consolación? Por este motivo, debemos rogar siempre a Dios por ellos y pedirlos con insistencia. Cristo nos enseñó que debemos pedirlos. Si analizáramos aquella petición, no encontraríamos en ella nada material. Todo es espiritual. Incluso lo poco de sensible que en ella pudiera haber, resulta espiritual en el modo. Exhortarnos a pedir nada más que el pan para nuestras presentes necesidades, esto es, *el pan cotidiano*¹⁴, procede de una actitud espiritual y verdaderamente sabia. Observa las peticiones que preceden a ésta: *Santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra*¹⁵. Mencionadas

estas necesidades materiales, al punto se apartó de ellas, y volvió de nuevo a lo espiritual: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*¹⁶.

En su petición no incluyó el poder, ni la riqueza, ni la gloria, ni la dignidad, sino todo lo que concurre en beneficio del alma; nada terreno, sino todo celeste. Se nos ordena abstenernos de las cosas de la vida presente. ¿No seríamos infelices y desgraciados si le pidiéramos a Dios aquello que, para liberarnos de la preocupación, ordenó que arrojáramos, si fuera el caso que alguno lo poseyera? Y eso mientras no nos ocupamos ni deseamos lo que ha ordenado pedir. Ciertamente, esto es balbucear oraciones en vano. Por ello, aunque recemos, no conseguimos nada. ¿Por qué los malvados son ricos? ¿Cómo lo son los injustos, los infames, los saqueadores y los defraudadores? No con la ayuda de Dios, ¡por supuesto! ¿Por qué Dios lo permite? Transige con el rico en este caso, reservándole después un mayor castigo. Escucha lo que le dijo al rico: *Hijo, recibiste tus bienes y Lázaro recibió males, ahora él es consolado y tú eres atormentado*¹⁷.

Para que nosotros no escuchemos esta voz, porque loca y vanamente estemos viviendo dados a los placeres y sumando muchos pecados a nosotros mismos, elijamos la verdadera riqueza y la correcta filosofía de vida, de forma que alcancemos los bienes prometidos. Ojalá que todos nosotros participemos de éstos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 44

Les respondió Jesús y dijo: En verdad, en verdad os digo: me buscáis, no porque vierais los milagros, sino porque habéis comido los panes y os saciasteis. Procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna

1. La amabilidad y la dulzura no son útiles en todas las ocasiones, sino que hay momentos en los que el maestro debe recurrir a una severidad mayor. Cuando el alumno es indolente y perezoso es necesario utilizar el aguijón para sacarlo de su pereza. Esto ha hecho el Hijo de Dios en muchas otras ocasiones y también en ésta. Llegada la turba, después de encontrar a Jesús, de adularle y decirle *Rabbi, ¿cuándo has venido?*, para mostrarles que no busca los honores de los hombres y que sólo mira por una cosa, por su salvación, les contesta con aspereza, deseoso, no sólo de corregirlos, sino también de exponer y sacar a la luz la actitud que ellos manifiestan. ¿Qué dice? *En verdad, en verdad os digo*, y con énfasis y seguridad: *Me buscáis no porque vierais los milagros, sino porque habéis comido los panes y os saciasteis.*

Los golpea de palabra y los reprueba, no severa y duramente, sino con gran consideración. Con amabilidad y sua-

vidad les dice: *Me buscáis no porque vierais los milagros, sino porque habéis comido los panes y os saciasteis*, refiriéndose no sólo a los sucesos anteriores, sino también al milagro de ese momento. Enseguida demostraron ellos que no les decía aquello por simple conjetura: fueron a él de nuevo porque iban a disfrutar de otra comida abundante. Por este motivo decían: *Nuestros padres comieron el maná en el desierto*², para inducirlo a que les diera una vez más el alimento material, algo que merecía reprobación y una gran acusación. Pero no insiste en los reproches, sino que les expone una enseñanza diciendo: *Procuraos, no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da. A él Dios Padre lo confirmó con su sello*³. Quiere decir lo siguiente: puesto que algunos de los que deseaban vivir sin trabajar utilizaron este argumento, a saber, que Cristo renunció al trabajo manual, es conveniente responderles. Calumnian, por así decirlo, a todo el cristianismo, y se disponen a ridiculizarlo por su holgazanería. Es necesario, en primer lugar, citar las palabras de Pablo. ¿Qué dice? *Hay más dicha en dar que en recibir*⁴. Y ¿cómo le sería posible dar al que nada posee? ¿Cómo le dice Jesús a Marta: *Te inquietas y te turbas por muchas cosas, pero sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte*⁵? Y además: *No os inquietéis por el mañana*⁶.

Es necesario ahora aclarar todo esto, no sólo para que contribuyamos a que, siempre que quieran, los perezosos dejen de serlo, sino también para demostrar que las declaraciones hechas por Dios no se contradicen. En otro lugar el Apóstol dice: *Os exhortamos a que hagáis progresos y a que os esforcéis por llevar una vida tranquila y laboriosa, a*

*fin de que viváis honradamente a los ojos de los extraños*⁷. Y en otra carta: *El que roba, no robe más, antes bien, afánese trabajando con sus manos en algo, para que pueda dar al que tiene necesidad*⁸. Por consiguiente, Pablo no ordenaba sólo trabajar, sino trabajar con esfuerzo, de suerte que se pudiera socorrer a otro. Él mismo, en otro momento, dice: *A mis necesidades y a las de mis compañeros han subvenido estas manos*⁹. Y escribiendo a los corintios les decía: *¿Cuál es mi recompensa? Ésta: que al predicar el Evangelio, yo lo haga gratuitamente*¹⁰. Y cuando estuvo en aquella ciudad permaneció junto a Aquila y Priscila y trabajó. Eran fabricantes de tiendas¹¹. Estas palabras parecen contradecir a las anteriores. Es necesaria, por tanto, una explicación. ¿Qué responderemos? Que no preocuparse no significa no trabajar, sino no estar adherido a las cosas terrenas, es decir, no preocuparse por el descanso de mañana, sino considerarlo como algo de importancia secundaria. Es posible al que trabaja no atesorar para el mañana, es posible al que trabaja no preocuparse de nada. La preocupación y el trabajo no es una misma cosa. El que trabaja no sólo lo hace por afrontar un trabajo, sino por socorrer al que tiene necesidad. Y en este sentido, lo dicho a Marta no se refiere al trabajo o la actividad manual, sino que se refiere a la necesidad de distinguir el momento oportuno para cada cosa y no gastar el tiempo de escuchar lo espiritual en las actividades materiales. No le dirige aquellas palabras para animarla a que pierda el tiempo, sino para que le escuche. No se lo decía para prohibirle la hospitalidad, ¡ni muchísimo menos!, pues ¿cómo?, sino para hacerle entender que el tiempo de la doctrina no debe emplearse en otra cosa.

Con la expresión «no os procuréis el alimento que perece» no pretende decir que debemos vivir desocupados, pues, en efecto, esto es el alimento que más fácilmente se corrompe. *El ocio enseña muchas maldades*¹², de suerte que se debe trabajar y se debe dar. Éste, en realidad, es el alimento que no perece. Si alguno, dado al ocio, piensa sólo en los placeres de la mesa y en las otras satisfacciones de los sentidos, éste se procura el alimento corruptible. Por el contrario, si alguno, trabajando, nutre, da de beber y vestido a Cristo, nadie será tan insensato e ignorante que diga que éste tal se procura el alimento que perece, gracias al cual se ha hecho la promesa del reino futuro y de todos aquellos bienes. Éste es el alimento que dura para siempre.

Ahora bien: puesto que no tenían en consideración alguna la fe, y no se preocupaban de aprender quién era el que realizaba aquellos prodigios y con qué poder, y, en cambio, sólo deseaban una cosa, esto es, sin hacer nada, saciar sus vientres, con razón denominó a esta forma de alimentarse «alimento que perece». «Alimenté vuestro cuerpo —dice— para que, a partir de allí, buscarais aquel otro alimento que permanece y nutre vuestra alma, pero vosotros, una vez más, corréis hacia lo terreno. Por este motivo no entendéis que yo no os conduzco a este alimento imperfecto, sino a aquél que no ofrece una vida efímera, sino eterna, y que alimenta, no el cuerpo, sino el alma». Después de haber hablado de sí mismo en un tono elevado y de haber afirmado que él les daría el alimento eterno, a fin de no escandalizarlos con esta promesa y para hacerla más creíble, atribuye al Padre el don. Luego de haber afirmado: *el que el hijo del hombre os dará*, añade: *A éste Dios Padre lo confirmó con su sello*, es decir, por este motivo le ordenó que trajera este alimento. Es evidente que esta expresión admi-

te otra explicación. En otra ocasión Cristo dice: *El que escucha mis palabras, a éste el Padre lo confirmó con su sello, porque Dios es veraz*¹³. Es decir: manifestó abiertamente lo que, en mi opinión, aquí se deja entender. La expresión «el Padre lo confirmó con su sello» no tiene otro significado sino éste: que lo puso de manifiesto, que lo ha revelado a través de su testimonio. Se reveló a sí mismo, mas, puesto que hablaba a los judíos, invocó el testimonio del Padre.

2. Aprendamos, por consiguiente, queridos, a pedir a Dios lo que conviene pedirle. Aquéllas, me refiero a las cosas terrenas, sea cual sea su condición, no ocasionan ningún daño. Si fuéramos ricos, sólo aquí gozaríamos de los placeres, si cayéramos en la pobreza, no experimentaríamos nada terrible. Ni lo próspero de la vida presente ni lo doloroso influye en nuestro estado de tristeza o alegría, sino que uno y otro deben despreciarse, pues pasan rápidamente. Por ello, y con razón, ha sido denominado «camino», porque es transitorio y no permanece por mucho tiempo.

Lo que está por venir, tanto el castigo como lo relativo al reino, es imperecedero. Debemos, por consiguiente, poner mucho empeño en rehuir el primero y alcanzar el segundo. ¿Qué beneficio reporta el placer presente? Hoy existe y mañana no está; hoy es una espléndida flor y mañana polvo esparcido; hoy fuego encendido y mañana ceniza apagada. No sucede lo mismo con las cosas espirituales. Todo lo contrario: siempre permanecen brillantes y en flor y cada día son más espléndidas. Aquella riqueza jamás se destruye, nunca cambia, no se acaba, nunca acarrea preocupación, envidia o calumnia, no destruye el cuerpo, no corrompe el alma, no tiene envidia, no hechiza: todo lo que, en resumen, caracteriza a esta riqueza. Aquella gloria no excita la arro-

gancia, no fomenta un orgullo vano, jamás cesa ni nunca se torna oscura. La quietud y la alegría del cielo permanecen siempre eternas, siempre inmutables e imperecederas, sin llegar jamás a su término y fin.

Deseemos, os lo ruego, esta vida. Si la ansiamos ardentemente, no tendremos en consideración alguna las cosas terrenas, sino que las despreciaremos y nos mofaremos de todas ellas. Aunque alguien nos invite a entrar en moradas reales, rechazaremos la invitación al poseer aquella otra esperanza, y aunque nada parezca más estimable, los que se hallan presos del amor por las cosas del cielo lo consideran algo pequeño, fácil y sin valor alguno. Nada que tenga fin ha de ser deseado sin medida: todo lo que cesa, y hoy es y mañana no es, aunque sea grande, parece pequeño y digno de desprecio. No nos consagremos a las cosas efímeras, ni a las que pasan y se desvanecen, sino a las que permanecen y son inmutables, a fin de que podamos alcanzarlas, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 45

Entonces le dijeron: ¿Qué hemos de hacer para cumplir las obras de Dios? Les respondió Jesús: Ésta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado. Le dijeron: Y ¿qué signos haces para que podamos verlos y creer en ti? ¿Qué obras haces?

1. Nada hay peor que la gula, nada más vergonzoso. Hace la inteligencia roma y torpe, entorpece el alma, la ciega y le impide distinguir con claridad. Observa que fue todo eso lo que sucedió a los judíos. Como eran gulosos y dados sólo a la búsqueda de los placeres terrenos, nada espiritual pasaba por sus cabezas. Cristo pretende estimularlos con palabras que son, al mismo tiempo, de reproche y de perdón. Mas ni con eso logra elevarlos, y continúan siempre en lo bajo. Advierte que les había dicho: *Me buscáis, no porque habéis visto prodigios, sino porque os habéis saciado del pan que habéis comido*. Comienza con un reproche y, a continuación, les indica el alimento que deben buscar, diciéndoles: *No busquéis el alimento que perece y, añadiendo la propuesta de un premio, sino el que dura para la vida eterna*. Se adelanta a sus objeciones, proclamando que ha sido enviado por el Padre.

¿Qué replican entonces? Como si no hubieran oído lo que decían de *¿qué haremos para cumplir las obras de Dios?*

Lo decían, sin duda, no para aprender lo que debían hacer y ponerlo en práctica, sino, como se desprende de las palabras que siguen, para conseguir de nuevo alimentos que puedan saciarlos. ¿Qué les responde Cristo? *Ésta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado*. Fue entonces cuando le replicaron: *Y ¿qué signos haces para que podamos verlos y creer en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto*². Nada más insensato y necio que estas palabras. Teniendo aún ante los ojos el milagro reciente, como si aún ninguno hubiera tenido lugar, decían: *Y ¿qué signos haces?* Ni siquiera le dejan libertad para elegir el prodigio. Parecen querer obligarle a hacer uno semejante al que había ocurrido en tiempos de sus antepasados. Por eso le decían: *Nuestros padres comieron el maná en el desierto*. De ese modo pretendían moverlo para que hiciera un milagro que les quitara el hambre material.

No recordaban ningún otro milagro de los tiempos antiguos, aunque fueron muchos los que acaecieron en Egipto, en el mar, en el desierto. ¿Se acordaban sólo del maná? ¿No sería, más bien, que estaban dominados por la tiranía de la gula? ¿Cómo es que vosotros, que lo habéis llamado profeta y habéis querido hacerlo rey porque habéis visto sus milagros, ahora, como si nada hubiera ocurrido, os mostráis ingratos y pérfidos y queréis imponerle un milagro, poniendo voz de parásitos o de perros hambrientos? ¿Justamente ahora os acordáis del maná, en detrimento de vuestras almas? Capta la ironía: como esperaban que los alimentara, no le dicen: «Moisés hizo este milagro; tú ¿cuál haces?», porque habría podido irritarse. Se dirigen a él con el mayor respeto. No le dicen: «Dios hizo esto; tú ¿qué haces?», para que no parezca que lo consideran igual a Dios. Pero tampoco mencionan a Moisés, por no dar a en-

tender que lo tienen en poca estima. Lo colocan en el medio y dicen: *Nuestros padres en el desierto comieron el maná*. Cristo habría podido responderles: «Acabo de cumplir un milagro mayor que los de Moisés, sin necesidad de vara, ni de oraciones, sino obrando por mí mismo. Y si recordáis el maná, recordad también que yo os he dado el pan».

Pero no era ésa la ocasión para hablarles de tal modo, pues le preocupaba sólo el deseo de conducirlos a su alimento espiritual. Advierte la infinita prudencia con que responde: *Moisés os dio pan del cielo, pero es mi Padre quien os dará el verdadero pan del cielo*³. ¿Por qué no dijo: «No fue Moisés quien os lo dio, sino yo mismo»? ¿Por qué colocó a Moisés a la altura de Dios y a sí mismo en el lugar del maná? Porque era grande la debilidad de sus oyentes, como enseguida aparece por lo que dicen luego. No los retuvo con estas palabras, aunque antes les había dicho: *Me buscáis no porque habéis visto milagros, sino porque os habéis saciado del pan que habéis comido*. Pero, puesto que era eso lo que buscaban, se situó en su lugar y ni aun así ellos desistieron.

Cuando prometió a la samaritana darle agua, no mencionó al Padre, sino que le dijo: *Si supieras quién es el que te pide «dame de beber», tal vez fueras tú quien le pidiera a él y él te daría agua viva*. Y también: *El agua que yo te daré*, y la remite al Padre. Por el contrario, aquí se ampara en el Padre, para que entiendas cuán grande era la fe de la samaritana y, a la par, cuánta la debilidad de los judíos. En realidad, el maná no venía del cielo. ¿Por qué, entonces, dice que sí? En el mismo sentido en que la Escritura habla de *los pájaros del cielo*⁴ o dice: *El Señor tronó desde el cielo*⁵.

De otro lado, Cristo llama «verdadero» a ese pan, no porque fuera falso el milagro del maná, sino porque era sólo una imagen, y no la verdad misma. Recordaba a Moisés, pero sin anteponerse a él, pues ellos no lo consideraban mayor que Moisés. Todo lo contrario: creían que Moisés era mayor que él. Por lo mismo, tras haber dicho: *No es Moisés quien os dio*, no añade «soy yo quien os lo da», sino que dice que es el Padre quien va a darlo. Replican ellos: *Danos de ese pan*. Todavía pensaban en un alimento material y esperaban sustentarse a voluntad con él. Por eso se apresuraron a solicitarlo.

¿Qué les respondió Cristo? Buscando elevarlos paulatinamente, contesta: *El pan de Dios es el que desciende del cielo y da la vida al mundo*⁶. No habla sólo a los judíos, sino a todo el mundo, y no de un alimento común, sino de otra vida distinta. Les habla de vida, porque estaban muertos. Pero ellos siguen ligados a la tierra y le dicen: *Danos siempre de ese pan*⁷. Él, entonces, les reconviene, porque mientras pensaron que hablaba de una mesa material, acudían a Él, y cuando luego supieron que era un alimento espiritual, ya no se le acercaban.

Y dice: *Yo soy el pan de vida: quien viene a mí ya no pasará hambre y quien crea en mí nunca más tendrá sed. Pero os lo he dicho: me habéis visto y no me creéis*⁸.

2. Anteriormente, Juan, anticipando el mismo concepto, había afirmado: *Quien lo ha visto y oído, da testimonio, pero nadie acepta su testimonio*. Y Cristo dice en otra ocasión: *Decimos lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio*. Se comporta así para prevenirles y para darles a entender que él no

se turba ni busca la gloria. Y que ninguno de los secretos de sus mentes, presentes o futuros, queda oculto a su vista. *Yo soy el pan de vida.*

Está a punto de comenzar la revelación de los misterios. Y, en primer término, al decir *yo soy el pan de vida*, aborda lo que toca a su divinidad. En este momento no habla de su cuerpo. A él se referirá más tarde, cuando diga: *El pan que yo os daré es mi carne*. Por el momento trata sólo de su divinidad. Gracias al Dios Verbo, ésta es realmente pan, del mismo modo que, gracias a la presencia en él del Espíritu, ese pan se convierte en celestial. A diferencia de lo que ha hecho en el discurso anterior, aquí Cristo no alega testimonios, porque tiene como testimonio la multiplicación de los panes y porque sus oyentes, en ese momento, fingen tener fe en él. Pero como le habían discutido y acusado, pronuncia su sentencia. Ellos siguen a la espera de un pan material y no se inquietan hasta que llega a hacerse patente lo infundado de su esperanza.

A pesar de todo lo cual, Cristo no se calla. Les amonesta y les riñe. Y entonces, los mismos que mientras comían le habían aclamado como profeta, se escandalizan y le llaman hijo del carpintero. Cuando se saciaban de pan no observaban la misma conducta, sino que lo tenían por profeta y querían proclamarlo rey. Y ahora, sin embargo, hasta se indignan cuando les dice que ha bajado del cielo. Pero el verdadero motivo de su ira no es esa afirmación, sino que ha desaparecido cualquier esperanza de saciarse de una comida material. Si su indignación hubiera sido sincera, deberían haber preguntado en qué sentido era el pan de vida y de qué modo había bajado del cielo. No hicieron nada de eso, sino que murmuraban. Con toda claridad aparece la verdadera causa de su cólera cuando Jesús les dice: *Mi Padre os da pan del cielo*. Entonces no le dijeron: «Ruega al Padre para que nos dé ese pan», sino: *Danos ese pan*. Pero él no había dicho: «Yo os doy», sino *Mi Padre os da*. Y, sin em-

bargo, era tanta su avidez que concluyeron que era él quien podía dárselo.

Pensándolo bien, ¿qué razón hay para el escándalo en que diga que era el Padre quien lo daba? ¿Cuál es, entonces, la verdadera razón? Cuando comprenden que ya no van a poder comer, dejan de creer en él y aducen como pretexto el de que habla de cosas demasiado elevadas. Por eso les dice: *Me habéis visto y no habéis creído en mí*, palabras con las que alude a los milagros y a los testimonios de la Escritura. *Son ellas las que dan testimonio de mí*, les dice. Y en otra ocasión: *Vine en el nombre de mi Padre y no me recibisteis*. Y todavía: *¿Cómo podréis creer, si buscáis la gloria unos de otros? Todo el que el Padre me ha entregado vendrá a mí y al que venga a mí yo no lo echaré fuera*⁹. ¿Ves cómo hace cuanto está en su mano para procurar la salvación de todos? Y luego añade unas palabras para que su manera de actuar no parezca extraña o rara, ni vanidoso su modo de expresarse. ¿Qué dice? *Todo el que el Padre me da vendrá a mí y yo lo resucitaré en el último día*. ¿Por qué menciona aquí la resurrección como un don concedido sólo a los creyentes, si también los impíos participarán de ella? Porque no se refiere simplemente a la resurrección, sino a una resurrección particular. Por eso la menciona sólo después de haber dicho *no lo echaré y no lo perderé*.

Hay quienes, en la resurrección, serán arrojados, según él mismo dice: *Agarradlo y echadlo a las tinieblas exteriores*¹⁰. Otros habrá que irán a la perdición, según se indica en estas palabras: *Temed, más bien, a quien puede condenar al alma a la perdición y al cuerpo a la gehenna*¹¹. Por consiguiente, las palabras: «doy la vida eterna» significan:

«Los que hayan obrado el mal, resucitarán para el juicio; los que el bien, para la vida eterna»¹². Ésa es la resurrección a la que ahora se refiere, la de los buenos. Pero ¿qué significa lo de «todo el que me da el Padre vendrá a mí?». Argumenta contra su incredulidad, mostrándoles que quien no le cree contradice la voluntad del Padre. No lo dice abiertamente, pero lo deja entender. Es lo mismo que hace en otras muchas ocasiones, en las que enseña que quien no le cree no le ofende sólo a él, sino también al Padre, porque ésa es su voluntad y porque, si él ha venido para salvar a todo el mundo, los que no le creen transgreden su voluntad. Dice: «Cuando el Padre guía a alguien, nada puede impedirle llegar a mí». Por eso, añade: *Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae*¹³. Pablo dice: *Es Cristo quien lo entrega al Padre. Cuando haya entregado su reino a Dios Padre*¹⁴. Igual que el Padre, cuando da algo, no queda sin ello, el Hijo, cuando haya entregado todo, no se quedará sin nada. Se dice de él que entrega el reino porque, gracias a su mediación, hemos adquirido el derecho a entrar en él.

3. La expresión «por medio del cual» es aplicada también al Padre. Por ejemplo, en el siguiente pasaje: *Por medio del cual habéis sido llamados a la comunión con su Hijo*¹⁵, esto es, por la voluntad del Padre. Y también: *Bienaventurado tú, Simón hijo de Jonás, porque esto no te lo han revelado la carne ni la sangre*¹⁶. En este pasaje debe entenderse, más o menos, lo que sigue: «Tu fe no es cosa de poca monta, pero necesita la gracia sobrenatural». Se trata de una idea que repite con gran frecuencia para enseñarnos que el

alma generosa, atraída por Dios, necesita de la fe. Quizás alguno diga: «Si todo lo que da el Padre viene de ti y lo mismo aquéllos a quienes el Padre atrae y si nadie puede venir a ti si no le es concedido de lo alto, aquellos a quienes no les sea concedido por el Padre quedan libres de toda culpa». Son palabras vanas y argumentos faltos de peso. Es necesaria la cooperación de nuestra voluntad, pues es con nuestra libre voluntad con lo que aceptamos la enseñanza y la fe. Pero aquí, con la expresión «el que me da el Padre», no pretende decir sino: «Creer en mí no es cosa ordinaria y no depende de la razón humana, sino que procede de la revelación sobrenatural y del alma piadosa que acepta esa revelación». Y las palabras «quien se acerca a mí será salvado», significan: «Podrá contar con mi auxilio de manera especialmente singular, pues en su favor he tomado un cuerpo y la forma de siervo».

Y luego continúa: *He bajado no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*¹⁷. ¿Cómo dices? ¿Son cosas distintas la tuya y la suya? Para que nadie quede confundido con tal dificultad, inmediatamente refuta esa falsa opinión, diciendo: *Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna*¹⁸. ¿No es ésa tu voluntad? ¿No dices en otro lugar: *Fuego he venido a traer a la tierra y ¡qué quiero sino que arda!*¹⁹? Si eso es lo que deseas, está claro que hay una sola y misma voluntad. En otra ocasión, además, dice: *Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo resucita a quien quiere*.

¿Cuál es entonces la voluntad del Padre? ¿No es que no se pierda ninguno de ellos? Pero eso es lo que quieres tú también. Por tanto, tal voluntad no es distinta de la otra.

En otros pasajes afirma con mayor rotundidad aún su igualdad con el Padre, cuando dice: *Yo y el Padre vendremos y haremos morada en él*²⁰. No he venido a hacer sino lo que el Padre quiere y no tengo otra voluntad que la suya. *Todo cuanto tiene el Padre es mío y todo lo mío es del Padre*²¹. Por tanto, si todo es común al Padre y al Hijo, con verdad dice: *No para hacer mi voluntad*. Pero todas esas cosas se las reserva, por el momento, y las dirá sólo al terminar sus palabras. Quedan ahora en penumbra las nociones más sublimes, dejando suponer que, si hubiera dicho «ésta es mi voluntad», se habrían reído de él. Por eso afirma que actúa de perfecto acuerdo con la voluntad del Padre, para infundirles mayor temor. Como si dijera: «¿Qué os pensáis? ¿Que, al no creerme, me hacéis ofensa sólo a mí? Provocáis la cólera de mi Padre». *La voluntad del que me ha enviado es que no pierda a ninguno de los que me ha dado*. Revela aquí que no tiene necesidad de que le reverencien, ni ha venido para lucrarse con cualquier provecho: no para que lo honren, sino para salvarlos.

Había dicho lo mismo en sus anteriores palabras: *No acepto la gloria de los hombres*. Y también: *Os digo esto para que seáis salvados*. Siempre y por doquier insiste en declarar que ha venido para la salvación de los hombres. Y añade que busca la gloria de Dios, y que le da gloria para no dar pábulo a las sospechas. En lo que sigue, explica más nítidamente que ha hablado así precisamente por ese motivo. *Quien busca su voluntad —dice— busca la propia gloria. Pero quien busca la gloria del que le ha enviado es veraz y no hay en él mezcla de injusticia*²². Ésta es la voluntad del Padre, que *todo el que ve al Hijo y cree en él tenga la vida eterna*. Y yo lo resucitaré en el último día. ¿Por qué men-

ciona tan reiteradamente la resurrección? Para que no juzguen de la Providencia divina atendiendo sólo a las cosas presentes. Para que quienes aquí no disfrutan, no incurran en la tibieza espiritual y esperen los bienes futuros. Y, a su vez, para que quienes no son castigados en la vida presente por culpa de los delitos que han cometido en esta tierra, no lo desprecien y teman la vida futura.

4. Aunque los judíos no sacaran ningún provecho, intentemos obtenerlo nosotros, considerando a menudo la resurrección. Si nos asalta la tentación de enriquecernos por medios ilícitos, de robar o de cometer cualquier otra mala acción, acudamos enseguida con el pensamiento a aquel día e imaginemos interiormente ese tribunal. Este pensamiento retendrá, con mayor eficacia que cualquier freno, los ímpetus de nuestro ánimo. Digámonos siempre a nosotros mismos y a los demás: está la resurrección y nos aguarda un tribunal terrible. Si vemos que alguien se regocija y enorgullece por los bienes de la vida presente, recordémosle estas cosas, explicándole cuanto le espera. Y si, por el contrario, vemos que alguien se lamenta de sus desgracias y que es presa de la adversidad, evoquemos junto a él esta misma verdad: que todos los pesares tendrán un temprano fin. Si vemos que alguien es indolente y frívolo, que le sirvan de estímulo las mismas palabras, al recordarle que inevitablemente habrá de recibir el castigo de su pereza. Hay resurrección. Aún más: la resurrección no está lejos, sino a la puerta. Dice Pablo: *Todavía un poco y llegará el que ha de venir, no tardará*²³. Y en otro lugar: *Todos nosotros habremos de comparecer ante el tribunal de Cristo*²⁴. Eso es para los malos y para los buenos. Los primeros serán cubiertos de vergüenza delante de todos. Los segundos, a los ojos de

todos acrecentarán el brillo de su gloria. Igual que aquí en la tierra los jueces castigan públicamente los delitos y, públicamente también, confieren honores a los buenos, así sucederá también entonces, sólo que serán mucho mayores la vergüenza y la gloria de unos y otros.

Consideremos a diario tales cosas. Si así obramos, nada de lo presente, que es efímero, nos arrastrará. Lo visible es temporal, y eterno lo invisible. Repitámonos de continuo y con convicción estas cosas: habrá resurrección y juicio y deberemos rendir cuentas de todas nuestras acciones. Repítanse esto quienes creen en la existencia del destino, y pronto quedarán curados de tan mortífero error. Si hay resurrección y juicio, no hay destino, por mucho que ellos se esfuercen de mil maneras en demostrar su existencia. A decir verdad, me avergüenzo de tener que enseñar a cristianos la existencia de la resurrección. Quien aún necesita que se le instruya sobre la existencia de la resurrección y todavía duda de que los acontecimientos no estén gobernados por la necesidad o el azar, ése tal no es un verdadero cristiano. Por eso, os conjuro en nombre de la gracia para que nos purifiquemos de todos los males y hagamos cuanto es posible para que aquel día quedemos eximidos por entero de culpa y obtengamos el perdón.

Tal vez diga alguien: «¿Cuándo sobrevendrá el fin, cuándo ocurrirá la resurrección? ¡Ha pasado mucho tiempo y aún no ha sucedido nada de esto!». Ocurrirá, podéis creerme. También antes del diluvio decían cosas semejantes y se reían de Moisés. Pero llegó el diluvio, arruinó a todos aquellos incrédulos y sólo salvó a quien había creído. Y también en tiempos de Lot eran numerosos los que dudaban de que se cumpliera el castigo enviado por Dios, hasta que se desencadenó la lluvia de fuego y los rayos redujeron todo a cenizas. Ni entonces ni cuando Noé hubo signo ninguno que preanunciara lo que estaba a punto de suceder. Pero, estando todos entregados a las pasiones y embriagándose sin

contención ninguna, les alcanzó aquella memorable desgracia. Así será la resurrección. No vendrá tras una señal que nos prevenga, sino mientras estemos entregados a las diversiones y placeres. Precisamente por eso, dice Pablo: *Cuando la gente diga «paz y seguridad», de repente, caerá sobre ella la ruina, a la manera como le sobrevienen los dolores de parto a la mujer encinta*²⁵. Así lo dispuso la providencia divina, para que estemos constantemente en guardia y no nos abandonemos, ni siquiera cuando todo parece paz y seguridad. ¿Qué dices? ¿Que no crees en la resurrección ni el juicio? Hasta los demonios reconocen públicamente estas cosas, y tú ¿no las admites? Dicen ellos: *¿Has venido a atormentarnos antes de tiempo?*²⁶. Quienes se refieren a un tormento que habrá de venir, conocen bien el juicio, el rendimiento de cuentas y los castigos.

No provoquemos la ira de Dios, pretendiendo necedades al no creer en la resurrección. Sucede en esto igual que en el resto de las cosas, en las que Cristo es el primero de los nuestros. Por eso es llamado el primogénito de los muertos²⁷. Si no hubiera resurrección, ¿cómo podría ser llamado primogénito? ¿Ninguno de los muertos le seguiría! De no haber resurrección, dado que muchos malvados disfrutan de éxito y prosperidad y tantos, que son buenos, pasan su vida entre tribulaciones, ¿cómo se salvaría la justicia de Dios? ¿Dónde recibiría cada cual lo que le corresponde, si no hubiera resurrección? Nadie que viva honradamente desconfía de la resurrección, sino todo lo contrario: los justos la anhelan y a diario ruegan que llegue con estas santas palabras: *Venga a nosotros tu reino*²⁸.

¿Quiénes son, entonces, los que no creen en la resurrección? Quienes caminan en medio de la corrupción y lle-

van una vida impura, según las palabras del profeta: *Malvados fueron siempre sus caminos y tus juicios quedan lejos de sus ojos*²⁹. No hay nadie que, llevando una vida honesta, no crea en la resurrección. Quienes tienen conciencia de no haber obrado el mal, confiesan la resurrección, creen en ella y esperan recibir el justo premio. No irritemos a Dios. Escuchémosle cuando nos dice: *Temed a quien puede perder vuestras almas y enviar vuestros cuerpos a la gehenna*³⁰, para que, mejorados por el temor, luego de haber rehuido la perdición, nos hagamos finalmente dignos del reino de los cielos que todos esperamos alcanzar, por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 46

Murmuraban, pues, los judíos de Él, porque decía: yo soy el pan que baja del cielo. Y decían: ¿no es éste el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo dice, entonces, que ha bajado del cielo?

1. *Cuyo Dios es el vientre y su gloria está en la ignominia*², decía san Pablo de algunos judíos al escribir a los filipenses. Que éstos eran judíos es evidente, tanto por lo que precede cuanto por lo que decían al acercarse a Cristo. Cuando les dio pan y sació sus estómagos, decían que era un profeta y trataban de hacerle rey. Sin embargo, cuando les instruía sobre el alimento espiritual y sobre la vida eterna, cuando les apartaba de las cosas sensibles, cuando les hablaba de la resurrección y levantaba su ánimo, cuando más preciso era que le admiraran, entonces murmuran y se apartan de él. Ahora bien, si éste era el profeta, tal y como habían reconocido antes³, preciso era que le escucharan cuando afirmaba: «He bajado del cielo». Pero no le prestaban atención, sino que murmuraban. Todavía estaba reciente el milagro de los panes, y por eso le respetaban y no le contradecían abiertamente, pero manifestaban con murmuraciones su disgusto porque no les dio el alimento que ellos deseaban. Murmura-

ban diciendo: *¿No es éste el hijo de José?*, de lo que se infiere que todavía desconocían su admirable y extraordinaria generación, y por eso le llamaban hijo de José. No les reprenden cuando dicen eso, no porque lo fuese, sino porque aún no estaban en disposición de oír aquella maravillosa concepción. Si no podían entender la concepción según la carne, mucho menos aquella divina e inefable. Si no les descubrió la verdad más accesible, mucho menos habría de comunicarles aquellas cosas. Les escandalizaba que fuese hijo de un padre modesto y de baja condición social, mas no les reveló la verdad, no fuera que, por evitar un escándalo, originara otro.

Y al murmurar, ¿qué responde? *Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo atrae*⁴. En estas palabras se fundan los maniqueos cuando afirman que nada depende de nosotros, aunque, en realidad, éstas confirman que somos dueños de nuestra voluntad. Si uno va a él —dicen— ¿qué necesidad hay de que sea arrastrado? Estas palabras no anulan el libre albedrío, antes al contrario, manifiestan que necesitamos de auxilio, porque aquí se demuestra que no va cualquiera, sino el que goza de gran ayuda. Seguidamente señala el modo como atrae. Para que no sospecharan algo material de Dios añadió: *No que alguno haya visto al Padre, sino el que procede de Dios, ése ha visto al Padre*⁵.

¿Cómo lo atrae? Lo había señalado el profeta, vaticinándolo de la forma que sigue: *Serán todos enseñados por Dios*⁶. ¿Ves la dignidad de la fe y cómo preanunció que han de aprender no de hombres ni por medio de hombres, sino por el mismo Dios? Por esta razón y para hacer creíbles sus palabras, los remitió a los profetas. Si se ha dicho *serán todos enseñados por Dios*, ¿cómo no creen algunos? Porque aquellas palabras se dijeron de muchos. Además, las palabras del

profeta no se refieren a todos sin más, sino a todos lo que quieran. El maestro se coloca ante todos dispuesto a derramar su enseñanza.

Y yo lo resucitaré en el último día. No es pequeña la dignidad del Hijo que aquí se manifiesta. El Padre atrae, pero él resucita. No porque separe sus obras del Padre, ¡cómo podría ser!, sino porque demuestra que el poder de ambos es igual. De la misma forma que, para que algunos no preguntaran con excesiva curiosidad, los remitió a las Escrituras cuando afirmó *el Padre que me envió da testimonio de mí*, así también aquí, para que no sospecharan lo mismo, les remite a los profetas, citándolos una y otra vez, para demostrar que él no es contrario al Padre. Y ¿qué sucedió con los anteriores a este hecho? ¿No fueron, acaso, enseñados por Dios? ¿Qué es, entonces, lo extraordinario? Que entonces aprendieron las cosas de Dios por medio de hombres, y ahora por medio del Hijo Unigénito de Dios y del Espíritu Santo. A continuación añade: *No que al Padre le haya visto alguien, sino el que procede de Dios.* No lo dice en relación a la causa, sino al modo de la sustancia, porque si sus palabras se refirieran a la causa, todos procederíamos de Dios y, entonces, ¿en qué residiría lo eximio y singular del Hijo? ¿Por qué no lo expresa con más claridad? Por la debilidad de aquéllos. Si al decir *he bajado del cielo* se escandalizaron, ¿qué no habrían sentido si también hubiera añadido esto? Se llama a sí mismo «pan de vida» porque sustenta nuestra vida, ésta y la futura. Por esto añadió: *El que coma de este pan vivirá para siempre.*

Aquí llama pan a los dogmas que dan la salvación, a la fe en él, o a su propio Cuerpo, pues ambas cosas fortalecen el alma. Pues bien, si cuando en otro momento dijo: *Si alguno escucha mi palabra no probará la muerte*⁷ se escanda-

lizaron, ahora no les sucedió lo mismo, quizá porque todavía le respetaban por la multiplicación de los panes.

2. Observa, además, cómo, por el efecto último de ambos alimentos, establece la diferencia con el maná. Añadió: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron*⁸, para poner de manifiesto que el maná no proporcionó ningún fruto extraordinario. Seguidamente se dispone a persuadirlos de que ellos recibieron beneficios mucho mayores que sus padres, en clara alusión a aquellos admirables varones que estaban junto a Moisés. Por este motivo, luego de haber dicho que los que comieron el maná murieron, añadió: *El que come de este pan vivirá para siempre*. No sin motivo dijo *en el desierto*. Quería insinuar que no duró mucho tiempo y que no fue con ellos a la tierra prometida. Mas este pan no es así: *El pan que daré es mi carne, la que daré por la vida del mundo*⁹.

Alguno podría poner en duda la oportunidad de estas palabras, nada edificantes ni útiles, antes al contrario, perjudiciales a lo ya edificado. Estas cosas eran comunicadas sólo a los discípulos, tal y como afirmaba Marcos: *A éstos se las explicaba en privado*¹⁰.

¿Qué diremos a esto? Que también ahora estas palabras eran útiles y necesarias. Insistentemente pedían alimento, pero el material; le recordaban el que había sido ofrecido a sus padres, y calificaban de excelente al maná; por ello él menciona el alimento espiritual, mostrando que todo aquello era imagen y sombra, y que la verdad es lo que tenían presente. La diferencia era grande, pues el maná había bajado del cielo y el milagro de los panes había tenido lugar

en la tierra. Como pedían alimento bajado del cielo, les decía una y otra vez: «He bajado del cielo». Si alguno pregunta por qué habló entonces de los misterios, le responderemos que era un momento muy oportuno para ello. La oscuridad de las palabras siempre estimula al auditorio y lo dispone a prestar más atención. Por consiguiente, no había razón para que se escandalizaran, sino para que preguntaran más y se informaran. Ahora bien, ellos se apartaban de él. Si lo consideraban profeta, era necesario que creyeran en sus palabras. El escándalo, en consecuencia, procedía de su necedad, y no de la oscuridad de sus palabras.

Observa cómo, poco a poco, atrae a los discípulos, pues ellos son los que afirman: *Tienes palabras de vida; ¿a dónde iremos?*¹¹. Por lo demás, se presenta a sí mismo y no al Padre como el que da el pan. *El pan —dice— que yo daré es mi carne*. La turba no se expresa de este modo, sino de forma contraria. *Duro es este razonamiento*, dicen, y por este motivo se apartan de él. Ahora bien, la doctrina no era nueva ni distinta, ya que Juan la había insinuado antes, al llamarle Cordero. Pero no lo entendieron. Soy consciente de ello, mas tampoco lo sabían los discípulos. Si de la resurrección no tenían todavía un claro conocimiento y desconocían por ello qué querían decir las palabras *Destruid este templo y en tres días lo levantaré*¹², mucho menos entendían estas otras que eran más oscuras. Sabían que algunos profetas habían resucitado, aunque las Escrituras no lo expresaran tan claramente. Pero que alguno comiera la carne, ninguno de ellos lo dijo en momento alguno. Con todo, le creían, lo seguían y confesaban que tenía palabras de vida.

Es propio de un discípulo no indagar con curiosidad excesiva en las palabras del maestro, sino escuchar, creer y esperar el momento oportuno de la solución a sus dudas. Mas

¿qué decir de cuando ocurrió todo lo contrario y le volvieron la espalda? Sucedió por su insensatez. Sin lugar a dudas, cuando la cuestión del «cómo» se plantea, se abre paso a la incredulidad. Nicodemo estaba turbado cuando dijo: *¿Cómo puede el hombre entrar en el vientre de su madre?*, de la misma forma que éstos también están inquietos cuando preguntan: *¿Cómo puede éste darnos a comer su propia carne?*¹³. Si preguntas el «cómo», ¿por qué no interrogas lo mismo a propósito de los panes?, es decir, ¿cómo multiplicó cinco en tantos otros? Porque entonces sólo atendían a quedar saciados y no a ver el milagro. Les enseñó la experiencia, dirá alguno. Bien, pero por aquélla era preciso que también éstas fuesen aceptadas. Por ese motivo se adelantó a hacer aquel milagro extraordinario, para que, aleccionados por él, no desconfiaran de cuanto les dijera después.

Aquéllos entonces no obtuvieron fruto de las palabras, mas nosotros hemos gozado del beneficio de estas mismas obras. Por ello es necesario conocer el milagro de los misterios, es decir, qué es, por qué fue dado y cuál es su utilidad. *Somos un solo cuerpo* —dice el Apóstol— *y miembros de su carne y de sus huesos*¹⁴. Sigán los iniciados cuanto se ha dicho.

3. Pues bien, para que lleguemos a ser esto no sólo por el amor, sino en realidad, mezclémonos con aquella carne. Se consigue por medio del alimento que él nos dio, deseoso de mostrarnos el amor que nos tiene. Por este motivo se mezcló con nosotros y fundió su propio cuerpo con nosotros, para que llegáramos a formar un todo, como el cuerpo unido a la cabeza. Es una manifestación, sin duda, de los que mucho se quieren. Job se refería a ello y lo decía de sus propios siervos, de quienes era tan querido que deseaban

unirse a sus propias carnes. Mostrando el mucho amor que le tenían decían: *Quién nos diera de sus carnes para saciar-nos*¹⁵. Cristo ha hecho lo mismo: moviéndonos a una mayor amistad, y mostrándonos el amor que nos tiene, no sólo permitió a los que le aman verlo, sino tocarlo, comerlo, clavar los dientes en su carne, masticarla. En suma, saciar toda el ansia de amor. Como leones que respiran fuego, apartémonos de aquella mesa temibles al diablo, y pensando en el que es como nuestra cabeza y en el amor que nos ha manifestado. Muchas veces los padres entregan a los hijos a otros para que los sustenten. Mas yo —dice— no actuó así, sino que os alimento con mis propias carnes, me sirvo a mí mismo en vuestra mesa, deseoso de que todos vosotros seáis nobles y ofreciéndoos buenas esperanzas de los bienes venideros. Quien aquí se os dio a sí mismo, mucho más en la vida venidera. Quise ser hermano vuestro, por vosotros participé de carne y sangre, y de nuevo os entrego la misma carne y sangre por las que me hice semejante a vosotros.

Esta sangre produce en nosotros una imagen floreciente y digna de un rey, genera una belleza extraordinaria, no permite que se marchite la nobleza del alma porque la riega y la nutre continuamente. La sangre que producen en nuestro cuerpo los alimentos no se forma inmediatamente, sino que primero es otra sustancia. No sucede lo mismo con esta sangre, sino que riega inmediatamente el alma y le infunde una gran fuerza. Esta sangre, si es recibida dignamente, ahuyenta y aleja de nosotros a los demonios, y atrae a nosotros a los ángeles y al Señor de los ángeles. Los demonios huyen y los ángeles concurren allí donde ven la sangre del Señor. Derramada esta sangre, purificó todo el mundo.

El bienaventurado Pablo dijo muchas cosas de esta sangre en la Epístola a los hebreos. Esta sangre purificó el sa-

grario del Templo y el *Sancta sanctorum*. Si su imagen tuvo tanta fuerza, tanto en el Templo de los hebreos como en Egipto, cuando fue puesta sobre los umbrales, tanto más eficaz será la verdadera. Esta sangre consagró el altar de oro, sin ésta el sacerdote no osaba entrar en el templo, esta sangre ordenaba a los sacerdotes, lavaba los pecados en las figuras. Si en las figuras tenía tanta fuerza, si la muerte se estremeció ante su sombra, dime: ¿cómo no habría de temer ante la verdad misma? Es la salvación de nuestras almas, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama, hace a nuestra mente más resplandeciente que el fuego, a nuestra alma más radiante que el oro. Fue derramada la sangre e hizo accesible el cielo.

4. Estremecedores son en verdad los misterios de la Iglesia, estremecedor, sin duda, el altar. Del paraíso brotó una fuente que derramaba ríos materiales, mas de esta mesa brota una fuente que lanza ríos espirituales. Junto a esta fuente han sido plantados, no sauces estériles, sino árboles que se yerguen hasta el cielo y que tienen fruto en sazón e impeceder. Si alguno se abrasa, venga junto a esta fuente y enfríe su ardor. Destruye el ardor y refresca lo abrasado, no sólo lo quemado por el sol, sino también lo inflamado por las saetas de fuego, ya que tiene su principio y raíz en el cielo, donde también se refresca. Muchos son los torrentes de esta fuente que el Paráclito deja correr, y el Hijo es mediador, no abriendo camino con la azada, sino disponiendo nuestro ánimo. Esta fuente es fuente de luz que difunde rayos de verdad. Las potestades del cielo se colocan junto a ella para observar la hermosura de sus corrientes, ya que ellas contemplan con más claridad la fuerza de las oblaciones y los inalcanzables destellos. Como si alguno introdujera la mano en oro derretido, si eso fuera posible, o la lengua, y al punto la transformara en oro: así y, mucho más si cabe, los misterios ofrecidos obran en el alma. Borbotea este

río más impetuoso que el fuego, pero no quema, sino que lava sólo cuanto a su paso encuentra.

De antiguo esta sangre era continuamente prefigurada en los altares, en los sacrificios cruentos de los justos. Es el precio del mundo; con ella Cristo compró la Iglesia, con ella la adornó por completo. De la misma forma que un hombre da oro cuando compra esclavos y si desea adornarlos emplea oro, así Cristo nos compró con sangre y nos hermoseó con sangre. Los que participan de esta sangre están acompañados de los ángeles, de los arcángeles y de las potestades celestes, revestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía, pues están revestidos del mismo Rey.

Puesto que se trata de algo grande y admirable, si te acercas con pureza, te habrás acercado a la salvación, mas si lo haces con mala conciencia, te habrás acercado al castigo y la venganza. *El que come —dice— y bebe indignamente del Señor, come y bebe su condenación*¹⁶. Si los que manchan la púrpura real son castigados como los que la rasgan, ¿qué hay de extraño en que los que reciben el Cuerpo con ánimo impuro sufran el mismo castigo que los que lo desgarraron con los clavos? Considera cuán terrible castigo manifestó Pablo cuando dijo: *El que menosprecia la ley de Moisés muere sin misericordia sobre dos o tres testimonios; ¿de cuánto mayor castigo pensáis que será digno el que pisotea al Hijo de Dios y estima profana la sangre de la alianza en la cual fue santificado?*¹⁷.

Prestémonos atención, amados, ya que gozamos de tales bienes. Cuando deseemos decir algo deshonesto o nos viéramos arrebatados por la ira o por cualquier otra pasión, reflexionemos en qué hemos sido dignos, en qué Espíritu hemos gozado. Este pensamiento será freno de nuestras irra-

cionales pasiones. ¿Hasta cuándo hemos de estar enclavados a las cosas de la tierra? ¿Hasta cuándo no despertaremos? ¿Hasta cuándo no nos preocuparemos de nuestra salvación? Consideremos de qué nos ha juzgado dignos Dios. Démosle gracias, glorifiquémoslo, no sólo con la fe, sino también con las obras mismas, para que alcancemos también los bienes venideros, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 47

Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida eterna en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida en sí mismo

1. Cuando hablemos de cosas espirituales, no haya nada mundano ni nada terreno en nuestras almas, sino que todo esto quede aparte, quede desterrado todo lo de esa especie y dediquémonos por entero a escuchar las palabras divinas. Si cuando el rey llega a una ciudad todo tumulto se acalla, tanto más cuando el Espíritu Santo nos habla, ya que hemos de escucharle en el máximo silencio y con temor. Digno es de temor lo que hoy ha sido leído. Escucha. *En verdad os digo* —dice—: *si alguno no come mi carne y bebe mi sangre, no tiene vida en sí mismo*. Habían dicho antes que esto era imposible, por ello, él mismo muestra que no sólo no es imposible, sino además muy necesario. Por este motivo añade: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día*. Había afirmado: *El que coma de este pan no morirá eternamente*, y era de suponer que estas palabras producirían escándalo, de la misma forma que cuando le reprocharon: *Abraham murió y murieron los profetas. Y ¿cómo dices tú que no gustarán la muerte?* Por ello,

para resolver la cuestión y mostrar que no morirán para siempre, habla de la resurrección. Con frecuencia trata de los misterios para demostrar que es necesario y del todo conveniente. *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*². ¿Qué significa? Quiere decir, o que éste es el alimento verdadero que salva al alma, o que ellos deben dar fe a sus palabras, de suerte que no crean que lo dicho es un enigma o una parábola, sino que entiendan que hay que comer su cuerpo en realidad. A continuación añade: *El que come mi carne permanece en mí*³ para significar que entra en comunión con él.

Lo que sigue a continuación, si no lo examinamos bien, parece no guardar conexión con lo anterior. En efecto ¿qué relación hay entre *El que come mi carne permanece en mí* y lo que añade después: *Como el Padre, que vive, me envió, y yo vivo por el Padre*⁴? Existe una armonía grande entre estas palabras. Hablaba constantemente de la vida eterna y, para corroborarlo una vez más, añadió: *Permanece en mí*. Pues si permanece en mí y yo vivo, es evidente que aquél también vivirá. Seguidamente añade: *Como el Padre, que vive, me envió*. Se trata de una comparación, de una similitud, como si dijera: «Yo vivo como el Padre». Para que no creas que es ingénito, añadió al punto: *por el Padre*, sin querer significar con ello que necesitara ayuda para vivir. Ya antes, negando esa necesidad, había dicho: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo*. Si necesitara ayuda, se deduciría, o que el Padre no se la ha concedido –y esta afirmación sería falsa– o que, si se la concedió, ya no tendrá necesidad en lo sucesivo de que ningún otro le socorra. ¿Qué significa entonces «por el Padre»? Aquí indica únicamente la causa.

Como si dijera «Como vive el Padre así vivo yo». *El que me come, también vivirá por mí*. En este punto no se refiere a una vida cualquiera, sino a una vida considerada en mucho. Es evidente que no hablaba de una vida sin más, sino de aquélla gloriosa e inefable. Pues todos, infieles o no iniciados, viven, a pesar de no haber comido de aquella carne. ¿Ves que no se trata de esta vida, sino de aquélla? Lo que quiere decir es que resucitarán. Mas no se refiere a la común resurrección, pues todos resucitarán igualmente, sino a aquella eximia y gloriosa resurrección que será acompañada de premio.

*Éste es el pan que ha bajado del cielo, no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente*⁵. Vuelve una y otra vez a este concepto para que se grabe en la mente de los oyentes (era el punto culminante de su doctrina) y para que crean en el dogma de la resurrección y de la vida eterna. Añade, por tanto, el concepto de resurrección, sea porque había hablado de «vida eterna», sea para mostrar que aquélla no es la de ahora, sino la de después de la resurrección. ¿De dónde se deduce todo esto? De las Escrituras. Continuamente les remite a las Escrituras animándoles a que lo aprendan en ellas. Al decir: *El que da la vida al mundo*, les incita a la emulación, de modo que ellos no queden excluidos tras haber constatado con tristeza que otros gozan de tal don. Recuerda frecuentemente el maná, para establecer la diferencia e impulsarles a la fe. Porque si Dios pudo, sin cosecha, sin trigo y sin ninguna otra cosa sustentar la vida de aquéllos durante cuarenta años, mucho más podrá ahora, ya que ha venido para algo mucho más importante. Por otra parte, si aquellas cosas eran imágenes simbólicas y recogían el alimento sin sudor ni fatiga, con mayor motivo sucederá

ahora, porque grande es la diferencia. Por un lado, ya no se muere, y, por otro, se goza de la vida verdadera.

Oportuna y constantemente trae al pensamiento la vida, porque es algo muy deseado por los hombres y no existe nada más agradable que no morir. En la antigua alianza se prometía una vida larga, mas ahora no sólo una vida larga, sino una vida sin fin. Al mismo tiempo, desca poner de manifiesto que ahora revoca el castigo merecido por el pecado, aboliendo aquella sentencia de muerte e introduciendo, no una vida cualquiera, sino la vida eterna, contra lo establecido primero. *Estas cosas las dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm*⁶, donde habían tenido lugar muchísimos milagros, de suerte que preciso era que se le escuchara con más interés.

2. ¿Por qué enseñaba en la sinagoga y en el templo? Quizá porque deseaba atraer a esa multitud, quizá porque deseaba poner de manifiesto que no se oponía al Padre.

¿Qué quiere decir «es duro»? Áspero, difícil, trabajoso. Mas nada de esto dijo, pues no hablaba del modo de vida, sino de la doctrina, deseoso de dirigir una y otra vez la fe hacia él. ¿Por qué es, entonces, duro este lenguaje? ¿Porque promete la vida y la resurrección? ¿Porque decía que bajó del cielo? ¿Porque no es posible que el que no come su carne se salve? Esto, dime, ¿es duro? ¿Quién podría afirmarlo? Luego ¿qué significa «duro»? Significa que es difícil de entender, que excede su debilidad, que produce miedo. Creían, en suma, que decía cosas que superaban su dignidad y que estaban por encima de él. Por eso afirmaban: *¿Quién puede escucharle?* Quizá como excusa, ya que estaban a punto de dejarle. *Conociendo Jesús que sus discípulos murmuraban de sus palabras*⁷ (descubrir lo oculto, sin duda,

es propio de su divinidad), añade a continuación: *¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del hombre subir donde estaba primero?*⁸. Así hizo con Natanael cuando le dijo: *¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores que éstas verás*⁹. Y también a Nicodemo: *Nadie ha subido al cielo si no es el Hijo del hombre que está en el cielo*¹⁰. Y bien: ¿añade, acaso, dificultad a otras dificultades? Por supuesto que no. Pretende atraerles con la grandeza y la abundancia de doctrina. Si hubiera dicho simplemente «he bajado del cielo» y no hubiera afirmado nada más, les habría escandalizado mucho más. Pero al decir: *mi cuerpo es vida del mundo, como el Padre que vive me envió y yo vivo por el Padre*, al añadir: *he bajado del cielo*, resuelve la dificultad. Quien dice de sí mismo algo tan grande podría ser sospechoso de fingir, pero, puesto que afirma seguidamente cosas semejantes, aparta de sí toda sospecha. Hace y dice todo eso para disuadirles de que crean que su padre es José. Lo dijo deseoso, no de incrementar el escándalo, sino de evitarlo. El que creyera que era hijo de José, no habría admitido estas palabras, mas el que estuviera persuadido de que había bajado del cielo, aceptaría con buena disposición sus afirmaciones.

Añade seguidamente otra explicación cuando dice: *El Espíritu es el que vivifica, la carne de nada aprovecha*¹¹. Es decir: «Es conveniente escuchar espiritualmente cuanto se dice de mí, pues el que escuchó carnalmente, nada ganó, no obtuvo ningún beneficio». Carnal era dudar de cómo había bajado del cielo, creer que era hijo de José y la pregunta: *¿cómo puede darnos a comer su carne?* Todo esto es según la carne. Era necesario entender mística y espiritualmente. ¿Cómo podían aquéllos entender qué es comer la carne? Era

necesario esperar el momento oportuno, preguntar y no desistir. *Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida*, es decir, son divinas y espirituales, no tienen nada de corpóreo ni consecuencias físicas, antes al contrario, están libres de necesidad semejante, superan las leyes establecidas en la tierra, y tienen otro y distinto significado. De la misma forma que en este pasaje dijo «espíritu» en lugar de «espirituales», de igual modo, al decir «carne» no dijo «corpóreo» sino «escuchar carnalmente», insinuando así que era necesario que aspirasen a lo espiritual, pues siempre habían deseado lo carnal. Si alguno interpretara este discurso en sentido carnal no conseguiría nada. ¿Y qué? ¿Su carne no es carne? Lo es, sin duda. ¿Cómo dijo entonces: *La carne de nada aprovecha*? No lo dijo por su carne, ¡por supuesto!, sino por los que entendieron carnalmente cuanto se había dicho. ¿Qué significa entenderlo carnalmente? Considerar en sentido literal las palabras y no reflexionar más. Esto es lo que significa «carnalmente». No conviene juzgar así lo que se ve, sino escrutar todos los misterios con los ojos interiores. Eso significa «espiritualmente». El que no come su carne y bebe su sangre ¿no tiene, acaso, la vida en sí mismo? ¿Cómo no aprovecha en nada la carne sin la cual no es posible vivir? ¿Compruebas cómo las palabras *la carne de nada aprovecha* no las dijo de su propia carne, sino de la manera carnal de escuchar?

*Pero hay algunos entre vosotros que no creen*¹². De nuevo, y según su costumbre, añade dignidad a sus palabras, predice el futuro y señala que se expresa de esa forma, no para alcanzar la gloria de aquéllos, sino porque se preocupa por ellos. Cuando dijo «algunos» se refería a los discípulos. Al principio había dicho: *Me habéis visto y no creéis*, pero aquí dice: *Hay algunos entre vosotros que no creen*.

El evangelista alude en este punto al plan querido por Dios y a su paciencia. La expresión «desde el principio» no está en este pasaje sin motivo alguno, sino para que caigas en la cuenta de su presencia y sepas que, antes de estas palabras y no después de la murmuración y del escándalo, conocía al traidor, algo propio de la divinidad. También añadió: *Si no le fuere concedido por mi Padre*, para persuadirlos de que Dios, y no José, era su Padre, y mostrarles que no es casual creer en él.

3. Al oír la frase «fuere concedido» no creas que se refiere al azar: lo recibe el que se hace digno de ello. *Desde este momento muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban ya en su compañía*¹³. Con razón el evangelista no dijo «se alejaron», sino *se volvieron atrás*. Manifiesta que habían puesto trabas a todo progreso en la virtud y que, al separarse de él, habían perdido la fe que antes habían tenido. Pero no actuaron así los Doce. Por eso les dijo: *¿También vosotros queréis marcharos?*¹⁴, deseando demostrar una vez más que no necesitaba de su servicio y veneración, y que no por ese motivo los llevaba consigo. ¿Cómo puede tener necesidad de ellos quien dice algo semejante?

¿Por qué no los alabó? ¿Por qué no los ensalzó? En primer lugar, por salvaguardar la propia dignidad de maestro, y, en segundo, para demostrarles que era mucho más conveniente atraerles de esa forma. Si los hubiera alabado habrían experimentado un sentimiento muy humano al considerar que le estaban haciendo un favor. Mas, al mostrarles que no necesitaba de su compañía, los sujetó más. Observa con qué prudencia les habló. No les dijo «marchaos», expresión propia de quien despacha, sino que les preguntó: *¿También vosotros queréis marcharos?*, frase propia de quien

elude toda violencia y obligación, de quien no desea unirse a alguien con algún procedimiento vergonzoso, sino con gratitud. Con no acusarles abiertamente, sino con un trato delicado, les mostró cómo es conveniente actuar en esas circunstancias. Nosotros, sin duda, padecemos adversidades porque lo hacemos todo por nuestra gloria. Por eso juzgamos que nuestras cosas se resienten con el abandono de nuestros criados. Él, en cambio, ni los aduló, ni los apartó de él, sino que sólo les preguntó. No era éste el comportamiento de quien los desprecia, ni de quien desea retenerlos por la fuerza y por obligación. Permanecer en estas condiciones es lo mismo que marcharse. ¿Qué dice entonces Pedro?: *¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*¹⁵. ¿Compruebas que no eran las palabras las que escandalizaban, sino la desidia, la indiferencia y la maldad de los oyentes?

Aunque no se hubiera expresado de este modo, se habrían escandalizado y no habrían cesado de preocuparse por el alimento corporal y de estar clavados a la tierra. Por otro lado, éstos oyeron lo mismo que aquéllos y, en cambio, se comportaron de forma distinta al preguntar: *¿a quién iremos?* Son palabras que denotan un gran afecto. Demuestran que el maestro les es más querido que todo lo demás, que padres, madres y bienes, y que los que se apartan de él no tienen dónde refugiarse. Y para que no pareciese que decía *¿a quién iremos?* porque no tenían quien los acogiese, añade a continuación: *Tú tienes palabras de vida eterna*. Los otros habían oído sus palabras al modo carnal y con mentalidad humana; éstos, de forma espiritual y encomendando todo a la fe. Por esto Cristo decía: *Las palabras que os he dicho son espíritu*. Es decir: «no sospeches que mi doctrina está

sujeta a la consecución y necesidad de cuanto acontece. Las cosas espirituales no son de este género, no se sujetan a las leyes de la tierra». Pablo lo apunta cuando afirma: *La justicia que viene de la fe habla de otra manera*¹⁶. *Tú tienes palabras de vida eterna*. Éstos ya habían aceptado la resurrección y toda aquella elección.

Observa cómo Pedro, que ama a sus hermanos, asume la defensa de todo el grupo, pues no dijo «he conocido», sino *hemos conocido*. Observa, además, cómo se identifica con las palabras del maestro al expresarse de forma distinta a los judíos. Ellos decían: *Éste es el hijo de José*, y él dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo y Tú tienes palabras de vida eterna*, quizá porque le había oído decir muchas veces: *Quien cree en mí tiene vida eterna*. Expresándose de modo semejante demostró que guardaba sus palabras. ¿Qué hizo Cristo? No alabó a Pedro ni mostró su admiración como en otra ocasión. ¿Qué dice entonces?: *¿No os elegí yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es un diablo*¹⁷. Había dicho: *Nosotros hemos creído*, y de esta forma excluye del grupo a Judas. En la otra ocasión no se había referido a los discípulos, sino que, cuando Cristo pregunta: *Y vosotros ¿quién decís que soy?*, él responde: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*¹⁸. Mas aquí, al decir: *y nosotros hemos creído*, excluye evidentemente a Judas del grupo. Procedió de este modo para desenmascarar mucho antes la maldad del traidor, y, aun siendo consciente de que en nada le ayudaría, hizo lo que estaba en su mano.

4. Observa su sabiduría. No lo denunció, mas tampoco permite que pase desapercibido, a fin de que no se tornara más desvergonzado e insolente, y esto, para que, creyendo

que pasaba desapercibido, no realizara una acción tan audaz sin reparo alguno. Por este motivo añade más adelante argumentos más evidentes. Ya antes lo había incluido entre los otros cuando dijo: *Entre vosotros hay algunos que no creen* (el evangelista pone de manifiesto que incluía al traidor cuando dice: *Sabía desde un principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo había de entregar*), mas como perseveraba, se expresa mucho más enérgicamente: *Uno de vosotros es un diablo*. De este modo, con el deseo de aquél de perseverar en la sombra, incrementa el temor en todos. Es un momento oportuno, sin duda, para preguntar por qué los discípulos no dicen ahora nada, y, en cambio, después se llenan de temor, están perplejos, y mirándose los unos a los otros preguntan: *¿Soy yo, acaso, Señor?*¹⁹. Pedro hace señas a Juan para que pregunte al Maestro quién es el traidor.

¿Por qué? Ahora Pedro no escucha las palabras *apártate de mí, Satanás*. No tenía ningún temor a este respecto. Mas, después de ser reprobado, y aunque le habla con afecto, no lo alabó, sino que también oyó aquello de «Satanás». Luego de haber escuchado: *Uno de vosotros me entregará*, con razón debía de sentir temor. Ahora bien, en este momento no dice: «Uno de vosotros me entregará», sino *Uno de vosotros es un diablo*. Por ello no entendían bien lo que quería decir. Creían que sólo reprendía la maldad. ¿Por qué, entonces, dice: *¿No os elegí yo a los doce? Sin embargo, uno de vosotros es un diablo?* Para mostrar que su enseñanza está libre de adulación. Ya que, una vez que todos los demás le han abandonado, sólo éstos permanecen, y después de que Pedro ha reconocido que es el Cristo, para que no creyeran que por eso él los iba a halagar, apunta esta sospecha. Es como si les dijera: «Nada me impide reprobado a los mal-

vados. No creáis que porque hayáis permanecido junto a mí yo os voy a adular, o porque me hayáis seguido, no reprobaré a los malvados. A mí no me conmueve ni siquiera una razón mayor que ésta, capaz de conmover a un maestro. El que permanece ofrece una muestra de su cariño. Quien es elegido por el Maestro y rechazado por los insensatos, se procura la fama de necio. De cualquier forma, ni siquiera esto me retrae de hacer reproches».

Esto es lo que los paganos, inútil e insensatamente, reprochan a Cristo. Dios no convierte en buenos con coacción y a la fuerza, su elección no es violenta, sino todo lo contrario: persuasiva. Para que aprendas que la vocación no coacciona, recuerda cuántos de los que fueron llamados se perdieron. De todo ello se deduce con claridad que de nuestra voluntad depende nuestra salvación o perdición.

5. Oídas estas cosas, aprendamos a estar siempre sobre aviso y a tener extraordinario cuidado. Si éste que era contado en aquel grupo santo, que había disfrutado de don tal, que había hecho milagros (él junto con los otros era de los enviados a resucitar muertos y curar leprosos), preso de una terrible enfermedad, del mal de la avaricia, traicionó a su Señor y de nada le aprovecharon los beneficios, los dones, convivir con él, ni su cuidado, ni el lavatorio de los pies, ni el participar de su mesa, ni la custodia del dinero; antes al contrario, todo esto fue para él ocasión de castigo, temamos también nosotros, no sea que imitemos a Judas en su avaricia. ¿No traicionas, acaso, a Cristo? Cuando miras con desdén al pobre consumido por el hambre o aterido por el frío, te haces merecedor de la misma condenación. Cuando participamos indignamente de los misterios, caemos en la misma perdición que los que mataron a Cristo. Cuando robamos, cuando oprimimos a los más indigentes, merecemos el más grande castigo y con razón. ¿Hasta cuándo se va a apoderar de nosotros el amor por las cosas terrenas, inúti-

les y superfluas? De la riqueza contenida en las cosas superfluas no se deriva ninguna utilidad. ¿Hasta cuándo estaremos presos de las cosas vanas? ¿Hasta cuándo no fijaremos nuestros ojos en el cielo, no seremos sobrios y no sentiremos hartura de las cosas terrenas y efímeras? ¿No hemos aprendido su vileza por propia experiencia? Pensemos en los que fueron ricos antes de nosotros. ¿Todo esto no es, acaso, un sueño? ¿No es una sombra, una flor? ¿No es una corriente que se desliza? ¿No es un relato y una leyenda? Uno cualquiera ha sido rico: ¿dónde está ahora su riqueza? Se ha disipado y destruido. Pero los pecados ocasionados por la riqueza permanecen, y también el castigo que se deriva de esos pecados. Es más, si no hubiera castigo y no se hubiera propuesto como recompensa el reino de los cielos, sería necesario respetar a nuestros iguales, a nuestros congéneres, y a los que tienen nuestros mismos sentimientos.

Ahora alimentamos perros, muchos onagros, osos o animales de otras especies, y, sin embargo, miramos con indiferencia a un hombre angustiado por el hambre: nos es máspreciado lo que pertenece a otra especie que a la nuestra, y tenemos en menos consideración lo nuestro que lo que no lo es ni está relacionado con nosotros. ¿Es algo hermoso construir espléndidos palacios, tener muchos criados y, recostados, ver un artesonado dorado? Es algo superfluo e inútil, sin duda. Existen otros edificios mucho más espléndidos y solemnes que éstos. Es necesario que nuestros ojos se fijen en ellos con complacencia; nadie lo habrá de impedir. ¿Quieres ver un hermosísimo techo? Llegada la tarde, mira el cielo estrellado. Te pertenece más que aquel otro. Existe por ti y es común a ti y a tus hermanos, mientras que ése no es tuyo, sino de quienes lo reciban en herencia tras tu muerte. Éste podrá serte de mucha ayuda porque por su belleza te dirigirás al Creador. Por el contrario, el otro te causará un gran daño al convertirse en tu más grande acusador en el día del juicio, ya que había

sido revestido de oro y, Cristo, en cambio, carecía del manto necesario.

Los que seamos viejos, sabedores de que nos resta poco tiempo de vida, y los jóvenes, persuadidos de que no es mucho el tiempo que queda, no soportemos una necesidad semejante, no persigamos lo que ha huido, no esquivemos lo que permanece, no traicionemos nuestra salvación y atengámonos a la esperanza futura. *Como un ladrón en la noche, así llegará aquel día*²⁰. Conscientes de ello, mujeres, exhortemos a los hombres; hombres, amonestemos a las mujeres, eduquemos a los jóvenes y a las doncellas, y todos, enseñémonos unos a otros a despreciar los bienes terrenos y a desear los futuros, para que podamos alcanzarlos por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 48

Después de esto, Jesús recorría Galilea. No quería atravesar Judea, porque los judíos buscaban matarlo. Entretanto se acercaba la fiesta judía de los tabernáculos

1. Nada peor que la envidia y la inquina: por ella entró la muerte en el mundo². Viendo el diablo que el hombre era tenido en gran estima, no pudo soportar su felicidad e hizo todo lo posible por perjudicarlo. Por doquier la misma raíz produce idénticos frutos. Por ella fue asesinado Abel, por ella corrió David grandes peligros y lo mismo sucedió con numerosos justos. También este vicio fue el que hizo de los judíos asesinos de Cristo. Para mostrárnoslo, decía el evangelista: *Después de esto, Jesús recorría Galilea. No podía³ atravesar Judea, porque los judíos buscaban matarlo. Entretanto se acercaba la fiesta judía de los tabernáculos.*

Pero ¿qué estas diciendo, bienaventurado Juan? ¿No podía el que puede cuanto quiere? ¿El que, con decir *¿a quién buscáis?*, los hizo retroceder y los derribó por tierra? El que, estando presente, se hace invisible ¿carecía entonces de ese mismo poder? ¿Cómo, entonces, más tarde, en medio

de ellos, en el Templo, durante la fiesta, cuando se hallaban reunidos y estaban también presentes quienes querrían matarlo, hablaba justamente de lo que más les exasperaba? Los discípulos se maravillaban de esto y decían: *¿No es éste al que quieren matar? Y, sin embargo, habla en público y no le dicen nada.* ¿Qué misterios son éstos? ¡Desechemos esa idea! No se expresó así para que tuviéramos por secretos sus palabras, sino para manifestar que había dado indicios de las obras de su divinidad y de las de su humanidad. Diciendo que no podía, habla de él como de un hombre que cumplía muchas cosas según el modo humano. Diciendo, luego, que estaba en medio de ellos y que no lo detenían, revela claramente el poder de su divinidad. Huía como hombre y como Dios aparecía en medio de ellos, cumpliendo realmente ambas condiciones. El hecho mismo de situarse en medio de quienes urdían trampas contra él y no dejarse capturar demostraba su invencible poder. Al retirarse, quería confirmar la fe en su encarnación. De suerte que ni Pablo de Samosata, ni Marción, ni ninguno de los contaminados por la herejía podrán decir nada en contra de ella. Con sus palabras, cierra la boca a todos.

Después de esto, era la fiesta judía de los tabernáculos. La expresión «después de esto» significa que había pasado mucho tiempo desde entonces. Resulta evidente, porque, según el evangelista, cuando Cristo estaba en el monte era la fiesta de la Pascua y ahora es la de los tabernáculos. De un período de cinco meses, el evangelista nos ha contado sólo el milagro de los panes y el discurso que dirigió a quienes los habían comido. Pero Cristo ni dejó de predicar su doctrina ni de hacer milagros. Y eso, no sólo durante el día, por la mañana y por la tarde, sino incluso de noche. Fue justamente así como tuvo los primeros contactos con sus discípulos, según coinciden en contar todos los evangelistas. ¿Por qué, entonces, callaron lo referente a este tiempo? Porque no podían contarlo todo. Tuvieron un especial cuidado en trans-

mitirnos aquellos episodios de los que podría derivarse, andando el tiempo, alguna oposición o contradicción por parte de los judíos. Son muchos los episodios similares. Por ejemplo, escribieron con frecuencia que curaba a los enfermos, que resucitaba muertos y que suscitaba admiración. Pero describen con detalle esas cosas sólo cuando quieren añadir algo nuevo, o bien cuando han de reflejar objeciones o reproches hechos por los judíos. Encontramos ahora un ejemplo de esto cuando se nos narra que sus hermanos no creían en él, algo que tiene un contenido aborrecible. Es admirable, además, su inmensa sinceridad y cómo no tienen reparo ninguno en referir cosas que podrían parecer perjudiciales para la reputación de su maestro. No menos admirable es su interés por referirnos este episodio, en lugar de muchos otros.

Juan, obviando citar manifestaciones sobrenaturales, milagros y discursos, pasa directamente a contar este episodio. *Sus hermanos le dijeron: «Parte de aquí y vete a Judea para que también tus discípulos vean las obras que haces. Quien quiere ponerse a la vista, no trabaja a escondidas. Si haces tales obras, maniéstate al mundo». Ni siquiera ellos creían en él⁴.* Tal vez me preguntes: «¿Por qué se habla aquí de incredulidad, si le ruegan que haga milagros?». Hay incredulidad, y grande, pues sus palabras, su audacia, su descaro e insolencia revelan claramente la falta de fe. Amparados en su parentesco, se consideraban autorizados a dirigirle la palabra con extrema libertad. Parece una amigable exhortación, pero son palabras llenas de aspereza, porque lo acusan de cobardía y de vanagloria. Al decir: *No trabaja a escondidas*, adoptan el papel de acusadores, echándole en cara su timidez y aventurando sospechas acerca de su eficacia. Al añadir, además, *quiere ponerse a la vista*, dejan ver que sospechan de él que es vanidoso.

2. Considera, por el contrario, el poder de Cristo. Entre quienes le decían tales cosas, se encontraba el primer obispo de Jerusalén, Santiago, de quien dice Pablo: *No he visto a ninguno de los apóstoles, excepción hecha de Santiago, el hermano del Señor*⁵. Y está escrito que también Judas suscitó gran admiración. También ellos estaban presentes en Caná cuando sucedió el milagro del vino. Pero entonces no obtuvieron ningún provecho de aquello. ¿Cómo explicar tan enorme incredulidad? Porque padecían mala voluntad y envidia, pues es habitual que, entre los parientes, quien destaca sea envidiado por los demás, que no gozan de las mismas dotes. ¿Quiénes son titulados aquí de discípulos? La gente que lo seguía, no los Doce. ¿Y qué dijo Cristo? Mira con cuánta mansedumbre responde. No dijo, por ejemplo: «¿Quiénes sois para darme ese consejo y para pretender enseñarme a mí?». ¿Qué les dijo en lugar de eso?: *Todavía no ha llegado mi hora*⁶. En mi opinión, con esas palabras da a entender algunas otras cosas. Es posible que quienes le envidiaban estuvieran tramando la forma de entregarlo a los judíos. Desvela sus intenciones cuando les dice: *Todavía no ha llegado mi hora*, es decir, la hora de la cruz y de la muerte. ¿Por qué os apresuráis a darme pasión y muerte? *Vuestra hora está siempre dispuesta*. En suma: «Aunque estéis siempre junto a ellos, los judíos, como participáis de sus opiniones, no os entregarán a la muerte. Podéis quedaros a su lado sin ningún riesgo. En cambio, llegará el tiempo en que yo habré de padecer crucifixión y muerte».

Resulta evidente que es eso lo que quiere decir, al considerar las palabras que a continuación añade: *El mundo no puede odiaros*⁷. ¿Por qué habría de odiaros, si amáis las mismas cosas que él ama y perseguís los mismos fines que él

pretende? *Me odia, porque yo doy testimonio contra él, de que sus obras son malas.* O sea: «Me hago odioso a sus ojos porque lo pongo en apuros y lo repruebo».

Que estas palabras nos enseñen a contener la cólera y el resentimiento, aunque quienes nos aconsejen sean personas humildes. Cristo recibió con mansedumbre los consejos de los incrédulos, incluso aunque no eran consejos acertados ni dados con recta intención. Siendo esto así ¿cómo podremos ser perdonados nosotros que, siendo tierra y ceniza, a duras penas soportamos a quienes nos aconsejan, si son de condición más modesta que la nuestra, pensando que eso es irreverente para nuestra dignidad? Mira con cuánta dulzura rechaza sus acusaciones. A quienes le dicen: *Manifiéstate al mundo*, les responde: *El mundo no puede odiaros; me odia a mí*, y de esa manera rechaza su acusación. Les dice: «Estoy tan lejos de buscar la gloria de los hombres, que no cesaré de reconvenirles, aun a sabiendas de que mis reconvencciones me atraen su odio y la muerte». Pero dirás tal vez: «¿Cuándo les reprueba?». Más bien habrías de preguntar cuándo no lo hace. ¿No les dijo, acaso: *No seré yo quien os acuse ante el Padre. Ya hay quien os acuse: Moisés?* Y también: *He conocido bien que no hay en vosotros amor a Dios.* Y, en otra ocasión: *¿Cómo podréis creer vosotros, que buscáis la gloria unos de otros y no la que viene del único Dios?* ¿No queda claro que suscitó su odio porque les amonestaba con gran franqueza y no porque no respetara el sábado?

Pero ¿por qué los envía a la fiesta, diciéndoles: *Subid vosotros a la fiesta; yo no subo aún?* Les dice eso para manifestar que no se había pronunciado de tal modo para excusarse o lograr que lo adularan, sino para permitir que quienes eran judíos cumplieran con sus ritos. ¿Por qué va luego

a la fiesta, si había dicho: *Yo no subo todavía?* Es un hecho que no dice: «Yo no subo», sino sólo: *Yo no subo todavía*, con vosotros, porque *todavía no ha llegado mi hora*. Debía ser crucificado la Pascua siguiente. ¿Por qué no los acompañó? Si no acudió porque todavía no había llegado su hora, no debería haber ido luego. No acudió para padecer, sino para instruir a cuantos se habían congregado allí. ¿Por qué subió a escondidas? Muy bien habría podido ir públicamente, permanecer en medio de ellos y rechazar sus intentos violentos, como hizo en otras muchas ocasiones. No quería proceder así demasiado a menudo porque si, ante los ojos de todos hubiera subido y hubiera escapado a su vigilancia, como si fueran ciegos, habría quedado demasiado de manifiesto su divinidad y hasta se habría revelado plenamente, cosa que era entonces inoportuna.

Pero, por otro lado, como ellos entendían que era el miedo lo que le había retenido, les demostró que él obraba, al mismo tiempo, con valor y prudencia, y que sabía bien cuándo llegaría el momento de su pasión. Cuando llegara, iría voluntariamente a Jerusalén. Me parece, por último, que las palabras *Subid vosotros*, significan: «No penséis que pretendo manteneros junto a mí en contra de vuestra voluntad. Y el añadido: *No ha llegado mi hora todavía* significa que era necesario cumplir aún otros milagros y pronunciar otros discursos, para que creyera en él mucha más gente del pueblo y se fortalecieran los discípulos al comprobar la constancia y confianza de su maestro, a pesar de los padecimientos que iba a sufrir.

3. De cuanto queda dicho aprendemos, por último, las dimensiones de su bondad y su mansedumbre. *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*⁹, y arranquemos

de nosotros cualquier resentimiento. Si alguien nos insulta, comportémonos humildemente. Si hay quien nos ataca con furia, busquemos apaciguarlo. Y si nos muerde y nos golpea agudamente con desprecios y burlas, no nos vengamos abajo ni queramos replicarle pagándole con la misma moneda. La ira es, en verdad, una bestia, una bestia furiosa y feroz. Entonemos los himnos de la Sagrada Escritura y digamos: *Eres tierra y ceniza*¹⁰ y *¿De qué se enorgullece la tierra y la ceniza?*¹¹. Y también: *El furor de su cólera es su ruina*¹². Y: *El hombre iracundo no es modesto*¹³. Nada más repulsivo ni desagradable que el aspecto de un hombre al que la cólera ha sacado de sí. Lo que sucede con el aspecto externo, con mayor razón sucederá en el interior del alma. A semejanza de como, cuando se remueve el estiércol, se difunde su hedor, cuando la ira agita el alma, nacen vergüenza y pesares. Dirás, tal vez: «Yo no soporto las injurias que provienen de mis enemigos». ¿Por qué no? Si dice la verdad, deberías arrepentirte ante su presencia y estarle agradecido. Y si miente, no tomar en cuenta sus palabras. ¿Te llama pobre? Échate a reír. ¿Te moteja de ignorante y necio? Compadécelo. *Quien llame necio a su hermano será arrojado a la gehenna del fuego*¹⁴. Si cuando te insulte piensas en el suplicio que le espera, no sólo contendrás tu ira, sino que la pena hará que afluyan lágrimas a tus ojos.

Nadie se encoleriza contra un enfermo que padece un violento mal o un acceso de fiebre. Se siente compasión por quien se encuentra en tales circunstancias. Eso es, justamente, un espíritu poseído por la ira. Si quieres vengarte, cállate, y le golpearás donde es más vulnerable. Si replicas con otro insulto al insulto, no estarás haciendo otra cosa

que arrojar nuevas ramas al fuego. Pero dirás: «Si nos llamamos seremos acusados de poquedad de ánimo». No te acusarán de eso, sino que admirarán tu sabiduría. Por el contrario, si te irritas ante una injuria, harás que piensen que es verdad aquello de que te acusan. ¿Por qué, si no, los ricos estallan en carcajadas cuando los llaman pobres? ¿No es porque saben con certeza que no son así las cosas? Si también nosotros nos reímos de las injurias que nos hagan, estaremos dando la mejor prueba de que estamos seguros de carecer de los defectos que nos reprochan.

Y al margen de lo anterior, ¿hasta cuándo temeremos las acusaciones de los hombres? ¿Hasta cuándo seguiremos despreciando al Señor de todas las cosas y atados a las cosas materiales? *Si hay entre vosotros disputas y rivalidades, ¿no seguís siendo carnales?*¹⁵. Busquemos ser espirituales y reprimamos esta bestia feroz, que es la peor de todas. No hay diferencia entre la ira y la locura furiosa. Aquélla nos hace iguales a los demonios, incluso peores que ellos, aunque sea breve su duración. Porque a los endemoniados se les otorga el perdón y el iracundo merecería mil castigos, pues por propia voluntad se arroja al precipicio de la perdición, y, antes incluso de ser echado a la gehenna, comienza a pagar aquí la pena, pues de día y de noche, todo el tiempo, es atormentado por la agitación que le producen el constante tumulto y el bullicio de sus pensamientos. Para librarnos del castigo en esta tierra y de la venganza futura, expulsemos de nosotros este vicio y manifestemos en toda ocasión la mayor mansedumbre. Así daremos reposo a nuestra alma aquí y en el reino celestial. Quiera el cielo que todos lo alcancemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 49

Les dio esa respuesta y permaneció en Galilea. Cuando sus hermanos habían subido ya a la fiesta, subió él también, pero no públicamente, sino a ocultas

1. Las gracias que Cristo concede de manera humana, no tienen por único fin el de confirmar su encarnación, sino que, además, buscan enseñarnos la virtud. De haber cumplido todo de manera divina, ¿cómo habríamos podido saber cuál debía ser nuestro comportamiento ante las contrariedades de la vida? Por ejemplo: si en esta ocasión, cuando los judíos se disponían a darle muerte, se hubiera presentado en medio de ellos sin ninguna precaución y hubiera truncado cualquier intento suyo de agredirle; si de manera habitual hubiera cumplido acciones de este género, nosotros, que carecemos de capacidad para afrontarlas con un poder semejante, ¿cómo habríamos podido saber cuál es el comportamiento recto cuando las dificultades nos apremian? Puesto que, careciendo de esa virtud, no habríamos podido saber cómo conducirnos en medio de una muchedumbre agitada, él optó por esta solución para enseñarnos. Aprendamos, por tanto, de su ejemplo. Dice el evangelista: *Jesús les dio esa respuesta y permaneció en Galilea. Cuando sus hermanos habían subido ya a la fiesta, entonces subió tam-*

bién él, pero no públicamente, sino con el mayor de los secretos. La expresión «sus hermanos habían subido ya» nos revela que no quiso ir con ellos. Permaneció allí y no se manifestó abiertamente, aunque eso era lo que ellos le habían sugerido que hiciera. Pero ¿por qué, si siempre hablaba en público, ahora lo hace como a escondidas? Porque lo que dice, propiamente, no es «a escondidas», sino «como a escondidas». Según he dicho ya, era necesario que procediera así, para enseñarnos cómo actuar en casos semejantes.

Además, no era conveniente ni oportuno presentarse en medio de ellos, justamente cuando estaban furiosos y coléricos y cuando la fiesta ya había terminado. *Entretanto, los judíos lo buscaban y preguntaban: ¿Dónde está?*². ¡Cosa verdaderamente notable en un día de fiesta! Quieren matarlo durante las fiestas y se preguntan cómo capturarlo. También en otra ocasión habían dicho: *¿Qué os parece? ¿Vendrá a la fiesta?*³. Y aquí dicen: *¿Dónde está?* Tan grande era la aversión que le tenían y el odio que experimentaban hacia él, que ni siquiera lo llaman por su nombre. ¡Grandes son, en verdad, el respeto y la veneración que muestran hacia su fiesta! Precisamente ese día, querían apoderarse de él. *Había entre la multitud un constante rumor a propósito de él*⁴.

A mi juicio, exasperaba particularmente a los judíos el lugar donde había ocurrido el milagro. No sentían rabia sólo por lo sucedido, sino porque temían que repitiera una acción similar. En realidad, ocurrió todo lo contrario: sin pretenderlo, acrecentaban su fama: *Algunos decían: ¡Es bueno! Otros, por el contrario: No, engaña al pueblo.* Probablemente, la primera era la opinión del común y la segunda la de los jefes y sacerdotes. Esa calumnia es típica de su envidia y su maldad. *Engaña a la gente, dicen. ¿Cómo lo hace?*

¿Era sólo un prestidigitador que no hacía milagros realmente? La experiencia prueba todo lo contrario. *Nadie hablaba públicamente de él por miedo a los judíos*⁵. Mira cómo los que gobiernan están corrompidos y los gobernados, aunque mantienen la rectitud de criterio, carecen del valor que las masas necesitan para sublevarse. *Cuando la fiesta se hallaba en la mitad, Jesús subió al templo y enseñaba*⁶. La espera los había vuelto más atentos. Advierte que los mismos que, en los primeros días, lo buscaban, diciendo: *¿Dónde está?*, al ver que de repente aparece en medio de ellos, lo escuchan con atención mientras habla. No escuchan con las mismas disposiciones quienes hablaban bien de él y quienes lo hacían mal: los primeros, lo escuchaban para sacar provecho y admirarlo; los segundos, en cambio, para sorprenderlo en error y detenerlo por sorpresa.

Las palabras «engaña a la gente» —se entiende que con su enseñanza— proceden de personas que no entendían su doctrina. El calificativo de «bueno» le era aplicado en razón de los milagros que obraba. Una vez que hubo calmado el odio que sentían por él, logró que sus adversarios le escucharan atentamente, sin cerrar sus oídos, despechados. El evangelista no detalla cuál fue su enseñanza en este caso. Se limita a decirnos que habló de modo tan admirable, que enterneció sus corazones y mudó sus sentimientos; tal era la eficacia de sus palabras. Los mismos que habían dicho antes *engaña a la gente*, ahora, cambiada su opinión, comentan: *¿Cómo puede éste entender de las Escrituras sin haber estudiado?*⁷. ¿Te das cuenta de que el evangelista insinúa que su admiración escondía una enorme perfidia? No dice que admiraban su doctrina o que aprobaban sus ideas. Sólo que se maravillaban, que eran presas del estupor y comentaban: *¿Cómo*

puede saber tantas cosas? A partir de esa duda, deberían haber llegado a la conclusión de que no era un simple mortal.

Pero como no querían admitir eso, y se limitaban a extrañarse, escucha lo que les replica: *Mi doctrina no es mía*⁸. De nuevo replica a sus sospechas, remitiéndolos al Padre, para reducirlos al silencio: *Quien quiera cumplir su voluntad en lo que toca a mi doctrina, conocerá si viene de Dios o si hablo por mí mismo*⁹. Lo que equivale a decir: «Expulsa la malicia, la ira, la envidia, hasta el odio que, sin motivo, albergáis contra mí. Entonces, nada os impedirá reconocer que mis palabras son verdaderamente palabras de Dios. Vuestras pasiones os tienen envueltos en tinieblas y corrompen vuestra rectitud de criterio. Si suprimís tales vicios, dejaréis de padecer esos males». No quiso, sin embargo, expresarse tan rotundamente, para no apremiarlos en exceso. Se limitó a darles a entender todo eso diciendo: *Quien quiera cumplir su voluntad en lo que toca a mi doctrina, conocerá si viene de Dios o si hablo por mí mismo*. Es decir: «Si digo algo distinto, nunca oído o contradictorio». La expresión «por mí mismo» se refiere siempre al hecho de que no dice nada que no sea de su agrado y al de que cuanto quiere el Padre, lo quiere también él. *Quien quiera cumplir su voluntad en lo que toca a mi doctrina, conocerá...* ¿Qué quiere decir «quien quiera cumplir su voluntad»? Significa que quien ama la virtud conocerá la eficacia de mis palabras y que quien escudriñe con atención las profecías podrá dilucidar si hablo o no de acuerdo con ellas.

2. ¿Cómo puede ser, al mismo tiempo, suya y no suya? No dijo: «Esta doctrina no es mía». Habiendo dicho antes que era suya, tras habérsela apropiado, añade: *No es mía*. ¿Cómo es posible que una misma cosa sea, al mismo tiem-

po, suya y ajena? Es suya porque no la ha aprendido de nadie. No es suya, porque es la enseñanza del Padre. ¿Por qué, entonces, dice: *Todo lo que es del Padre es mío y lo que es mío es del Padre*¹⁰? Si no es tuya precisamente porque es del Padre, sería falsa esa afirmación, pues por tal concepto debería ser tuya. Las palabras «no es mía» indican que su doctrina y la del Padre son absolutamente idénticas. Es como si dijera: «Nada hay en lo que se diferencie de la mía, aunque sea la de otra persona». Aunque mi persona es distinta de la suya, hablo y actúo de manera que repito las mismas cosas que hace y dice el Padre, y no cabe pensar que éste actuaría de manera diferente ni diría cosas distintas. Y emplea otro razonamiento, tomado de un ejemplo humano y, por eso, imposible de contradecir.

¿Cuál es? *Quien habla por sí mismo busca la propia gloria*¹¹. Quien pretende asentar doctrinas propias, no busca sino su gloria personal. Si yo no busco mi propia gloria, ¿cuál es el motivo por el que busco el triunfo de mi doctrina? *Quien habla por sí mismo*, o sea, quien propone ideas nuevas, nunca oídas y originales, habla con afán de conseguirse la gloria. Si yo busco la gloria del que me ha enviado, ¿por qué habría de querer enseñar cosas diferentes? En suma, ¿entiendes el motivo por el que dice que no hace nada por sí mismo? ¿Cuál es dicho motivo? El de que no pensaran que pretendía gloria y honores de la multitud. Por eso se expresa en humildes términos, diciendo: *Busco la gloria del Padre*, para demostrarles en toda ocasión que no está ávido de gloria. Son muchas, además, las razones que le inclinan a hablar con humildad. Por ejemplo: que no quería que lo tuvieran por no engendrado, ni por rival de Dios, y probarles que había asumido un cuerpo verdaderamente humano. Está, por otra parte, la debilidad de su auditorio y el

deseo que él sentía de enseñar a los hombres a ser modestos y a no referirse a ellos mismos exaltando sus propios méritos. Frente a todas estas razones, sólo una hay que explique por qué en ocasiones habla de sí mismo en tono sublime: la grandeza de su naturaleza. Si se habían escandalizado cuando dijo: *Yo soy anterior a Abraham*, ¿cómo habrían reaccionado si le hubieran oído referirse siempre a sí mismo en un tono elevado?

¿No fue Moisés quien os dio la Ley? Y sin embargo, ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué buscáis matarme?¹². ¿Cuál es el hilo lógico, los elementos que vinculan estas palabras con las anteriores? Le acusaban de dos delitos: primero, de que violaba el sábado. Segundo, de que decía que su Padre era Dios, haciéndose con ello igual a Dios. De todo lo que sigue se desprende que, respecto a esta última afirmación, ellos tomaban sus palabras en el verdadero sentido, en el que respondía a su pensamiento, que no empleaba la expresión «Hijo de Dios» en sentido genérico, sino en su acepción más estricta. Habían sido muchos los que llamaban a Dios su padre. Por ejemplo: *Nos ha creado un solo Dios y todos tenemos un padre común*¹³.

Lo que no quería decir que el pueblo fuera igual a Dios. Por eso, ellos no se escandalizaban cuando escuchaban afirmaciones de ese género. Cuando ellos le habían dicho: *Eso no es de Dios*, él los había refutado varias veces y se había defendido de la acusación de violar el sábado. Si al acusarlo de hacerse igual a Dios no hubieran estado reflejando correctamente su opinión y lo que su pensamiento entrañaba, les habría corregido, diciéndoles: «¿Por qué pensáis que soy igual a Dios? No soy igual». No les dijo nada semejante. Es más, las palabras que siguen demuestran que es igual a Dios. *Como el Padre resucita a los muertos y los devuelve*

a la vida, así hace el Hijo. Y: *Para que todos honren al Hijo como honran al Padre*. Y, además: *Las obras que hace el Padre, las hace también el Hijo*. Son todas frases que confirman su igualdad con el Padre. Y, a propósito de la Ley, dice: *No penséis que he venido a abrogar la Ley y los Profetas*¹⁴. Palabras como éstas las emplea muy a menudo para deshacer las falsas sospechas. En cambio, aquí, lejos de desmentir su igualdad con el Padre, la confirma. Por lo mismo, cuando en otras circunstancias le dijeron: *Te tienes por Dios*, en lugar de desmentir sus sospechas, las confirmó, diciendo: *Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar los pecados en la tierra, dirigiéndose al paralítico, le dijo: Toma tu camilla y vete a casa*¹⁵. De tal suerte confirma lo que ellos habían dicho antes, que se hacía igual a Dios. Les demuestra que no rivaliza con Dios, sino que dice y enseña lo mismo que dice y enseña Dios.

A continuación se ocupa de lo de violar el sábado, cuando les dice: *¿No fue Moisés quien os dio la Ley? Y, sin embargo, ninguno de vosotros cumple la Ley*. Como diciendo: «La Ley ordena no matar. ¿Cómo es posible que, acusándome de transgredir la Ley, os dispongáis a darme muerte? Y ¿por qué dice *ninguno de vosotros*? Porque todos querían matarlo. Les dice: «Si yo he violado el sábado, ha sido por la salvación de un hombre. Pero vosotros lo violáis para hacer el mal. Si lo mío hubiera sido una transgresión, habría tenido como fin la salud de uno, y no estáis en condiciones de acusarme vosotros, que transgredís el sábado en cosas mucho más graves. De hecho, lo que vosotros hacéis es violar toda la Ley por completo». Aunque ya había discutido con ellos largamente sobre este punto en otras ocasiones, continúa ahora en el mismo empeño. Anteriormente lo había hecho en un tono sublime, como a su dignidad

convenía. Lo hace ahora con más modestia. ¿Por qué? Porque no quería exasperarlos en exceso. En este momento los cegaba la ira y habrían llegado hasta el asesinato.

Por eso multiplica sus esfuerzos para calmarlos. Emplea dos medios. Les echa en cara su delito y les dice: *¿Por qué queréis matarme?* Y, humildemente, añade: *A mí, que os he dicho la verdad.* Revela así que quienes estaban tramando su asesinato no eran dignos de juzgar a los demás. Advierete la humildad de la pregunta de Cristo y el ensañamiento con que ellos le responden: *¡Estás endemoniado! ¿Quién quiere matarte?*¹⁶. Esas palabras revelan su ira y su furia y cómo su ánimo alcanzó la mayor de las desvergüenzas cuando se vieron descubiertos y, según su entender, provocados. Se comportaban igual que los ladrones, que cantan cuando están desocupados y, llegado el momento de actuar, guardan silencio para caer de improviso sobre su víctima. Para no incrementar su desfachatez, deja de hacerles reproches, vuelve de nuevo sobre la acusación de violar el sábado y se defiende ahora esgrimiendo la Ley.

3. Nota, además, con cuánta prudencia hace todo esto. Reflexiona como sigue: «Nada tiene de extraño que no queráis escucharme. En apariencia, os mostráis sumisos a la Ley, que decís os ha sido dada por Moisés. Pero, en realidad, la desobedecéis. Por eso, no hay que extrañarse de que no prestéis atención a mis palabras». Puesto que decían: *A Moisés le habló Dios, pero éste no sabemos de dónde viene*¹⁷, les replica que era justamente a Moisés a quien offendían, pues era él quien les había dado la Ley que no respetaban. *He hecho una sola obra y os habéis maravillado de ella*¹⁸. Cae en la cuenta de que, cuando debe defenderse o le reprochan

sus obras como si fueran pecado, no menciona al Padre, sino que se ampara en sí mismo. *He hecho una sola obra*. Quiere enseñarles que no cumplirla habría sido violar la Ley, que había cosas más importantes que la Ley, y que el mismo Moisés recibió una orden contraria a la Ley y más importante que ella. La circuncisión era más importante que el sábado, a pesar de que no había sido establecida por la Ley, sino por los patriarcas. «Yo he hecho algo que tiene un valor muy superior al de la circuncisión». Ya no vuelve a referirse al mandamiento de la Ley, ni tampoco al hecho de que también los sacerdotes violaban la Ley, según había dicho antes. Se apoya ahora en razones más convincentes. Las palabras *os habéis maravillado de ella* significan: «Os ha conmovido, os ha dejado turbados». Si la Ley hubiera sido absolutamente inviolable, ni la circuncisión habría tenido preferencia sobre ella ni él les habría dicho que había cumplido una obra mayor que la circuncisión.

Refuta con argumentos más convincentes sus acusaciones, cuando les dice: *Si un hombre es circuncidado...*¹⁹. ¿No ves cómo la Ley queda reforzada por ese mismo acto que la transgrede? ¿No ves que, aquí, quebrantar el reposo sabático equivale a observar la Ley? De no haberse violado el sábado, necesariamente se habría seguido la violación de la Ley. Por eso ha reforzado su autoridad. No les dijo: «Os enfurecéis contra mí porque he cumplido una obra mayor que la circuncisión». Limitándose a exponer lo que había hecho, dejó que juzgaran ellos qué era más importante, si la circuncisión o la curación de un hombre. Les dice: «Para que un hombre reciba un signo que, en la práctica, no trae consigo la salvación, se puede derogar la Ley. ¿Y os indignáis de que alguien sea curado de una enfermedad tan grave? *No juzguéis según las apariencias*²⁰. ¿Qué quiere decir

«según las apariencias»? «Aunque tengáis a Moisés en la mayor estima, no debéis juzgar las cosas atendiendo a la dignidad de las personas, sino a la realidad de los hechos». En eso consiste juzgar rectamente. ¿Por qué nadie acusó a Moisés? ¿Por qué nadie se le opuso cuando, por un precepto sobrevenido, ordenó que fuera violada la observancia del sábado? Hacía reconocer que aquel precepto, que no pertenecía propiamente a la Ley, sino que le era ajeno, prevalecía sobre la Ley. Es algo que nos asombra: quienes no son sus legisladores defienden la Ley por encima de cualquier cosa y sin medida. Moisés es más digno de crédito que vosotros, y fue él quien derogó la Ley, en función de un precepto que no pertenecía a la Ley. Cuando añade: *El hombre entero*, declara que la circuncisión es sólo una parte de la salvación. ¿En qué consiste la salvación dada por la circuncisión? *El alma incircuncisa será exterminada*, dice la Escritura²¹. Y yo no he devuelto la salud a un enfermo sólo en parte de su cuerpo, sino a quien estaba completamente perdido. *No juzguéis según las apariencias*.

Convenzámonos de que esas palabras no están dirigidas sólo a quienes vivían entonces, sino también a nosotros: para que jamás obremos ninguna acción contraria a la justicia, sino que lo demos todo en favor de ella, sin considerar si uno es rico o pobre, sin atender a las personas, sino a los hechos. Dice la Escritura: *Que, en el juicio, no te conmueva la miseria del pobre*²². ¿Qué quiere decir? Que, por conmiseración, no te dejes influir en favor de quien, siendo pobre, ha delinquido. Pero si no se ha de perdonar al pobre, mucho menos al rico. Y esto no lo digo sólo a los jueces, sino a todos, para que nunca se ofenda a la justicia, para que siempre sea tenida en el mayor de los respetos. Dice la Escritura: *El Señor ama la justicia, y quien no ama la jus-*

*ticia odia su alma*²³. No odiamos nuestras almas amando la injusticia. Poco o ninguno es el provecho que, en esta vida, obtendremos de ella. Y en la futura nos acarreará incontables perjuicios. Aquí, ni siquiera podremos gozar los frutos de nuestra injusticia. Porque, si nos entregamos a los placeres terrenos con mala conciencia, ¿no padecemos enorme tormento y suplicio? Amemos la justicia y jamás violaremos este precepto. Si nos vamos de ella sin llevar con nosotros la virtud, ¿qué fruto habremos obtenido en esta tierra?, ¿quién tomará entonces nuestra defensa: los amigos, los parientes, algún protector?

Mas ¿a qué hablar de personajes ilustres? Aunque tuviéramos como antepasados a Noé, a Job o a Daniel, ningún provecho nos reportaría si el parentesco no estuviera acompañado por las buenas obras. Sólo necesitamos la virtud: ella bastará para salvarnos y librarnos del fuego eterno. Ella nos conducirá al reino celeste. Quiera el cielo que todos logremos alcanzarlo, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 50

Mientras tanto, algunos de Jerusalén decían: ¿No es a ése al que quieren matar? ¡Y, sin embargo, habla libremente y nadie le dice nada! ¿Será que los jefes han reconocido que él es el Mesías? Pero no sabemos de dónde es

1. Nada de cuanto se encuentra en las Escrituras es casual, pues nos han sido dadas por el Espíritu Santo. Por eso, debemos considerarlo todo con gran escrúpulo. A menudo, no basta una sola lectura de un pasaje para entender por completo su significado. Eso es, precisamente, lo que ahora podría ocurrirnos. *Mientras tanto, algunos de Jerusalén decían: ¿No es ése al que quieren matar? ¡Y, sin embargo, habla libremente y nadie le dice nada!* ¿Por qué son mencionados aquí los jerosolimitanos? Porque el evangelista quiere manifestar cómo ellos, que habían sido considerados dignos de tantos milagros, eran, con mucho, los más miserables, puesto que, a pesar de haber visto con sus propios ojos pruebas evidentes de su divinidad, continuaban remitiéndose al dictamen de sus jefes. ¿Acaso no constituía por sí mismo una palpable manifestación sobrenatural el hecho de que se calmaran, de pronto, estando furiosos y en el mismo momento en que tramaban su muerte, en que lo tenían rodeado con la intención de asesinarlo y

se había puesto en sus manos? ¿Quién habría logrado semejante hazaña? ¿Quién habría podido serenar el furor de su ira? Después de tantos signos, se hace más evidente su falta de cordura, su desequilibrio. Se condenan a sí mismos. Dicen: *Al que quieren matar y no le dicen nada*. No sólo no le dicen nada: es que no consiguen hacerlo callar, a pesar de que se expresa con entera libertad y los exaspera. ¿*Habrán reconocido que es el Mesías?* ¿Qué pensáis vosotros, cuál es vuestra opinión sobre él? «Desfavorable», responden. Por eso decían: *Pero éste no sabemos de dónde es*.

¡Qué malicia! ¡Qué sarta de contradicciones! Sin aceptar la opinión de sus mayores, emiten un juicio distinto, el que corresponde a su propia insensatez. Dicen: *Sabemos de dónde es. En cambio, del Mesías, cuando venga, nadie sabrá de dónde es*². Pero vuestros mayores, interrogados al respecto, habían dicho: «Nacerá en Belén». Y otros habían dicho: *Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés. Pero éste, no sabemos de dónde es*. ¿Ves que hablan como si estuvieran bebidos? «¿Vendrá el Mesías de Galilea o de la ciudad de Belén?». Razonan como borrachos: «Sabemos; no sabemos; el Mesías vendrá de Belén; cuando venga el Mesías nadie sabrá de dónde es». ¿Viste alguna vez contradicciones más evidentes? Lo único que les interesaba era no dejarse convencer.

¿Qué les responde Cristo? *Si me conocierais sabríais de dónde soy. Yo no vengo de mí mismo. Verdaderamente hay quien me envía y vosotros no lo conocéis*³.

Y también: *Si me conocierais, conoceríais al Padre*. ¿Por qué ahora les dice que lo conocen y saben de dónde viene y en otros pasajes les dice que no lo conocen ni a él ni al Padre? No hay contradicción ninguna en toda esta forma de razonar: es perfectamente coherente. Cuando dice: *no co-*

nocéis, cuando dice «¡hijos de Elí, hijos criminales que no conocéis al Señor!»⁴, y cuando dice: *Pero Israel no me conoció*⁵, habla de distintos modos de conocimiento. También Pablo dice: *Afirman conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras*⁶. El que sabe puede no saber. Él les dice: *Si me conocierais, sabríais que soy el Hijo de Dios*. Las palabras «de dónde soy» no se refieren al lugar. Aparece claramente por lo que sigue: *No he venido de mí mismo y es veraz quien me ha enviado*. Habla aquí de la ignorancia manifestada en los hechos, aquélla misma a que aludía Pablo, diciendo: *Afirman conocer a Dios, pero lo niegan con los hechos*. No era un pecado cometido sólo por ignorancia, sino por malicia y mala voluntad. A pesar de saberlo, querían ignorarlo. ¿Cuál es el hilo lógico de todos estos razonamientos? ¿Por qué, para refutarlos, les repite exactamente lo mismo que ellos habían dicho? Ellos habían dicho: *Éste sabemos de dónde es*. Y él añade: *Vosotros me conocéis*. ¿Qué decían? ¿Que no sabían? No, sino todo lo contrario: «Sabemos». Pero al decir eso, querían decir que era de origen terreno e hijo de un carpintero. Y él los eleva hacia el cielo, diciendo: *Sabéis de dónde vengo y que no procedo de donde sospecháis, sino del lugar en que está quien me ha enviado*.

Al decirles «no vengo de mí mismo», alude a que ellos saben bien que ha sido enviado por el Padre, pero se niegan a admitirlo. Responde a sus argumentos de dos maneras. Primero, para avergonzarlos, hace patente y público lo que ellos se traían en secreto. Después les abre la mente al hablarles como si dijera: «No soy alguien de poca monta ni he venido sin un propósito determinado. Es veraz quien me ha enviado, el mismo al que vosotros no conocéis». ¿Qué significan esas palabras: *Es veraz el que me ha enviado*? Si

es veraz, me ha enviado en la verdad. Si es veraz, se sigue que es auténtico aquél a quien ha enviado.

2. Cristo prueba lo mismo de otra manera: poniéndolos al descubierto con sus propias palabras. Puesto que decían: *Cuando el Mesías venga nadie sabrá de dónde es*, les demuestra mediante esas mismas palabras que él es el Mesías. Ellos recurrían a la expresión «nadie sabrá», aplicándola a la determinación de un lugar preciso. Él les demuestra que es el Mesías refiriendo esa misma expresión al hecho de que ha venido del Padre y manifestando que, por lo que al Padre respecta, sólo él lo conoce. Por eso dice: *Nadie ha visto al Padre, sino el que ha venido del Padre*. Tales palabras provocaban su indignación, pues, al decirles: «no lo conocéis», señalando que lo conocían pero que fingían ignorancia, les indicaba dolorosamente su maldad y los exasperaba. *Por eso buscaban detenerlo, pero nadie le puso las manos encima, porque todavía no había llegado su hora*⁷. Mira cómo una fuerza invisible deja baldíos sus esfuerzos y retiene su furia. Ahora bien: ¿por qué aparece la fórmula «su hora no había llegado todavía», en vez de decir, directamente, que fue él quien, ejerciendo su poder de manera imperceptible, contuvo aquella furia? El evangelista quiso hablar del modo más humano y humilde posible, para que quedara claro que él era también verdaderamente hombre. Como de continuo expresa sublimes conceptos, aquí y allá deja caer estos otros.

Por otra parte, cuando Cristo dice: «vengo de él», no habla como lo haría un profeta cualquiera que hubiera recibido un mandato de Dios, sino porque él lo ve y está continuamente con él. Dice: *Yo lo conozco, porque he venido de él*⁸. Repetidamente enseña que no viene por sí mismo y que quien lo ha enviado es veraz, multiplicando sus esfuer-

zos para que se vea claramente que él no es distinto de Dios. ¡Mira cuánta es la utilidad de las palabras humildes! A continuación de lo anterior, está escrito: *Después de estos acontecimientos, muchos decían: cuando venga el Mesías ¿hará prodigios mayores que los que éste ha hecho?*⁹. Los milagros, propiamente, habían sido sólo tres: el del vino, el del parálítico y el del hijo del funcionario real. El evangelista no menciona ningún otro. De aquí resulta evidente que, según ya he repetido varias veces, los evangelistas callan muchas cosas, mientras que, por el contrario, describen minuciosamente todas las maquinaciones que la perfidia de los jefes llevaba a cabo contra él. ¿Quiénes hacían eso? No, desde luego, las masas, que no ambicionaban el poder ni le tenían envidia. El pueblo, por el contrario, decía: *Cuando venga el Mesías, ¿hará prodigios mayores que los que éste ha hecho?* Esta fe no era aún perfecta, como suele ocurrir cuando se trata de la gente más baja. Al decir «cuando venga», daban a entender que no creían que él fuera el Mesías. Cabe esa interpretación. O bien que, como los jefes políticos, ante el éxito obtenido por Jesús, multiplicaban sus esfuerzos para demostrar que no era el Mesías, el pueblo respondiera: «Admitamos que no es el Mesías: ¿será el Mesías mejor que él?».

Como ya he dicho, el pueblo no se siente atraído tanto por la doctrina y los razonamientos, cuanto por los milagros. *Los fariseos llegaron a saber que la muchedumbre murmuraba estas cosas acerca de él y enviaron guardias para arrestarlo*¹⁰. ¿Ves cómo la transgresión del reposo sabático era sólo un pretexto? Lo que les hería más que nada era justamente esto. En la presente ocasión, como no tienen nada que imputarle ni por las palabras ni por las obras, lo quieren arrestar porque se ha reunido en torno a él una numerosa multitud. Y como, intuyendo el peligro, no se atrevían

a hacerlo por sí mismos, enviaron guardias que tenían a su mando. ¡Qué violencia! ¡Cuánta furia! O mejor, ¡qué furiosa locura! Habiendo intentado en vano apoderarse de él muchas veces, como no les había sido posible, confían la empresa a sus siervos para dar cumplimiento a la ira que les embarga. Había hablado largamente junto a la piscina y entonces no habían urdido contra él maquinaciones semejantes. Ya tenían esa intención, pero no se habían atrevido a ponerla en práctica. Pero ya no podían tolerarlo más, porque crecía, hasta hacerse incontable, la multitud que se congregaba en torno a él.

¿Qué dice Cristo entonces? *Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo*¹¹. Aunque le habría sido posible anondar y llenar de espanto a quienes le escuchaban, prefiere pronunciar palabras llenas de humildad, como diciendo: «¿Por qué buscáis darme muerte y me perseguís? Esperad un poco y, sin que sea necesario ningún esfuerzo por vuestra parte, me entregaré a vosotros». Inmediatamente después, para que, dada la opinión que tenían de él, no pensarán que con la frase «todavía estaré con vosotros un poco» se refería a una muerte común ni creyeran que, tras su muerte, dejaría de llevar a cabo sus obras, añadió: *Donde yo voy, no podéis venir vosotros*¹². Si él fuera a permanecer en la muerte, ciertamente que habrían podido acompañarlo, pues todos nosotros seguiremos un día el mismo camino. Los más sencillos quedaban convencidos con estas palabras e incluso los necios experimentaban temor. Quienes verdaderamente deseaban aprender, eran con ellas inducidos a acudir donde el maestro para escucharlo, pues era poco el tiempo que le quedaba de permanecer con ellos y no siempre iban a poder disfrutar de sus enseñanzas. El, además, no les dijo sólo: «Estoy aquí», sino: *Estoy con vosotros*. O sea: «Aun-

que me persigáis y me expulséis, ni un momento dejaré de socorrerlos y de procurar lo que a vuestra salvación conviene». *Me voy a quien me ha enviado*. Eran palabras como para espantarlos y llenarlos de contrición. Les advertía que muy pronto quedarían privados de su asistencia. *Me buscaréis y no me encontraréis*. No sólo no me olvidaréis, sino que me buscaréis. Pero ¿cuándo lo buscaron los judíos? Cuenta san Lucas¹³ que las mujeres lloraron por él y que, tras la destrucción de la ciudad, sintieron un nostálgico deseo de su presencia, acordándose de Cristo y de sus milagros.

Dijo todo esto para atraerlos a sí. Que quedara poco tiempo y que, luego de su partida, sentirían deseo de él y no podrían satisfacerlo, eran mayores motivos para moverlos a que se le aproximaran y le siguieran de cerca. Si no hubieran deseado su presencia, significaría que no decía nada de particular. Si su presencia fuera deseable, pero hubieran podido encontrarlo fácilmente, todo esto no les habría turbado tanto.

3. Incluso si él hubiera continuado estando mucho tiempo junto a ellos, es más que probable que ellos hubieran perseverado en su indiferencia hacia él. Por eso los turba profundamente y los asusta. Las palabras *Voy a quien me ha enviado* explican que no podrán infligirle ningún daño y que sólo por propia voluntad se dispone a padecer. Por tanto, dichas palabras están profetizando dos cosas: que se irá dentro de muy poco y que no podrán alcanzarlo. Ciertamente, no está entre las facultades humanas la de predecir la propia muerte. Recuerda, por ejemplo, lo que dice David: *Señor: dame a conocer mi fin, cuál es el número de mis años, para que sepa qué me queda aún*¹⁴. Nadie hay que sepa eso.

Por consiguiente, una afirmación confirma la otra. Tengo para mí que con esas palabras Jesús se dirigía a los guardias, con la intención de atraerlos a sí. Diciéndoles: *Esperad un poco y me iré*, les declaraba que sabía bien el motivo de su llegada. *Dijeron los judíos entre sí: ¿dónde quiere ir éste?*¹⁵. Quienes estaban deseando que se marchara y hacían todo lo posible por no volver a verlo no habrían debido preguntar eso, sino más bien decir: «Alegrémonos, porque se va. ¿Cuándo va a ser eso?». Pero sus palabras les habían turbado y andaban preguntándose entre sí, cegados por su necesidad, dónde iba a irse. ¿A la «diáspora» del mundo griego? ¿Qué es eso de la «diáspora»? Los judíos dan ese nombre a las demás naciones, porque están dispersas por doquier y se mezclan libremente entre sí. Esa misma ignominia hubieron de padecerla más tarde los mismos judíos. También ellos padecieron la dispersión. Durante mucho tiempo, todos ellos vivieron juntos y no era posible encontrar judíos, sino sólo en Palestina. Por eso, los judíos, de forma despectiva, llamaban «diáspora» a las demás naciones, manifestando la alta estima en que se tenían a sí mismos.

Pero entonces ¿qué significan las palabras «Donde yo voy» si los judíos se mezclaban ya con los demás en todas partes del mundo? Si hubiera querido referirse a las demás naciones, no habría dicho: *Donde yo voy no podéis venir*. Ellos, tras decir «se irá, tal vez, a la “diáspora” del mundo griego», no añadieron «para destruir a las demás naciones», sino «para enseñarles». Se calmó entonces su ira y creyeron en sus palabras. De no haber creído, no se habrían preguntado mutuamente que quería decir. Admitiendo que todo esto les fue dicho a los judíos, hemos de temer, además, que también nos afecte a nosotros, pues tampoco podemos ir donde él va si nuestra vida está llena de pecados. De los dis-

cíbulos, dice: *Quiero que donde yo esté, estén también ellos conmigo*¹⁶. Temo yo que de nosotros, por el contrario, diga justamente lo opuesto, o sea: «donde estoy no podéis venir». Portándonos al contrario de lo que él nos ha pedido, ¿cómo podremos alcanzarlo? En la vida común, si un soldado obra cosas que atentan contra la dignidad del rey, jamás será admitido a la presencia de éste. Todo lo contrario: tras ser degradado y destituido, caerá sobre él una condena a las penas más graves.

Si nosotros robamos, nos dejamos arrastrar por la avaricia, cometemos injusticias, alzamos la mano para golpear a nuestros semejantes y no damos limosna, jamás podremos ser elevados allá arriba. Atraeremos sobre nosotros infinidad de males, como les ocurrió a las vírgenes que no pudieron entrar, sino que se quedaron fuera, porque se habían apagado sus lámparas, es decir, había mermado en ellas la fuerza de la gracia. Si nos lo proponemos, podremos hacer más ardiente aquella llama cuyo inicio prendió en nosotros la gracia del Espíritu. De lo contrario, pronto la perdaremos. Y cuando se haya apagado, nada quedará en nosotros, sólo tinieblas.

Cuando la lámpara arde, brilla una luz esplendorosa. Cuando está apagada, queda sólo la oscuridad. Por eso dice el Apóstol: *No apaguéis el Espíritu*¹⁷. Se apaga si carece de aceite, si se presenta una fuerza más impetuosa que el viento, si se le sofoca, igual que ocurre con el fuego natural. Se le sofoca con las preocupaciones y se le extingue con los malos deseos. Nada hay que contribuya tanto a extinguirlo como la falta de humanidad, como la crueldad y el robo. Si faltando ya el aceite, echamos en la lámpara el agua helada de la avaricia, que apaga el espíritu enviando sus víctimas a la desesperación, ¿cómo podremos volver a encender nues-

tras lámparas? Dejaremos esta tierra llevando con nosotros polvo, ceniza y gran cantidad de humo, cosas todas que probarán nuestro delito: que hemos dejado apagarse nuestras lámparas, pues donde hay humo, fuerza es que el fuego se haya extinguido. Nunca suceda que ninguno de nosotros oiga la voz que diga: *No os conozco*. Y ¿cuándo se dejará oír esa voz, sino cuando nosotros, viendo a un pobre, hacemos como si no lo hubiéramos visto? Si ignoramos a Cristo hambriento, también él ignorará que nosotros necesitamos aceite para nuestras lámparas.

Y con mucha razón, pues quien desprecia a los pobres y no los auxilia con sus bienes, ¿cómo pretende obtener aquello a lo que no tiene ningún derecho? Os pido, por eso, que hagamos cuanto esté a nuestro alcance, que nos esforcemos todo lo posible para que nunca nos falte el aceite, sino que siempre tengamos dispuestas nuestras lámparas, para que podamos entrar con el esposo en la cámara nupcial. Quiera el cielo que todos lo alcancemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 51

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús estaba allí y gritó: Quien tenga sed, que venga a mí y beba. De quien crea en mí, como dice la Escritura, de sus entrañas manarán torrentes de agua viva

1. Quienes se acercan a la predicación divina y conservan la fe, han de manifestar en sí el deseo de los sedientos y encender en ellos una creciente ansiedad. Así podrán guardar celosamente lo que escuchan, igual que los sedientos, apenas toman el cáliz, beben de él con avidez, hasta saciarse por completo. A semejanza de éstos, si quienes beben la palabra divina lo hicieran ávidamente, no se apartarían de ella hasta haber agotado su contenido. Expresamente quedó dicho que es necesario padecer hambre y sed: *Bienaventurados quienes tienen hambre y sed de justicia*². Y aquí, Cristo dice: «Quien tenga sed, que venga a mí y beba. A nadie obligo por la fuerza o con violencia. Me limito a llamar a quien esté dispuesto y tenga un alma encendida de deseos piadosos».

¿Por qué hace constar el evangelista que era *el último día, el más solemne*? Porque el primero y el último eran, ciertamente, los más solemnes, frente a los intermedios, que solían estar dedicados a comidas y entretenimientos. ¿Por

qué precisa que se trata del último? Porque ese día todos se reunían allí. No fue él el primer día, ni quiso explicar sus razones a sus hermanos. Y el segundo y el tercero, no tomó la palabra, para no predicar en vano, mientras las gentes se daban a diversiones y estaban distraídas. Pero el último día, cuando se disponían todos a regresar a sus casas, él les proveyó para el viaje hacia la salvación y habló con grandes gritos, sea para declarar a todos la confianza y seguridad con que hablaba, sea para mostrarles que se refería a una bebida espiritual. Y añadió: *De quien cree en mí, como dice la Escritura, de sus entrañas manarán torrentes de agua viva*. Llama entrañas al corazón, como en otro lugar dice también: *Tu Ley está en mis entrañas*³. Pero ¿dónde dice la Escritura «de sus entrañas manarán torrentes de agua viva»? En ningún sitio. ¿Qué significa entonces *De quien cree en mí, como dice la Escritura*?

Es necesario puntuar esta frase de manera que las palabras «manarán de sus entrañas» se prediquen de Cristo. Como eran muchos los que decían «Él es el Mesías» y también *Cuando venga el Mesías ¿hará prodigios mayores que los que éste ha hecho?*⁴, enseña que, a ese respecto, hay que mantener una idea correcta y que no deben tenerse presentes los milagros, sino las Escrituras. No faltaban quienes, a pesar de contemplar los milagros que hacía, no creían en él ni lo aceptaban como Mesías, sino que llegarían a decir: *¿No dicen las Escrituras que el Mesías vendrá del seno de David?* Con frecuencia, él volvía sobre este asunto para demostrarles que no rehuía recurrir a las Escrituras, sino que les remitía a ellas. Ha dicho antes: *Escudriñad las Escrituras*. Luego: *Está escrito en los profetas y Serán instruidos por Dios*⁵. Y también: *Es Moisés quien os acusa*⁶. Y aquí, por fin, añade:

*Como dice la Escritura, de sus entrañas manarán torrentes, aludiendo a la abundancia y a la riqueza de la gracia, igual que en otro pasaje dice: Un manantial de agua que salta hasta la vida eterna*⁷. Es decir: recibirá en abundancia la gracia.

En otro momento había hablado de «vida eterna». Habla aquí de «agua viva». Llama viva a la gracia del Espíritu, porque está siempre activa y porque, una vez que ha entrado en el alma y en ella se ha remansado, se derrama con mayor abundancia que fuente ninguna, y nunca merma, ni se agota o acaba jamás. Para señalar que no merma y que está perennemente activa en grado sumo, la llama «fuente» y «manantial» y no sólo manantial, sino torrente incontable que salta, esto es, que todo lo inunda. Bien comprenderá todo esto quien haya meditado despacio sobre la sabiduría de Esteban, la elocuencia de Pedro, la fuerza de Pablo. Ese tal comprenderá que nada logró quebrantarlos ni pudo resistírseles: ni la furia de los pueblos, ni la violencia de los tiranos, ni las insidias de los demonios, ni los diarios peligros de muerte. Ellos, como torrentes impetuosos que todo lo arrastran, pudieron con todas esas cosas. *Esto lo dijo del Espíritu que habrían de recibir quienes creyeran en él, pues el Espíritu aún no había venido*⁸.

Entonces ¿cómo es que los profetas profetizaron y obraron milagros incontables? También los apóstoles echaban demonios, pero no por virtud del Espíritu, sino, como él mismo dice: *Si yo expulso los demonios en nombre de Belcebú, ¿uestros hijos ¿en nombre de quién los echan?*⁹. Esto lo decía para dar a entender que, antes de su crucifixión, no todos los que arrojaban demonios lo hacían por la virtud del Espíritu, sino que algunos lo hacían por su propia fuerza. Cuando se disponía a enviarlos por el mundo, les dijo:

Recibid el Espíritu Santo, y además insufló sobre ellos el Espíritu Santo y obraron milagros¹⁰.

2. Pero cuando envía a los apóstoles, no se dice: «Les dio el Espíritu Santo», sino *Les dio poder*, añadiendo luego: *Limpiad a los leprosos, arrojad demonios y resucitad a los muertos: gratis lo habéis recibido, dadlo gratis*¹¹. Todos saben que los profetas tenían el Espíritu Santo. Pero era una gracia limitada y esporádica y que desapareció de la tierra desde el día en que se cumplieron las siguientes palabras: *Vuestra casa quedará desierta*¹². Ya antes de ese día, tal gracia había comenzado a escasear. No tenían profetas ni alcanzaban la gracia con sus sacrificios. Habiéndoseles arrebatado el Espíritu, fue luego derramado con abundancia. Esa nueva efusión comenzó después de la crucifixión, y no sólo con abundancia mayor que antes, sino acompañada de carismas más grandes. Éstos, sin embargo, no superaban al don mismo, como aparece cuando dice: *No sabéis de qué espíritu sois*¹³. O: *No habéis recibido un espíritu de servidumbre, sino de adopción*¹⁴. También los antiguos tenían el Espíritu, pero no lo transmitían a los demás. Los apóstoles, en cambio, llenaron de Espíritu a innumerables fieles y, como esa gracia aún no había venido a cumplirse, por eso decía: *No había venido aún el Espíritu*. Es a esa gracia a la que el evangelista se refiere, porque *Jesús no había sido aún glorificado*, llamando gloria a la cruz.

Eran ellos enemigos, pecadores, faltos de la gracia de Dios y adversarios suyos, mientras la gracia era signo de reconciliación. Además, a los enemigos y a quienes nos son odiosos no se les otorga ningún don, sino que éste se re-

serva para quien nos han probado su lealtad. Por todo esto era necesario que antes de recibirlo, fuera ofrecido un sacrificio por nosotros, que la enemistad fuera disuelta por la carne y llegáramos a ser amigos de Dios. Sólo entonces podríamos recibir el don. Si eso es lo que sucedió con la promesa hecha a Abraham, ¡cuánto más con la gracia! A esto se refiere Pablo con sus palabras: *Si los herederos son quienes vienen de la Ley, carecería la fe de sentido. La Ley produce la ira*¹⁵. Es decir: Dios prometió a Abraham y a su descendencia que les entregaría la tierra. Pero sus descendientes se hicieron indignos de esa promesa y, a pesar de sus esfuerzos, no lograron hacerse agradables a Dios. Por eso vino la fe, para que con ella fácilmente pudieran atraer sobre sí la gracia y vinieran a cumplirse las promesas. *La promesa viene de la fe, para que sea gratuita, de modo que la herencia quede confirmada*¹⁶. Dice «gratuita», porque ellos no podían obtenerla a pesar de su trabajo y sus fatigas.

Pero ¿por qué, después de haber dicho «según las Escrituras», no añadió el pasaje correspondiente? Porque su criterio estaba corrompido. *Algunos decían: Éste es ciertamente el profeta. Otros, en cambio: ¿Es que el Mesías ha de venir de Galilea? Otros, aún: El Mesías no viene de Galilea, sino del lugar de Belén*¹⁷. Otros, por fin, decían: *Cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde viene.* ¡Tan distintas eran las opiniones, como suele ocurrir con una muchedumbre confundida! No prestaban atención a sus palabras ni querían aprender. Por eso él no les respondía, ni siquiera cuando les oía decir: *¿Es que el Mesías ha de venir de Galilea?* Por el contrario, cuando Natanael dijo: *¿Acaso de Nazaret puede venir algo bueno?*, lo alabó como a un verdadero israelita, aun a pesar de haberse expresado con tanta crudeza. Estos

y quienes le decían a Nicodemo: *Escudriña las Escrituras y verás que de Galilea no sale ningún profeta*, no hablaban así para aprender, sino para rechazar la doctrina sobre el Mesías. Decían cosas parecidas, pero uno, amando profundamente la verdad y conociendo las cosas antiguas, y los otros, con un solo fin: convencerse de que no era el Mesías.

Por eso se negó a revelarles nada. Además, manteniendo, como hacían, cosas contradictorias, pues unas veces decían: *Nadie sabe de dónde es*, y otras: *Nacerá en Belén*, aunque hubieran visto todo con claridad, lo habrían rechazado igualmente. Admitamos que ignoraban lo tocante al lugar, pues, aunque nació en Belén, luego había vivido mucho tiempo en Nazaret. Ya esto es condenable, porque realmente era de Belén. Pero ¿podían acaso ignorar también su estirpe, esto es, que era de la casa y de la familia de David? Entonces no habrían podido decir: «¿Viene acaso el Mesías de la estirpe de David?». En realidad, ellos querían mantener oculto esto y todo lo que decían, lo decían con ánimo de engañar. ¿Por qué no se le acercaron para decirle: «Te admiramos por todo cuanto haces y nos dices que te creamos, según las Escrituras. Dinos por qué las Escrituras enseñan que Cristo vendrá de Belén y tú procedes de Galilea»? No le dijeron nada semejante, sino que se devanaban entre sí, con ánimo maligno. Al poco, en efecto, el evangelista explica que ni buscaban ni querían aprender: *Querían arrestarlo, pero ninguno le puso la mano encima*¹⁸. Si no por otra cosa, al menos por ésta deberían haber caído en la cuenta y vuelto sobre sí. No lo hicieron porque, como dijo el profeta: *Se engañaban y no querían conocer la verdad*¹⁹.

3. Eso es, precisamente, lo que caracteriza a la malicia: que no quiere ceder ante nadie y se propone como único

fin perder a aquél contra quien teje sus insidias. ¿Qué dice la Escritura? *Quien cava la fosa del prójimo se precipitará en ella*²⁰. Eso fue lo que sucedió también aquí. Ellos querían matarlo para poner fin a su predicación y sucedió justamente lo contrario.

La predicación sigue floreciendo ahora, por la gracia de Cristo, mientras que todo lo suyo está perdido y arruinado: se les ha quitado la patria, la libertad y el culto y, privados de toda dicha, han quedado reducidos a esclavitud y prisión. Conocedores de todo lo cual, jamás seamos insidiosos con los otros, sabiendo que así afilamos la espada contra nosotros mismos, para hacernos una herida profunda. ¿Alguien te ha ofendido y quieres vengarte? Renuncia a la venganza y habrás vengado la ofensa. No pienses que te hablo en enigmas y con paradojas. Estoy diciéndote simplemente la verdad. ¿En qué sentido? ¿Por qué razón? Porque si no te vengas, lo haces enemigo de Dios, cosa que no sucede si te tomas venganza. *A mí la venganza, yo daré la justa paga*²¹, dice el Señor. Si unos siervos nuestros pleitean entre sí y no nos confían la misión de hacer justicia, aunque luego vengan a rogarnos insistentemente, nosotros, no sólo no intervendremos para dirimir el pleito, sino que nos sentiremos indignados y los tacharemos de farsantes y embrollones. Les diríamos: «Deberías haber recurrido a mí desde el primer momento. Puesto que has querido actuar por ti mismo, no me fastidies ahora».

Con mayor razón nos dirá algo parecido Dios, que nos ordena dejar todo en sus manos. ¿No sería absurdo que, exigiendo nosotros de nuestros siervos un comportamiento correcto y respetuoso, no demos a Dios lo que exigimos que nos entreguen nuestros siervos? Os digo esto también porque os veo siempre dispuestos a la venganza. Compor-

tarse así no es digno de quien quiere vivir como un verdadero filósofo, remitiendo y perdonando los pecados. ¡Cuánto más si espera una inmensa recompensa, la remisión en el cielo de los pecados propios!

Si condenas al pecador, ¿por qué razón pecas e incurres en sus mismas faltas? ¿Alguien te ha insultado? No devuelvas el insulto, si no quieres hacértelo a ti mismo. ¿Te ha golpeado? No le devuelvas los golpes, porque no sacarás ningún provecho. ¿Te ha causado alguien alguna contrariedad? No le respondas con lo mismo porque, lejos de obtener beneficio, te estarás perjudicando. Si soportas todo con mansedumbre, tal vez lo muevas a avergonzarse de su acto, a enrojecer, y se calmará su ira. Nadie cura el mal con el mal, sino el mal con el bien. No faltan entre los griegos paganos quienes hacen estos razonamientos. Avergoncémonos si tanta sabiduría inspira la conducta de los griegos, que tenemos por necios, mientras nosotros nos portamos como inferiores a ellos. Muchos de los cuales, ofendidos, han soportado con serenidad el insulto. Muchos no han rechazado las calumnias y han hecho el bien a quien les tendía celadas.

Temamos, no sea que alguno de éstos sea juzgado superior a nosotros en su comportamiento y, por lo mismo, se nos castigue más severamente. Si nosotros, que hemos recibido el Espíritu, que esperamos el Reino, que debemos regular nuestra conducta a la vista del premio celestial, que no tememos la gehenna, a quienes se ha ordenado vivir como ángeles, que participamos de los misterios, no alcanzamos siquiera la virtud de éstos, ¿qué perdón podremos alcanzar? Estamos obligados a superar a los judíos, pues está escrito: *Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*²². Con mayor razón deberemos superar a los paganos. Si tenemos que ser

mejores que los fariseos, con más motivo, deberemos superar a los infieles. Permanecerá cerrado para nosotros el reino de los cielos si no somos mejores que éstos. Y además, siendo peores que los paganos, ¿cómo podríamos alcanzar ese reino? Arrojemos de nosotros toda dureza, la ira y el furor.

*Repetir las mismas cosas no me sirve de molestia y es provechoso para vosotros*²³. Muchas veces los médicos prescriben con insistencia la misma medicina. En cuanto a mí, nunca dejaré de proclamar a voces esta verdad, de recordarla, de enseñarla, de exhortaros a ponerla en práctica. Es innumerable la cantidad de cosas terrenas que pueden haceros olvidar esta verdad, y es necesario que escuchéis a menudo la doctrina. Para que no parezca que nos hemos reunido aquí en vano, exhibamos la bondad de nuestras obras, si queremos conseguir la felicidad futura, por la gracia y la bondad del Señor nuestro Jesucristo.

HOMILÍA 52

Regresaron los guardias junto a los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos les preguntaron: ¿Por qué no lo habéis detenido? Los guardias respondieron: Nunca nadie ha hablado como habla este hombre

1. Nada más claro que la verdad, nada más simple, si vivimos en la inocencia. Nada más incómodo y molesto, si obramos el mal. Mira cómo los fariseos y escribas, considerados los más sabios de todos, que estaban siempre con Jesús, si bien maquinando contra él, aunque vieron sus milagros y habían leído las Escrituras, no obtuvieron de todo ello ningún beneficio, sino todo lo contrario: su propia ruina. Los guardias, en cambio, sin saber nada de esto, fueron conquistados por un solo discurso. Los que habían ido a detenerlo, regresan llenos de admiración por él. No sólo merece alabanza su sabiduría porque no necesitaron milagros, sino porque fueron seducidos por la doctrina sólo. No dijeron: «Nadie hace tantos milagros como éste», sino: *Nadie ha hablado como este hombre*. Y no es su sabiduría lo único que merece alabanza. También su sinceridad, por haber dicho esto a quienes les habían enviado, a los mismos fariseos que lo odiaban y ponían todo de su parte para perderlo.

Volvieron los guardias, dice el evangelista, y los fariseos les dijeron: *¿Por qué no lo habéis detenido?* Que regresaran es más impresionante que si se hubieran quedado con él. En este segundo caso, se habrían librado de caer en desgracia con los fariseos. En el primero, en cambio, además de exhibir un enorme valor, se convirtieron en heraldos de Cristo. No dijeron: «No hemos podido por culpa de la multitud, que lo escucha como a un profeta». ¿Qué dicen? *Nunca nadie ha hablado como este hombre*. Habrían podido alegar aquella excusa, pero prefirieron ser sinceros. Con lo que, además de mostrar su admiración por Jesús, acusaban a quienes, en vez de escucharlo, como habrían debido hacer, los habían mandado a detenerlo.

Cuando el alma es sincera, no necesita muchas palabras, pues la fuerza misma de la verdad es extraordinaria. Ante esto ¿qué respondieron los fariseos? En vez de recapacitar, los acusan, diciendo: *¿También vosotros os habéis dejado engañar?*². Comienzan por emplear un tono suave, por no tratarlos con aspereza, ante el temor de verse abandonados por todos. Pero incluso, a través de ese tono, delatan su furor. Habrían debido preguntarles qué les había dicho y admirarse de sus palabras. A sabiendas de que, de proceder así, también ellos habrían sido conquistados, no lo hicieron. Les replican con un argumento por completo carente de lógica: *¿Ha creído en él alguno de los jefes?*³. ¿Y por eso, en vez de acusarlos a ellos, acusas a Cristo? *Pero esta gente del vulgo, que no sabe nada de la Ley, son unos malditos*⁴.

Ése es vuestro único argumento: que la multitud ha creído, mientras vosotros seguís incrédulos. Pero es aquélla la que se comporta como una eximia conocedora de la Ley. ¿Cómo podéis motejarla de maldita? Los malditos sois vo-

sotros, que no guardáis la Ley, no quienes la cumplen. En manera ninguna es admisible que sea acusado de falta de fe precisamente éste a quien ellos no creen. Ni siquiera creéis en Dios, como dijo san Pablo: *¿Qué importa que haya quien no crea? ¿Anulará su incredulidad la fe en Dios? Jamás*⁵. Pero es que, además, también los profetas los acusan, cuando dicen: *Escuchad, príncipes de Sodoma. O: Tus caudillos no han obedecido*⁶. Y también: *¿No os toca conocer la justicia?*⁷. Su ira no conoce tregua, sino que crece constantemente. ¿Y qué? ¿Habrá quien acuse a Dios por esto? ¡Dios nos guarde! Ellos son los únicos culpables. ¿Qué mayor prueba de vuestra ignorancia de la Ley que el hecho de que no creáis en él? Y como hubieran dicho que ninguno de los jefes había creído en él, sino que sólo creían quienes ignoraban la Ley, Nicodemo, lleno de razón, se les opuso con las siguientes palabras: *¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre sin haberlo escuchado antes?*⁸.

Les demuestra así que ni conocen la Ley ni la respetan. Puesto que la Ley prohíbe dar muerte a nadie sin haberlo escuchado antes, quienes se disponían a asesinarlo sin prestarle oído, son, claramente, transgresores de la Ley. Y, pues habían dicho que ninguno de los jefes creía en él, el evangelista deja constancia de que Nicodemo formaba parte de los jefes, con lo que se demuestra que también entre los jefes había quienes creían en él. Sin embargo, esos tales, aunque estaban de parte de Cristo, no mostraron el valor suficiente. Mira con qué moderación les reprueba. No les dice: «Queréis matarlo, y con malicia le condenáis como impostor». No, sino que oponía una actitud moderada al ímpetu, la locura y el ánimo sanguinario que ellos exhibían. Por eso llevó la discusión al campo de la Ley y dijo: *Sin haberlo es-*

cuchado atentamente y sin saber qué hace. No basta con escuchar. Hay que hacerlo atentamente. Eso es lo que significa «saber qué hace». Es decir: qué quiere, cuáles son sus razones y sus fines y si, tal vez, pretende sólo la subversión del orden establecido. A pesar de hacer constar su discrepancia cuando les oyó decir que ninguno de los jefes había creído en él, no discutió con firmeza y ni siquiera con un lenguaje prudente.

2. Y, con todo, ¿qué relación hay entre que él dijera: *Nuestra Ley no condena a nadie* y que ellos le preguntaran: *¿También tú eres galileo?*⁹. Cuando habrían debido demostrar que no sin razón habían enviado gentes a detenerlo y que no era necesario interrogarlo, replican llenos de ironía y cólera: *Investiga y verás que de Galilea no sale ningún profeta*. Pero ¿de qué había hablado Nicodemo? ¿Había dicho que era un profeta? No. Sólo que quien no ha sido escuchado no puede ser condenado a muerte. Y le responden ofensivamente, como si fuera un ignorante. Le dicen: «Anda y aprende». Eso es lo que significa «Investiga y verás». ¿Qué dijo entonces Cristo? Como estaban siempre hablando de Galilea y del profeta, para arrancarlos del falso concepto que de él se habían hecho y puntualizarles que él no es un profeta, sino el Señor del mundo, dice: *Yo soy la luz del mundo*¹⁰. Ni de Galilea, ni de Palestina, ni de Judea.

¿Qué responden a eso los judíos? *Tú das testimonio de ti mismo y tu testimonio no vale*¹¹. ¡Qué locura! A quien constantemente remite a las Escrituras le dicen que es él quien da testimonio de sí mismo. Pero ¿qué testimonio había dado Jesús de sí? *Yo soy la luz del mundo*. Es una afirmación enorme, verdaderamente extraordinaria. Pero

no les impresiona demasiado, porque no decía que era igual al Padre, ni su Hijo y Dios, sino sólo que era la luz. A pesar de lo cual, también en esto querían contradecirle. Ese enunciado es mayor que el de *quien me sigue no caminará en tinieblas*. Habla de la luz y las tinieblas espirituales. Quien le siga, no permanecerá en el error. Con tales palabras, reconoce y exalta a Nicodemo, que ha hablado con valor y alaba el comportamiento de los guardias. Que hablase «a gritos»¹² significa que quería moverlos a escucharlo, pero también que ellos tramaban en secreto sus planes, o sea, en las tinieblas del error, y que nunca, a pesar de todo, podrían vencer a la luz. Evoca en la mente de Nicodemo las palabras que le había dicho no mucho tiempo antes: *Quien obra el mal odia la luz, pues teme que sus obras queden descubiertas*¹³. En respuesta a lo que ellos habían dicho de que ningún jefe había creído en él, les replica ahora: *Quien obra el mal no se acerca a la luz*, denunciando que eso no dependía de la debilidad de la luz, sino de su mala voluntad.

Le respondieron y le dijeron: *Tú das testimonio de ti mismo. ¿Qué replica entonces Jesús? Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio tiene valor, porque yo sé de dónde he venido y a dónde voy. Vosotros, en cambio, no sabéis de dónde vengo*¹⁴. Los judíos le contestan repitiendo lo mismo que él había dicho, como si él lo hubiera dicho en sentido absoluto. ¿Qué dice Cristo entonces? Desmiente esa interpretación y aclara que él había dicho esas palabras como opinión suya, porque lo consideraban un hombre común. Por eso dice: *Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio tiene valor, porque sé de dónde he venido*. ¿Qué quiere decir? Yo soy de Dios, Dios e Hijo de Dios. Dios es

digno de fe, aunque dé testimonio sobre sí mismo, pero vosotros no lo sabéis. Les está diciendo: «Obráis con mala fe, y aunque sabéis, fingís no saber. Habláis según la inteligencia humana y os negáis a admitir todo lo que supera el mundo de las cosas sensibles». *Vosotros juzgáis según la carne*¹⁵. Vivir según la carne significa vivir mal. Del mismo modo, juzgar según la carne significa juzgar injustamente. *Yo no juzgo a nadie, pero si juzgo, mi juicio es verdadero*¹⁶. Vosotros juzgáis injustamente. Dirán tal vez: «Si juzgamos injustamente ¿por qué no nos reprobamos? ¿Por qué no nos castigas y nos condenas?». «Porque no he venido para eso», les contesta. Eso significa la frase «no juzgo a nadie, pero si juzgo, mi juicio es verdadero». Si quisiera juzgar, estaría entre los condenados. Esto no lo digo para juzgar. Como tampoco digo: «No hablo para juzgar». Pero ello, no porque, de juzgaros, careciese de pruebas para hallaros en falta. No me faltarían pruebas para condenaros, pero ahora no es el tiempo del juicio.

Señalaba al juicio que habrá de venir, cuando dijo: *Porque no soy yo, sino yo y el Padre que me ha enviado*. Aquí, sin duda, alude al hecho de que no será él solo quien los condene, sino él y el Padre. Repite luego veladamente la misma advertencia, cuando cita el pasaje bíblico referido al testimonio: *También está escrito en vuestra Ley que el testimonio de dos personas es verdadero*¹⁷.

3. ¿Qué dirán los herejes a propósito de estas palabras? Si las interpretáramos en su sentido literal, ¿en qué sería Cristo superior al resto de los hombres? Así quedó definido porque es cosa digna de fe. Pero ¿cómo puede aplicarse lo mismo a Dios y por qué se habla de dos personas?

¿Porque son dos, o porque son hombres y dos, por tanto? Si sólo se tratara de esto último, ¿por qué no acudió Cristo al testimonio, por ejemplo, de Juan? ¿Por qué no dijo: «Yo doy testimonio de mí, pero también Juan lo da»? ¿Por qué no recurrió a un ángel o a un profeta? Bien podría haber alegado un sinfín de testimonios a su favor. Pero es que no quería sólo afirmar la dualidad del testimonio, sino el que ambos son de la misma sustancia. *Entonces ellos decían: ¿Quién es tu Padre? Y Jesús respondió: Ni me conocéis a mí, ni conocéis al Padre*¹⁸.

Sabían, pero, para tentarlo, le preguntaban como si no supieran. Y él no se dignó darles la menor respuesta. De aquí en adelante va a hablar cada vez con mayor claridad y más abiertamente. Estando para llegar el tiempo de la crucifixión, su doctrina y sus milagros le granjearán la adhesión de sus seguidores. Les decía: *Yo sé de dónde he venido. Y a dónde voy*. Esto fue lo que verdaderamente les impresionó, pues significaba que no iba a permanecer en la muerte. Pero ¿por qué no les dijo: «Sé que soy Dios», sino *Sé de dónde he venido*? Combina habitualmente expresiones humildes con otras sublimes, y aun éstas, muchas veces las profiere como entre sombras, escondidas bajo la forma de metáforas. Había dicho y demostrado: *Yo doy testimonio de mí*. Por eso, luego pasa a un tono más humilde al decir: «Sé por quién he sido enviado y a quién regreso». Así, no podrían objetarle nada, pues se declaraba enviado por Dios y a él llamado. Está diciéndoles: «No os he dicho nada falso; porque vengo de él y a él vuelvo, al verdadero Dios». No conocéis a Dios y juzgáis según la carne. Después de haber oído tantas palabras, de haber presenciado tantas pruebas, continuáis diciendo todavía: «no es auténtico». Cuando

Moisés da testimonio de sí mismo o de los demás, lo tenéis por digno de fe, pero no hacéis lo mismo con el Mesías. Eso es lo que significa «juzgar según la carne». Ha dicho: *Yo no juzgo a nadie*, y en otro momento: *El Padre no juzga a nadie*¹⁹. ¿Por qué ahora dice: *Y si juzgo, mi juicio es justo, porque no soy yo solo*? Porque también aquí está hablando según la opinión que ellos tenían. Mi juicio es el del Padre. Ni el Padre juzga de modo distinto al mío, ni mi juicio es diferente del del Padre.

Pero ¿por qué nombra al Padre? Porque ellos no habrían admitido el testimonio del Hijo si no hubiera recibido del Padre lo que atestiguaba. Los hombres solemos admitir el testimonio que dos personas dan acerca de algo que les es ajeno. Ése es el fin de que sean dos los testimonios requeridos. Si uno testimonia en su favor, ya no se consideran dos los testimonios. Esto es lo que revela que, cuando Cristo habla de este modo, no lo hace sino para probar que es de la misma sustancia y que, por consiguiente, no requiere otro testimonio sobre sí. En fin, declaraba que en nada era menor al Padre. Advierte cuánta es la autoridad con que habla: *Soy yo quien doy testimonio de mí mismo y da testimonio de mí el Padre que me ha enviado*²⁰. No habría dicho esto de ser su sustancia inferior a la del Padre.

Para que te convenzas de que este recurso al testimonio no tiene por objeto el número, cae en la cuenta de que en nada se diferencian las autoridades. Un hombre puede testimoniar cuando es considerado digno de fe por sí mismo, no cuando necesita de otro testimonio que avale el suyo. Y todo eso sólo en una causa que le sea ajena. Cuando se trata de algo personal o propio, el testimonio no es considerado digno de fe. Aquí sucede todo lo contrario. Testimoniando en algo que le afecta personalmente y alegando el testimo-

nio de otro, está diciendo que es digno de fe y demuestra su autoridad de forma irrefutable. Tras decir: *No soy yo solo, sino yo y el que me ha enviado*, y también: *El testimonio de dos hombres es verdadero*, ¿por qué no se calla, sino que añade: *Soy yo quien doy testimonio de mí*? Sólo para demostrar su autoridad. Ya antes había afirmado lo mismo, pero aquí declara que es igual en honor al Padre y que no sacan ningún provecho si dicen conocer al Padre y no le conocen a él, y que esto último es porque no quieren conocerlo. En fin, proclama que nadie puede conocer al Padre si no le conoce a él, esperando conseguir, de este modo, que crean en él. Como los judíos, olvidándose de él, pretendían conocer al Padre, les dice: «No podéis conocer al Padre sin conocerme a mí». Quienes blasfeman contra el Hijo, no blasfeman sólo contra él, sino también contra el Padre.

4. Prevengámonos contra todo esto y demos gloria al Hijo. Si no fuera de la misma naturaleza del Padre, no habría dicho todo esto, ni habría enseñado cosas semejantes. Si, en realidad, fuera de naturaleza distinta a la del Padre, alguien que no lo conociera podría conocer al Padre, y no por conocer al Padre lo habrían conocido a él. Quien conoce a un ángel no por eso conoce a los hombres. Tal vez digas: «No, porque quien conoce las criaturas conoce también al Creador». No es verdad lo que dices. Muchos, sobre todo entre los hombres, conocen la creación, porque la tienen ante sus ojos, y, sin embargo, no conocen a Dios. Glorifiquemos, pues, al Hijo de Dios, y no de cualquier modo, sino con nuestras obras. No hay otro modo de glorificarlo. Dice el Apóstol: *Ándate con cuidado, tú que te dices judío y te adhieres a la Ley y te glorías en Dios*²¹. Y añade enseguida: *¿Enseñas a los demás y no te*

*enseñas a ti mismo? ¿Te glorías en la Ley y deshonras a Dios, violando así la Ley?*²².

Estemos precavidos también nosotros, que nos gloriamos de estar en la ortodoxia, para no deshonrar a Dios con una conducta que desdiga de nuestra fe e incline a los demás a blasfemar de Dios. Quiere él que los cristianos sean maestros del mundo, levadura, luz y sal. Y ¿qué es la luz, sino la vida que resplandece, que no ampara nada sombrío? La luz no es útil a sí misma, como tampoco la sal o la levadura, sino que son otras sustancias las que se aprovechan de su utilidad. Por la misma razón, a nosotros no se nos exige sólo sernos útiles a nosotros mismos, sino también a los demás, pues si la sal no sazona los alimentos, vendrá a descubrirse que no es sal, sino cualquier otra cosa. Si vivimos rectamente, también los demás se comportarán bien. Pero no podemos favorecer a los otros mientras no comencemos a conducirnos con rectitud. Lejos de nosotros la frivolidad o la tibieza. Ésos son asuntos y cosas humanas. Necias fueron llamadas las vírgenes que, dedicadas a frivolidades y a ocupaciones terrenas, amontonaban tesoros en la tierra sin cuidarse de atesorarlos para cuando habría hecho falta. Temamos siempre que nos ocurra lo mismo y que, un día, vestidos de harapos, hayamos de partir al lugar donde todos llevan espléndidas vestiduras. Nada más harapiento y sucio que el pecado. Refiriéndose a él, escribió el profeta: *Se han podrido y gangrenado mis llagas*²³.

Si quieres conocer el hedor del pecado, piensa en él cuando, tras haberlo cometido, te has librado ya de la pasión, cuando no te devora su fuego. Entonces comprenderás bien qué es el pecado. Cuando estés sosegado, piensa en la ira. Cuando hayas renunciado a ella, considera la avaricia. Os repito siempre las mismas cosas, no para enojaros,

sino para obtener en vosotros fruto abundante. Quien no se haya corregido tras escuchar mi exhortación una vez, quizás lo haga si la repito, o quizás si por tercera vez la escucha. Quiera el cielo que todos nosotros, libres de cualquier pasión, desprendamos el buen olor de Cristo.

HOMILÍA 53

Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, mientras enseñaba en el Templo. Y nadie le detuvo, porque no había llegado aún su hora

1. ¡Ah, judíos insensatos! Ya antes de la Pascua buscaban prenderlo. Luego, teniéndolo en medio de ellos y habiendo intentado capturarlo repetidas veces, bien por sí mismos, bien por medio de otros, sin nunca conseguirlo, lejos de admirar su poder, perseveraban en su maldad sin desistir de sus perversos propósitos. Alude el evangelista a que continuaban las intenciones: *Estas palabras las dijo en el gazofilacio. Y nadie le detuvo*. Hablaba en el Templo y lo hacía con autoridad de maestro. Y eso los irritaba. Hablaba de cosas que los herían y por eso lo acusaban de equipararse al Padre. Eso significa la frase «el testimonio de dos hombres es verdadero». Dice el evangelista que *esas palabras las dijo en el Templo* —es decir, con autoridad de maestro— y *nadie lo detuvo porque no había llegado aún su hora*, no había llegado el momento preciso en que él quería ser crucificado. Cuando ese momento llegó, no fue cosa de la libertad de aquéllos, sino sólo de la libre decisión de Cristo. Hacía ya tiempo que ellos querían ejecutar esa decisión, pero carecían de poder. Tampoco entonces lo habrían teni-

do, si él mismo no se lo hubiera concedido. Añadió Jesús: *Me voy y me buscaréis*². ¿Por qué repite lo mismo tantas veces? Para conmoverlos y llenarlos de temor. Mira cuánto temor llevan en sí estas palabras. Buscaban matarlo para librarse de él; y tanta era la importancia que concedían al cumplimiento de ese empeño, que lo buscaban allá donde anduviera. Quería, además, enseñarles que su muerte no sobrevendría como consecuencia de la violencia, sino que estaba prefigurada desde antiguo. De esa manera predecía también su resurrección. Decían ellos: *¿Acaso va a suicidarse?*³. ¿Qué les responde Cristo? Para apartar de sus mentes esa idea y enseñarles que una cosa tal habría constituido un pecado, dice: *Vosotros sois de aquí abajo*⁴. Nada tiene de extraño que vosotros, hombres carnales, alimentéis esas fantasías, pues sois incapaces de cualquier pensamiento espiritual. Pero no haré nada semejante, porque: *Yo soy de allá arriba, vosotros, de este mundo*.

Aquí está hablando de pensamientos mundanos y terrenos. Resulta claro, por tanto, que las palabras «yo no soy de este mundo» no significan que no ha asumido la carne, sino sólo que está muy lejos de la perfidia de aquéllos. También dice de los discípulos que no son de este mundo, y es evidente que tenían un cuerpo. Lo mismo ocurre cuando Pablo dice: *No sois de la carne*⁵. No pretende decir que sus discípulos sean incorpóreos, sino que no son de este mundo, como lo testimonia su conducta virtuosa. *Por eso os he dicho que si no creéis en mí, moriréis en vuestro pecado*⁶. Habiendo venido para quitar los pecados del mundo y no siendo posible librarse del pecado sino a través del baño de la regeneración, se concluye que quien no cree conserva en sí el

hombre viejo. Quien no quiere entregarse a la muerte y al sepulcro por medio de la fe, morirá como el hombre viejo e irá al lugar en que se paga el débito del pecado. Por eso decía: *Quien no cree está ya juzgado*. No sólo porque no cree, sino porque parte de este mundo cargado con los pecados cometidos en él.

Decían entonces los judíos: *Tú ¿quien eres?*⁷. ¡Qué locura! Tras tanto tiempo, tras tantos milagros y enseñanzas, le preguntan aún: «¿Quién eres?». ¿Qué responde Cristo? *El Principio soy yo, quien os habla*. «Sois indignos de escuchar mis palabras y más aún de saber quién soy. Me interrogáis para tentarme y no prestáis la menor atención a lo que os respondo. De ahora en adelante, os pediré cuentas de todo esto». Eso es lo que significa *Tengo mucho que decir y juzgar acerca de vosotros*⁸. No habla sólo de reproches, sino de castigos. «Quien me ha enviado, el Padre, no quiere esto, porque *no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. Dios no ha enviado a su Hijo para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo*⁹. Como me ha enviado para esto y es veraz, ahora yo no juzgo a nadie. Hablo sólo de lo que os trae la salvación, no quiero acusaros de vuestras culpas». Les habla así para que no piensen que, habiendo él oído tantas y tan graves ofensas, su debilidad le impide tomar venganza. Para que no piensen que ignora sus pensamientos más secretos y el desprecio que en su interior sienten por él. *Ellos no entendieron que les hablaba del Padre*¹⁰. ¡Insensatos! No cesaba de hablarles del Padre y ellos no entendían. Como no había conseguido atraerlos a sí ni con la multitud de sus milagros, ni con sus enseñanzas, pasa a hablarles de la cruz, con estas palabras: *Cuando elevéis al Hijo del Hombre conoceréis que yo soy y que no*

*digo nada por mí mismo, que quien me ha enviado está conmigo y que el Padre no me deja nunca solo*¹¹. En fin, les revela claramente que con razón ha dicho: «Soy el Principio, eso es lo que os digo».

2. Hasta ese momento no prestaban atención a lo que les decía. *Cuando elevéis al Hijo del Hombre*. ¿Pensáis que entonces os habréis librado de mí por completo y me habréis quitado de enmedio? Será precisamente entonces cuando conoceréis *que yo soy*, por los milagros, la resurrección y la destrucción de la ciudad. Cada una de esas cosas bastaba para demostrar su poder. No les dijo: «Entonces conoceréis quién soy yo». Les dice: «Cuando comprobéis que no padezco daño por causa de la muerte, *entonces conoceréis que yo soy*», o sea, Cristo, el Hijo de Dios, que todo lo mantengo y lo hago sin disparidad con él. Por eso añadió: *Nada digo por mí mismo*. «Conoceréis entonces mi poder y el perfecto acuerdo que hay entre mí y el Padre». Las palabras de *No digo nada por mí mismo* revelan la identidad de sustancia y que sus palabras concuerdan siempre con los pensamientos del Padre. «Cuando os sea arrebatado vuestro culto y ya no podáis adorar a Dios según vuestras antiguas costumbres, conoceréis que es Dios quien lo ha hecho para vengarme y mostrar su disgusto con quienes no han querido escucharme». Es como si dijera: «Si yo fuera un extraño para Dios, él no habría alimentado esa cólera contra vosotros».

También Isaías había dicho lo mismo: *Entregaré a los impíos a cambio de su sepultura*¹². Y David: *Entonces les hablará en su ira*¹³. Y él mismo: *Vuestra casa quedará desierta*¹⁴. Es lo que repite en la parábola cuando dice: ¿Qué hará

entonces el dueño de la viña con esos labradores? Hará perecer a esos malvados de mala manera¹⁵. Mira cómo les habla de la misma forma en toda ocasión, porque ellos siguen sin creer. Los hará perecer, sin dilación ninguna. *Traedme aquí a quienes no quieren que reine y matadlos*¹⁶. Pero ¿por qué dice que eso no es tarea suya, sino del Padre? Para adecuarse a su debilidad y, además, para honrar a quien lo ha engendrado. No dijo: «Dejaré vuestra casa desierta», sino en impersonal: *Vuestra casa quedará desierta*. Dice: ¡*Cuántas veces he querido reunir a vuestros hijos y no habéis querido!*¹⁷, y añade luego: *quedará desierta*. Claramente revela esto que él será el autor de toda esa desolación. Está diciéndoles: «No habiendo querido reconocermé cuando os procuraba tantos beneficios y os hacía mercedes tan grandes, habréis de saber que soy yo cuando os castigue». Y *mi Padre conmigo*, añade. Para que no interpretaran que la expresión «el que me ha enviado» significaba que él era inferior al Padre, añade: *está conmigo*. La primera fórmula se refiere a su misión de salvador. La segunda a su divinidad.

No me ha dejado solo porque yo hago siempre lo que le place. Nuevamente retoma el tono humilde, para oponerse a las acusaciones de los judíos, según las cuales ni venía de Dios ni guardaba el sábado. Por eso dice: *Hago siempre lo que le complace*, para darles a entender que incluso la transgresión del sábado la hacía según la voluntad de aquél. Del mismo modo, cuando esté para ser conducido a la cruz, dirá: ¿*Creéis que yo no puedo pedir a mi Padre?*, y con una sola frase, la de ¿*A quién buscáis?*, los derribó por tierra. Entonces ¿por qué no les dice ahora: «¿Creéis que no puedo exterminaros?»? Con hechos ha demostrado ya sobradamente la inmensidad de su poder. Estaba adaptándose a su

debilidad, pues ponía sumo cuidado en demostrar que no hacía nada contrario al Padre. En este pasaje habla también al modo humano. Por lo mismo, igual que antes dijo: *No me ha dejado solo*, dice ahora: *Hago siempre lo que le complace. Mientras decía estas cosas, muchos creyeron en él*¹⁸.

Cuando mitiga el tono de su alocución, son muchos los que creen. Y ¿aún preguntas por qué habla con tanta humildad? Claramente lo revela el evangelista con ese comentario suyo: *Mientras decía estas cosas, muchos creyeron en él*. Como si sus mismas obras estuvieran gritando: «No te turbes, tú que escuchas, si oyes palabras humildes». Quienes, tras tantas palabras, aún no se habían convencido de que él venía del Padre, escucharon un tono más humilde, y eso les movió a creer. Se hace constar por anticipado esta explicación, previendo lo que luego va a decir lleno de humildad.

Creyeron, pues. Pero no con la intensidad que habría sido necesaria, sino débilmente, atraídos por la humildad de sus palabras. En el pasaje siguiente, el evangelista nos muestra que todavía no tenían una fe perfecta. Le dirigen entonces un insulto. Eran las mismas personas. Así lo enseña el evangelista: *Decía Jesús a los judíos que habían creído: si permanecéis en mi palabra*¹⁹. De esta forma declara que aún no habían dado su adhesión a su doctrina, sino que prestaban atención sólo a sus palabras. Por eso habla en un tono más áspero. Antes decía, simplemente: *Me buscaréis*. Ahora añade: *Moriréis en vuestros pecados*. E indica el modo en que eso sucederá: *porque cuando vayáis allí, ya no podréis suplicarme. Esto que digo en el mundo*. Con tales palabras declara que, en adelante, se dirigirá a las naciones. Como no habían entendido que antes les hablaba del Padre, vuelve a hablarles de sí mismo, y el evangelista nos explica el motivo por el que se expresa en términos tan humildes.

3. Si queremos escudriñar las Escrituras cuidadosamente, no con ligereza, podremos alcanzar la salvación. Si asiduamente practicamos su estudio, aprenderemos la verdadera doctrina y a vivir virtuosamente. Aunque seamos duros, despiadados, o, por el contrario, entregados al placer; aunque en el pasado no hayamos logrado ningún progreso en el camino de la virtud, ahora, aun sin darnos cuenta, avanzaremos y obtendremos algún provecho, al menos en algo. Quien entre en el taller de un perfumista y permanezca en él cierto tiempo, quiéralo o no se impregnará de las fragancias que hay allí. Con mucho más motivo, algo semejante le sucederá a quien frecuenta la iglesia. Igual que la pereza nace de la falta de acción, la acción produce un ánimo ardoroso. Aunque seas esclavo de innumerables vicios, aunque seas impuro, no dejes de frecuentarla. Dirás tal vez: «¿De qué me sirve, si no pongo en práctica lo que escucho?». No será menuda la ganancia si admites ser un miserable. No es inútil tu preocupación, ni está fuera de lugar tu miedo. Si te lamentas porque no pones en práctica lo que escuchas, te dispones a hacerlo en muy poco tiempo. Quien habla con Dios y lo escucha, no dejará de obtener provecho. Cuando nos disponemos a tomar el libro, nos recogemos y nos lavamos las manos. ¿Ves cuánta es la piedad manifestada antes de la lectura? Si perseveramos en ella con diligencia, lucraremos gran provecho. No nos lavaríamos las manos si nuestra alma no estuviera ya dispuesta a la piedad. Si tiene la cabeza descubierta, la mujer se pone el velo, como signo de su piedad interior; mientras el hombre descubre su cabeza, si la tiene cubierta. ¿Ves cómo el porte externo indica la religiosidad interior? Y luego, una vez sentados, son muchos los que suspiran y gimen, condenando toda su vida pasada.

¡Ea, pues! Dedicuémonos, queridos, al estudio de las Escrituras y tratemos de profundizar, al menos, en los Evangelios. Apenas abierto el libro, verás el nombre de Cristo y

le oirás decir: *El nacimiento de Jesucristo sucedió de esta manera. Estando desposada con José, su madre, María, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo*²⁰. Quien oiga tales palabras, inmediatamente quedará preso del amor a la virginidad, admirará ese parto y se sentirá elevado sobre la tierra. No es cosa de menor consideración contemplar, aunque sea como por azar y de paso, a la Virgen honrada por la visita del Espíritu Santo y al ángel que habla con ella. Y todo esto es aún superficial.

Si perseveras hasta el final en contemplar estas cosas, pronto rechazarás de ti todo lo terreno y te reirás de cuanto pertenece al mundo. Si eres rico, dejarás de calcular tus riquezas cuando veas que la esposa de un carpintero, mientras vivía en una humildísima casa, vino a ser la madre del Señor. Si eres pobre, no te avergonzarás de tu pobreza cuando sepas que el Creador del mundo no se avergonzó de nacer en el más humilde de los albergues. Si consideraras estas cosas, no robarías, no serías avaro ni querrías despostrar a los demás de lo que es suyo. Todo lo contrario: amarías la pobreza y despreciarías la riqueza, eliminando así la causa de todos los males. Viendo a Jesús reclinado en un pesebre, dejará de preocuparte envolver a tu hijo en sábanas bordadas de oro, no prepararás para tu esposa un lecho adornado con plata. Alejadas de ti tales preocupaciones, nunca más te darás a la avaricia ni al robo. Síguense también otros muchos beneficios, que no puedo detenerme a enumerar ahora con detalle, pero que bien conocerá quien haga la prueba.

Por eso os encarezco que os hagáis con esos libros, que entendáis su significado, que lo grabéis en vuestra memoria. Los judíos, que no aplicaban su mente a ellos, estaban obligados a llevar esas palabras ceñidas a las muñecas. Y no-

sotros, que deberíamos esculpir las en nuestros corazones, no sólo no las llevamos en las manos, sino que las arrumbamos en un rincón de la casa. Quiera Dios que, purificados de las máculas de esta vida, podamos conseguir los bienes futuros. Quiera el cielo que todos nosotros lo alcancemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor, Jesucristo,

HOMILÍA 54

Decía Jesús a los judíos que en él habían creído: si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres

1. Necesitamos mucha paciencia, queridos. Mas la paciencia se obtiene cuando la doctrina está profundamente arraigada. De la misma forma que no hay viento que con sus acometidas pueda arrancar la encina que echa raíces en los senos más hondos de la tierra y con toda fuerza se afianza, de igual modo tampoco nadie podrá derribar al alma enclavada con el temor de Dios. Se trata de estar enclavado más que enraizado. Por eso el profeta dice en su plegaria: *Enclava mis carnes con tu temor*². Por consiguiente, cláivate y sujétate como con un clavo atornillado. Porque de la misma forma que éstos son difíciles de apresar, así los que se comportan de forma contraria son presa fácil y son desechados sin oponer resistencia. Esto es lo que en otro tiempo sucedió a los judíos. Después de haber oído y creído, de nuevo se desviaron. Cristo, deseoso de consolidar su fe, de suerte que no fuese superficial, socava sus ánimos con palabras punzantes. Soportar los reproches era lo que caracterizaba a los que creían, mas éstos al punto se irritaban ¿Cómo lo hace? En primer lugar les exhorta: *Si permane-*

céis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, que era como decirles que no gozaban de verdadera libertad. Con estas palabras contuvo su soberbia. Dime: ¿de qué les liberará? De los pecados. ¿Qué responden aquellos arrogantes? *Es tirpe somos de Abraham, y jamás hemos sido siervos de nadie*³. Al punto se abatió su ánimo, y sucedió porque estaban ávidos de los bienes terrenos.

La frase «Si permanecéis en mi palabra» era propia de quien descubre lo que tienen en el corazón, de quien sabe que habían creído, mas que no perseveraron. Promete algo importante: que serían sus discípulos. Puesto que algunos se habían apartado recientemente, refiriéndose a ellos dice: *Si permanecéis*. Habían escuchado y creído y se apartaron, no perseveraron. *Muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él confiadamente*⁴. *Conoceréis la verdad*, esto es, a mí. *Porque yo soy la verdad*. A unos les decía: *Moriréis en vuestros pecados*; y a éstos: *La verdad os hará libres*.

Aunque no dijo abiertamente «Os libraré de la servidumbre», lo dio a entender. ¿Qué responden? *Somos estirpe de Abraham y jamás hemos sido siervos de nadie*. Si debieran enfadarse, habrían tenido razón de hacerlo por lo primero, por haberles dicho *Conoceréis la verdad*. Podrían haberle objetado: «Ya conocemos la verdad». Pero eso no les importaba. Se apenan únicamente por las cosas materiales y sospechaban que éstas constituían la esclavitud a la que se refería. También ahora hay muchos que sólo se avergüenzan de las cosas sin importancia y de la esclavitud terrena, pero no de la esclavitud del pecado. Es más: preferirían incluso ser llamados mil veces siervos de esta servidumbre que una sola vez de la otra. Tales eran los judíos, y no conocían otra esclavitud. Por ese motivo dicen: *Jamás hemos sido sier-*

vos. Tan grande era la jactancia de los judíos. *Estirpe somos de Abraham, israelitas somos*. Nunca evocan sus buenas obras, motivo por el cual san Juan Bautista clamaba contra ellos diciendo: *No digáis: tenemos por padre a Abraham*⁵. ¿Por qué no los refutó Cristo? Habían sido esclavos muchas veces: de los egipcios, de los babilonios y de otros muchos. Porque no les hablaba para litigar con ellos, sino para salvarlos y para beneficiarlos; sólo eso pretendía. Podría alegar los cuatrocientos años de servidumbre, los setenta, la esclavitud que sufrieron en el tiempo de los jueces, la de veinte, la de dos, la de siete años. Podría, en fin, probarles cómo nunca dejaron de ser siervos. Mas no trataba de constatar que habían sido siervos de los hombres, sino del pecado, que es la servidumbre más terrible y de la que sólo Dios puede librar. A ningún otro compete perdonar los pecados, como ellos mismos confesaban.

Reconocían que era obra de Dios, por eso los lleva a ello diciendo: *Todo el que comete pecado, siervo es del pecado*⁶, poniendo de relieve que se refiere a la libertad de esta clase de esclavitud. *El esclavo no permanece en la casa; el hijo, en cambio, queda para siempre*⁷. Poco a poco, también en este punto, desautoriza a la Ley con referencia a los tiempos antiguos. Para que no se escuden en ella, alude a estas cosas. De lo contrario, ¿qué nexo lógico habrían tenido estas palabras con las que preceden? *Todos pecaron, y se han privado de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia*⁸, incluso los mismos sacerdotes. Por este motivo Pablo dice del sacerdote: *Debe ofrecer sacrificios por sus pecados, así como por los del pueblo, porque también él está rodeado de flaqueza*⁹. Esto es lo que significan las palabras

el esclavo no permanece en la casa. Al mismo tiempo, en este lugar pone de manifiesto que su honor es igual al del Padre y la diferencia que hay entre el siervo y el libre. La parábola quiere dar a entender precisamente que el siervo no tiene potestad. Esto significa la frase «no permanece».

2. ¿Por qué, al hablar de los pecados, mencionó la casa? Para poner de manifiesto que, como el señor en la casa, él tiene poder sobre todas las cosas. La expresión «no permanece» significa que no tiene la facultad de dar, en la medida en la que no es el dueño, mientras que el hijo sí es propietario de la casa. Esto, conforme al modo de hablar de los hombres, significa la frase «queda para siempre». Llama «casa» a la potestad. Lo mismo ocurre en otro pasaje, cuando el término «casa» designa el dominio del padre: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*¹⁰. Hablaba de libertad y esclavitud, y, a propósito, utiliza esta metáfora. Así manifiesta que ellos no tenían poder de perdonar.

*Si el Hijo os libra*¹¹. ¿Observas cómo es consustancial al Padre y cómo manifiesta que tiene el mismo poder? *Si el Hijo os libra* nadie os podrá contradecir, antes al contrario, tendréis libertad segura. *Dios es el que justifica: ¿quién podrá condenar?*¹². En este punto se muestra inmune al pecado e insinúa que la que dan los hombres es sólo una libertad de nombre, mientras que la otra sólo la puede dar Dios. Por ese motivo les persuade a no avergonzarse de aquella esclavitud, sino de la del pecado. Deseoso de manifestar que, aunque no eran siervos por haberse sustraído a aquella esclavitud terrena, todavía llegaron a ser más esclavos, añadió al punto: *Seréis de verdad libres*. Con ello pone de relieve que aquella otra no es la libertad verdadera. Además, para

que no se escudaran en que eran linaje de Abraham (pues era de prever que lo hicieran), mira cómo les acusa. Elude las demás cosas de su vida, denuncia lo que llevaban entre manos y dice: *Sé que sois linaje de Abraham, pero intentáis matarme*¹³. Lentamente y poco a poco aminora la importancia que ellos atribuían a aquel parentesco, enseñándoles a no ufanarse por él. De la misma forma que la esclavitud y la libertad dependen de las obras, así también el parentesco. No se lo dijo enseguida, sino que, de momento, conviene con ellos y les dice: *Sé que sois linaje de Abraham*. Pero no es esto lo que importa. A continuación, les reprueba con más vehemencia. Debemos notar que siempre que hace algo de gran importancia, después de haberlo realizado, habla con más franqueza, ya que el testimonio de los hechos les reduce al silencio. «*Pero intentáis matarme*. Y pretendéis que queréis hacerlo por respeto a la Ley».

Sin embargo, es todo lo contrario. Por eso añade el motivo verdadero: *Porque mi palabra no tiene cabida en vosotros*. ¿Cómo dice, entonces, que creyeron en él? Tal y como dije, una vez más cambiaron de opinión. Por eso les reprendió ásperamente y les dijo: *Mi palabra no tiene cabida en vosotros*, poniendo de relieve lo sublime de sus enseñanzas. No por eso era necesario matarle; antes al contrario, era razón para honrarle y venerarle, de forma que aprendiesen de él. Por este motivo, añadió: *Yo hablo lo que he visto en mi Padre, y vosotros hacéis lo que habéis oído a vuestro padre*¹⁴.

*Le dicen: Nosotros tenemos por padre a Abraham. Jesús les contesta: Si tuvierais por padre a Abraham, haríais sus obras. Mas ahora intentáis matarme*¹⁵. Constantemente en este punto denuncia su ánimo homicida y menciona a Abra-

ham. Y lo hace así deseoso de apartarles de tal descendencia, de contener tan superflua jactancia y persuadirles a no depositar esperanza alguna de salvación en aquél y en el parentesco natural, sino, antes al contrario, en el que viene establecido por un libre acto de la voluntad. Era esto precisamente lo que les impedía acercarse a Cristo, creer que aquel parentesco les era suficiente para salvarse ¿Qué verdad dice? Que es igual al Padre. Por eso trataban los judíos de quitarle la vida, y les reprocha: *Intentáis matarme porque os he dicho la verdad que oí de mi Padre*. Demuestra que esta verdad no es en absoluto contraria al Padre, y recurre de nuevo a él. *Ellos le responden*¹⁶.

3. Después de haber desmentido su parentesco con Abraham, ya que no pueden objetar nada, intentan todavía algo mayor y recurren a Dios. Mas también pone de manifiesto que son indignos de tal honor diciendo: *Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, pues yo salí y vengo de Dios; no vengo de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros sois hijos de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo*¹⁷.

Los excluyó del parentesco de Abraham, y, porque se atrevieron a más, les hiere con dureza diciendo que, no sólo no son hijos de Abraham, sino hijos del diablo, infligiéndoles una herida acorde con su desvergüenza. No los acusa sin pruebas, alega argumentos. Matar —dice— es propio de su malicia. No les dijo simplemente «hacéis las obras», sino *hacéis sus deseos*. Así pone de relieve con qué ahínco tanto aquél como ellos se dedicaban a matar, y que la causa era

la envidia. Nada tenía el diablo contra Adán y sólo por envidia lo perdió. Esto es, en definitiva, lo que en este punto se pone de manifiesto. *Y no permaneció en la verdad*, es decir, en la vida recta. Constantemente le acusaban de que no procedía de Dios, por eso les refuta diciendo que esta afirmación tiene la misma causa. Fue el diablo el primero que engendró la mentira cuando dijo: *El día que comáis se abrirán vuestros ojos*¹⁸. Él fue el primero en hacer uso de ella. Los hombres no la emplean como algo propio, sino ajeno. Él, en cambio, como propia.

*Porque yo digo la verdad no me creéis*¹⁹. Por eso añadió: *¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?*²⁰. Entonces ellos respondían: *Nosotros no hemos nacido de fornicación*. Aunque muchos habían nacido de fornicación, pues entre ellos eran frecuentes las uniones ilegítimas, sin embargo, nada de eso les reprocha, sino que insiste en aquella otra acusación. Había demostrado que no eran hijos de Dios, sino del diablo y, en el mismo sentido, señala que amar es indicio claro de ser de Dios.

¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Puesto que siempre vacilaban y preguntaban: *¿Qué significa esto que dice?*, les reprocha: *No conocéis mi lenguaje porque no tenéis la palabra de Dios*. Decían que lo perseguían movidos de celo divino; por eso en todo momento intenta demostrar que perseguirle es obra de quienes aborrecen a Dios, y, al contrario, amarle, de quienes conocen a Dios. *Tenemos un solo Padre, Dios*. Se glorían en la honra, no en las buenas obras. La causa está en su deseo de mentir y de hacer acciones diabólicas. Eso es producto de la vileza de alma, tal y como señala el Apóstol: *Mientras haya entre vosotros discordia y envidia, ¿no es que aún sois carnales?*²¹. *Abraham no hizo*

esto. ¿Cuáles son, entonces, las obras de Abraham? La mansedumbre, la modestia, la obediencia.

¿Qué les llevó a acudir a Dios? Cristo había demostrado que eran indignos de Abraham. Deseosos, en consecuencia, de esquivar esta acusación, recurrieron a algo más alto. Puesto que les había echado en cara el homicidio, responden de esta forma para defenderse, alegando que lo hacían por vengar a Dios. Él demuestra, sin embargo, que se comportan como enemigos de Dios. La palabra «salí» pone de manifiesto que él provenía de Dios. Dice «salí» refiriéndose a su venida a nosotros. Era de prever que dijeran: «Enseñas cosas extrañas y nunca oídas». Por eso afirma que viene de Dios. Después de demostrar que por la mentira y por el homicidio venían del diablo, probó también que eran extraños a Abraham y a Dios, porque odiaban a quien no había cometido culpa alguna y no escuchaban su palabra.

Constantemente afirma no ser contrario a Dios y que no es ése el motivo por el cual no le creen, sino porque son extraños a Dios. El que no había cometido pecado alguno, el que decía que venía de Dios y era enviado, el que decía la verdad, y de tal forma la decía que a todos desafiaba a refutarle, si no era creído, es evidente que no lo era porque éstos eran hombres carnales. Sabía, sabía bien que los pecados hacen al alma ruin. Por este motivo dice la Escritura: *Porque os habéis hecho duros de oído*²². Cuando alguien no puede despreciar las cosas de la tierra ¿cómo podrá razonar sobre las cosas del cielo?

4. Os ruego, por consiguiente, que hagamos todo de suerte que llevemos una vida recta, que purifiquemos nuestra alma y que ninguna mancha sea para nosotros un estorbo. Encended en vosotros la luz del conocimiento y no

sembréis sobre espinas. El que no entiende que la avaricia es un mal ¿cómo podrá comprender las cosas sublimes? El que no se despoja de esto ¿cómo podrá gozar de aquéllas? Bueno es conquistar, pero no lo perecedero, sino el reino de los cielos. *Los violentos lo arrebatan*²³. No podremos alcanzarlo con pereza, sino con diligencia. ¿Qué quiere decir «violentos»? Que se necesita mucha energía (el camino es estrecho) y que hace falta un alma joven y valerosa. Los que arrebatan quieren ir por delante de todos, a nada atienden, ni a la condena, ni a la acusación, ni al suplicio. Se preocupan de una sola cosa, de apoderarse de lo que quieren arrebatar y de superar a los que se hallan delante. Arrebatemos entonces el reino de los cielos. Aquí arrebatar no es culpa, sino alabanza. Por el contrario, oprobio es no arrebatar. Aquí nuestra riqueza no surge del daño ajeno.

Esforcémonos, por tanto, en arrebatarlo. Si la ira, si la concupiscencia es un obstáculo, hagamos violencia a la naturaleza, seamos más mansos, fatiguémonos un poco para que reposemos para siempre. No arrebatas el oro, arrebatas aquella riqueza que revela al oro como barro. Porque dime, si tuvieras delante plomo y oro, ¿de qué te apoderarías? ¿No es evidente que del oro? Por consiguiente, cuando el que arrebatas es castigado, tú estimas en más lo que tiene más valor, y, en cambio, cuando el que roba es honrado, desprecias lo que vale más. Si en ambos casos se castigara, ¿no obrarías de este modo? Mas aquí nada de esto sucede, si no es la bienaventuranza.

¿Cómo es posible robar? Tira lo que tienes en las manos. Mientras retengas eso, no podrás conquistar lo otro. Imagina a un hombre con las manos llenas de plata: ¿podrá, acaso, mientras la tenga, apoderarse del oro, si primero no la arroja y no tiene las manos libres? Es necesario que el la-

drón esté expedito de forma que no sea apresado. Alrededor de nosotros corren fuerzas contrarias para hacernos su presa. Huyamos de ellas, huyamos sin dejarles ningún asidero. Cortemos las cuerdas, quedemos desnudos de las cosas terrenas. ¿Qué necesidad hay de los vestidos de seda? ¿Hasta cuándo hemos de estar envueltos en cosas tan ridículas? ¿Hasta cuándo extraeremos oro? Desearía dejar de decir siempre lo mismo, pero vosotros no me lo permitís, ya que siempre me dais ocasión y materia para hablar de lo mismo. Pero ahora pongamos término para que, edificando a otros con nuestra vida, alcancemos los bienes prometidos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 55

Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio? Jesús respondió

1. Desvergonzada y petulante es la malicia, y cuando debiera cubrirse de vergüenza, entonces se embravece más. Así sucede con los judíos. Cuando debieran compungirse por lo dicho y admirar su franqueza y la coherencia de sus palabras, le insultan llamándolo samaritano y endemoniado, y dicen: *¿No decíamos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?* Cuando decía algo sublime, ellos, en el colmo de su insensatez, lo tenían por locura. Nunca antes el evangelista dice que le llamaran samaritano, mas por este pasaje se deduce que probablemente muchas veces fuese llamado así por ellos. *Demonio tienes*, dicen. Pero ¿quién tiene demonio: el que honra a Dios o el que afrenta a quien le honra? ¿Qué responde Cristo, que es la mansedumbre y la modestia en persona? *Yo no tengo demonio, honro a mi Padre que me envió.* Se mostraba muy enérgico cuando convenía para enseñarles, abatir su arrogancia y darles una lección a fin de que no se jactaran de proceder de Abraham. Usaba de mucha mansedumbre para tolerar los ultrajes. Cuando afirmaban, les reprendía con dureza, mas cuando le

llamaban endemoniado, les responde con indulgencia, enseñándonos de este modo a castigar lo que es contra Dios, y a hacer caso omiso de lo que es contra nosotros. *Yo no busco mi gloria*². «Yo os he dicho estas cosas para demostraros que no tenéis derecho a llamar a Dios vuestro Padre, pues sois homicidas. Me he expresado de este modo en atención a su honra, por él oigo estas cosas, por causa de él me deshonráis. Mas nada me importa este ultraje, pues habréis de dar cuenta de vuestras palabras a aquél por quien oigo ahora estas cosas». *Yo no busco mi gloria. En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá la muerte para siempre*³. Aquí no se refiere sólo a la fe, sino también a la vida pura. Primero había dicho: *Tendrá vida eterna*; aquí, en cambio: *no verá la muerte*. Al mismo tiempo pone de manifiesto que nada pueden hacer contra él.

Si el que guarda su palabra no morirá, mucho menos él mismo. Entendiéndolo así le dicen: *Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas también murieron*⁴. ¿*Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?*⁵. ¡Oh jactancia! Una vez más recurren a su parentesco. Lo conveniente era haberle dicho: «Explicanos el sentido de todo esto». Pero no hablaron así, porque todavía lo consideraban inferior a Abraham. Así las cosas, demostró en primer lugar que eran homicidas, con lo que desmiente su descendencia de Abraham. Mas como persistieran, vuelve a este argumento por un camino distinto, demostrándoles que se afanan inútilmente. De la muerte no dice ni revela nada, tampoco les explicó a qué muerte se refería. Entretanto intenta convencerles de que él es más grande que Abraham, a fin de avergonzarles también por esto. «Aun en el caso de que yo fuese uno cualquiera –viene a decirles– no debería

morir porque no he cometido injusticia alguna. Mas, cuando digo la verdad, no tengo pecado alguno, soy enviado de Dios y soy mayor que Abraham, ¿cómo no ha de ser locura y empeño insensato vuestro intento de matarme?». ¿Qué responden ellos? *Ahora conocemos que tienes demonio.*

No le respondió así la samaritana. Ella no le dijo: «tienes demonio», sino sólo: *¿Eres tú, acaso, mayor que nuestro padre Jacob?*⁶. Estos eran unos arrogantes ultrajadores; aquélla deseaba aprender, por eso dudó, le respondió con la debida modestia, y le llamó «señor». En realidad, no había razón para insultar a quien había hecho tan grandes promesas y era digno de fe, sino más bien para admirarle. Sin embargo, ellos le llaman endemoniado. La samaritana se expresaba como quien duda, pero éstos, como incrédulos y perversos. *¿Eres tú, acaso, mayor que nuestro padre Abraham?* De suerte que esto hace que sea mayor que Abraham. Cuando le veáis ensalzado, confesaréis que es mayor. Por este motivo decía: *Cuando me ensalcéis, entonces conoceréis que yo soy.*

Observa su prudencia. En primer lugar, después de haber desmentido su descendencia de Abraham, demuestra que es mayor que él, para que comprendiesen que era, con mucho, mayor que los profetas. Siempre le llamaban profeta, por eso dice ahora: *Mi palabra no tiene cabida en vosotros*⁷. Antes decía que resucitaba a los muertos, ahora que el que cree no verá la muerte, y esto último era, sin duda, mayor que el no permitir ser vencido por la muerte. Éste es el motivo por el que ellos se enfurecían más. ¿Qué le dicen? *¿Quién te haces a ti mismo?* Palabras, sin duda, afrentosas, porque era tanto como decir: «Tú buscas tu propia gloria». A lo que Cristo responde: *Si yo me glorifico a mi mismo, mi gloria no es nada*⁸.

2. ¿Qué dicen en este punto los herejes? Que oyó: *¿Eres, acaso, mayor que nuestro padre Abraham?* y no se atrevió a responderles con claridad «sí», sino que lo hizo oscuramente. ¿Cómo, entonces? ¿Su gloria, acaso, no es nada? Nada según ellos. De la misma forma que dice: *Mi testimonio no es verdadero*, es decir, no lo era en su opinión, de igual modo aquí dice: *Hay quien me glorifica*. ¿Por qué no dijo: «el Padre que me envió», tal y como había dicho antes, sino: *el que vosotros decís que es vuestro Dios y no le conocéis?* Porque quería poner de manifiesto que, no sólo no le conocían como a Padre, sino tampoco como a Dios. *Mas yo lo conozco*.

Si yo me glorifico a mi mismo. Puesto que le preguntaban: *¿Quién te haces a ti mismo?*, responde: *Si yo lo hago, mi gloria no es nada*. Cuando trataba de Abraham, no desmintió del todo sus afirmaciones, sino que dice: *Sé bien que sois linaje de Abraham*, para poder acusarlos con mayor motivo. De la misma forma, aquí tampoco las desmintió del todo. Entonces ¿qué dice? *El que vosotros decís*. Concediéndoles la jactancia de sus palabras, hizo una acusación más grave. Esto todavía no está probado, mas lo que sigue sirve de demostración: *Y observo su palabra*⁹. En este punto, si hubieran podido, le habrían refutado. Se trataba de la mayor prueba de que había sido enviado por Dios. *Abraham, vuestro padre, saltó de gozo por ver mi día, y lo vio y se regocijó*¹⁰. Una vez más demuestra que son ajenos a él, porque se afligen por aquello por lo que él se alegraba. Me parece que aquí se refiere al día de su crucifixión, que él había prefigurado en el sacrificio del carnero y de Isaac. Y ellos ¿qué responden?: *¿Todavía no tienes cuarenta años y has visto a Abraham?*¹¹. De donde se deduce que Cristo es-

taba próximo a los cuarenta años. El les contesta: *Antes de que Abraham fuese, yo soy. Y agarraron piedras para arrojárselas*¹². ¿Observas cómo ha probado que es mayor que Abraham? Quien se regocijaba por ver su día y lo consideraba algo tan deseable, sin lugar a dudas, lo juzgaba un gran bien y como alguien que era mayor. Mientras los judíos le llamaban *el hijo del artesano*¹³ y no pensaban de él nada mayor que esto, él, poco a poco, los eleva a la comprensión de un concepto más alto. De esta forma, cuando oyeron decir: *No conocéis a Dios*, no sintieron turbación alguna, mas cuando oyeron: *Antes de que Abraham fuese, yo soy*, como si su nobleza quedara empequeñecida, se irritaron y le tiraron piedras. *Vio mi día y se regocijó*. Con estas palabras manifiesta que no va a su pasión sin su consentimiento, ya que alaba al que se gozó en la cruz, en tanto que constituye la salvación del mundo. Pero ellos le tiraron piedras. Tan decididos estaban al asesinato que lo hacían impulsivamente y sin reflexionar en nada.

¿Por qué se limitó a decir: *yo soy*? De la misma forma que su Padre empleó esta expresión «soy», así también la usa él. En realidad, esta palabra significa el ser eternamente, libre de todo tiempo. Por este motivo les pareció una palabra blasfema. Quienes no toleraban que se igualara a Abraham, aunque esta comparación no tenía nada de extraordinario, si se hubiera mostrado constantemente igual al Padre, ¿se habrían abstenido de herirle? Después de esto, una vez más, huye como un simple hombre, y se esconde, toda vez que les ha instruido suficientemente. Cumplido su cometido, salió del Templo y se dirigió a curar al ciego, manifestando con las obras que era más que Abraham. Quizá alguno se preguntará por qué no mostró entonces su superioridad para convencerlos. Curó al paralítico y no le cre-

yeron. Hizo otros muchos milagros, en la pasión misma los derribó, oscureció sus ojos, y tampoco le creyeron. ¿Cómo habrían de creer ahora si hubiera enervado sus fuerzas? No hay nada peor a un alma desesperada: aunque vea milagros, aunque vea prodigios, persiste obstinadamente en su misma desvergüenza. El faraón, pese a las innumerables plagas que recayeron sobre él, sólo se enmendaba cuando era castigado, y hasta el último momento permaneció obstinadamente en la persecución de los que había dejado libres. Por este motivo, Pablo dice una y otra vez: *No se endurezca alguno de vosotros con el engaño del pecado*¹⁴. Porque, de la misma forma que la fuerza del cuerpo llega a extinguirse y pierde toda sensibilidad, así también el alma, cuando se ve oprimida por muchas pasiones, muere para la virtud. Cualquier cosa que le apliques, no la sentirá; aunque la amenaces con castigos y sufrimientos, permanecerá insensible.

3. Os suplico, por tanto, que lo intentemos todo mientras tengamos esperanza de salvación y posibilidad de conversión. Porque los que se hacen insensibles se comportan como pilotos desesperados que, dejando la nave a merced de los vientos, no ponen nada de su parte. De igual modo, éstos no intentan nada. El envidioso no tiene aspiración alguna que no sea satisfacer su pasión, y aunque haya de ser castigado, aunque haya de sufrir la muerte, sólo es siervo de su pasión. Así se comportan también el impuro y el avaro. Mas si tan grande es la violencia de las pasiones, mayor ha de ser la de la virtud. Si por aquéllas despreciamos la muerte, mucho más por ésta. Si ellos desprecian su propia vida, mucho más debemos hacerlo nosotros por nuestra salvación. ¿Qué defensa tendremos si los que se pierden se empeñan tanto en su misma perdición y noso-

tros, en cambio, no ponemos el mismo esfuerzo por nuestra salvación, sino que permanecemos constantemente consumidos por la envidia? No hay nada peor que la envidia: por perder a otro, el envidioso se pierde a sí mismo. El ojo del envidioso se derrite en la tristeza, vive en una muerte continua, a todos tiene por enemigos, aunque no le hayan hecho daño alguno. Se aflige porque Dios es honrado, se complace en aquello que alegra a Satanás. ¿Alguien es honrado por los hombres? No es la honra verdadera. No lo envidies. ¿Es honrado por Dios? Imítalo y hazte igual a él. ¿No quieres hacerlo? Entonces ¿por qué te has de perder a ti mismo? ¿Por qué arrojas de ti lo que tienes? ¿No puedes hacerte igual a él, ni abrazar la virtud? Pero ¿por qué abrazas, entonces, el vicio? Lo que debieras hacer es alegrarte con él, para que, aunque no puedas participar en su esfuerzo, al menos, por congratularte con él, saques algún provecho.

Muchas veces basta la intención para llevar a cabo algo grande. Ezequiel dice¹⁵ que los moabitas fueron castigados por alegrarse de las desgracias de los israelitas, mientras que otros se salvaron por haber llorado por los males ajenos. Si los que lloran por las desgracias ajenas obtienen algún consuelo, con mayor motivo lo obtendrán los que se regocijan en las honras conseguidas por los otros. El profeta reprendía a los moabitas porque se alegraban del castigo de los israelitas. Fue Dios, sin embargo, quien los castigó. Aunque sea Dios quien castiga, no quiere que nos alegremos del castigo ajeno, porque tampoco él, de suyo, quiere castigarnos. Si debemos sufrir con los que sufren, con mayor motivo conviene no envidiar a los que son honrados. Así perecieron Coré y Datán con los suyos, haciendo más ilustres a aquéllos a quienes envidiaron y ganándose para sí mismos

el castigo. Fiera venenosa es, en realidad, la envidia. Fiera inmunda, malicia de la voluntad que no tiene perdón, perversidad que no tiene justificación, causa y origen de todos los males. Por ello, arranquémosla de raíz, a fin de librar-nos de los males de esta vida y obtener los bienes de la venidera, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 56

Pasando de allí, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién pecó, él o sus padres, para que éste naciera ciego?

1. *Pasando de allí, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento.* Siendo humano y deseando nuestra salvación, para hacer callar a los impíos, no perdona ningún medio que pueda contribuir a ese fin, ni siquiera cuando nadie le contempla. Previéndolo, decía el profeta: *Para ser justificado por tus palabras y para que salgas victorioso en el juicio*². Por eso, ahora, como no entendían lo sublime de sus palabras, sino que le llamaban endemoniado y trataban de matarlo, apenas salido del Templo, cura al ciego para, alejándose de ellos, calmar su furor, suavizar su dureza y crueldad y para, mediante ese milagro, hacer verosímiles sus palabras. No obra un prodigio cualquiera, sino uno como hasta entonces jamás se había visto. *Nunca se ha oído decir de nadie que haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento*³. Tal vez alguien había abierto los ojos a un ciego, pero desde luego no a un ciego de nacimiento. Había salido del Templo para obrar este prodigio. Se desprende claramente del hecho de que fue él quien vio al ciego y no el ciego quien acudió a

él. Y lo miró tan detenidamente que reclamó sobre él también la atención de sus discípulos. Por eso le propusieron una cuestión: *¿Quién pecó, él o sus padres?* La pregunta era absurda. ¿Cómo podría haber pecado antes de nacer? ¿Y cómo podía haber sido castigado por los pecados de sus padres? ¿Por qué le propusieron una cuestión como ésta? Antes, cuando curó al paralítico, le dijo: *Has sido curado: anda y no peques más*⁴. Los discípulos, concluyendo que la parálisis había sido castigo de un pecado, razonaban: «Si aquél quedó paralítico por su pecado, ¿qué diremos de éste? ¿También ha pecado? No puede afirmarse eso, porque es ciego de nacimiento. ¿Pecarían entonces sus padres? Tampoco eso puede sostenerse, pues no debe ser castigado el hijo por los pecados de los padres». De la misma manera, cuando vemos a un niño herido por una enfermedad grave, pensamos: «¿Cómo explicarnos esto? ¿Qué puede haber hecho este niño?». Y lo decimos no tanto como una pregunta, sino más bien como una duda. Lo mismo les ocurre a los discípulos, que no tienen propiamente intención de preguntar, sino de expresar su perplejidad. ¿Qué les responde Cristo? *Ni él ni sus padres*⁵. Al decir esto no pretende enseñar que él y sus padres están por completo exentos de pecado. No dice, sin más, «Ni él ni sus padres han pecado», sino añadiendo: *Para que nazca ciego*. Todo ha sido para que sea glorificado el Hijo de Dios. Pecaron, es verdad, él y sus padres, pero la ceguera no es consecuencia de sus pecados.

Parece claro que Cristo dice esto para enseñar que, no sólo este ciego, sino el resto, no deben su ceguera a los pecados de sus padres, pues no es lícito condenar en uno la culpa de otro. Si aceptáramos ese principio deberíamos admitir también que el ciego pecó antes de nacer. Igual que

cuando dice «ni éste ha pecado», no pretende enseñar que pueda pecarse antes del nacimiento y ser castigado por ello, cuando dice «ni sus padres», no está enseñando que nadie puede ser castigado por los pecados de sus padres. Por otra parte, él mismo, por boca del profeta Ezequiel, desmiente esa opinión: *Por mi vida, oráculo del Señor. Ya no se dará más el proverbio de «los padres comieron los agraces y los hijos sintieron la dentera»*⁶. Y también Moisés dice: *No será condenado a muerte el padre por la culpa del hijo*⁷. Y de un rey dice que hizo eso para cumplir la Ley de Moisés⁸. Tal vez haya quien objete a esto: «Entonces ¿cómo es que está escrito: *el que hace caer la culpa de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación*»⁹?».

No se trata aquí de un principio universal. Se está hablando de algunos que habían salido de Egipto: como quiera que los que habían salido de Egipto, después de muchos prodigios y signos extraordinarios, eran peores que sus padres, que no habían visto ninguna de esas cosas, fueron condenados a padecer los mismos sufrimientos que éstos habían padecido, porque también en los pecados se habían hecho iguales a ellos. Esta interpretación se hace patente si examinamos con detenimiento el siguiente pasaje: ¿Por qué nació ciego? *Para que se manifestara la gloria de Dios*. Esta respuesta da origen a otra pregunta: ¿es que sin el castigo de ese hombre no habría podido manifestarse la gloria de Dios? Ciertamente sí. No se dice que no habría podido. De hecho podía. Se dice que para que también en este caso se manifestara la gloria de Dios.

Dirás: «O sea, que hubo de padecer desgracia para que se manifestara la gloria de Dios». Dime qué desgracia. Desgracia habría sido que no hubiera querido que naciera. Pero

yo te digo que también de su ceguera obtuvo beneficio: llegó a ver con los ojos de dentro. ¿Qué provecho extrajeron los judíos de sus ojos? Recibieron un castigo mucho más grave, porque, aun viendo, se comportaron como ciegos. Y ¿qué daño se le siguió a éste de su ceguera? Recibió una visión perfecta en recompensa por su falta de vista. Sucede que los males de esta vida no lo son, como tampoco son bienes los bienes de aquí. Sólo el pecado es un mal. La ceguera no es algo dañino. Quien había creado todo de la nada, habría podido dejarlo como estaba. Hay quienes dicen que esas palabras no expresan un nexo causal, sino sólo el cumplimiento de algo no pretendido. Como cuando dice: *Para un juicio he venido a este mundo, para que quienes no ven, vean y quienes ven se queden ciegos*¹⁰. No vino para dejar ciegos a los que ven. Y también Pablo: *Lo que es conocido de Dios les ha sido revelado para que sean inexcusables*¹¹. No es que se lo haya revelado para privarlos de cualquier posibilidad de justificación, sino todo lo contrario, para ofrecérsela. Y en otro lugar: *La Ley fue concedida para que sobreabundara el pecado*¹². No por ese motivo, sino para que el pecado fuera destruido.

2. Advierte cómo en todos esos casos las palabras presuponen que ha tenido lugar una consecuencia que no había sido querida. Un arquitecto podría construir una parte de una casa y dejar la otra sin edificar para demostrar a los incrédulos, mediante la parte sin construir, que él era el autor del conjunto. También Dios mantiene unido y perfecciona nuestro cuerpo, como si de una casa que amenazara ruina se tratara, cuando cura la mano seca, restituye el vigor a los miembros del paralítico, sana a los cojos, limpia a los le-

prosos, cura a los enfermos, fortalece las piernas de los débiles, resucita a los muertos, abre los ojos cerrados y da la vista a quienes carecen de ojos. Al corregir los defectos de nuestra débil naturaleza, manifiesta su poder. Cuando dice: *para que se manifieste la gloria de Dios*, habla de sí mismo, no del Padre. La gloria de éste ya se había manifestado con toda evidencia. Puesto que sabían que Dios, cuando formó al primer hombre, tomó barró de la tierra para hacerlo, también él hizo barro. Si hubiera dicho: «Yo soy quien, tomando polvo de la tierra, formó al primer hombre», habría escandalizado a su auditorio. No pudieron, por el contrario, oponérsele, cuando con sus propios ojos contemplaron lo que había hecho.

Habiendo tomado un poco de polvo y formando barro con su saliva, reveló su gloria, que hasta entonces había permanecido escondida. No era pequeña gloria ser tenido por artífice de la creación. De esto derivaría todo lo demás, como consecuencia lógica. Por la parte eran inducidos a creer el todo. La fe en lo mayor obliga a la fe en lo menor. El hombre es la criatura de más valor de toda la creación y, dentro del hombre, el ojo es su órgano más precioso. Por eso no creó los ojos de cualquier modo, sino de éste determinado, pues aun siendo un órgano minúsculo, es sumamente necesario para el cuerpo humano. Pablo enseña lo mismo cuando dice: *Si el oído dijera: «no soy oído, no pertenezco al cuerpo», no por eso dejaría de pertenecer*¹³. Todo lo que está en nosotros demuestra el poder divino. Pero, más que ninguna otra cosa, lo hace el ojo, que gobierna todo el cuerpo, da belleza, es ornato del rostro y da luz al resto de los miembros. Lo que es el sol para el universo lo es el ojo para el cuerpo humano. Si apagaras el sol, habrías arruinado todo, habrías deshecho el universo. Si apagas los ojos,

quedarán inútiles los pies y las manos y hasta el alma. Si los ojos quedaran inservibles, todo nuestro conocimiento se desvanecería. *Pues, siendo reconocible por sus obras, lo que en él es invisible puede ser contemplado por las criaturas del mundo*¹⁴.

En suma, el ojo no es una linterna sólo para el cuerpo, sino, y aún más, para el alma. Tal es la razón por la que está puesto en la parte más destacada del cuerpo, como corresponde al rey, en una situación de predominio sobre los demás órganos sensoriales. Fue él quien creó ese órgano. Y para que no pienses que necesitaba de la materia para crearlo y aprendas que, en el principio, tampoco le fue necesario el barro, pues quien creó de la nada las cosas más elevadas, con mayor razón habría podido crear ésta sin recurrir a una materia preexistente; para que sepas que no la necesitaba y para revelar que, desde el principio, él fue el creador, tras haber extendido el barro, dice: *Ve a lavarte*¹⁵, para revelarte que usó del barro para manifestar así su gloria y no porque necesitara de él para crear tus ojos. Puesto que había dicho: *para que se manifieste la gloria de Dios*, matiza ahora: *Es necesario que cumpla las obras del que me ha enviado*¹⁶, es decir, debo revelarme y hacer cuanto es necesario para declarar que obro de manera igual al Padre. No de modo semejante, sino idéntico, lo que significa el grado mayor en la igualdad y se predica sólo de quienes no son disparejos ni en lo más insignificante. ¿Quién podrá oponérsele cuando le vea hacer lo mismo que el Padre hace? Pues no sólo formó los ojos y los abrió, sino que da la vista, prueba que confirma que puede también, con su hálito, infundir el alma. Por mucho que el ojo estuviera sano y entero, careciendo de vida el alma, no sería posible la visión.

Por tanto, fue él quien dio al alma su capacidad para actuar, al igual que fue él quien nos dio miembros provistos de todas sus partes: de arterias, nervios, venas, sangre y, en fin, de todo cuanto compone nuestro cuerpo.

Es necesario que camine, mientras sea de día. ¿Qué significan esas palabras? ¿Qué relación guardan con las anteriores? Mantienen con ellas un estrechísimo vínculo. Al hablar así, quiere decir: «mientras sea de día, mientras los hombres puedan creer en mí, mientras esté vivo, debo actuar». Y añade: *Viene la noche, el futuro, cuando nadie puede actuar.* No dijo «cuando yo no puedo actuar», sino «cuando nadie puede actuar», o sea, cuando ya no serán posibles la fe, los méritos, la penitencia. Como llama obra a la fe, le preguntan: *¿Qué hemos de hacer para cumplir las obras de Dios?* Y él les contesta: *Ésta es la obra de Dios, que creáis en quien él ha enviado.* ¿Por qué llegará un tiempo en que nadie pueda ya cumplir esta obra? Porque no habrá ya lugar para la fe sino que todos, quiéranlo o no, tendrán que obedecer. Para que nadie le reproche que su comportamiento es fruto de la ambición, les enseña que al actuar así lo hace en favor de quienes sólo aquí gozan de la facultad de creer y no podrán contraer méritos en la otra vida. Ésa y no otra fue la razón de que obrara aquel milagro, y no porque el ciego acudiera a él.

Por lo demás, de todo cuanto sigue se desprende el valor y la fe de aquel ciego y que, por tanto, merecía ser curado. Y que si él mismo lo hubiera visto, habría creído y se le habría acercado y que no habría desdeñado la advertencia de quien le hubiera prevenido de la presencia del Señor. Bien podría haber reflexionado en su interior, pensando: «Pero, ¿que es esto? Ha hecho barro, me lo ha extendido sobre los ojos y luego me ha ordenado que vaya a lavarme. ¿No podía haberme curado y enviarme después a la piscina de Siloé? Son muchas ya las veces que me he lavado allí, junto a tantos otros, y nunca saqué provecho. Si realmente tuviera

poder, me habría curado al instante y en su presencia». En esos términos se dirigió Naamán a Eliseo. Cuando éste le ordenó lavarse en el Jordán, a pesar de la fama del profeta, no lo creyó¹⁷. Pero este ciego ni fue incrédulo, ni discutió con Jesús, ni pensó para sí: «¿A qué viene todo esto? ¿Era necesario cubrirme de barro? Jamás nadie recuperó la vista por ese procedimiento, en todo caso eso sirve sólo para perderla». No pensó nada de esto. ¿Ves su fe y la perseverancia de su alma?

Viene la noche. Con tales palabras anuncia Jesús que, incluso tras su crucifixión, seguiría cuidando de los impíos y atrayendo a muchos hacia sí. *Aún dura el día.* A pesar de lo cual, queda profundamente turbado. Y para explicar todo eso, añade: *Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo*¹⁸. Lo mismo había dicho a los demás: *Creed mientras permanezca la luz con vosotros*¹⁹.

3. ¿Cómo es, entonces, que Pablo llama «noche» a la vida presente, y a la venidera, «día»? Si atiende al espíritu y no al sentido literal, no se están diciendo cosas contrarias: *La noche avanza y llega el día*²⁰. Llama noche al tiempo presente refiriéndose a quienes yacen en las tinieblas, o bien por comparación de este tiempo con el día aquel. Por el contrario, Cristo llama «noche» al tiempo futuro porque entonces se dejará de pecar. Pablo llama «noche» a esta vida porque quienes en ella viven entregados a la incredulidad y a los vicios yacen entre tinieblas. Dirigiéndose a los fieles, les dice: *La noche avanza y llega el día*, porque gozarán de aquella luz, frente a la noche anterior. *Depongamos las obras de las tinieblas*, les dice²¹. ¿Ves cómo identifica la noche con

los malvados? Por eso les dice: *Caminemos honradamente, como a la luz del día*, para poder gozar de su luz. Si tan bella es la luz presente, imaginad cuánto no lo será aquella otra. Como la luz del sol supera a la de un fanal, así y aún mucho más, excederá a ésta la luz aquella. Eso quiere decir *El sol se oscurecerá*: que por la intensidad de esa luz, dejará el sol de ser visible. Si en esta tierra gastamos fortunas en hacernos casas espléndidas y hermosas, siendo como son cosas perecederas, considera cuánto más compensará someter nuestros cuerpos a las fatigas que sean necesarias para lograr moradas espléndidas en el cielo, donde brilla esa inefable luz.

Abundan aquí los pleitos sobre lindes y muros divisorios. Nada de eso ocurrirá allí. Faltando la envidia y los celos, nadie litigará con nosotros por cosas como éstas. Inevitablemente habremos de dejar nuestra casa terrena. Aquella celeste será para siempre. Ésta se halla sometida al deterioro del paso del tiempo y acabará por venirse abajo. Aquella permanecerá siempre en pie. La de aquí es inasequible para el pobre, mientras que la celeste puede construirse con sólo dos moneditas, como hizo la pobre viuda. Por todo eso, me angustia comprobar que, aun habiéndonos sido dispensados tantos bienes, somos perezosos e indolentes y, mientras nos afanamos para disponer aquí de casas suntuosas, apenas nos preocupa prepararnos en el cielo una morada, siquiera sea mínima. Dime: aquí en la tierra ¿dónde querías tener tu casa? ¿En el desierto? ¿En una aldea? No lo creo. Supongo que en alguna gran ciudad, donde viva el rey, donde haya mucho comercio y donde abunden las cosas magníficas. Yo puedo conducirte a una ciudad cuyo constructor y arquitecto es Dios mismo.

Os suplico que en construir y edificar aquí abajo no gastemos sino las energías imprescindibles. Atendamos a las casas que pueden construir las manos de los pobres, a los palacios que son verdaderamente espléndidos. Los que cons-

truimos en la tierra son muestra, sólo, de nuestra extrema locura. Si fueras trasladado a Persia para visitar ese país y alguien quisiera obligarte a construir allí un palacio, ¿no considerarías loco a quien pretendiera forzarte a ese inútil dispendio? Entonces ¿por qué lo haces en la tierra, que habrás de dejar en breve plazo? «La dejaré a mis hijos», contestas. También ellos deberán seguirte al poco. Y hasta puede ser que se te adelanten, ellos y sus descendientes. Entonces constituirá para ti un motivo de enorme tristeza ver que tus herederos no te sobreviven. Nada parecido sucederá allá arriba, donde tu heredad permanecerá inmutable para siempre, y no sólo tú, sino tus hijos y nietos, si imitan tu ejemplo, podrán disponer de ella. Cristo mismo será quien edifique esa casa y, siendo él el constructor, no hay menester de cuidado ninguno, pues siendo Dios quien edifica ¿de qué habremos de preocuparnos? Él reúne cuanto material es necesario y edifica la casa. Y no es esto lo único maravilloso, sino que construye a tu gusto, incluso mejor que cuanto tú habrías podido desear. Él es el mejor de los arquitectos y pone sumo cuidado en que su obra te ofrezca las mayores comodidades. Si eres pobre y quieres edificar esa casa, no atraerás sobre ti la envidia ni el enojo de nadie. Ningún envidioso la verá. Sólo los ángeles, que se alegrarán contigo por tu fortuna. Nadie invadirá tus dominios, pues no habrás de tratar con nadie que padezca ese defecto. Tendrás por vecinos a los santos: a Pablo, a Pedro, a todos los profetas, a los mártires, a los coros de los ángeles y los arcángeles.

Atendiendo a todo lo cual, cedamos nuestros bienes a los pobres, para adquirir de tal suerte una morada en el cielo. Quiera Dios que todos podamos entrar en él, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 57

Dicho esto, Jesús escupió en el suelo, hizo un poco de barro con la saliva, ungió con el barro los ojos del ciego y dijo: Ve a lavarte a la piscina de Siloé

1. Quienes quieran extraer provecho de lo que se acaba de leer, han de cuidar hasta el último detalle. Nos ha sido dicho que escudriñemos las Escrituras porque, con frecuencia, cosas que a simple vista parecen sencillas y de fácil comprensión, ocultan profundas verdades. Mira lo que se nos acaba de decir: *Dicho esto, escupió en el suelo*². ¿Por qué lo hace? Para manifestar la gloria de Dios y porque había dicho: *Debo hacer las obras del que me ha enviado*. No sin motivo el evangelista ha consignado estos hechos y ha indicado que escupió en el suelo. Lo ha hecho para demostrar que Jesús, con sus obras, confirmaba sus palabras. ¿Por qué recurrió a la saliva, en vez de al agua, para formar barro? Habría enviado entonces al ciego a la piscina de Siloé. Escupió en la tierra para que no atribuyeran un poder milagroso al agua de aquella piscina y para que tú entiendas que fue de su boca de donde salió la misteriosa energía que regeneró los ojos del ciego y los abrió. Por eso es por lo que el evangelista dice: *Hizo un poco de barro con la saliva*. A continuación, para evitar que se pensara en un poder secre-

to de la tierra, le ordenó que fuera a lavarse. ¿Por qué no obró el prodigio de una vez y lo envió a lavarse a la piscina de Siloé? Para que aprecies la fe del ciego y quede derrotada la obstinación de los judíos. Muy probablemente, todos lo vieron mientras iba con los ojos cubiertos de barro.

Un caso tan insólito atrajo sobre él la atención de todos. Tanto los que habían presenciado el hecho, cuanto quienes lo ignoraban, sentirían curiosidad por saber cómo acabaría todo aquello. Del mismo modo, como no era fácil de creer que el ciego hubiera recuperado la vista, a lo largo de todo el camino se habrían apostado testigos deseosos de contemplar algo tan prodigioso. Por lo mismo, dada la general atención, no sería posible ya discutir acerca de si era él o no. Al enviarlo a la piscina de Siloé, Cristo quería manifestar que no se oponía a la antigua Ley. Por otra parte, no era de temer que nadie atribuyera el prodigio a la virtud de la piscina misma, pues habían sido muchos los que se habían bañado en ella sin obtener ningún provecho.

Aquí es el poder de Cristo el que lo cumple todo, y por eso el evangelista añade una explicación. Tras haber dicho *a Siloé*, añade: *que significa enviado*, para que comprendas que fue curado allí, pero por la virtud de Cristo, como dice san Pablo: *Porque bebían de la piedra espiritual que los acompañaba, piedra que era Cristo*³. Como Cristo era la piedra espiritual, espiritual era la piscina de Siloé. Sospecho, además, que esta inesperada comparecencia del agua significa un misterio escondido. ¿Qué misterio? Una inesperada venida que sobrepasa toda esperanza. Advierte cómo el ciego tenía su ánimo dispuesto para obedecer en todo. No dijo: «Si el barro y la saliva van a devolverme la vista, ¿qué necesidad tengo de ir a la piscina de Siloé? Y, si es necesaria el agua de Siloé, ¿a qué viene la saliva? ¿Por qué me ha lle-

nado de barro y luego me ha ordenado limpiarme?». No se planteó ninguna de esas costumbres, sino que su único objetivo fue el de obedecer a quien le mandaba. Nada pudo disuadirle, nada constituyó un obstáculo. A la pregunta de alguien que nos interrogara acerca de cómo pudo recuperar la vista estando cubierto de barro, nada podremos contestar, porque no sabemos qué ocurrió en concreto. ¿Qué tiene de extraño que no lo sepamos, si lo ignoraban también el evangelista y el mismo que había sido curado? Este último sabía lo que había sucedido, pero no cómo había tenido lugar. Por eso, a quienes le preguntaban, les decía: *Extendió barro sobre mis ojos, me he lavado y veo*. Pero no alcanzaba a decir cómo había ocurrido todo, aunque se lo preguntaban una y mil veces. *Entonces, sus vecinos y quienes lo habían conocido cuando era ciego y pedía limosna, empezaron a decir: ¿No es éste el que estaba sentado pidiendo limosna? Y algunos decían que sí*⁴. Lo excepcional del suceso les hacía desconfiar, aunque, providencialmente, habían sido dispuestos antes muchos hechos que les forzaban a creer. Algunos decían: *¿No es el que estaba sentado pidiendo limosna?*

¡Grande es, en verdad, la bondad de Dios! ¡Cómo y hasta qué punto se anonada, cuidando amorosamente de los pobres y reduciendo al silencio a los judíos, porque su benevolencia no atiende tanto a los hombres ilustres y poderosos cuanto a los humildes, pues había venido para la salvación de todos! Lo que ocurrió cuando el paralítico, se repite ahora. No sabía aquél quién lo había curado y lo mismo le pasa a éste. En ambos casos sucede la curación cuando Cristo se ha ido, contradiciendo su costumbre, pues solía permanecer en el lugar del milagro para que no surgieran dudas acerca del prodigio. Quien ignoraba a quién atribuir el milagro ¿a cuento de qué iba a inventar nada sobre sus

acciones para obtener su complacencia? Este ciego no era un vagabundo cualquiera, sino que permanecía sentado a la puerta del Templo. Por eso, ¿qué dice a quienes albergaban dudas acerca de su identidad?

Soy yo. No se avergonzaba de su antigua ceguera. No temía el furor del pueblo, ni dejarse ver para anunciar la gracia recibida. *Le dijeron entonces: ¿Cómo es que se te han abierto los ojos? Respondió: El hombre que se llama Jesús⁵. ¿Qué dices? ¿Podría un hombre cumplir prodigios tales? Ni siquiera el ciego tenía aún de él un concepto suficientemente elevado. Dice: Un hombre que se llama Jesús ha hecho un poco de barro y me ha ungido.*

2. Advierte hasta qué punto es veraz. No dice cómo ni con qué ha sido ungido. Y no lo dice porque no lo ha visto. El no había podido ver que Jesús había escupido en la tierra. Sólo mediante el tacto había advertido que le había ungido con barro. *Y me ha dicho: ve a lavarte a la piscina de Siloé.* El oído podía dar testimonio de esto. ¿Cómo había reconocido la voz de Cristo? Por su conversación con los discípulos. Narra el ciego todo lo anterior aduciendo como testimonio hechos, pero no hasta el punto de poder explicar cómo ha sucedido. Si necesaria es la fe para creer en cosas que podemos percibir por el sentido del tacto, mucho más lo es para admitir lo que ni siquiera puede verse. *Le preguntaban: ¿Dónde está? Respondió: No lo sé⁶.* Le preguntaban «¿dónde está?» porque querían matarlo. Contempla cómo Cristo, ajeno a cualquier vanidad y porque no buscaba la gloria ni el aplauso del pueblo, no se quedó donde había devuelto la vista al ciego. Advierte, además, la veracidad con que el ciego responde a todo lo que le preguntan. Los judíos buscaban a Cristo para llevarlo ante los

sacerdotes y, como no pudieron dar con él, conducen al ciego ante los fariseos para que éstos lo interroguen con mayor detenimiento. El evangelista precisa que era sábado para revelar así la perversidad de sus voluntades y cómo se servían de cualquier pretexto para desacreditar el milagro, presentándolo como una transgresión de la Ley. Bien se echa de ver todo esto por el hecho de que, apenas vieron al ciego curado, no le preguntaron sino: *¿Cómo te ha abierto los ojos?*⁷⁷. No le preguntaron: «¿Como has recibido la vista?», sino: *¿Cómo te ha abierto los ojos?*, para ponerle en la ocasión de calumniar a Cristo por la acción que había realizado.

Pero él, como dirigiéndose a personas que sabían ya todo, replica con gran concisión, sin mencionar siquiera su nombre. No dice: «Me ha dicho: ve a lavarte», sino: *Ha puesto un poco de barro sobre mis ojos, me he lavado y ahora veo*. A pesar de que se habían difundido ya muchas calumnias acerca de él a propósito de las cosas que hacía el sábado, había extendido el barro. Advierte, además, que el ciego no se sentía turbado en absoluto. Nada tiene de admirable que respondiera sinceramente a las preguntas cuando éstas no comportaban ningún riesgo para él. Pero persevera en la misma actitud cuando le someten a presiones y amenazas. Tampoco entonces niega, ni se desdice. ¿Qué hicieron entonces los fariseos y los demás? Lo condujeron ante ellos para que se retractara de cuanto había declarado.

Pero ocurrió lo contrario de lo que pretendían, de manera que llegaron a saber más detalladamente cuanto había ocurrido. Y sucedió entonces lo que siempre pasaba tras los milagros, como podremos comprobar mejor más adelante. ¿Qué dijeron entonces los fariseos? *Algunos* —no todos, sino sólo los más exaltados— *decían*: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: ¿Cómo

*puede hacer tales prodigios un pecador?*⁸. ¿Ves lo que les preocupa del milagro? Escucha lo que dicen los mismos, aunque no todos, que habían enviado guardias para conducir a Jesús ante ellos. Siendo personas eminentes, por culpa de su desenfrenado deseo de gloria cayeron en la incredulidad y, aunque muchos de aquellos jefes creían en él, no se atrevían a confesarlo abiertamente. Sentían gran desprecio por el pueblo, que no contribuía a la sinagoga con generosidad suficiente. Los poderosos eran especialmente reacios a declarar en público lo que verdaderamente creían acerca de Jesús: unos, por apego al poder; otros, por temor a sus colegas. Por eso les decía Jesús: *¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria de los hombres?*⁹.

Los mismos que injustamente intentaban darle muerte, decían ser hombres de Dios y negaban que pudiera venir de Dios quien curaba a los ciegos sin respetar el sábado. Les replicaban otros que un hombre pecador no podía cumplir prodigios semejantes. Y los primeros, pasando astutamente por alto el milagro, llevaban la discusión a lo que ellos denominaban «transgresión de la Ley». No decían: «Cura en sábado», sino: *No guarda el sábado*. Los otros, a su vez, les contestaban con poca energía. Se habría requerido demostrar que eso no era una violación del sábado, pero ellos fundaban su defensa en el prodigio cumplido. Era natural que eligieran ese camino, porque seguían considerándolo simplemente un hombre. De no haber sido así, habrían podido defenderlo de otro modo, a saber, sosteniendo que quien había instituido el sábado era señor del sábado. Pero todavía no tenían de él un concepto tan alto. Nadie se atrevía a declarar abiertamente lo que pensaba, sino que expresaban su parecer tímidamente, unos por temor y otros por apego a sus cargos.

Estaban divididos. Lo que antes había ocurrido en el pueblo, tiene ahora lugar entre los príncipes. Unos decían: *Es bueno.* Otros: *Seduce al pueblo*¹⁰. ¿Reparas en cómo los jefes divididos son más imprudentes que la multitud? Ni siquiera tras revelarse esta división mostraron un ánimo noble y generoso, al ver que los fariseos se volvían amenazadores. En ocasiones, el desacuerdo puede ser bueno. Por eso, Jesús decía: *No he venido a traer paz a la tierra, sino espada*¹¹. A veces, la concordia puede ser mala y la discordia buena. Por ejemplo, quienes edificaron la torre se pusieron de acuerdo para su propio daño y, aunque a su pesar, padecieron luego división por su propio bien. Los partidarios de Coré eran unánimes para el mal, por lo que constituyó un bien que fueran separados. También Judá llegó a un acuerdo malo con los judíos. Por consiguiente, la discordia puede ser un bien, como puede ser un mal la concordia. Por eso dice Jesús: *Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y si tu pie te escandaliza, córtatelo*¹². Si hay que cortar los miembros que para el mal están unidos, ¿no será aún más necesario separarse de los amigos con quienes se está unido en el mal? Por todo ello, no siempre la concordia es buena, como no siempre es mala la discordia.

3. Digo todo esto para animaros a rehuir a los malos y a frecuentar a los buenos. Si amputamos los miembros gangrenados e incurables para que no arrastren a todo el cuerpo a la muerte y no hacemos esto por olvido de uno de nuestros miembros, sino para salvar los demás, ¿no deberemos, con mayor razón, comportarnos igual con quienes nos están unidos en la maldad? Si podemos enmendarlos sin padecer ningún daño, dedicaremos todo nuestro esfuerzo a ese

fin. Pero si no podemos corregirlos y pueden perjudicarnos, debemos separarlos y alejarlos de nosotros. Por este procedimiento, a menudo sucede que podemos recuperarlos más tarde.

Por tal motivo, Pablo nos exhorta así: *Arrancad de entre vosotros al malvado*¹³, y: *para que sea extirpado de vosotros quien ha cometido esa acción*¹⁴. Verdaderamente, es muy peligrosa la compañía de los malos. No son tan dañinas ni voraces para quien las padece la peste y la fiebre, como las malas compañías. *Las malas compañías corrompen las buenas costumbres*¹⁵. Y el profeta dice: *Salid y separaos de éstos*¹⁶. Nadie trabé amistad con gente viciosa. Si cuando tenemos hijos díscolos y rebeldes los desheredamos, sin consideración a la naturaleza ni a sus leyes, ni a los lazos de sangre, con mayor razón deberemos abandonar a amigos y conocidos que sean malos. Aunque no nos produzcan ningún daño, no podremos evitar labrarnos una mala reputación. Quienes no nos conocen no investigan nuestra vida: nos juzgan por las compañías que frecuentamos. Dirijo esta exhortación tanto a las casadas como a las vírgenes. Dice el apóstol: *Esforzaos por hacer el bien, no sólo delante de Dios, sino también ante los hombres*¹⁷.

Pongamos el mayor de los esfuerzos para no servir nunca de escándalo al prójimo. Por recta que sea una vida, si causa escándalo a los demás, pierde todo su mérito. ¿Cómo puede dar escándalo una vida recta? Cuando la compañía de los malvados nos procura una mala reputación. Cuando, fiándonos en exceso de nuestras propias fuerzas, frecuentamos la compañía de gentes dadas al vicio, aunque a nosotros no nos perjudique, servimos de escándalo a los

demás. Me dirijo a hombres, a esposas, a vírgenes. Y dejo a su conciencia determinar cuántos males provienen de eso. Yo, personalmente, no sospecho nunca nada malo y, probablemente, lo mismo sucederá con quien haya hecho ya grandes progresos en el camino de la virtud. Pero tu hermano más sencillo puede dudar de la solidez de tu virtud. Debes pensar también en su debilidad. Y si éste no se escandaliza, puede ocurrir que padezca escándalo el pagano. Pablo nos ordena no servir de escándalo ni a judíos, ni a paganos, ni a la Iglesia de Dios¹⁸. Personalmente, nunca sospecho de una virgen. Todo lo contrario: amo la virginidad, y la caridad nunca piensa mal¹⁹. Amo mucho ese tenor de vida y no puedo pensar que haya en él nada de extraño. Mas ¿cómo persuadir de lo mismo a quienes nos son ajenos? Es necesario que tengamos presente también su punto de vista.

Comportémonos, por tanto, de manera que no demos ocasión a que un infiel nos critique justamente. Igual que quienes siguen una vida honrada dan con ello gloria a Dios, los que se comportan del modo opuesto son culpables porque con ello provocan la blasfemia. Quiera el cielo que entre nosotros no haya nada de esto, sino que brillen nuestras obras de modo que den gloria al Padre nuestro que está en los cielos, de manera que todos podamos gozar de su gloria, que todos deseamos conseguir, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 58

Le preguntan de nuevo al ciego: ¿Tú que dices del que te ha abierto los ojos? Y él responde: Que es un profeta. Pero los judíos no creyeron

1. Si no queremos que surjan dificultades de interpretación, las Escrituras no deben ser leídas superficial o distraídamamente. Cualquiera podría plantear ahora una pregunta: ¿Cómo es que, después de haber dicho: *Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado*, preguntan ahora: *Tú, qué dices del que te ha abierto los ojos?* No preguntan: «¿Qué dices del que ha violado el sábado?», sino que, en el lugar de la acusación, ponen lo que es la justificación. ¿Qué debemos concluir de todo esto? Que no hablan aquí los mismos que antes habían dicho: *Este hombre no viene de Dios*, sino los que mantenían una opinión distinta y decían: *¿Cómo puede un pecador hacer prodigios como éstos?* A fin de reducir a los otros al más completo silencio, y no atreviéndose a aparecer como defensores de Cristo, acuden a preguntar a quien había experimentado en sí mismo el poder de Cristo. Repara en la sabiduría del mendigo. Habla con prudencia mayor que la de todos los demás. Comienza diciendo: *Es un profeta*. No teme la opinión de los judíos malos, de quienes le contradecían argumentando: *¿Cómo*

puede venir de Dios este hombre, si no guarda el sábado? Dice: *Es un profeta*. No creyeron que hubiera estado ciego y que había recuperado la vista hasta que no llamaron a sus padres. Advierte cómo éstos se esfuerzan de mil maneras por esconder la verdad y negar el milagro. Pero pertenece a la naturaleza misma de la verdad el ser confirmada precisamente por los mismos argumentos insidiosos con que se esfuerzan en rebatirla sus adversarios. Pese a los intentos de oscurecerla, resplandece siempre. De no haberse cumplido esos intentos, el milagro podría haber parecido sospechoso a muchos. Pero éstos se comportaron como si hubieran querido indagar la verdad escrupulosamente, y no habrían procedido de manera distinta si lo que se hubieran propuesto hubiera sido favorecer a Cristo.

Lo que en realidad buscaban era desacreditarlo. Por eso decían: *¿Cómo te ha abierto los ojos?*, es decir: «¿Ha hecho una obra de magia?». También en otra ocasión, careciendo de medios para oponérsele, intentaron criticar el modo en que curaba diciendo: *Expulsa los demonios en nombre de Belcebú*². Ahora, como no saben qué objetarle, recurren a una acusación acerca del tiempo por él elegido y dicen: *Viola el sábado*. Y también: *Es un pecador*. Y eso, aun cuando él mismo había preguntado ya explícitamente a los envidiosos que se esforzaban por criticarlo: *¿Quién de vosotros puede acusarme de pecador?*³. Y nadie había podido replicar a una frase como ésa con otra que dijera: «Blasfemas cuando te presentas como alguien que es impecable». De haberse atrevido a decir algo semejante, él no se habría callado. Habían intentado lapidarlo porque había dicho que era anterior a Abraham. Se habían gloriado de descender de Dios, sosteniendo que él no procedía de Dios, aunque en realidad eran asesinos. Sólo porque no respetaba el sábado, negaban que

procediera de Dios quien obraba milagros tales. Siendo todo ello así, de haber tenido el menor pretexto para acusarlo, no habrían perdido la ocasión. Lo llamaban pecador porque parecía violar el sábado, acusación carente de todo fundamento, como lo testimonia la actitud de los otros judíos, que desaprueban el juicio de sus acusadores como cosa necia y ridícula. Viéndose puestos entre la espada y la pared y sin vía de escape, atacan de modo aún más desvergonzado y petulante. ¿De qué se trata? Dice el evangelista: *No creían que hubiera sido ciego y que ahora viera*. ¿Cómo es, entonces, que, no creyendo en el milagro, lo acusaran de haber violado el sábado? ¿Qué os mueve a no creer a una inmensa multitud y a los vecinos, que conocen bien al ciego? Pero, como ya he dicho, la mentira vuelve siempre contra sí misma las armas que emplea para oponerse a la verdad.

Aún más: acrecienta el esplendor de la verdad, algo que se cumplió también en la ocasión presente. Para que no se dijera que los testigos y los espectadores del milagro no habían narrado exactamente todo lo ocurrido, sino que lo habían hecho de manera aproximada, hicieron aparecer en escena a los padres, logrando como resultado, muy a su pesar, obtener por boca de ellos una confirmación más de lo que había sucedido. Como es natural, éstos conocían a su hijo mejor que nadie. Como no habían logrado atemorizarlo, sino que lo veían dispuesto a divulgar con valor el nombre de su benefactor, esperaban conseguir desacreditar el milagro con la ayuda de sus padres. Advierte la enorme malicia que oculta su pregunta.

¿Qué cuenta el evangelista? Que, tras haber hecho parecer a los padres ante su presencia, a fin de intimidarles, se mostraron furiosos y les preguntaron: *¿Es éste vuestro hijo?*⁴. No añaden: «El que antes era ciego», sino que

dicen: *El que decís que nació ciego*, insinuando que mentían con astucia para fomentar la fe en lo que Cristo había hecho. ¡Desgraciados y más que desgraciados! ¿Qué padre sería capaz de fingir algo así en detrimento de su propio hijo? Es como si dijeran: «El que vosotros habéis dicho que era ciego. Y, no contentos con esto, habéis propalado por todas partes ese rumor». *¿Cómo es que ahora ve?* ¿Qué locura! Dicen: «De vosotros ha partido ese rumor, se trata de una simulación que habéis tramado». De dos maneras procuran presionarlos para que nieguen el milagro. Primero, con la frase «el que decís» y luego con la otra de «¿cómo es que ahora ve?».

2. Las preguntas eran tres: si el ciego era su hijo, si de verdad había sido ciego y de qué modo había recuperado la vista. Pero ellos sólo dan dos respuestas y se niegan a contestar a la tercera cuestión. Lo que ratifica la verdad es el hecho de que nadie hizo esas declaraciones, excepción hecha del mismo ciego, que sin duda era digno de fe. ¿Por qué habrían debido hablar en favor de Jesús los padres, que luego, por temor a los judíos, callaron algunas cosas que sabían? ¿Qué dicen? *Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve o quién le ha abierto los ojos, no lo sabemos. Preguntádselo a él, que ya tiene edad y puede hablar por sí mismo*⁵. Declarando que es digno de fe, se excusan a sí mismos. Dicen: «Ya no es un niño. Está ya crecido y puede dar razón de sí mismo». *Hablaban así por temor a los judíos*⁶. Repara en que el evangelista traslada su testimonio y sus intenciones. Al decir esto, me refiero a la frase que ha dicho antes, la de «se hace igual a Dios». Si tal hubiera sido el pensamiento de los judíos, el evangelista lo habría precisado, advirtiéndole que ése era el parecer de los

judíos y no el de Cristo. Cuando los padres remitieron a los judíos al ciego curado en persona, volvieron a llamarlo. No le dijeron descarada y abiertamente: «Desmiente que has sido curado por Cristo». Pretendieron alcanzar ese objetivo so capa de piedad. *Glorifica a Dios*, le dicen⁷. Si hubieran dicho a sus padres: «Negad que éste sea vuestro hijo, negad que haya sido ciego de nacimiento», habría sido una cosa por entero ridícula. Hablar al ciego en términos como éstos, habría sido a todas luces una desvergüenza. Por eso, no emplean esos términos, sino que le tienden una trampa, diciéndole: *Glorifica a Dios*, declara públicamente que no ha hecho nada contigo: *Sabemos que este hombre es un pecador*. ¿Por qué no le llevaste la contraria cuando dijo: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?⁸. ¿Cómo sabéis que es un pecador? Tras haberle sido dicho *glorifica a Dios* sin que él respondiera nada, habiéndolo encontrado Jesús, lo alabó y no le reprochó que no hubiera dado gloria a Dios. ¿Qué le dijo?: ¿*Crees en el Hijo de Dios?*, para que aprendas que precisamente en eso consiste dar gloria a Dios.

En realidad, si el Hijo no fuera igual al Padre, esa glorificación no tendría cabida. Pero como quien honra al Hijo honra igualmente al Padre, el ciego no fue reprobado. Mientras los judíos albergaron la esperanza de que los padres cedieran a sus presiones y desmintieran todo, no le habían dicho nada. Pero cuando comprobaron que por esa vía no habían obtenido nada, se dirigieron a él de nuevo y le dijeron: *Ese hombre es un pecador*. El respondió: *Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé que yo era ciego y que ahora veo*⁹.

¿Tuvo miedo el ciego? En absoluto. ¿Por qué, entonces, habiendo dicho antes: *Es un profeta*, dice ahora: *Si es un pecador, no lo sé*? No admitía nada de eso en su corazón, pero

quería absolverlo de esa acusación, no con el testimonio de sus palabras, sino con el de las obras, ofreciendo en su defensa argumentos tan irrefutables como son los que testimonian la gracia de él recibida, que constituía, por otra parte, una acusación contra ellos. Cuando, entre otras cosas, el ciego dijo: *Si no fuera un hombre piadoso, no habría podido obrar tales milagros*, ellos se indignaron hasta el punto de contestarle: *Naciste empecatado y pretendes darnos lecciones*. Estando así las cosas, ¿qué no habrían hecho si les hubiera hablado desde el principio en términos similares? ¿Qué no le habrían dicho? *Si es un pecador, no lo sé*. Es decir: «por el momento, nada digo a ese respecto ni doy a conocer mi opinión. Pero hay algo que sé con absoluta certeza y que estoy dispuesto a mantener con todas mis fuerzas: que no obraría tales cosas si fuera un pecador».

Con esas palabras, se absolvió de cualquier sospecha a sí mismo y a su testimonio, demostrando que, al contar el milagro, no lo hacía por favorecer a nadie. Como ellos no podían negar o atenuar los hechos, vuelven sobre el modo en que la curación ha ocurrido, semejantes a cazadores que, en persecución de la presa, acuden ahora aquí y luego allí. Vuelven, por tanto, a su anterior razonamiento y le preguntan: *¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?*¹⁰. Al verlos desconcertados y abatidos, no habla ya en tono sumiso. Mientras había necesitado examinar e indagar, se había referido al hecho de manera moderada. Mas, tras haber conseguido ventaja sobre ellos y obtener a su costa una espléndida victoria, los afronta lleno de audacia y les dice: *Os lo he dicho ya y no me habéis escuchado. ¿Por qué lo queréis oír otra vez?*¹¹. ¿Has visto el valor que el mendigo exhibe ante escribas y fariseos? La verdad es tan fuerte y vigorosa, como débil es la mentira. Consigue la primera trans-

formar en persona digna de fama a cualquiera que se encuentra por el camino. Ésta, por el contrario, aun encontrándose acompañada de hombres poderosos, los hace aparecer como débiles. Es como si dijera: «No tomáis en consideración mis palabras. Por eso no volveré a hablar. No volveré a contestar a vuestras preguntas impertinentes e inútiles, porque no me escucháis para aprender algo de lo que os digo, sino para contradecirme en todo». *¿También vosotros queréis haceros discípulos suyos?* Él se considera ya uno de sus discípulos. Las palabras «también vosotros» indican que él es ya uno de sus discípulos.

3. Sabiendo que de este modo les hería en lo más vivo más que con cualquier otra cosa, les dijo esto para provocarlos. Él era valiente y de ánimo elevado y despreciaba la insensata furia de éstos, mientras que se rendía ante la dignidad de aquél en quien creía. Por eso, quería demostrarles que insultaban a quien era digno de admiración y, al mismo tiempo, que él, lejos de sentirse ofendido, consideraba un honor los insultos que por él le dirigían. Le replican: *Tú eres discípulo de ése, nosotros lo somos de Moisés*¹². Esa frase contradice toda lógica. Vosotros no sois discípulos ni de Moisés ni de él. Si fuerais discípulos de Moisés, lo seríais también de Cristo. Por eso Cristo les había dicho antes, en otra ocasión: *Si creyeráis a Moisés, me creeríais también a mí, pues él escribió de mí*¹³. Ellos recurrían siempre a argumentos de ese género. *Sabemos que a Moisés le habló Dios*¹⁴. ¿Quién os lo ha dicho? ¿Quién lo ha anunciado? Contestan: «Nuestros padres nos han transmitido esa noticia». ¿Y no es más digno de fe que vuestros padres quien, con sus milagros, confirma que viene de Dios y que

narra verdades divinas? Y no dijeron: «Hemos oído que Dios habló a Moisés», sino: *Sabemos*. Judíos: ¿tenéis como cierto lo que sabéis porque lo habéis oído y concedéis menor consideración a lo que habéis visto con vuestros propios ojos? Pero lo primero no lo habéis visto, sólo lo habéis oído decir, y lo segundo, además de haberlo oído, lo habéis visto.

¿Qué dice entonces el ciego? *Aquí está la cuestión: que no sabéis de dónde es*¹⁵. Obra prodigios tales como ningún hombre de los que vosotros tenéis por insignes, ilustres y admirables, habría podido obrar jamás. Resulta, por tanto, evidente que es Dios y que no necesita de ningún socorro humano. *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores*¹⁶. Como ellos habían dicho antes: *¿Cómo puede un pecador obrar tales prodigios?*, él les argumenta con sus mismas opiniones y les recuerda lo que ellos mismos habían dicho. Es como si les dijera: «Ese parecer lo mantenemos tanto vosotros como yo. Permaneced en él». Advierte su prudencia: no deja caer de su boca la mención del milagro, que ellos no podían negar en ningún modo, y sobre él funda toda su argumentación. Al principio decía: *Si es un pecador, no lo sé*. Pero no porque tuviera dudas al respecto; lejos de nosotros esa opinión, sino porque sabía bien que no era un pecador.

Advierte cómo, por el contrario, ahora, cuando ha llegado el momento oportuno, toma su defensa: *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero que si alguien es piadoso y cumple su voluntad*. Con tales palabras, no sólo lo absuelve de cualquier acusación, sino que demuestra que es agradable a Dios y que cumple sus obras. Puesto que ellos decían ser hombres piadosos, añade: *y cumple su voluntad*. Les dice: «No basta conocer a Dios. Es necesario, además,

cumplir su voluntad». Después, exalta el milagro que hizo él: *Nunca se ha oído decir de nadie que haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento*¹⁷. Si reconocéis que Dios no escucha a los pecadores, que él ha obrado un milagro y uno tal como nadie antes había cumplido, queda claro que supera a todos en virtud y que su poder es superior a la humana capacidad.

¿Qué le responden entonces? *Empecatado naciste y ¿quieres darnos lecciones a nosotros?*¹⁸. Mientras abrigaron la esperanza de inducirlo a negar el milagro, lo consideraron persona digna de crédito y lo llamaron una y otra vez. Pero os pregunto: ¿si no lo considerabais digno de crédito, por qué lo llamasteis y le interrogasteis una primera y una segunda vez? Cuando, sin consideración a nadie, declara la verdad haciéndose digno de admiración, es cuando precisamente lo condenan. ¿Qué pretenden decir con las palabras *empecatado naciste*? Le reprochan su ceguera, como diciendo: «Desde tu más tierna infancia estás en pecado», como si su ceguera fuera culpa suya, cosa que es absurda. Para consolarlo de su infortunio decía Cristo: *He venido a este mundo para un juicio, para que quienes no ven, vean y quienes ven se queden ciegos*¹⁹.

Empecatado naciste y ¿quieres darnos lecciones a nosotros? ¿Qué había dicho el ciego? ¿Había formulado su opinión? ¿No había expresado, más bien, una opinión que les era común a él y a ellos, cuando había dicho: *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores*? ¿No se limitaba a repetir ante todos lo que vosotros mismos habíais dicho? *Y lo expulsaron fuera*. ¿Ves cómo se convirtió en heraldo de la verdad? ¿Y cómo la pobreza no le impidió comportarse en todo momento como un verdadero filósofo? ¿No ves cuántos in-

sultos ha escuchado desde el principio y cuántas afrentas ha tenido que padecer? ¿Y cómo dio testimonio de palabra y con obras?

4. Todo lo cual fue escrito para que nosotros le imitéramos. Si un mendigo, un ciego que nunca había visto a Cristo, manifestó de pronto tanta confianza en él, incluso antes de escuchar sus palabras de consuelo, manteniéndose frente a todo el pueblo que trataba de darle muerte, como una turba de locos poseída por el demonio, y no cedió ni se echó atrás, sino que los hizo callar, lleno de valor y con el ánimo pronto, y prefirió que lo expulsaran antes que traicionar la verdad, cuánto más nosotros, que vivimos en la fe desde hace tanto tiempo, que por medio de la fe hemos visto milagros innumerables, que hemos recibido gracias y beneficios en número que excede con mucho a los que el ciego recibió, que, con los ojos del alma contemplamos los sagrados misterios y hemos sido llamados a tan gran honor, cuánto más nosotros, digo, deberemos mostrar la mayor decisión ante aquéllos que acusan a los cristianos, y los refutaremos y nunca nos comportaremos con ellos con una imprudente indulgencia. Pero sólo podremos hacerlo si nos llenamos de valor estudiando la Sagrada Escritura, no si la oímos distraídamente. Quien persevere en asistir a estas reuniones, aunque no lea la Escritura en su casa, con sólo prestar atención a los discursos que escucha aquí, en el plazo de tan sólo un año podrá aprender mucho.

No leemos hoy unas Escrituras y mañana otras, sino siempre las mismas. Hay, sin embargo, quienes poseen un ánimo tan mal dispuesto que, a pesar de haber escuchado muchas veces las lecturas que aquí se hacen, ni siquiera recuerdan los nombres de los libros y no experimentan vergüenza ni temor de acercarse tan descuidadamente a cosa tan sublime. En cambio, si un arpista, un bailarín o alguien semejante invita a la población a una representación teatral,

todos acuden prestos, le agradecen su invitación y emplean media jornada en asistir a espectáculos de ese linaje. En cambio, cuando es Dios quien nos convoca por medio de apóstoles y profetas, nos mostramos aburridos, renuentes y fastidiados. Durante el verano, pretextando el calor, nos vamos a la plaza. Durante el invierno, a causa de la lluvia y el barro, permanecemos encerrados en casa. Por el contrario, no hay en el hipódromo techo que nos defienda de la lluvia. A pesar de lo cual, aun cuando caiga un auténtico aguacero y el viento haga que la lluvia nos azote el rostro, la muchedumbre persevera, poseída por una pasión maligna, olvidando el frío, el barro y lo prolongado del camino. Nada hay que consiga mantenerlos en casa, ningún impedimento les estorba acudir al espectáculo. Pero se niegan a venir aquí, donde hay techo, donde la temperatura es siempre caldeada, aunque se negocia la salvación del alma. Dime: ¿Puede tolerarse tal estado de cosas?

Ésa es la razón de que, mientras en cualquier tipo de asuntos frívolos somos extraordinariamente competentes, en las cosas que verdaderamente importan somos ignorantes como niños. Si alguien te llama «auriga» o «bailarín», lo consideras una ofensa y pones todos los medios para demostrar que no mereces tales calificativos. Pero si te invita a asistir a un espectáculo protagonizado por personas de ese género, no dejas pasar la invitación y consideras digno de la mayor atención el arte de esos cuyo mismo nombre aborreces. Por el contrario, cuando se trata de poseer, además del nombre, los hechos, esto es, de comportarse como cristiano además de titularse como tal, entonces no sabes absolutamente nada. ¿Qué puede haber peor que una locura como ésta? Querría repetiros muchas veces estas cosas, pero temo hacerme odioso y no obtener ningún fruto. Veo que no son sólo los jóvenes quienes caen presa de esta locura, sino también los ancianos. Me avergüenzo sobre todo por éstos últimos, cuando veo a un hombre a quien las canas

hacen venerable, deshonorar sus blancos cabellos y comportarse como un chiquillo. ¿Qué habrá más ridículo? ¿Qué, más vergonzoso? Es el propio padre quien instruye al hijo para que se comporte de manera vergonzosa.

5. ¿Os hieren mis palabras? Eso es lo que pretendo: que quedéis compungidos y doloridos con mis palabras para que desechéis de una vez por todas ese vergonzoso comportamiento. Algunos habrá, más insensibles, que ni siquiera con estas cosas que ahora comento se muevan a confusión. No faltarán, incluso, quienes entablen discusiones acerca de ellas. Si les preguntarais quién es Amós o Abdías, cuántos fueron los apóstoles o los profetas, no acertarán ni por casualidad, pero si se habla de caballos o de carreras, defenderán a sus preferidos con habilidad mayor que la de cualquier sofista o rétor. Después de todo lo cual, os dirán: «Y bien, ¿qué mal hay en todo ello? ¿En qué puede perjudicarnos?». Eso es lo que me angustia, que no sepáis lo nociva que es esa pasión, porque ni siquiera sospecháis los males que de ella se siguen. Dios te ha concedido el tiempo de la vida para que lo dediques al culto que le es debido. Y tú, que lo consumes inútilmente y sin ningún objeto, ¿todavía te atreves a preguntar qué mal hay en ello? Si pierdes una pequeña cantidad de dinero, te lamentas por haber padecido daño. Por el contrario, cuando derrochas días enteros en espectáculos diabólicos, ¿no crees que te comportas de forma insensata y absurda?

Deberías dedicar toda la vida a la oración y a la súplica y derrochas tu existencia entre desvergonzados y tahúres, entre palabras obscenas y convites, en placeres inmoderados y juegos de magia. De todo lo cual no obtienes el menor provecho, sino grandes perjuicios. ¿Y aún preguntas qué males se derivan de todo eso? No comprendes que nada debe administrarse mejor que el tiempo. Si gastas tu oro, podrás volver a ganarlo, pero difícilmente recuperarás el

tiempo perdido. Sólo disponemos de un breve plazo en esta vida. Si no lo utilizamos como es debido ¿qué alegaremos cuando llegue la hora de presentarnos ante Dios? Dime: si hubieras encomendado a uno de tus hijos que aprendiera un oficio, cualquiera que fuera y, en lugar de eso, se quedara encerrado en casa o desperdiciara su tiempo en otra cosa, ¿no vendría el maestro a prevenirte de su mala conducta? ¿No vendría a avisarte: «Has firmado un contrato conmigo por un tiempo determinado. Si tu hijo no quiere emplear ese tiempo con nosotros y prefiere gastarlo en otra cosa, ¿cómo podré llevar a cabo la instrucción de semejante alumno?». También yo me veo en la obligación de decir algo semejante.

Dios nos dirá: «Os concedí un tiempo para aprender el arte de la piedad: ¿Por qué habéis desperdiciado ese tiempo inútilmente y sin fruto? ¿Por qué no habéis frecuentado al maestro? ¿Por qué no habéis estado atentos a sus lecciones?». Para aprender cómo la piedad es una especie de arte, escucha lo que dice el profeta: *Venid, hijos, escuchadme. Os enseñaré el temor del Señor*²⁰. Y, en otro lugar: *Feliz, Señor, el hombre a quien tú enseñas, al que instruyes en tu ley*²¹. Si gastas inútilmente tu tiempo, ¿qué excusa podrás alegar? Preguntarás, tal vez: «¿Y por qué nos ha concedido un tiempo tan breve?». ¡Qué locura! ¡Qué ingratitud! ¿Te quejas y le reprochas que haya acortado tus trabajos y fatigas y te haya preparado un descanso eterno?

Pero no sé por qué he empezado a hablar de este asunto ni por qué me estoy deteniendo tanto en él. Se impone concluir, pues le ocurre a nuestra miseria que, si el discurso se prolonga en exceso, todos cuantos aquí nos hallamos experimentamos fastidio, mientras que de esos lugares a los que se va hacia el mediodía, se regresa a la luz de antorchas

y lámparas. Mas, para no seguir acusándoos eternamente, os ruego y exhorto: concededme a mí y a vosotros este don, el de no dedicaros a esas cosas, con descuido de las otras. Si consigo esto de vosotros, alcanzaré gozo, alegría, alabanza, gloria y consuelo. Y también vosotros ganaréis una gran recompensa. Hasta ahora estabais dominados por una pasión enfermiza hacia el teatro. De ahora en adelante, liberados de hábito tan pernicioso, rotas vuestras cadenas, acudiréis a Dios. No seréis recompensados sólo en el cielo, sino que ya en esta tierra disfrutaréis de la verdadera alegría. Tal es la condición de la virtud: además de la corona celestial, nos procura aquí una vida grata. Sigamos, por tanto, estos consejos, para ser recompensados aquí abajo y también en el cielo, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 59

Y lo echaron fuera. Oyó Jesús que lo habían echado fuera y, saliendo a su encuentro, le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? Él respondió: ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

1. Quienes sufren algún mal o son insultados por causa de la verdad o por confesar su fe en Cristo son honrados por Dios más que todos los demás. Igual que quien por él pierde todas sus riquezas goza de gran abundancia y quien por él odia su vida la ama verdaderamente, quien es insultado es, en realidad, cubierto de honores. Eso es lo que sucedió con el ciego. Lo expulsaron del Templo los judíos y el dueño del Templo fue a buscarlo y lo encontró. Fue expulsado de una asamblea enferma y vino a dar con la fuente de la salud. Fue insultado por los mismos que habían insultado a Cristo y honrado por el Señor de los ángeles. Tal es la recompensa de la verdad. Cuando perdemos nuestras riquezas de aquí abajo, adquirimos el derecho a los bienes celestes; cuando damos limosna a los menesterosos de la tierra, nos preparamos un feliz reposo en el cielo; cuando por Dios somos ultrajados e insultados, recibimos honor aquí y allí. Cuando expulsaron al ciego fuera del Templo, Jesús lo encontró. El evangelista aclara que había ido a aquel lugar justamente para encontrarlo. Mira la recompensa que le da: el

más estimable de los privilegios, el de dársele a conocer a él, que antes no lo conocía, y acogerlo en el redil de sus discípulos predilectos. Repara en que el evangelista subraya el fervor de su celo. A quien le pregunta: *¿Crees en el Hijo de Dios?*, le responde: *¿Y quién es, Señor?* Aunque lo había curado, aún no lo conocía. Antes de la llegada de su benefactor era ciego, y tras su curación había sido arrojado por aquellos perros rabiosos. Jesús es como los jueces de los juegos, que reciben a los atletas para coronarlos sólo después de que éstos han padecido muchas fatigas. ¿Qué le preguntó?: *¿Crees en el Hijo de Dios?* ¿Por qué dice eso? Después de tantas discusiones con los judíos, luego de tantas palabras, aún le pregunta si cree. Pero no porque lo ignore, sino porque quiere revelársele y darle a conocer cuánto aprecia su fe.

Es como si le dijera: «Son muchos los que me han cubierto de ofensas, pero no me importa. Lo único que desco es que creas». En realidad, uno solo que cumple la voluntad de Dios vale más que mil pecadores². *¿Crees en el Hijo de Dios?* Se había acercado a él expresamente, para recibir su profesión de fe. Pero le pregunta eso para suscitar en él, por vez primera, el desco de sí. No le dijo: «Cree ahora», sino que le formuló una pregunta. ¿Qué respondió?: *¿Y quién es, Señor, para que crea en él?* Son palabras de quien busca y desea ardientemente. Ignora todo lo que ha hablado de él, para que tú aprecies cuánto estima la verdad. Antes de aquel momento, en efecto, no lo había visto.

*Le dijo: Lo estás viendo, es el que habla contigo*³. No le dijo: «Soy yo», sino que empleó un tono mitigado: *Lo estás viendo*. Eran palabras aún oscuras, y por eso las desveló, diciendo: *El que habla contigo*. Entonces él respondió: *Creo, Señor. Y lo adoré*⁴. No dijo: «Soy el que te ha curado, el

que te ha dicho: Ve a lavarte a la piscina de Siloé», sino que, pasando por alto esas cosas, le preguntó: *¿Crees en el Hijo de Dios?* Y él, dando muestra de la intensidad de su afecto, inmediatamente lo adoró, cosa que hicieron muy pocos de los milagrosamente curados, como los leprosos y algún otro. Con sus obras reveló su divino poder. Para que nadie pensara que se trataba sólo de palabras, añadió los hechos. Mientras lo adora, dice Cristo: *Para un juicio he venido a este mundo, para que quienes no ven recuperen la vista y quienes ven se queden ciegos*⁵. Es lo mismo que dice Pablo: *¿Qué diremos? Que las naciones, que no seguían la justicia, han alcanzado la justicia, la que se obtiene por la fe en Jesucristo. Israel, por el contrario, que seguía la Ley de la justicia, no alcanzó la Ley de la justicia*⁶. Diciendo: *para un juicio he venido a este mundo*, fortaleció su fe y previno a quienes lo seguían. Entre ellos había también fariseos.

La expresión «para un juicio» debe entenderse en el sentido de «para un severo castigo». Indicaba, por tanto, que quienes lo condenaban eran, en realidad, quien serían condenados, y quienes lo acusaban de ser un pecador eran, en realidad, quienes debían ser acusados de eso. Pero aquí menciona, además, una doble ceguera y una doble restitución de la vista, la material y la espiritual. Entonces, algunos de los que le seguían dijeron: *¿Acaso también nosotros somos ciegos?*⁷. Igual que en otra ocasión exclamaron: *¡Nunca hemos sido esclavos de nadie!, y: No somos bastardos*⁸, también ahora atienden sólo al bienestar material y se avergüenzan exclusivamente de ese tipo de ceguera. Entonces, para indicarles que más les habría valido ser ciegos que videntes, les dijo: *Si fuerais ciegos no tendríais pecado*⁹. Como pensaban

que esa desgracia era cosa vergonzosa, volvió eso contra ellos, diciéndoles: «Eso habría hecho vuestro castigo menos riguroso». Así, según su costumbre, procuraba separar sus pensamientos de las cosas humanas y conducirlos a las más elevadas y dignas de consideración. *Pero decís ahora: nosotros vemos*. En otras ocasiones les ha dicho: «El que vosotros decís que es vuestro Dios». De modo semejante, les dice ahora: *Pero decís ahora: nosotros vemos*. Y les enseña que lo que ellos consideraban que constituía un motivo de alabanza para ellos, les sería causa de castigo. Consuela al ciego por su pasada ceguera y habla de la ceguera que éstos padecen. Ellos decían: «No es ceguera que no te sigamos y te denunciemos como un impostor». Por eso se refiere sólo a esa cuestión.

2. No sucede por azar que el evangelista refiera que algunos fariseos que estaban con él oyeran estas palabras y dijeron: *¿Acaso también nosotros somos ciegos?* Con eso te recuerda que eran los mismos que anteriormente se habían alejado de él y estaban dispuestos a lapidarlo. Había entre ellos algunos que lo seguían sin empeño y fácilmente cambiaban de parecer. ¿De qué se vale para demostrarles que no es un impostor, sino un pastor? Describiendo lo que caracteriza a uno y otro y dándoles, por tanto, ocasión de discernir.

Les señala quién es ladrón e impostor, describiéndolo con estas palabras sacadas de la Escritura: *En verdad, en verdad os digo que quien no entra en el redil por la puerta, sino que salta por otro medio, es ladrón y asesino*¹⁰. Repara en las características del ladrón: no entra a la luz del día y, además, no se hace anunciar por el testimonio de la Escritura. Eso es lo que significa «no entrar por la puerta».

Sin duda, en este pasaje alude tanto a quienes ya habían sido cuanto a los que vendrían después, al anticristo y a los falsos cristos, Judas y Teudas, y a tantos semejantes a ellos. Con verdad llama «puerta» a la Escritura. Es ella quien conduce a Dios e inicia en su conocimiento, la que encierra a las ovejas y las guarda, impidiendo que los lobos entren en el redil. Como una sólida puerta, mantiene a los herejes lejos de la entrada y nos da la seguridad que deseamos, no permitiendo que nos extraviemos. Si no traspasamos esa puerta, no seremos fácilmente presa de nuestros enemigos. Por ella podemos reconocer a quienes son verdaderos pastores y a quienes no. ¿Y qué significa «entrar en el redil»? A todas luces, cuidar a las ovejas. Quien no se sirve de la Escritura, sino que entra por otro medio y sigue un camino distinto del establecido, es un ladrón. ¿Concluyes de todo lo anterior que él está perfectamente de acuerdo con el Padre y que se apoya en las Escrituras?

Por eso decía a los judíos: *Escudriñad las Escrituras*¹¹ y recurría al testimonio de Moisés y al de otros profetas. Dice: *Quienes escuchan a los profetas, vendrán a mí*. Y también: *Si creyerais a Moisés, me creeríais también a mí*¹². Aquí dice lo mismo, sirviéndose de una metáfora. Al decir «por otro medio», alude a los escribas y a quienes enseñaban preceptos y doctrinas meramente humanas mientras transgredían la Ley. Reprochándoles eso, había dicho: *Ninguno de vosotros cumple la Ley*¹³. Acertadamente dice *salta*, y no «entra», pues es propio del ladrón trepar los muros y hacerlo todo exponiéndose al peligro. ¿Ves cómo ha descrito al ladrón? Pues fíjate ahora en las características del pastor. *El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El guardián le abre y las ovejas escuchan su voz. Llama a las suyas por su*

*nombre y las lleva fuera, marchando delante de ellas*¹⁴. Ha descrito las características del pastor y las del ladrón. Veamos, ahora, cómo acomoda a cada uno de ellos lo que sigue. Dice: *El guardián le abre*. Insiste en la metáfora para expresarse de modo más comprensible. Si quieres descifrar el sentido de cada palabra, nada nos impide identificar a Moisés con el portero, pues a él fueron confiadas las palabras de Dios. *Las ovejas escuchan su voz y él las llama por su nombre*. Con frecuencia, los judíos le llamaban impostor y, para confirmar este parecer, alegaban su propia incredulidad: *¿Acaso ha creído en él alguno de los príncipes?*¹⁵. En respuesta a lo cual, dice que no es él quien debe ser llamado impostor por el mero hecho de que no crean en él, sino que son ellos quienes merecen el nombre de impostores peligrosos, porque no se acercaban a él y, en consecuencia, quedaban excluidos del número de las ovejas.

Propio es del pastor entrar por la puerta establecida y es él quien ha entrado por ella. Por tanto, cuantos le sigan pueden ser ovejas suyas. Quienes se nieguen a hacerlo no perjudicarán con ello al pastor, pero ellas mismas se habrán apartado del resto de las ovejas. Nadie quede confundido porque más adelante diga de sí mismo que él es la puerta. Porque también hay veces en que se aplica el nombre de pastor y en otras el de oveja, pues de diversas maneras se esfuerza por transmitir su mensaje de salvación. Cuando nos conduce al Padre, se llama a sí mismo «puerta». Cuando cuida de nosotros, «pastor». Y para que no pienses que su misión es sólo la de servirnos de guía, se llama a sí mismo «pastor». *Las ovejas escuchan su voz. Él las llama por su nombre y las conduce fuera y camina delante de ellas*. Ciertamente, los pastores las hacen avanzar y ellos las siguen. Pero, para mostrar que llevará a todos a la verdad, obra contra lo que es

costumbre entre los pastores, como, por otra parte, hizo también cuando envió sus ovejas al mundo, que no las envió lejos de los lobos, sino en medio de ellos¹⁶. Por tanto, con mucho es más admirable su pastoreo que el nuestro.

3. Puede ser que aquí Jesús quiera aludir al ciego, al que llamó cuando estaba en medio de los judíos. Y él oyó su voz y la reconoció. *Por el contrario, no irán tras un extraño, pues no conocen las voces de los extraños*¹⁷. Alude aquí a los secuaces de Judas y Teudas, diciendo: *Todos los que han creído en ellos fueron dispersados*¹⁸. O, tal vez, a los futuros falsos cristos que, andando el tiempo, seducirían a muchos. Y para que nadie le acuse de ser uno de éstos, enseña cuánto se diferencia de ellos. La primera diferencia estriba en su misma doctrina, extraída de la Escritura, bajo cuya guía los conducía, frente a lo que hacían los otros. La segunda diferencia consiste en la obediencia y fidelidad de las ovejas, que no sólo le creyeron mientras vivía, sino también después de muerto, mientras que a los otros enseñaba los abandonaron.

Podemos añadir aún una tercera diferencia, no menor que las anteriores. Éstos, como tiranos que eran, hacían todo lo posible por suscitar revueltas. Él, por el contrario, tan por encima estaba de sospechas de ese género, que, cuando lo querían hacer rey, huía y, cuando le preguntaban si era lícito pagar tributo al César, ordenaba pagarlo y él mismo pagaba la didracma. Además, vino para la salvación de las ovejas, para que tuvieran vida y la tuvieran en abundancia. Los otros, en cambio, privaban a sus seguidores hasta de la vida terrena, entregaban a quienes a ellos se habían confiado y huían. Todo lo contrario Cristo: aguantó lleno de valor

hasta el final, hasta dar su propia vida por los suyos. Aquéllos sufrieron a su pesar, obligados y tratando de huir. Él, por libre elección y voluntariamente, soportó todos los padecimientos.

*Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron el significado de lo que les decía*¹⁹. ¿Por qué hablaba de forma oscura? Para estimular su atención. Logrado su fin, disipa cualquier oscuridad con las palabras que siguen: *Yo soy la puerta. El que pasa por mí entrará, saldrá y encontrará pasto*²⁰. Vivirá en libertad y a salvo, pues aquí llama «pasto» al alimento de las ovejas, el poder y el señorío. Permanecerá dentro y nadie podrá echarlo. Esto se cumplió en los apóstoles, que libremente entraban y salían, como señores del mundo, y nadie fue capaz de echarlos. *Cuantos vinieron antes de mí son ladrones y asesinos, pero las ovejas no los escucharon*²¹. Contra lo que algunos herejes dicen, aquí no se refiere a los profetas, pues quienes creyeron en Cristo, creyeron por medio de ellos, prestándoles atención. Habla de Teudas y Judas y de los demás que promovían sublevaciones. Las palabras «las ovejas no los escucharon» constituyen una alabanza para ellas, y nunca alaba a quienes no escuchaban a los profetas. Todo lo contrario, desaprueba esa actitud y se la echa en cara.

Por todo lo cual, aparece claramente que las palabras «no los escucharon» significan los promotores de revueltas y sediciones de cualquier especie. *El ladrón no viene sino para robar, hacer estragos y daño*²², cosa que sucedió en esos casos, en los que todos fueron muertos y exterminados. *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*. Dime: ¿qué puede haber más abundante que la vida? El reino de los cielos. Aún no lo menciona expresamente, pero, entre

velos, alude ya a él con el nombre de «vida», que era bien conocido a todos. *Yo soy el buen pastor*²³. Habla ahora, por fin, de la pasión, declarando que ella procurará la salvación al mundo y que él se apresta a padecerla, y no contra su voluntad. Después vuelve sobre el ejemplo del pastor y del asalariado. *El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, como no es el pastor y las ovejas no son suyas, cuando ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye. Y llega el lobo y las captura*²⁴. Se revela aquí en la plenitud de su soberanía, igual a la del Padre. Pues él es el pastor propietario de las ovejas. ¿Percibes que en las parábolas habla del modo más sublime, precisamente cuando el sentido permanece entre sombras y no puede captarse claramente? ¿Qué hace el asalariado? *Ve venir al lobo, abandona las ovejas y el lobo llega y las captura*. Eso es lo que aquéllos hicieron, justamente lo contrario de lo que es su comportamiento. Pues cuando lo detuvieron dijo: *Dejad marchar a éstos*²⁵. Y así se cumplió la profecía de que ninguno de ellos habría de perderse. Puede entenderse también que habla de un lobo espiritual, al que impidió él que capturara las ovejas. Ese tal no es sólo un lobo, sino un león. *Nuestro enemigo el diablo, como león rugiente, da vueltas en torno nuestro*²⁶. Es una serpiente o un dragón: *Pisaréis serpientes y escorpiones*²⁷.

4. Os pido, por tanto, que nos mantengamos bajo el cuidado del pastor. Permaneceremos allí si escuchamos su voz y la obedecemos, si no vamos tras extraños. ¿Cuál es su voz? *Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los misericordiosos*²⁸. Si haciendo tales cosas permanecemos al cuidado del pastor, no

podrá entrar el lobo y, cuando trate de asaltarnos, saldrá perjudicado. Tenemos un pastor que nos ama hasta dar su vida por nosotros. Siendo poderoso y queriéndonos, ¿qué podrá impedirle alcanzarnos la salvación? Nada, con tal de que nosotros no nos opongamos. ¿Cómo podemos oponernos? Él mismo nos lo dice: *No podéis servir a dos señores, a Dios y al dinero*²⁹. Si servimos al primero, no será que quedemos sometidos a la tiranía del segundo. La codicia de dinero es más terrible que ninguna tiranía. No causa ningún placer, sólo preocupaciones, envidia, desgracias, odio, calumnias y otros mil impedimentos de la virtud como pereza, lujuria, avaricia o embriaguez, cosas todas ellas que esclavizan a los hombres libres y los hacen peores que esclavos, pues los convierten, no en esclavos de hombres, sino de la más nociva de las pasiones. Éste se atreve a cometer multitud de acciones que desagradan a Dios y a los hombres y hasta llega a temer que haya quien lo libre de su esclavitud. ¡Esclavitud la más dura! ¡Tiranía diabólica! Es más dañina que ninguna, pues, siendo víctimas de tantos males, nos alegramos de ello y abrazamos nuestras cadenas y, presos en un tenebroso calabozo, nos apartamos de la luz, nos complacemos en la oscuridad que nos rodea y hallamos placer en la enfermedad que nos aqueja.

Por lo cual, no es posible que nos libremos y quedamos sometidos a una condición peor que la que padecen quienes trabajan en las minas, porque, padeciendo miserias y fatiga, ningún provecho sacamos de ellos. Y, lo que es peor, no consentimos que nadie trate de librarnos de esclavitud tan odiosa; por el contrario, nos oponemos a cualquier intento en ese sentido y nos llenamos de indignación, conduciéndonos de manera que en nada se diferencia de la que es propia de locos. Somos, incluso, más miserables que éstos, porque nos negamos a sanar de nuestra insania.

¿Para eso viniste al mundo, pobre hombre? ¿Para eso fuiste creado hombre, para trabajar en esa especie de minería, recogiendo oro? No fue por eso por lo que Dios te creó a su imagen, sino para que, siéndole grato, alcances los bienes celestes y entres a formar parte del coro de los ángeles. ¿Por qué rechazas tanta nobleza y eliges precipitarte en la mayor de las vergüenzas e infamias? Hay quien, habiendo nacido semejante a ti, me refiero al nacimiento espiritual, está a punto de perecer de hambre, mientras tú abundas en extraordinaria riqueza. Tu hermano va desnudo y tú adquieres constantemente nuevos vestidos, que la polilla echa a perder. ¡Cuánto mejor te sería que con ellos cubrieras los cuerpos de los pobres! No los destruirían ellos y te quitarían cualquier preocupación, mientras ganabas méritos para la vida eterna. Si no quieres que tus vestidos sean devorados por la polilla, dáseles a los pobres, que sabrán mantenerlos en buen estado.

El cuerpo de Cristo es más hermoso y seguro que arca ninguna, y no sólo los guarda libres de deterioro, sino que los transforma haciéndolos más espléndidos. Y aún te han sucedido cosas peores: que el armario o el arca fueran robados junto con los vestidos que contenían. Pues mira: el arca de que te hablo ni siquiera la muerte podrá abrirla. En ese caso, no necesitamos puertas ni cadenas, no se requiere la vigilancia de siervos ni ninguna otra precaución. Está asegurado contra cualquier desgracia e insidia, como todo lo que se confía al cielo. Ninguna mala acción puede alcanzar ese lugar. Nunca dejaré de repetir lo mismo, pues, aunque escucháis, no me hacéis caso. La razón de esto es que somos débiles y sólo nos preocupa el bienestar material. ¡Lejos de mí, sin embargo, condenaros a todos, como si todos fuerais enfermos incurables! Aunque los que están embriagados por su riqueza se tapen los oídos para no escucharme, quienes pasan su vida en pobreza bien podrán prestar atención a mis palabras. Dirás, tal vez: «Y qué se le da todo esto a los pobres, que no tienen ni dinero ni vestidos preciosos». Tienen pan y agua

fresca; puede que incluso dispongan de algún dinero; tienen, desde luego, pies para ir a visitar a los enfermos y lengua y palabras con que consolar a los afligidos; tienen casa y techo bajo el que ofrecer hospitalidad a los forasteros.

No pidamos a los pobres que regalen ingentes sumas de oro, como hacemos con los ricos. Si alguien es pobre, llamará el Señor a su puerta y no se avergonzará de recibir de él una monedita. Todo lo contrario: dirá que ha recibido mucho más de lo que le dieron quienes acumularon grandes cantidades de oro. Todos cuantos viven hoy desearían haber vivido en el tiempo en que Cristo habitaba materialmente esta tierra, para hablar con él y con él sentarse a la mesa. Pero esto también hoy nos es concedido, también hoy podemos invitarlo a comer y con mayor provecho aún. Muchos de los que se sentaron a la misma mesa que él se perdieron, como Judas y tantos semejantes a él. Quienes ahora le invitan a su casa para compartir con él mesa y techo, gozarán de la mayor de las bendiciones. Les dice él mismo: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino que os ha sido preparado desde la creación del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber. Fui peregrino y me albergasteis, estuve enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme*³⁰. Si también nosotros queremos oír esas palabras, vistámoslo cuando esté desnudo, acojámoslo cuando peregrina, alimentémoslo cuando tenga hambre y démosle de beber cuando esté sediento. Visitémoslo cuando se encuentre enfermo o preso en la cárcel si queremos obtener misericordia y el perdón de los pecados y lucrar la felicidad que excede toda imaginación, cualquier palabra. Felicidad que todos nos prometemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 60

Yo soy el buen Pastor, y conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen. Como el Padre me conoce, también yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas

1. Grande, queridos, grande es ser cabeza de la Iglesia, y exige una sabiduría y fortaleza grandes, cual Cristo dijo, de suerte que dé la vida por las ovejas, que jamás las abandone solas e indefensas y que con valor haga frente al lobo. En esto se diferencia el pastor del mercenario. Éste, despreocupado de sus ovejas, busca sólo su propia salvación. Aquél, descuidando la suya propia, se preocupa de la salvación de las ovejas. Luego de haber indicado las características del pastor, señala dos clases de destructores: uno, el ladrón que mata y roba, y el otro, que nada de esto hace, pero que, cuando sucede, no aparta al ladrón ni se lo impide. Con el primer ejemplo se refiere a Teudas, y con el segundo pone en evidencia a los doctores de los judíos, que en nada se cuidaban de las ovejas a ellos encomendadas. De esto precisamente, ya antes, los acusaba Ezequiel con las palabras siguientes: *¡Ay de los pastores de Israel! ¿No se apacientan, acaso, los pastores a sí mismos? ¿Los pastores, acaso, no apacientan a las ovejas?*². Ellos, sin embargo, se comportaban de forma totalmente opuesta, lo que es indicio de

una perfidia extrema y causa de todos los demás males. Por este motivo dice: *No fortalecéis a las débiles ni curáis a las enfermas*³, pues se apacentaban a sí mismos y no a las ovejas. Pablo expresó la misma idea con palabras distintas: *Todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo*⁴. Y de nuevo: *Nadie busque lo suyo, sino cada uno lo del prójimo*⁵.

Cristo se diferencia de uno y otro. De quienes vienen a hacer el mal, cuando afirma: *Para esto vine, para que tengan vida y la tengan en abundancia*⁶. Y de quienes no se preocupan de las ovejas arrebatadas por el lobo. Él no las abandona, sino que da su vida por ellas para que no perezcan. Como tratasen de matarle, no abandonó su enseñanza ni hizo traición a los que creyeron en él; antes persistió y escogió la muerte. Por eso decía una y otra vez: *Yo soy el buen Pastor*.

A continuación, como sus palabras parecían carecer del testimonio que las confirmase (efectivamente: el anuncio: *doy mi vida* quedó poco después confirmado, mientras que aquello otro: *para que tengan vida y la tengan en abundancia* se cumplirá sólo después de su partida de esta vida, en el siglo venidero), ¿qué hace? Confirma lo uno con lo otro, esto es, con el hecho de entregar su alma, les da la vida. Pablo también lo decía: *Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayor razón, una vez reconciliados podremos salvarnos*⁷. Y en otro pasaje dice también: *Quien a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros ¿cómo no nos dará juntamente con él todas las cosas?*⁸. Pero ¿por qué ahora no le acusan, como hicieron antes, diciéndole: *Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero*⁹? Porque mu-

chas veces los había reducido al silencio, y la confianza de la que gozaba entre ellos era mayor gracias a los milagros. Como había dicho primero: *Y las ovejas oyen su voz y lo siguen*, para que nadie objetara, oye lo que añade: *Y conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí*. Algo que Pablo pretendía dar a entender al decir: *Dios no rechazó a su pueblo, que de antemano conoció*¹⁰. Y también Moisés: *Conoció el Señor a los que son suyos*¹¹, esto es, «a quienes he conocido desde el principio». Para que no creas que el modo de conocer es el mismo, escucha cómo corrige esta suposición con las palabras siguientes: *Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen*. No es el mismo conocimiento. Si no fue para enseñarnos eso, ¿con qué fin añadió estas palabras? Muchas veces se ponía al nivel de los demás, mas, para que nadie pensara que conocía al Padre como lo conocen los hombres, añadió: *Como el Padre me conoce a mí, así conozco yo al Padre*. Es decir, yo lo conozco tan perfectamente como él a mí. Por este motivo afirmaba: *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo*¹², punto en el que se refiere a un conocimiento especial que nadie más puede tener.

Yo doy mi vida. Continuamente lo dice para demostrar que no es un impostor. Incluso el Apóstol, cuando quería poner de manifiesto que era un maestro genuino y distinguirse de los falsos apóstoles, se recomienda a sí mismo con motivo de los peligros de muerte diciendo: *En heridas, sobremanera; en peligro de muerte, muchas veces*¹³. Decir «soy la luz, soy la vida» parecía arrogancia a los necios, pero afirmar «quiero morir», no daba ocasión a envidia ni malquerencia alguna. Por este motivo ahora no le dicen: *Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero*. Con

estas palabras manifiesta su gran afecto, toda vez que deseaba entregarse a sí mismo por aquéllos que le apedreaban.

2. Por eso oportunamente introduce el discurso sobre los paganos. *Tengo otras ovejas que no son de este redil, y es necesario que yo las conduzca*¹⁴. He aquí que emplea de nuevo la expresión «es necesario», que no indica necesidad, sino certeza de que sucederá sin duda alguna. Es como si dijese «y ha de suceder». Si dice: «que no son de este redil», no te turbes. La diferencia está sólo en la Ley, tal y como señalan los términos siguientes: *Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión*¹⁵.

Y es necesario que yo las conduzca. Declara con estas palabras que unos y otros andaban dispersos, errantes y sin pastores, porque todavía no había venido el buen pastor. Seguidamente preanuncia la futura unión de ambos: *Y habrá un solo rebaño*. Esta misma idea la expresó Pablo diciendo: *Para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo*¹⁶.

*Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo*¹⁷. ¿Qué puede haber más humilde que estas palabras: «Nuestro Señor ha de ser amado por nuestra causa, porque muere por nosotros»? ¿Cómo? Dime: ¿no fue amado, acaso, anteriormente, sino que el Padre comenzó a amarlo ahora y fuimos nosotros la causa de tal amor? ¿Te das cuenta de hasta qué punto condesciende con nuestra debilidad? ¿Qué es lo que quiere probar? Puesto que lo tildaban de extraño al Padre y de impostor y afirmaban que había venido a perderles y arruinarles, les replica por ese medio. Junto a esto, desea demostrar que no va a la muerte contra su voluntad. Si fuese involuntaria, ¿cómo habría podido generar un vínculo de amor? Y además, en ello el

Padre se complacía sobremanera. No te sorprendas de que diga estas cosas como hombre. Muchas veces hemos expuesto los motivos, y repetirlos de nuevo sería superfluo y enojoso.

*Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Ninguno me la quita, sino que yo la doy de mí mismo. Tengo poder de dar mi vida y tengo poder de tomarla*¹⁸. Puesto que muchas veces habían deliberado matarlo, dice: «Si yo no lo quiero, será necio vuestro intento». Por lo primero prueba lo segundo, es decir, por la muerte, la resurrección. Es algo que suscita estupor y admiración. Ambas cosas eran completamente inauditas y fuera de toda costumbre. Examinemos atentamente las palabras: *tengo poder de dar mi vida*. ¿Quién no tiene poder de dar su propia vida? Está al alcance de todos darse muerte. Mas no se refiere a esto. ¿A qué, entonces? Nosotros no tenemos poder de dar la vida si no es causándonos la muerte. Sin embargo, si cayéramos en manos de quienes nos acechan y pudieran matarnos, ya no tendríamos poder de dar la vida, sino que, aun contra nuestra voluntad, ellos nos la quitarían. No sucede lo mismo con Cristo. Aunque otros trataran de matarle, él podría no dar la vida. Por este motivo, una vez que dijo: *nadie me la quita*, añadió: *Poder tengo de dar mi vida*.

No dijo esto al principio, cuando no habría sido creído, sino cuando los hechos lo habían probado, y cuando, después de haberlo intentado muchas veces, no pudieron capturarlo, pues innumerables veces huyó de sus manos. Fue entonces cuando dijo: *Y nadie me la quita*. Si esto es verdad, se sigue de ello que, por propia voluntad, va a la muerte. Y a su vez, si esto es verdadero, confirma que podía, cuando quisiera, tomar la vida de nuevo. Si morir de aquel modo era algo más que humano, no dudes ya tampoco de

lo demás. Al tener, por tanto, sólo él el poder de dar su vida, demuestra también que es dueño de tomarla por el mismo poder. ¿Ves cómo con la primera afirmación demostró la segunda, y cómo, partiendo de la muerte, demostró como algo cierto la resurrección?

*Este mandamiento recibí del Padre*¹⁹. ¿Cuál? El de morir por el mundo. ¿Estuvo, acaso, esperando a oírlo primero, y entonces obedeció, y tuvo necesidad de aprenderlo? ¿Quién que tenga entendimiento podría afirmar tal cosa? Sin embargo, cuando al comienzo dijo: *Por eso me ama el Padre*, manifiesta su libre voluntad y evita toda sospecha de oposición. De igual modo, en este punto, al decir que recibió un mandamiento del Padre, no afirma nada que no sea: «a Él le complace lo que yo hago», para que, cuando le den muerte, no crean habérsela dado como a un abandonado y traicionado por el Padre, ni lo insulten como lo hicieron: *A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse; si es Hijo de Dios, baje de la cruz*²⁰. Y precisamente por esto no desciende, porque es Hijo de Dios.

3. Para que, una vez oídas las palabras: *mandamiento recibí del Padre*, no creas que se trataba de un encargo que le era ajeno, de antemano había dicho: *El buen pastor da la vida por sus ovejas*, demostrando que las ovejas eran suyas, que toda aquella empresa era también suya, y que no necesitaba recibir orden ninguna. Si hubiera necesitado una orden, ¿cómo habría dicho: *Yo doy la vida por mí mismo*? Quien la da voluntariamente no necesita mandato ninguno. Añade, además, la causa por la que actúa así. ¿Cuál es? Que él mismo es pastor, y buen pastor, y el buen pastor no ha menester de otro que lo exhorta. Si así sucede entre los hombres, mucho más en Dios. Por este motivo Pablo decía: *Se*

anonadó a sí mismo²¹. Por consiguiente, en este pasaje la palabra «mandamiento» no tiene otro objeto que el de significar su conformidad con el Padre. Si la expresión es humilde y humana, el motivo es la debilidad de los oyentes.

*Muchos de ellos decían: Está endemoniado, ha perdido el juicio*²². Como las palabras expresadas eran sobrehumanas e insólitas, lo llamaban endemoniado, y lo habían llamado así ya por cuarta vez. Antes decían: *Demonio tienes. ¿Quién te busca para darte muerte?*²³. Y después: *¿No decíamos bien que tú eres samaritano y tienes demonio?*²⁴. Y aquí: *Está endemoniado y loco. ¿Por qué le escucháis?* Y, por mejor decir, escuchó estos improprios no cuatro, sino otras muchas veces más. La pregunta: *¿No decíamos bien que tienes demonio?* indica que lo afirmaron no dos o tres, sino muchas veces. Como no podía hacerles callar con las palabras, valíase de la demostración de las obras. En verdad, sus palabras no son de endemoniado, pero si no os persuadís por las palabras, al menos respetad las obras.

Si sus palabras no son diabólicas, pero sí sobrehumanas, es evidente que derivan de algún poder divino. ¿Ves la lógica de este razonamiento? Que sus palabras eran sobrehumanas resulta evidente de la afirmación: *Está endemoniado*, mas, que él no tenía demonio lo demostró por las obras que hizo. ¿Qué hace Cristo? No responde nada. Antes había contestado: *No tengo demonio*, pero ahora no reacciona así. Dada la demostración con las obras, calló. En realidad, eran indignos de respuesta quienes le llamaban endemoniado por aquellas obras por las que debieran admirarle y tenerle por Dios. Por otro lado, ¿qué necesidad había de refutar sus afirmaciones, si entre ellos estaban divididos y en pugna? Por eso callaba y soportaba todo pacientemente. Es más, no

lo hacía sólo por esto, sino también para enseñarnos mansedumbre y magnanimidad.

4. Imitémosle, por consiguiente. No se limitó a callar, sino que insiste de nuevo y, preguntado, responde y manifiesta su providencia. Acusado de estar poseído por el demonio y de estar loco por hombres a quienes había hecho innumerables beneficios —y no una, ni dos, sino muchas veces—, no sólo no se vengó, sino que no dejó de beneficiarlos. ¿A qué me refiero cuando digo que les hizo beneficios? Por ellos entregó su vida, y, mientras es crucificado, habla al Padre en su favor. Imitemos también nosotros estos ejemplos.

Esto es ser discípulo de Cristo: comportarse con mansedumbre y benignidad. ¿De dónde nos podrá venir esta mansedumbre? De recapacitar continuamente en nuestros pecados y de llorar y derramar lágrimas por ellos. El alma que vive con este dolor es incapaz de irritarse y de airarse. Donde hay dolor, es imposible que haya ira; donde hay tristeza, la ira se ve desterrada; donde hay contrición del alma, la indignación no tiene lugar. Bajo el azote del dolor, al espíritu no le queda tiempo para levantarse en ira; antes al contrario, gime amargamente y más amargamente se lamenta. Sé bien que muchos se ríen al oírlo, mas no dejaré de llorar por los que ríen.

De llanto, de lágrimas y gemidos es el tiempo presente, porque pecamos mucho de palabra y obra. A los que tales culpas cometen, les aguarda el infierno, el río que hierve en impetuosas ondas de fuego, y la pérdida del reino de los cielos, que es lo más terrible de todo. Ante tales amenazas, dime: ¿ríes y te entregas al placer? Mientras tu Señor se irrita y te amenaza, ¿persistes en la desidia? ¿No temes encender más el horno? ¿No oyes lo que cada día clama? *Me visteis hambriento y no me disteis de comer; sediento, y no me disteis de beber. Id al fuego preparado para el diablo y sus*

*ángeles*²⁵. Os amonesta así a diario. Pero le he alimentado, replicas. Mas ¿cuándo y por cuánto tiempo? ¿Diez, veinte días? No quiere sólo ese tiempo, sino que debes hacerlo durante toda tu vida. También las vírgenes tenían aceite, pero no el suficiente para su salvación. También ellas encendieron sus lámparas, mas fueron excluidas del tálamo, y con razón, ya que se apagaron antes de la venida del esposo. Por tanto, necesitamos gran cantidad de óleo y abundante misericordia.

Escucha lo que dice el profeta: *Ten misericordia de mí, Señor, según tu gran misericordia*²⁶. De resultas de ello, también nosotros debemos demostrar compasión con el prójimo, con toda la bondad de la que seamos capaces, porque tal y como seamos con los consiervos, así hallaremos al Señor. ¿Cuándo es grande la misericordia? Cuando damos, no de lo superfluo, sino de lo necesario. Si no damos ni siquiera lo superfluo, ¿qué esperanza quedará? ¿Cómo nos libraremos de aquellos males? ¿Adónde podremos huir y dónde alcanzar salvación? Si las vírgenes, después de tantos y tales trabajos y fatigas, no recibieron consuelo alguno de ningún género, ¿quién nos asistirá a nosotros cuando oigamos aquellas tremendas palabras del juez, que nos dirá y reprochará: *Tuve hambre, y no me disteis de comer, y: lo que no hicisteis a uno de estos pequeñuelos también a mí me lo dejasteis de hacer*²⁷? No ha dicho estas palabras sólo por los discípulos, o por los que escogieron la vida solitaria, sino por todos los fieles. Este tal, aunque sea siervo, aunque mendigue por la plaza, si cree en Dios, es justo que goce de toda benevolencia. Si lo despreciamos porque está desnudo y hambriento, oiremos con toda razón estas palabras.

¿Qué hay excesivamente gravoso y superior a nuestras fuerzas en lo que nos pide? ¿Qué hay que, por el contrario, no sea fácil y hacedero? Ha dicho sólo: *no me visitasteis, y: no vinisteis a mí*. Cuanto más fáciles de cumplir sean sus preceptos, tanto más grave será el castigo de los que los transgredan. Dime: ¿qué hay más fácil que ir a visitar a la cárcel? ¿Qué más agradable? Cuando veas a unos atados, a otros escuálidos, a éstos con larga cabellera y cubiertos de andrajos, a aquéllos consumidos por el hambre y acudiendo como perros a tus pies, a otros desgarrados los costados, a otros que ahora vuelven de la plaza atados, que, después de mendigar cada mañana no reúnen ni siquiera el necesario sustento, y llegada la tarde, son obligados por los alcaides a trabajos fatigosos y crueles, aunque tú fueras una piedra, sin duda, serás más humano, y, aunque lleves una vida muelle y disoluta, sin duda te harás más morigerado contemplando la condición de la vida humana en las desgracias ajenas. No podrás menos de pensar en aquel terrible día con sus múltiples tormentos.

Cuando reflexiones y medites sobre estas cosas, arrojarás de ti la ira, el placer y el amor por las cosas de esta vida y harás que tu alma esté más serena que en el puerto más tranquilo. Meditarás sobre aquel tribunal y pensarás que, si entre los hombres hay tanta previsión, orden, temor y amenazas, cuánto más lo habrá en Dios. *Porque no hay potestad alguna si no procede de Dios*²⁸. En consecuencia, quien a los príncipes dio facultad de ordenar esas cosas, mucho más las llevará a cabo por sí mismo.

5. Si no fuese por este temor, todo estaría perdido, pues, a pesar de la amenaza de tantos castigos, son muchos los que se lanzan sin freno a la maldad. Si meditas sobre estas

cosas, estarás pronto a la limosna y obtendrás un gran placer, mucho mayor que los que proceden de los espectáculos, porque los que se levantan de allí arden inflamados por la concupiscencia. Una vez que han visto sobre la escena mujeres provocativas y han recibido heridas sin número, han de sentirse cual un mar embravecido, cuando la figura, miradas, trajes, palabras, el modo de caminar y todo lo demás de aquellas mujeres les asalte ante sus ojos y ponga en asedio su alma. Mas a los que salgan de aquí, nada semejante les sucederá; antes al contrario, gozarán de mucha paz y serenidad. La contrición que nace del espectáculo de aquellos presos apaga todo aquel fuego. Y aunque una meretriz lasciva fuera al encuentro de quien sale de la cárcel, no le causará daño alguno. Mucho más cauto, no se dejará prender en las redes de aquella visión, porque, en lugar de tener ante sus ojos el rostro impuro, tendrá el temor del juicio. Por este motivo, aquél que había tenido la experiencia de todo género de placer decía: *Mejor es ir a la casa del llanto que a la casa de la risa*²⁹. Así, en esta vida habrá seguido este sabio consejo y en la otra oirá palabras dignas de infinita felicidad.

No descuidemos, en consecuencia, esta obra de misericordia. Aunque no podamos llevar alimento ni socorrerlos con dinero, al menos podremos consolarlos con nuestras palabras, levantar el ánimo abatido y ayudarlos de otras muchas maneras, sea hablando quienes los pusieron presos, sea amansando a los carceleros, y, mucho o poco, siempre sacaremos algún provecho. Si me replicas que allí no hay hombres de buena condición, ni probos, ni honrados, sino homicidas, profanadores de sepulcros, rateros, adúlteros, lascivos y culpables de otros muchos delitos, de nuevo alegas una excusa que evidencia la necesidad de acudir allí. No se

nos ordena ser misericordiosos con los buenos y castigar a los malos, sino mostrar con todos benevolencia. *Haceos semejantes a vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir sobre malos y buenos su sol, y hace llover sobre justos e injustos*³⁰.

Por tanto, no reprendas con dureza a los otros, y no seas juez severo, sino manso y benigno. Nosotros, de hecho, aunque no hayamos llegado a ser adúlteros, ni profanadores de sepulcros, ni ladrones, tenemos otros delitos dignos de castigos innumerables. Hemos llamado muchas veces a nuestro hermano necio, lo que nos hace reos de la gehenna, y mirado a mujeres con ojos impuros, lo que equivale a un adulterio consumado, y —lo más terrible de todo— hemos participado indignamente en los misterios, lo que nos hace reos del cuerpo y la sangre de Cristo. No seamos, en consecuencia, acerbos inquisidores de los demás; antes consideremos nuestras propias culpas y así nos despojaremos de estos sentimientos inhumanos y crueles.

Debemos añadir, además, que allí hallaremos muchos hombres honestos, a menudo comparables con todos los demás ciudadanos. En la cárcel en la que se encontraba José había muchos malvados. Sin embargo, aquel justo se preocupaba de todos y estaba oculto entre los demás. Era comparable, sin duda, a todos los egipcios, y, pese a ello, habitaba en la cárcel y nadie de los de dentro lo sabía. Es de suponer que también ahora haya muchos hombres honestos y modestos, aunque no sean de todos conocidos, y el cuidado que tú tengas por ellos compensará el servicio que hayas prestado a los otros. Pero, aun en el caso de que no hubiera ninguno de esa condición, siempre es grande la recompensa. Ciertamente, el Señor no hablaba tan sólo a los justos y rechazaba a los injustos; por el contrario, escuchó

con benevolencia a la cananea, acogió y tomó a su cuidado a la samaritana pecadora e impura, e incluso a aquella otra meretriz por la que los judíos le hicieron reproches, cuando consintió que sus pies fuesen bañados por las lágrimas de una mujer impura. Con todo ello nos enseñó a ser condescendientes con los pecadores.

En esto consiste fundamentalmente la benignidad. ¿Qué dices? ¿Que son ladrones y profanadores de sepulturas los que habitan la cárcel? Pero, dime: ¿todos los que habitan en la ciudad son justos? ¿No hay muchos que son peores que aquéllos y que roban con mayor desvergüenza? Aquéllos, al menos, se refugian en la soledad y las tinieblas y lo hacen a escondidas, mas éstos arrojan la máscara y cometen el mal a cara descubierta, y son violentos, ladrones y avaros. Difícil es, en definitiva, encontrar a un hombre exento de injusticia.

6. Aunque no robemos oro, ni tantas y tantas yugadas de tierra, realizamos igualmente fraudes y robos en cosas pequeñas en la medida en la que nos es posible. Cuando en el comercio, en las compras y en las ventas disputamos y presionamos para dar menos de lo justo, y todo lo hacemos con este fin, ¿no hacemos un latrocinio? ¿No es robo y avaricia? No me digas que no robaste una casa ni un esclavo. La injusticia no reside en el valor de lo robado, sino en la intención del que roba. La justicia y la injusticia tienen el mismo valor, sea en lo grande, sea en lo pequeño, y lo mismo llamo ladrón al que rompe la bolsa ajena y roba oro, que al que haciendo una compra defrauda algo del justo precio. Lo mismo llamo salteador al que atraviesa un muro y sustrae algo de su interior, que al que viola el derecho y sustrae algo al prójimo.

No seamos, en consecuencia, jueces de los otros, omitiendo lo nuestro. Mientras es momento de demostrar nuestra benignidad, no examinemos la maldad; antes al contra-

rio, pensemos en qué estado nos hallábamos en el pasado y seamos mansos y misericordiosos. ¿En qué estado nos hallábamos? Escucha lo que dice Pablo a este respecto: *Éramos un tiempo también nosotros contumaces, insensatos, vagabundos, esclavos de pasiones y placeres varios, aborrecibles y llenos odio de los unos por los otros*³¹. Y en otro punto: *Éramos por naturaleza hijos de la ira*³². Pero Dios, viéndonos como encarcelados y sujetos con terribles cadenas, mucho peores que las forjadas con hierro, no se avergonzó de nosotros, sino que vino y se presentó en la cárcel. Y a los que eran dignos de innumerables castigos los sacó de allí, los llevó al reino y los convirtió en los más espléndidos del cielo, para que también nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, hagamos lo mismo.

Cuando dijo a los discípulos: *Si yo, Señor y maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros; os he dado ejemplo para que, como yo he actuado, así actuéis vosotros*³³. No estableció esta ley sólo para el lavatorio de los pies, sino también con respecto a todo lo demás que forma parte de su mensaje. ¿El que está en la cárcel es homicida? No desistamos por ello de hacer el bien. ¿Es profanador de sepulcros y adúltero? Tengamos compasión, no de su maldad, sino de su desgracia. En muchas ocasiones, tal y como he dicho, encontraremos allí a algún hombre comparable a otros muchos, y si acudes con frecuencia a visitar a los encarcelados, esta empresa será para ti fructuosa.

De la misma forma que Abraham —que a todos daba hospedaje— se topó en una ocasión con ángeles, de igual modo nosotros, si nos ejercitamos en esta acción, hallaremos en algún momento grandes hombres. Si preciso es decir algo que

cause admiración, diré que no es tan digno de alabanza quien socorre a un hombre ilustre como el que recibe a uno abyecto y miserable. Aquél tiene razones para que en su propia vida sea bien acogido, mas el abyecto y despreciado de todos no tiene más puerto como refugio que la misericordia de quien lo recibe afectuosamente. Ésta es, sin duda, la auténtica benevolencia. El que trata con afecto a un hombre ilustre y admirable, a menudo lo hace por ostentación, pero el que socorre al abyecto y desconocido, lo hace sólo por obedecer el mandamiento de Dios. Por ello, si preparamos un banquete, se nos ordena invitar a cojos y mutilados; si damos limosna, se nos ordena compadecernos de los más viles y miserables. Cristo dice: *Cuanto habéis hecho con uno de éstos más pequeños, conmigo lo hicisteis*³⁴. Conocido, entonces, que allí se esconde un tesoro, entremos con frecuencia, esforcémonos y volquemos allí la afición por el teatro.

Si nada pudieras llevar, lleva al menos el consuelo de las palabras. Dios no sólo recompensa al que da de comer, sino al que simplemente hace la visita. Una vez allí, si levantas un ánimo tembloroso y temeroso exhortándolo, ayudándolo, prometiéndole socorro, enseñándole la sabiduría, no será pequeña la recompensa que recibas. Muchos que estén fuera, relajados por tantos placeres, se reirán de que hables de este modo. Sin embargo, los desgraciados, oprimido el ánimo, atenderán a tus palabras con modestia, te alabarán y mejorarán su conducta. Los judíos también se burlaban con frecuencia cuando Pablo predicaba. En cambio, los presos le escuchaban en silencio. Nada predispone el ánimo a la sabiduría necesaria tanto como la desgracia, la tentación y la tribulación.

En resumen, considerando todas estas cosas, cuánto bien haremos a los encarcelados y cuánto a nosotros mismos si

con frecuencia tratamos con ellos, gastamos allí nuestras conversaciones de la calle y nuestras ocupaciones inoportunas, a fin de ganármolos, de procurarnos a nosotros mismos una gran alegría, y, procurando glorificar a Dios, alcanzar los bienes sempiternos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA](#)